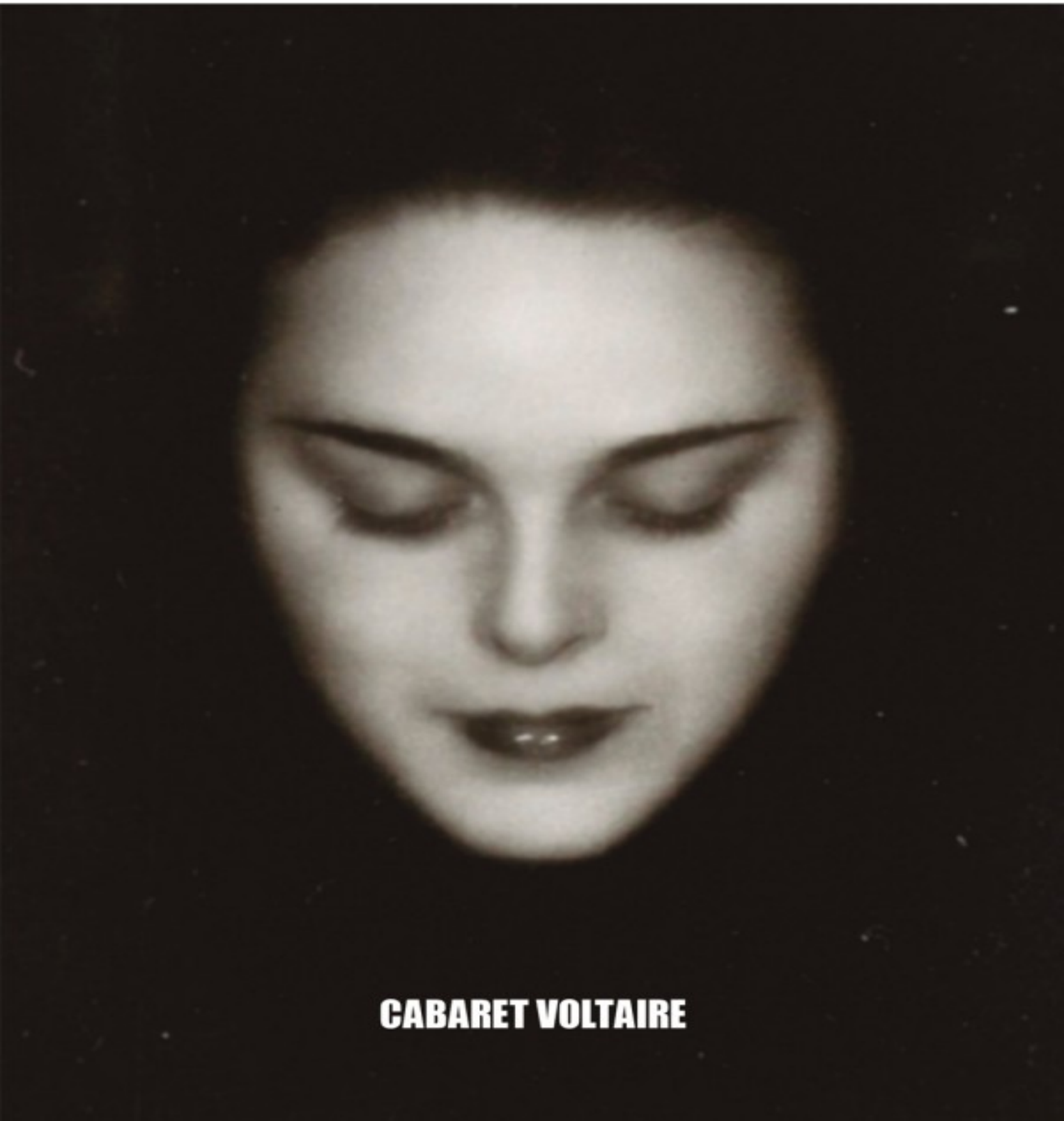
Agustín Gómez Arcos

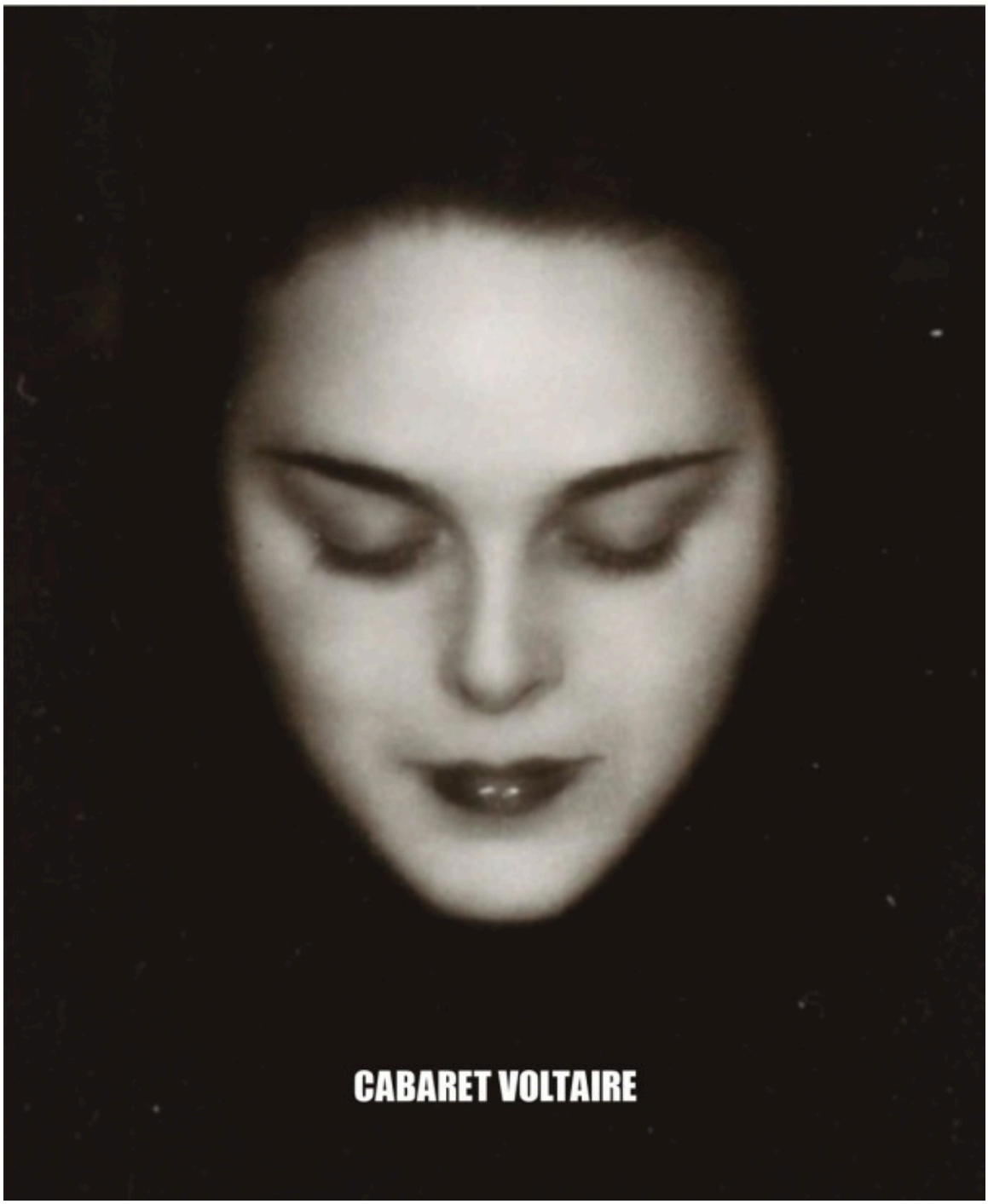
La enmilagrada

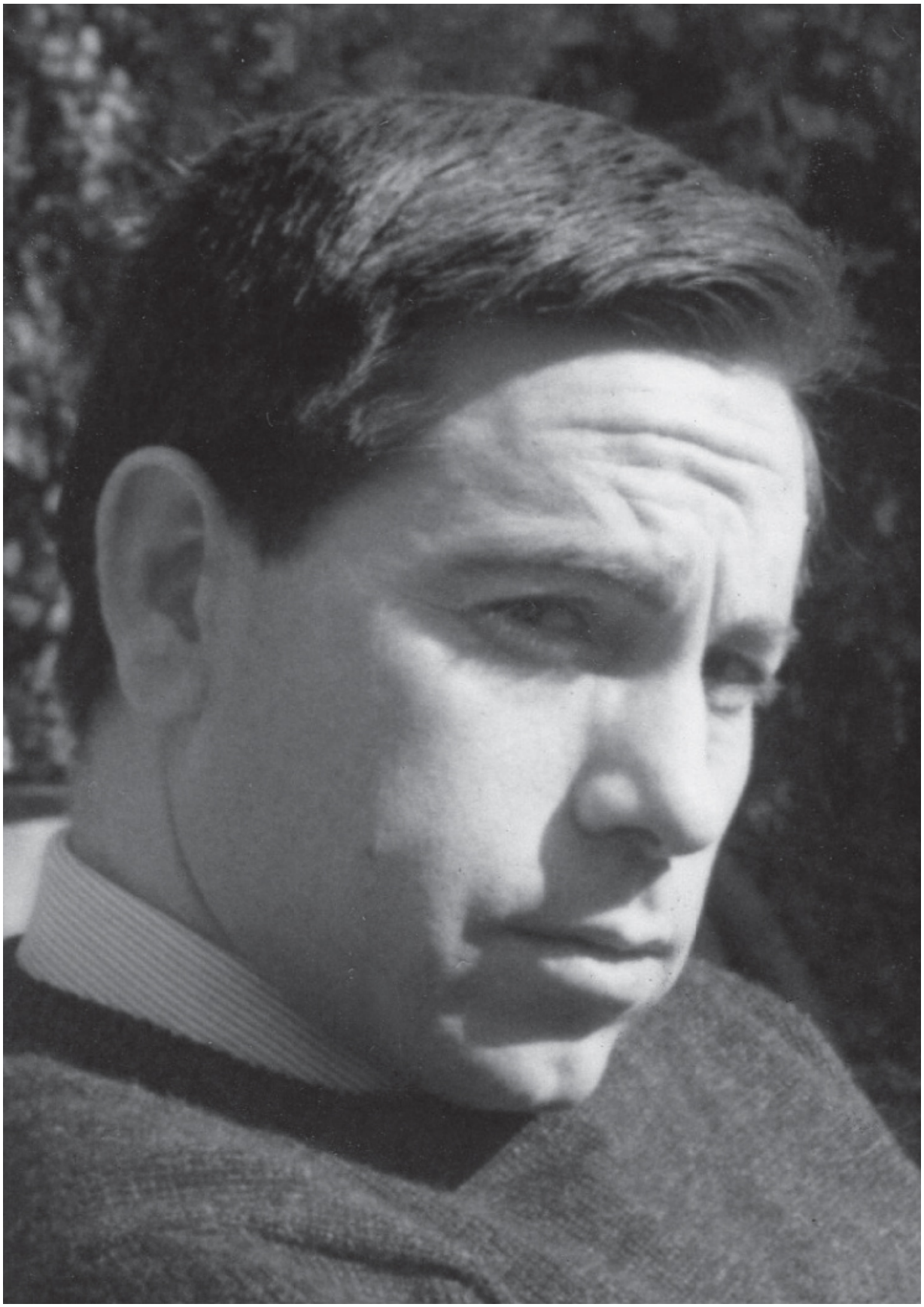


CABARET VOLTAIRE

Agustín Gómez Arcos

La enmilagrada





LA ENMILAGRADA

AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS

LA ENMILAGRADA

PRÓLOGO
JOSÉ JESÚS DE BUSTOS TOVAR

TRADUCCIÓN
ADORACIÓN ELVIRA RODRÍGUEZ

CABARET VOLTAIRE
2026

PRIMERA EDICIÓN *febrero* 2010
SEGUNDA EDICIÓN *noviembre* 2026

TÍTULO ORIGINAL *L'enfant miraculée*

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es
www.cabaretvoltaire.es

©1981 Librairie Arthème Fayard
©del prólogo, 2010 José Jesús de Bustos Tovar
©de la traducción, 2010 Adoración Elvira Rodríguez
©de esta edición, 2026 Editorial Cabaret Voltaire SL

ISBN-13: 978-84-19047-72-4

Producción del ePub
BOOQLAB

Dirección y Diseño de la Colección
MIGUEL LÁZARO GARCÍA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA

FOTOGRAFÍAS
Cubierta: Zofia Batycka, 1930
©Benedykt Jerzy Dorys
Guarda: Agustín Gómez Arcos en 1964
Derechos Reservados.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro -incluyendo

las fotocopias y la difusión a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

PRÓLOGO

Con acierto y notable generosidad, la editorial Cabaret Voltaire inició hace pocos años la publicación de la obra narrativa de Agustín Gómez Arcos, traducida al español. Sucesivamente, han ido apareciendo *El niño pan*, *El cordero carnívoro*, *Ana no* y le toca el turno ahora a *La enmilagrada*, neologismo con el que se traduce *L'enfant miraculée*. Cabría preguntarse por qué este término, inusitado en español, que parecía contar con la preferencia del autor. Yo creo que la decisión no es arbitraria, sino que obedece a una de las intenciones primordiales de la novela. Se trata de proyectar sobre la protagonista «la acción de los otros», no la fuerza de su propia voluntad para sentirse con poderes o con protecciones milagrosas, que es una de las ideas que vertebran toda la narración. Cuando hay una motivación literaria fundamentada en el sentido de la obra no debe haber ningún inconveniente en admitir una transgresión lingüística, como la que ofrece el título de esta obra de Gómez Arcos, que es, al mismo tiempo, una provocación para el lector.

Antes de entrar en el análisis de la novela, conviene echar una mirada atrás a la trayectoria literaria del autor porque creo advertir que existe una cierta unidad interna en su obra, indudablemente variada e incluso heterogénea. Nacido a la vocación literaria en sus años de estudiante en Almería, Gómez Arcos se sintió llamado primero por la poesía y por el relato poético, pero donde encontró acomodo muy pronto fue en la literatura dramática. Sus años madrileños fueron de una actividad incesante como autor original y como traductor. Sus versiones de Giraudoux fueron modélicas y resistieron el tiempo transcurrido cuando *La loca de Chaillot* fue repuesta en Madrid, una vez alcanzada, si no la gloria literaria, sí la fama ante el público.

Alguien ha dicho recientemente en la prensa que Gómez Arcos es un «escritor fantasma», en el sentido de que aparece y desaparece periódicamente de las noticias literarias españolas. Probablemente, esa expresión es muy poco afortunada, pues, si vale como afirmación periodística, en cambio está en el polo opuesto de lo que Agustín quería ser: un escritor presente en la conciencia de los lectores como manifestación de su experiencia de vida. Y aquí encontramos una de las más fuertes paradojas en la obra del autor: escrita en francés (se entiende, por tanto, escrita para franceses), su contenido está

arraigado, casi siempre dolorosamente arraigado, en la sociedad española que le tocó vivir. En cierto acto en el Instituto Francés de Madrid, donde coincidí con Agustín, éste dijo al auditorio, y después lo comentamos en privado, que el escritor era ante todo memoria. Creo que esta misma afirmación la hizo en varias ocasiones. Lo que no aclaró —y, por tanto, nos toca a los lectores descubrirlo— es lo que él entendía por memoria como constituyente del fenómeno literario. Esto plantea una cuestión difícil de resolver, que afecta a cualquier narrador y, de modo particular, a Agustín Gómez Arcos: si la obra literaria es creación, es decir, arquitectura ficticia, ¿cómo armonizar esto con la memoria personal, que es experiencia vivida («humo dormido», en la expresión de Gabriel Miró) que se desvela a ráfagas en un tiempo y en un espacio determinados? Quien lea *El niño pan*, como otras —y, de modo muy especial, la primera que lo dio a conocer en Francia, *L'agneau carnivore* (*El cordero carnívoro*)—, tendrá la respuesta: no confundiendo nunca la autobiografía con la narración novelesca. La memoria personal estará presente siempre, pero reelaborada literariamente. Incluso, a veces, encontraremos datos reales tan detallados como la frase que pone en boca del protagonista de *El cordero carnívoro* («Mi primer pecado se llamó Galdeano», fácilmente identificable para quienes fuimos sus compañeros de Bachillerato), pero hay que entenderla en su función literaria, es decir, en lo que evoca al lector como rasgo de la experiencia de un personaje que, por ser literario, trasciende lo puramente biográfico. En el caso de *El niño pan*, al narrador le importa ante todo que el protagonista (el niño Agustín, pero podría ser cualquier niño en aquel tiempo y en aquel lugar) sea realmente un personaje literario y, por serlo, pueda alzarse como voz testimonial de una vida familiar y social en tiempos de la primera infancia (como en esta novela y en otras), como sujeto de la historia que ataca con mordacidad algunos de los valores morales vigentes, en una especie de acratismo ético (no de tipo anarquizante o libertario en el sentido político, como algunos críticos se han atrevido a decir) que sostiene la superioridad moral de quienes optan, sin tapujos y hasta provocadoramente, por ejercer su libertad personal, aunque ello signifique combatir ciertos valores que la jerarquía establecida estigmatiza con más virulencia.

La confusión entre memoria personal y memoria transformada en literatura, una confusión muy frecuente entre personas de escasas lecturas, es lo que dio lugar en el pueblo natal del escritor a una reacción adversa entre las llamadas «fuerzas vivas» del pueblo, a raíz de la publicación en español de *El niño pan*. Se quiso ver en la novela «historia escrita» de aquellos difíciles años de la guerra civil y de la posguerra, y no lo que realmente era: recreación literaria a través de la confusa conciencia de un niño que no podía comprender la maldad y el odio que regían la vida social en aquellos tiempos. Alguien dijo que «no dejaba títere con cabeza» en el pueblo, pero el lector debe pensar lo que el escritor realmente quiso reflejar en su novela. ¿Qué otra cosa podía pensar un niño que ve a su familia perseguida y el hambre como fuente de constante sufrimiento? Su habilidad artística consistió, precisamente, en convertir lo vivido por el autor en lo vivido por un personaje literario que trascendía la peripecia personal universalizándola por medio de la creación literaria. Lo que haya de común entre una y otra cosa pertenece a la interpretación del lector.

El exilio político y personal de Gómez Arcos en París significó un cambio de orientación en la obra del autor. En primer lugar, porque la dolorosa experiencia vivida hasta entonces culminó en una profunda crisis y, por tanto, se hizo inevitable la huida en busca de nuevos caminos de libertad personal, social e ideológica. Actitud que sería heroica a la postre. Esa búsqueda pasaba por una oposición frontal no ya a un régimen político determinado —que también—, sino al conjunto de valores, reales o ficticios, que conformaban el sistema de vida que se imponía *velis nolis* a todos los hombres. De ahí procede una constante necesidad de transgresión. Ésta fue una actitud mantenida desde su primera juventud (como lo atestiguan innumerables pequeños acontecimientos de la niñez, más relevantes en la adolescencia y juventud) y permanente en su plena madurez de intelectual. Transgresión social y transgresión moral como grito de libertad personal. Como forma de salvación humana. También como derecho del ser humano a vivir su vida según el camino elegido. Más que motivos políticos concretos, lo que le llevó al exilio fue el ambiente asfixiante en el que vivió por aquellos años en Madrid. Frente a la intolerancia, a veces no basta la libertad: hay que llegar a la transgresión

social y moral. Gómez Arcos siguió este camino y su obra literaria lo refleja una y otra vez. Desde las tres obras iniciales en francés (*L'agneau carnivore, Maria Republica* y *Ana Non*), en torno a la posguerra, hasta las últimas, como *L'Aveuglon* (traducida por él mismo con el título de *Marruecos*) y *La femme d'emprunt* (1993), el narrador no ceja en su postura beligerante frente a una realidad social e ideológica que no admite. Novelas todas ellas casi desconocidas en España. Hemos de confiar en que esfuerzos editoriales como los que se hacen con la que ahora se presenta nos permitan rescatar de verdad para la literatura española la obra de Agustín Gómez Arcos. Para eso será fundamental también la labor de traductores que (siguiendo el ejemplo del trabajo realizado por M.ª Carmen Molina Romero en el caso de *El niño pan* y por Adoración Elvira Rodríguez en el de *El cordero carnívoro*, *Ana no* y ahora en *La enmilagrada*) no se limiten a «trasladar» lingüísticamente los textos de Gómez Arcos, sino a trasfundir el espíritu con el que el autor quiso dar sentido a su obra. Otra cosa es que nos planteemos el papel de la lengua como constituyente fundamental del texto literario. No es fácil responder a la pregunta de si la obra de Gómez Arcos, a partir de su exilio, pertenece a la literatura española o a la literatura francesa. Su obra está desesperadamente arraigada en su memoria personal, es decir, en su realidad española, pero se expresa en lengua francesa. ¿Hasta dónde entran en contradicción esos dos planos? El propio autor intentó explicarlo: es literatura en lengua francesa, pero profundamente española en su contenido. Que esto pueda conseguirse en una armonía entre forma y sentido pertenece al fondo de misterio que existe en la creación literaria. En todo caso, yo creo que la respuesta a ese interrogante hay que aplazarla hasta que se realice íntegramente la ingrata pero hermosa tarea de los traductores. Hemos de contar con su experiencia para estudiar el raro fenómeno de dualidad lingüístico-literaria que representa una buena parte de la obra de Gómez Arcos.

La técnica narrativa en *El niño pan* ofrece dos planos bien diferenciados: en la primera parte, el *cursus* narrativo está entrecortado, como corresponde a la expresión de las sensaciones e impresiones infantiles. La voz enunciadora es, a la vez, autor y personaje. Para decirlo de otra manera, el niño-personaje trata

de refugiarse en la voz del autor, y éste, a su vez, se transmuta en la del personaje cuando conviene a la narración. En la segunda parte, la secuencia narrativa se alarga, como si ese niño —personaje y narrador— hubiera aprehendido ya la realidad y pudiera organizarla de forma más congruente. La vida narrada gana en plenitud. En *Ana no* existe mayor integración de la materia narrativa, seguramente porque la protagonista tiene tal fuerza que proporciona cohesión temática a toda la obra. La vía del tren alcanza verdadero valor simbólico: es el camino de una búsqueda que da sentido a toda una vida. En cambio, en *La enmilagrada* el *cursus* narrativo es más uniforme, quizás porque los aspectos biográficos o las huellas de la memoria personal, en la medida en que existen, están mucho más diluidos y se refieren más al ambiente que a los acontecimientos y a los personajes, que giran en torno a un mundo relativamente pequeño.

Los teóricos de la literatura han dictaminado que toda novela gira en torno a tres elementos: acontecimientos, espacio y personajes. Esto se cumple en *La enmilagrada*, pero con un claro predominio de los dos últimos sobre el primero. Lo que interesa realmente al autor es reflejar un espacio, un ambiente, en el que viven unos personajes que no tendrían entidad fuera de su espacio propio. La señora de la casa, la todopoderosa y autoritaria doña Soledad Cuervo («el hombre-abuela», como la caracteriza el autor), sólo tiene su papel en el espacio preciso que le está asignado en la narración. La Cornisa, mansión familiar, domina el espacio narrativo y se proyecta sobre una realidad pueblerina encorsetada en costumbres y valores tradicionales que no pueden ponerse en discusión. Juliana, la niña «enmilagrada», sólo podría aparecer en el microcosmos aldeano en el que la sitúa el autor. En torno a estos dos personajes se construye el mundo narrativo. Todos los demás son personajes subalternos considerados individualmente, pero adquieren relevancia en cuanto colectividad que impone unos valores tenidos por verdaderos e inmutables, en torno a los cuales gira su visión del mundo; el cura, las beatas, la alcaldesa, las gentes del pueblo no son más que muñecos sobre los que se ha construido un mundo vacío. Los únicos personajes con voz propia son los que pertenecen a la familia Cuervo. Juliana va percibiendo paulatinamente esta realidad, aparenta someterse a ella mientras se va encendiendo la hoguera de su rebeldía interior.

A diferencia de lo que ocurre en otras obras relevantes de la literatura española (recuérdese *Doña Perfecta* de Galdós), Gómez Arcos no representa en la señora de la casa, esa abuela que todo lo ordena, la encarnación de una posición ideológica determinada, sino la de unos valores que derivan de su condición social de propietaria-campesina que tiene como misión la conservación de algo que es consustancial a su idea de familia ligada a la tierra que se posee. Obviamente, ello responde a una concepción de la vida absolutamente conservadora, pero no forzosamente asociada a una ideología política determinada, salvo en lo referente a una rígida oposición entre dos clases sociales: por una parte, la de la propietaria de la tierra y de la casa con su familia, y, por otra, la de los asalariados que, dentro o fuera de esa casa, apenas aparecen como sombras. Un personaje como Pepito Mariposa representa el ser socialmente repudiado por su condición sexual, pero también por su circunstancia social. Ha sido contratado por media jornada, es decir, «de sol a sol», como aclara sarcásticamente el narrador. No faltan alfilerazos sociales que aparecen aquí y allá, y, en mayor medida, descarnados ataques a los que profesan hipócritamente una religión que no practican sino en lo más externo. En ocasiones, el discurso del autor se llena de acritud; las más de las veces, de ironía y de sarcasmo. Como en otras novelas, la Iglesia y el coro de beatas aparecen en la narración como un verdadero mal social. Gómez Arcos es durísimo en su denuncia constante.

Si acaso, Casimira, la criada, aparece dibujada con perfiles más individualizados, pero no participa apenas en la dramática lucha interna que encarna Juliana, la protagonista. La abuela ni siquiera es una «beata» en el sentido estricto del término (este papel lo desempeña la «tita Dolores», personaje ciertamente secundario por sí mismo, aunque ligado a los «valores» que la gente del pueblo profesa); más bien es una anticlerical furibunda, aunque acepte las costumbres establecidas para representar el papel de jefe de una «buena familia», que debe ser modelo para todo el pueblo. Por eso es, en cambio, rígidamente estricta y autoritaria en la asignación de los respectivos papeles que corresponden a cada uno de los miembros de la familia. Para mantener las buenas relaciones con la Iglesia están tía Dolores y el coro de beatas del pueblo, que crearon la fantasía de una niña —Juliana— elegida para

ser santa y mediadora de favores divinos o virginales (milagros de mayor o menor alcance) y, sobre todo, para sacar de apuros a la sociedad aldeana cuando lo estiman necesario.

El personaje de la niña Juliana eclipsa con mucho a todos los restantes. Toda la novela (es decir, la vida de Juliana desde su despertar a la pubertad hasta su huida en busca de libertad) está dirigida por una idea central: la búsqueda de la libertad personal para ser lo que uno quiere ser y no lo que los demás (familia, coro de beatas, gentes del pueblo) han construido en torno a su figura. El sometimiento de Juliana a lo que «los otros» han decidido por ella da lugar a un proceso que irá aumentando en dramatismo interior. No es casualidad que la novela comience cuando la niña empieza a ser mujer y va descubriendo lo que ello significa. El intento de violación que sufre no es más que un pretexto literario para situar con más intensidad el papel que se le ha asignado sin tener en cuenta su voluntad. Es cierto que ese motivo significa un descubrimiento: el placer que le está prohibido. Con enorme intensidad, el autor presenta la contradicción entre la repugnancia y el deseo, entre la violencia y el placer. Esa contradicción se mantendrá hasta el violento final de la novela, cuando, libre en su huida, Juliana *la Santa* se convierte en Juliana *la Sangrienta*. Se trata de un desenlace sin duda truculento si se interpreta en su literalidad. Pero su sentido va mucho más allá: la imposibilidad del goce sexual y la venganza que engendra un odio amasado en la continua humillación de aparentar lo que no se desea ser. La castración tiene una larga tradición antropológica y literaria, y el autor la escoge para poner fin a una tensión física y psíquica que sólo ha engendrado dolor.

Como en tantas otras novelas, Gómez Arcos no sólo no renuncia a su función de testigo de la historia (o, dicho con menos hipérbole, a testigo de las historias), sino que adopta este papel de manera voluntaria y responsable. En esta novela el autor ha trasfundido la historia personal en historia de otras muchas historias posibles. Que, en este caso, como en otros, sea una mujer la que encarne la pasión de no ser lo que se hubiera querido ser no implica la adscripción de tal pasión a la condición femenina. Es trasladable también a la del varón, es decir, a la condición humana en su universalidad. Por eso la novela no debe ser leída en clave costumbrista, ni mucho menos

autobiográfica, pero eso no significa que no exista en ella una buena parte de memoria personal. Es la memoria vital, la acumulada por múltiples experiencias personales, la que infunde vida a la novela. Liberado de sus propios tabúes, el narrador no tiene compasión con la sociedad en la que ha vivido. Romperla, destruirla si se puede, es condición necesaria para encontrarse a sí mismo. Que esto se realice por medio de una protagonista, mujer, es irrelevante. Simplemente, le permite situar la acción en un espacio determinado. Lo testimonia muy vivamente la acción de Juliana cuando toma la decisión de despojarse de su máscara. La enmilagrada arroja de sí la apariencia que la ha ahogado durante sus seis años de pubertad y juventud. «Ahora ya soy yo», exclama cuando decide destrozar la imagen de la Santa Patrona, adornarse con sus vestiduras y maquillarse para adoptar un nuevo rostro. Más que emoción, hay odio en la actitud y en las palabras de Juliana. Le impidieron el goce primerizo, busquemos ahora otro nuevo. Pero, ¡ay!, también éste se frustrará. La castración del macho será su liberación última.

Seguramente una crítica literaria basada en el psicoanálisis extraería consecuencias interesantes acerca del modo en que la narración se enmarca en el subconsciente del autor, adquiriendo allí su auténtico sentido. Soy algo escéptico acerca de estos métodos. Creo que es preferible aceptar los hechos y los personajes tal como son; creaciones literarias en las que se acumulan experiencias personales y ajenas. Ficción que asedia una parte de esa realidad que se nos escapa en la vida ordinaria. Ésta es la clave de una obra de arte. El autor ha construido un microcosmos lleno de fuerza y de pasión, donde el odio y el sufrimiento se funden en un profundo sentimiento interior que alcanza notable intensidad dramática. Ya dije más arriba que la vocación dramática fue primordial en la obra literaria de Gómez Arcos. Jamás renunció a ella. Si veinte años después de su aparición como novela, *Ana no* fue objeto de una adaptación teatral, *La enmilagrada* es la reescritura novelada de su obra de teatro *Verano*, escrita en lengua española a finales de los años 50. Es claro, pues, que en ambas la fuerza interior de los personajes, y en especial de sus protagonistas, se manifiesta en la solidez del diálogo. También el final de la narración no es la conclusión de unos acontecimientos, sino el estallido de una pasión que alcanza valor de catarsis: «Se va sola hacia la capital, a la que no

tarda en llegar. Echa una larga mirada a la Audiencia, ante la cual Juliana *la Sangrienta* se permite el lujo de reírse a carcajadas. Luego, prosiguiendo su travesía del alba, llega al parque, al puerto. Unos barcos llegan, otros parten. Velas desplegadas al viento. Estampa de viaje que le produce escalofríos de gozo. Escalofríos que la sosiegan y la agotan a la vez. *Lasitud nueva, mansa y tranquila como un estado de gracia… La enmilagrada se convierte en faro, hoguera, grito de libertad en esta mañana recién nacida*».

Esa libertad recién nacida es también la libertad del autor. Por eso el narrador es dueño absoluto del discurso de los personajes. Él penetra en su interior y construye un discurso con un lenguaje deslumbrante. No pretende crear una lengua para cada personaje, sino que él se convierte en creador del universo en el que esos personajes sienten, se conmueven, se llenan de ira y de odio o se conciertan para vivir según valores caducos que niegan la libertad como bien supremo del hombre. No hay concesiones a la ternura o a la debilidad. Lo mismo que la «abuela-hombre» impone su voluntad para crear un orden inmutable basado en la superioridad de su familia sobre el entorno, el narrador construye el discurso de la Juliana liberada con absoluta libertad.

El estilo de Gómez Arcos responde muy bien al mundo creado. Es «su estilo». La lengua como representación del mundo. Las cosas se dicen como son, como él las hace vivir en sus personajes. De ahí procede su eficacia comunicativa. El lector se deja llevar por este lenguaje lleno de brillo y de fuerza que Adoración Elvira Rodríguez ha sabido no sólo respetar, sino recrear en español. Mil gracias por este esfuerzo.

José Jesús de Bustos Tovar
Madrid, enero de 2010

LA ENMILAGRADA

A C. D.,
con mi amistad

A. G. A.

Ocho y media de la mañana del segundo domingo de agosto. La niña Juliana cumple doce años. Nació bajo el signo protector de la Virgen; eso afirman, al menos, la tita y el cura, que tuvieron sendos éxtasis el día en que Adelaida malparió a aquella niña prematura, un 14 de agosto, a eso de las doce de la noche: prácticamente el día 15. Según ellos, una señal clara y precisa. Y, para la Santísima Virgen, un modo muy particular de celebrar su día: como esas personas que, por temor a que los demás lo olviden, se compran ellos mismos sus regalos de cumpleaños.

Gentes y animales están despiertos desde el alba y en plena faena. A pesar de la hora tardía, el interior de la casa está tranquilo, casi en silencio. Tan sólo se perciben, provenientes de la cocina, las voces exquisitamente refinadas de la radio de Casimira, a las que se añaden de vez en cuando, saliendo de la penumbra de su cuarto, los gemidos ahogados de madre, como si el sempiterno sufrimiento fuese eco de las sempiternas desgracias que rezuma el serial radiofónico. Pero tales sonidos forman parte del silencio cotidiano y nadie repara en ellos.

Afuera, por el contrario, todo se mueve, zumba, crepita: el campanario anuncia con tres horas y media de antelación la misa de doce; el autocar, a punto de salir para la ciudad, da los últimos bocinazos, y en el corral amotinado resuena el griterío de los animales reclamando su pitanza.

Casimira cierra la ventana y se hace la sorda: no les echará de comer hasta las diez, cuando haya terminado el capítulo matinal del emocionante serial que sigue con auténtica pasión desde hace casi seis meses y cuyas peripecias comentará luego con gallinas y cerdos. Una lástima, se dice por enésima vez, porque cada cual podría sacar provecho de estos *edificantes relatos* y de su moral *al alcance de todos*; pero nadie en casa puede *perder el tiempo* escuchando suntuosas historias de esposas adúlteras, de maridos infieles, de amores trágicos que, a tenor de su prolongada evocación, parece que fuesen a durar una eternidad. Nadie, salvo la pequeña Juliana, que se cuela en la cocina cuando empieza el serial y se sienta frente a la famosa radio en primera fila. Pero es todavía demasiado inocente para considerarla una auténtica interlocutora y

sería como hablar con la pared. Casimira prefiere hacerlo con las gallinas y los cerdos.

Hoy, todas esas costumbres se han ido al traste. La niña no ha asomado por la cocina ni para reírse o estremecerse con la tragedia conyugal que se desarrolla en las ondas, ni para pedir su desayuno. Hoy es su cumpleaños. Sus doce primaveras, como dice Casimira, en pleno mes de agosto. *Secuestrada* en cuerpo y alma por tía Dolores, que se la ha llevado muy temprano a la iglesia. Un cumpleaños como Dios manda empieza por una confesión exhaustiva, a la que sigue su penitencia: rosario rezado de rodillas ante la imagen de la Santa Patrona, y acto de contrición rebosante de promesas de castidad, obediencia, modestia y caridad. Más de hora y media susurrando como una cotorra mientras la tita, con la ayuda de Pepito Mariposa, adorna gloriosamente el altar mayor con flores: los fastos de la misa solemne contribuirán a fijar en la memoria de las gentes este día en que Juliana cumple doce años. Edad en que la infancia termina, momento confuso y delicado, peligroso, que hay que poner en buenas manos (las de Dios) y no en las de la vida, tan poco fiables. Al menos es lo que opina tía Dolores, encargada de las relaciones públicas entre la casa y la iglesia. Ardua tarea, teniendo en cuenta el feroz anticlericalismo de la abuela. Tía Dolores asume con resignación cristiana la difícil misión desde que la salud de su hermana Adelaida se quebrantó con el nacimiento de Juliana. «Desgraciado nacimiento», repite en la penumbra del cuarto donde yace la enferma. Pero nunca se atrevería a expresarse así ante su madre. Para ésta, a quien todos llaman *abuela* desde que nació Andrea, la arrogante salud de Juliana es la prueba de que la vida siempre tiene la última palabra.

—En esta casa no se desayuna antes de comulgar —decretó la beata al ser de día—. Es una indecencia que la gente se agarre a los nuevos preceptos de la Iglesia para atiborrarse de leche con sopas antes de recibir el cuerpo de Cristo en el altar mayor. Si yo fuera el papa…

Casimira contempla a la niña, hace un gesto de desaliento (exagerado, por supuesto) y vuelve a verter la leche humeante en la cacerola.

—¡Paciencia, ángel mío! Tu tita se empeña en hacer las cosas a la antigua. Lo siento por ti si, entre rezo y rezo, tu estómago interpreta un *lastimoso*

concierto de vacío. —Figura retórica sacada de la radio, única fuente de saber de la vieja criada.

Más tarde, Andrea se encargará del aseo de su hermanita, la vestirá como un *ángel albo* (o casi) para exponerla a las miradas de los lugareños, perfumada con colonia y rizada como una infanta de lámina. El vestido está listo. Los guantes y los zapatos. Las medias (su primer par: medias de mujer, como está mandado). Y también su primer bolso, provisto de peine y espejito.

Entre tía Dolores y Andrea se instauró un cierto equilibrio, que convirtió a la niña en caldo de cultivo de sus dos conceptos de la vida y de sus gustos respectivos (la enfermedad de Adelaida, su incapacidad para educar a su segunda hija tienen mucho que ver en ello). Para la hermana mayor, Juliana es una muñeca a la que vestir y peinar, respondiendo así al precoz despertar de su instinto maternal; para la tía, la niña es, ante todo, un alma que debe salvar. La abuela no se mete en eso. Prefiere ocuparse del mundo de los adultos: los negocios de la tierra y del ganado, que lleva con mano firme, como el *auténtico hombre* que es (así la llama la deslenguada de Casimira).

Y el hombre-abuela había decidido que hoy la fiesta no empezaría para la familia hasta las doce, con la misa solemne y la comida de cumpleaños. La tierra tiene sus derechos y son prioritarios: a los animales, sin ir más lejos, hay que echarles de comer; no se puede abandonar el riego de los bancales ni dejar que el queso se ponga mohoso en el aprisco. «Cuando se vive de la tierra, ésta sólo nos permite descansar el día en que nos cubre del todo.» La abuela lo repite sin cesar. Las tierras que posee, tan extensas que su mirada no puede abarcarlas, han sido desde tiempo inmemorial cuna y tumba de *su* familia: su vida y su muerte. A ella se le llena la boca de orgullo cuando habla del tema, y la voz le suena a repique de campanas.

La masculina abuela, a pesar de sus setenta y cinco años, trabaja como cuando tenía veinte. Sus manos nunca han estado vacías u ociosas, dejando los aperos de labranza por el lápiz y el libro de cuentas. Duerme poco y casi no se desnuda, salvo para su baño semanal. No soporta ver a los suyos de brazos cruzados. Las manos campesinas también están hechas para coger la aguja de coser o de zurcir, para desgranar espigas, partir almendras y nueces o vaciar

vainas de judías. «Trabajo, trabajo y más trabajo», dice. Y nadie se atrevería a llevarle la contraria.

Ese continuo bregar les proporciona un cierto desahogo que las gentes de por aquí llaman *riqueza*. Pero eso es mucho decir. Con el dinero que tan celosamente guarda la abuela en su cofre de ébano no se podría comprar un coche como el de los veraneantes que vienen al pueblo de vacaciones. Escuálidos ahorros, contados una y otra vez, hasta el último céntimo, que apenas dan para pagar las medicinas de madre-enferma, los abonos, los empleados fijos y algunos jornaleros que contrata en tiempo de cosecha. La abuela no lo puede hacer todo. Y padre tiene la desgracia de ser, por así decirlo, manco…

En todo eso pensaba Andrea mientras daba los últimos retoques al vestido de Juliana en el cuarto de costura. Muchacha concienzuda y trabajadora, con la cabeza muy en su sitio, que ha salido a la abuela, según dice Casimira cuando está de mal humor. Pero a Andrea también le gusta la alegría y se burla (a escondidas) de la beatería *extravagante* de la tita. A veces, también sueña. Claro que sus sueños no van más allá de lo razonable en una muchacha: boda, hijos, hacer un cuarto de baño en el piso de arriba, quizás una estancia en algún balneario con madre. No sueña con viajar al fin del mundo, como su hermanita. Ni tiene el temperamento fantasioso de Juliana. ¡Esa niña…!

Y Andrea sonríe.

En la cocina, la abuela está echando una regañera a Casimira, que, aunque pendiente de la radio, no deja de trabajar como una burra.

¡Vaya un lío que se montó a cuenta de la dichosa radio y sus culebrones! Se convirtió en la manzana de la discordia entre las dos viejas. Casimira la compró a plazos y todavía la está pagando. Y lo que es peor: tras una trifulca con *tu señor abuela*, que la acusaba de abandonar el corral por culpa de *esos pasatiempos de holgazanes*, Casimira, en un rapto de orgullo, se brindó a pagar de su bolsillo una parte de la corriente eléctrica. La abuela no rechazó tal *contribución a los gastos domésticos* y, a regañadientes, tuvo que consentir que gallinas, cerdos y conejos comieran a las diez, y además como los pavos, porque la vieja criada no quería perderse el serial de las once y veinte y sus infinitas

variantes sobre las angustias del incesto. A pesar de tal acuerdo, *ese tío con faldas* (como llaman en la cocina a la abuela) se compró un reloj de bolsillo para controlar mejor los horarios de *esta pobre Casimira*, que es de su misma edad, y no menos cabezona que su jefa.

—¡Tengamos la fiesta en paz, por favor! —rezonga Casimira, quien, una vez terminado el capítulo, apaga la radio—. ¿No tiene usted nada mejor que hacer que darme por saco?

—¡Ya estamos! —murmura Andrea. Cuando Casimira trata de usted a la abuela, es que está muy enfadada.

La chica aguza el oído. El famoso grito de incredulidad (fingida) de la abuela no se hace esperar:

—¿Que te doy por saco? Tiene la caradura de refunfuñar cuando yo, la dueña…

—Sí, señor —corta la otra, inflexible—. Es la cuarta vez que viene usted a meter las narices en mi cocina, ¡que las he contado! Toda la mañana detrás de mí como un perro policía. Mire, un oficio que le hubiera ido como anillo al dedo: ¡el de policía! Ya lo sé, soy una deslenguada; hace cincuenta años que me lo dicen, ¡toda una eternidad! Pero esta mañana, a las cinco, cuando salté de la cama para preparar la comida de cumpleaños, no estaba usted aquí mirando el maldito reloj. ¡Esta mañana, a las cinco, estaba usted roncando, señora mía! —Y se pone a imitar el horrible gruñido de un gorrino en el matadero. A eso lo llama ella roncar.

La abuela se queda boquiabierta. Casimira, ya se sabe, no deja hablar a nadie. Y sigue:

—La verdad es que lo hago por Juliana, no por usted, bien lo sabe Dios. Pero, de todas formas, ya podría usted dejarme tranquila mientras oigo la radio. No creo que sea pedir demasiado. No la oigo con las manos, ni con los pies, como parece usted dar a entender. Y con los oídos no bato los huevos, ni voy y vengo cien veces al día de la cocina al gallinero. ¿O también tendría que quedarme sorda? A ver, dígame, ¿cómo, si no, quiere que esté al corriente de lo que pasa en el mundo? No me puedo permitir el lujo de ir a la capital dos veces al año como otras que yo me sé: yo soy pobre. ¿Alguna vez me ha visto irme de vacaciones, abandonar a las gallinas, aunque sea un solo domingo? Hoy, sin ir

más lejos, es fiesta, y aquí estoy preparando la comida de los cerdos. ¡Sí, señor; la de sus cerdos, no la de los míos! Y dé gracias de que no sea una beata como su hija mayor, porque ahora yo también estaría tan ricamente en la iglesia, con las manos entre flores, como ella, en lugar de estar aquí, con las manos entre desperdicios. ¡Ay, qué dura es la vida de los pobres!

—De todas las cruces que he soportado en mi vida, eres la más pesada. ¡Acabarás por hundirme bajo tierra! —contesta la abuela, contagiada a su vez por la retórica radiofónica.

Andrea las ve desde la ventana del cuarto de costura, atareadas, limpiando el corral, repartiendo grano, hierba fresca y berbajo; recogiendo los huevos y contando los conejos. Para las dos viejas, éste es un domingo más. El reloj-policía termina por desaparecer en un bolsillo del delantal de la abuela. Como siempre que se pelean, la paz se instaura de repente, tras una palabra o una risotada, sin mediación alguna. Y Casimira, entusiasmada, cuenta a la abuela con todo lujo de detalles el *emocionante* capítulo de esta mañana; y la tutea, diciéndole cada dos por tres «¡hija, tenías que haberlo oído!». La abuela clama, exclama, comenta el episodio. También ella es muy novelera, y Casimira lo sabe. Las dos viejas se conocen desde niñas y se saben de memoria.

Andrea, sonriente, entorna la ventana. No le hacen mucha gracia los seriales radiofónicos, sobre todo en la versión corregida y aumentada de Casimira.

Con la plancha en una mano y una esponja con engrudo en la otra, almidona por enésima vez los volantes del vestido de cumpleaños de Juliana. Su hermanilla, como la llamaba hasta ahora. Pero ya no, porque hoy Juliana cumple doce años. Habrá que hacerse a la idea de que se está haciendo mujer. A esa edad, el comportamiento sigue siendo infantil, pero la naturaleza cambia. Juliana es un ejemplo palpable. Se desarrolló muy pronto, tuvo la menstruación el año pasado, una noche de nieve. Andrea lo recuerda como si fuera ayer: aún compartían dormitorio. Un poco antes del amanecer, los llantos de la niña la despertaron. Andrea saltó de la cama, temiendo que fuese una pesadilla. Pero la niña estaba totalmente despierta. Una oscura flor se le dibujaba en el camisón. En la pálida penumbra, Juliana, crispada como una rama de majuelo, contemplaba horrorizada la sangrienta floración que manaba

de su cuerpo. Sollozaba. Andrea la abrazó diciéndole «no es nada, no es nada». Juliana no cesaba de repetir entre hipidos:

—¡Me voy a morir, tengo la misma enfermedad de mamá!

Andrea, aún muy joven, no sabía qué decirle ni qué hacer. Llamó a la abuela, a Casimira, a la tita. Pero nadie contestó. Todos habían salido a atender a los animales, o a tapar la paja con lonas, o a despejar el patio del metro de nieve que lo cubría. Los veía por la ventana: padre, Tonio, Noro, atareados, pala en ristre, haciendo blancos montículos a un lado y otro de la acequia. La abuela, capitán polar, daba las órdenes mientras echaba sal gorda en la escalera de entrada.

Bajó en busca de Casimira, paño de lágrimas de todo el mundo. Pero en vano. La cocina estaba vacía; la humeante cafetera, en la hornilla; y la radio, apagada. Encontró a la vieja criada en el corral, cerrando gallineros y conejeras, hablando sola como suele hacer cuando tiene la radio apagada. Presa de pánico, la muchacha la puso al corriente de lo que le pasaba a la niña.

Con el delantal lleno de huevos aún calientes, la vieja dijo:

—No me extraña. Está muy crecida. Con diez años ya tenía las tetillas tan hinchadas como forúnculos… Son palabras de tu tía, ¿recuerdas? Además, ¿cuál es el problema? Se lo tenías que haber explicado, en lugar de dejarla lloriquear.

—No me he atrevido, por la enfermedad de mamá.

—¿Pero me quieres decir qué tiene que ver en eso la enfermedad de tu madre? Eres tonta perdida, y ya tienes edad para ser un poco más espabilada. Hablaré con ella. ¡Coge los huevos! Y ten cuidado, estás temblando como una hoja. Lo que pasa es que la habéis mimado más de la cuenta: la niña por aquí… la niña por allá… Y, de pronto, se hace mujer y le asusta que le salga pecho y le baje la regla. De verdad, tu tía estaría más guapa con la boca cerrada, porque ella es la única culpable: todo el santo día diciendo que es pecado. ¡Pecado! Si ella lo dice, vale, pero en tal caso todas las mujeres seríamos pecados ambulantes. También tú eres un pecado, ¿no? Y no tuerzas la boca ni te hagas la remilgada. Tú ya sabes más de la cuenta, que no me engañas. ¿Te crees que no he notado tus flirteos con Tonio? ¡Qué casualidad que siempre estés dispuesta a irte con él para coger castañas…! ¡A saber si no habrás puesto *ya* la

mano donde no debes! Quita esas sábanas y trae agua caliente para que lave a esta niña de arriba abajo. No, ángel mío, no me lloriquees por unas gotitas de sangre. Esto es la regla, manojito de jazmín, y no tiene nada que ver con la enfermedad. A menos que todas las hembras seamos enfermas incurables, casi *in articulo mortis*. Porque te has convertido en una hembrita, en un cantarillo lleno que se vacía, en una fuentecilla que se despierta. ¡Ay, cuánto pesas para mis viejos brazos! Ponte de pie, no tengas miedo, ven a ver la nieve por la ventana. ¡Ay, ay, ay, esos ojitos encarnados que parecen moras! Bueno, ya está, sécate las lágrimas y vente conmigo a oír la radio, que te voy a hacer torticas. Esto te va a pasar una vez al mes, ¿sabes? Nada más. Y no te preocupes, ¿vale? Te enseñaré a lavarte tú sola, como enseñé a tu hermana.

—¿Andrea también ha estado mala?

—Mala no. ¡Te prohíbo que digas esa palabra! Claro que sí, le llegó antes que a ti, como nos llega a todas nosotras. ¡No iba a ser ella distinta de las demás! Es un poco tonta, de acuerdo, y se ahoga en un vaso de agua, pero no es ningún monstruo, que yo sepa. ¡Ay, que se sale la leche! En esta casa tengo que estar pendiente de todo… ¡Cierra la puerta para que no se escape!

Lágrimas mezcladas con risas: con Casimira no hay dramas. Siempre sabe transformarlos en bromas.

Andrea sonríe. Las cosas son como deben ser. Ya que su hermana se hace mujer y empieza a tener problemas de mujer, hay que acostumbrar a los demás a que la consideren *como tal*. Sobre todo, en casa. Se acabaron los «niña»; ahora es una señorita, como ella. Una Juliana distinta que va entrando muy deprisa en el mundo de las mujeres. Y habrá que llamarla por su verdadero nombre, olvidando los *corazón mío*, *chiquitina*, *lucero* o *cosita mía* (esto último lo dice Casimira, que lo habrá oído en la radio, aunque Andrea reconoce que, por una vez, la expresión es bonita).

Entre tía Dolores y Juliana se produjeron algunas discusiones (¡casi peleas!) por culpa del vestido de cumpleaños. La tita lo quería de color *rosa inocencia*, y ella, rojo. Sí, puede que fuera un poco exagerado un vestido rojo para una chica de doce años, pero teniendo en cuenta que su tía tiende a confundir el color rojo con el diablo, uniendo a ambos en estandarte del pecado, Andrea no dudó en atizar el fuego. Ocurrió un sábado, después de cenar. Padre

mordisqueaba su puro. Tonio había encendido un pitillo y a Noro acababan de prohibirle que fumara en la mesa. «No tienes edad, eres un crío», cantaba Juliana a coro con la abuela. Con la cara en el cénit de la consternación, tía Dolores preguntó entonces si ella, Andrea, no quería, *por un casual*, convertir a su hermanita en una auténtica zorra. Aquello parecía Troya. Los hombres tuvieron que salir del comedor (encabezados por Noro, cuyas ganas de fumar a escondidas le incitaban a levantarse el primero, como un *empleado respetuoso*, según Casimira, que, guasona, le decía por lo bajini: «¡Ten cuidado, el tabaco produce impotencia en los hombres!») y la abuela tuvo que intervenir, llamando al orden a tía y sobrina. Pero ya no había remedio. Estaba claro que a Juliana le gustaba el *color del pecado* y estaba empestillada en vestirse de rojo. Sin miedo al bastón autoritario de la abuela, afirmó ante el gineceo que cumpliría *doce años rojos* o que no cumpliría ninguno.

Como siempre, Casimira encontró una solución de compromiso (a medio camino entre ambos extremos, explicó, modesta) que consiguió ponerlas de acuerdo (salvo a Juliana, que la acusó de nadar y guardar la ropa): una tela blanca con lunares rojos, discreta y vaporosa, muy apropiada para una jovencita, que encontró *por casualidad* en el batiburrillo de un vendedor ambulante. «Estaba medio escondida bajo una alfombra oriental y, por suerte, di con ella.»

¡Y aquí está el famoso vestido de cumpleaños! Hay que reconocer que tiene un cierto aire de disfraz, como si Juliana fuera a los toros y no a una misa solemne; pero al menos es un vestido de señorita, no de muñeca. Un revuelo de volantes colgado de una percha. Las pinzas del pecho y los frunces de la cintura ponen de manifiesto un busto y unas caderas de adulta.

La mirada de Andrea se vuelve cómplice, y su sonrisa, coqueta. Concibió este vestido de adolescente para dar jaque a las blusas y refajos con los que la tita se empeña en encorsetar el cuerpo de su hermana. Esta noche, en el baile, Juliana será, *seguro*, el centro de atención: los muchachos descubrirán por primera vez su naturaleza oculta de mujer en hierbas, como dice Casimira. Ha llegado el momento. En esta familia en que la única enfermedad hereditaria es nacer hembra, lo más importante es preparar la boda desde que se tiene uso de razón. Vivimos de la tierra y la tierra necesita hombres.

En eso la abuela es categórica. Salvo a la nieta de Casimira, la Rosita (que considera en cierto modo de la familia, aunque la puso de patitas en la calle a la primera de cambio), nunca contrató en la casa a ninguna mujer. Sin embargo, decidió que ella, Andrea, se casaría con Tonio, niño del orfanato como Noro. No le importa su procedencia: son unos buenos chicos, lo demuestran a diario en el trabajo. La abuela les tiene más consideración que a los pocos herederos de tres al cuarto que hay en la comarca… ¿Será porque proceden de un lugar en donde nadie tiene pasado? Sea como fuere, la abuela no quiere hombres con *lastre* familiar: según ella, las familias de los maridos sólo saben meter las narices donde no las llaman. Con padre ocurrió lo mismo: nada de parientes. Según Casimira, a él no lo sacaron del orfanato sino de una feria de ganado, por aquí cerca; pero eso sí, era huérfano. Para la abuela, es señal de honradez, de fidelidad inquebrantable a la *sagrada causa* de la Cornisa, como proclama Casimira con su mejor voz radiofónica.

Y Andrea sonríe, como siempre que recuerda a la vieja criada contándole, a escondidas, la crónica familiar. La abuela nunca toleró que le hicieran la menor pregunta sobre el pasado. Así que había que informarse en la cocina, de donde salía, cuando era pequeña, cada vez más admirada del formidable carácter de *tu señor abuela*. «Algún día seré como ella… Exactamente igual.» Y recuerda cómo se compró, con sus primeros ahorros, un cuadernillo negro, reproducción en miniatura del libro de cuentas que la abuela guardaba bajo llave en el cofre de ébano. Anotaba en él los días de fiesta y los que tenía escuela, el número de conejos de las camadas de primavera, los huevos que sorbía Casimira para *mantenerse en forma*…

Está a menudo en desacuerdo con la tita o con padre, pero nunca con la abuela, que tiene una gran experiencia de la vida. Ella sí sabe lo que hace; siempre lo ha sabido. Por eso jamás se le ocurrió llevarle la contraria. En el fondo de su corazón, Andrea ya ha aceptado casarse con Tonio. No encontrará nada mejor en el pueblo ni en sus alrededores, incluyendo a los hijos de algunos ricos comerciantes de la comarca. Tampoco hay mucho donde elegir, seamos realistas. Tonio está al alcance de su mano, es serio, habla poco, no frecuenta los bailes ni suele jugar a las cartas los domingos por la tarde en el casino. No le gusta irse de parranda a la ciudad, como a otros muchos. Desde

que la abuela le dio a entender que lo había elegido para que algún día *se integrara* en la familia Cuervo, sólo siente respeto hacia ella, Andrea, que, por naturaleza, tampoco es muy dada a las picardías, como dice Casimira hablando de ciertas mujeres. Será un buen marido: honrado, trabajador y fiel. La abuela está convencida de que con él las cuentas siempre estarán claras. Qué más da que no pertenezca a una familia importante, como parece deplorar tía Dolores.

Bueno, van a dar las diez y media; la tita y Juliana deben de estar a punto de regresar de la iglesia.

Andrea sonríe, esta vez llena de comprensión hacia su tía. Porque ella también pasó, de pequeña, por esas confesiones que son la debilidad de la tita. Nada serio. Para crecer con normalidad, una niña debe saber distinguir el bien del mal, conocer la diferencia abismal entre vicio y virtud. No para hacerse beata (en eso la tita se pasa un poco, como todas las solteronas), sino para ser capaz de sopesar las cosas de la vida, las buenas y las malas. La tita tiene razón: hay demasiadas muchachas perdidas en este mundo. La Rosita, sin ir más lejos, va de puta, todo el mundo lo sabe (pero Casimira saca las uñas cuando le tocan a *su carne* y no se priva de denigrar a quienes la denigran, empezando por la tita, y afirma que es una profesión de lo más social. «Sí, señora, pregúnteselo a los machos; sí, señor cura, un oficio como otro cualquiera; en todo caso, mejor pagado y más independiente que el de criada, ¡y sé lo que me digo!»).

Durante mucho tiempo, la abuela no se dio por enterada («es asunto nuestro», decía Casimira, misteriosa), pero la puso de patitas en la calle el día en que descubrió que padre iba a verla por las noches para desahogarse. Un mes de preaviso y punto. Casimira se pasó dos o tres días enfurruñada y terminó por resignarse. La abuela nunca dio explicaciones, ni tampoco regañó a padre. Su comportamiento debió de parecerle de lo más normal; no hay que olvidar que mamá está enferma desde que nació Juliana. Y, para un hombre, doce años sin mujer deben de ser una tremenda privación. Pero vaya usted a explicárselo a Casimira, quien, con su mejor espíritu radiofónico, lo acusó de corrupción de menores… Aquel día, hizo huelga de brazos caídos. Con la mirada altanera, la abuela se puso el delantal de hule y la sustituyó en la cocina. Canturreando. Casimira también… Nadie entendió nada de sus tejemanejes.

El calor estival entra por la ventana del cuarto de costura. Afuera, los quintetos de cigarras inician sus acordes y dentro de media hora los cri-cri llegarán a los montes y se mezclarán con los cencerros de los rebaños. Andrea se acerca a la ventana para entornar los postigos. Echa un vistazo a la calle: ni rastro de su hermana, ni rastro de su tía, pero ve a Inés, la otra nieta de Casimira, con su cesto de rafia en la mano, entrando por la verja de la Cornisa. Andrea le sonríe y, con un gesto de bienvenida, le indica que entre directamente por la puerta principal. ¡Cómo ha crecido esta Inés…! Pero va por buen camino; nada que ver con su hermana la Rosita. Se nota con sólo mirarla a los ojos: limpios como el agua clara. Lo dice la tita, y si lo dice ella… Debe de tener la misma edad de Juliana y, en un par de años, cuando salga del colegio de monjas, vendrá a ayudar a Casimira. La abuela la ha invitado a la comida de cumpleaños. Cuando se trata de celebraciones, la abuela olvida las diferencias sociales y quiere que todos disfruten. ¡Hasta ha comprado trajes nuevos para Tonio y Noro! Ambos son, de momento, simples asalariados, y aunque Tonio pase por ser su novio oficial la abuela no hace diferencias entre uno y otro. Auténtica abuela para todos: es su manera de ser. «Un sentido profundo del matriarcado», como dice Casimira, comparándola con algún personaje de folletín y añadiendo de paso que tiene el carácter noble de los tiempos remotos. Y es verdad. Sacó del orfanato a Tonio y a Noro sin ningún recelo. Les guarda escrupulosamente su peculio para cuando sean mayores, veintiún años o más, o para casos de urgencia: enfermedad o matrimonio. Como no tienen familia, a la abuela no se le ocurre pensar en otras contingencias. Lo que está claro es que no harán el servicio militar: se libran automáticamente por orfandad. La abuela se informó al respecto antes de rubricar los papeles *de adopción por razones de trabajo*.

—¡En fin! —suspira Andrea, sonriente. Cierra la tabla de planchar, recoge plancha y almidón y echa una tierna mirada al vestido de cumpleaños de su hermanita. De pronto recuerda que la abuela le había pedido que ayudara a Casimira: «No podemos contar con tu tía, y la pobre mujer debe de estar desbordada. Sigue siendo muy brava, pero es demasiado vieja, qué le vamos a hacer».

Andrea abre la puerta de la cocina, contigua al cuarto de costura. Oye la voz de la radio que emite sin descanso las peripecias de un amor desgraciado. «Por lo visto la felicidad nunca ha tenido mucha audiencia», se dice la muchacha.

Tía y sobrina regresan de la iglesia. En silencio.

La tía, parapetada tras ese aspecto de perpetua consternación que terminó por romper la armonía de sus rasgos; la sobrina, tranquila y serena, con unas ojeras de cansancio que resaltan, por su leve contraste, la exuberante salud de sus doce años.

La esbelta Juliana se parece físicamente a la abuela. La blusa azul celeste, amplia como debe ser para una niña de su edad, deja adivinar, no obstante, ciertas redondeces, una fuerza carnal que se va despertando y que el rostro demasiado infantil no consigue atenuar. Casimira la llama *sol precoz*. A la chiquilla le gusta. En su belleza hay algo confuso y turbador, algo indefinido como un cambio de estación, algo trémulo como el agua a punto de hervir. A veces da la impresión de que su limpia mirada ya ha aprendido a esconderse tras un *angelismo de circunstancias*, hoja traslúcida que cambia de color al menor soplo de viento. Sus manos son infantiles, imprecisas e imprevisibles; sus labios, frutos henchidos de azúcar. Ignora la línea recta y sus pasos la llevan de un lado a otro, respondiendo a múltiples llamadas, a deseos incontrolados: como si el gran armazón de sus huesos y la carne de sus caderas no estuviesen sometidos a las leyes de la gravedad.

Suda mucho y exhala aromas de niñez y pubertad. Las moscas veraniegas dudan entre la salivilla que le humedece las comisuras de los labios y el pliegue húmedo del bajo vientre, que cubre el ligero vestido. Las aparta con un leve movimiento de la mano, entre vuelo y gesto, carente de energía. Está claro que necesita un baño: apesta a cera y al aliento agonizante de las flores de iglesia.

—Tienes el baño preparado, ángel mío —le suelta Casimira olisqueándola de lejos—. Te lo voy a dar.

Se sube las mangas del vestido grisáceo.

—Eso es, lávala bien —dice tía Dolores—. Y no olvides ponerte los guantes de goma que te compré. Mi sobrina está pura como los encajes del pañuelo de la Virgen. Una hora de confesionario y dos de penitencia. ¡Así que

ponte los guantes! Y el agua bien fría, para no tentar al demonio. El día va a ser espantoso: sólo son las diez y media y la plaza parece un horno. La gente tendría que venir al mundo en invierno, sería mejor para los bautizos y los cumpleaños.

—Deberías proponerlo a Su Santidad: las bodas, sólo en primavera. No tendríamos problemas en verano.

—¡Y date prisa! El señor cura me ha recordado, reloj en mano, que la misa de doce no empieza a las dos, como parece que nos creemos todos.

—¡Aquí, ya se sabe: cada cual va a su aire!

—¿Ya han vuelto los demás?

—Están a punto de llegar, han terminado el riego. La acequia ya no trae agua.

—¿Y mi madre?

—¡Desaparecida! —ríe, burlona, Casimira—. ¡Haces cada pregunta, hija! Está en todas partes y en ningún sitio, como siempre.

Tía Dolores masculla afligida:

—Lo sé. Llegará la última.

—Tu madre no es de las que pierden el culo por ir a la iglesia. En eso se parece a mí —asiente Casimira con regocijo.

Tía Dolores le echa una mirada aviesa.

—No se te olvide prepararle la mantilla, que ella no cae en esas cosas. ¿Cómo llevas la comida?

—Sólo tengo dos manos.

—Y una radio, para no pensar en lo que haces. —¡Ya estamos! —gruñe Casimira. Se encoge de hombros y empuja a Juliana hacia la cocina.

—¿Y Andrea?

—Decorando la tarta. Tampoco ella ha parado un momento.

—Voy a ver a mi hermana. ¿Has corrido las cortinas de su cuarto?

—Sí. Y he puesto un manojo de albahaca. Está dormida. Será mejor que no la despiertes.

—¡Es el cumpleaños de su hija! Una vez al año, podría hacer un esfuerzo.

—¿Qué esfuerzo? Cada uno lleva su cruz como puede.

—Y ella la lleva durmiendo.

—¿Qué culpa tiene la pobre? Até a los perros en cuanto la venció el sueño. Se mueven demasiado. No la dejan en paz.

—¿Y el gato?

—Con ella. ¡Roncando a todo roncar!

Entran en la cocina atestada de cacerolas, bandejas rebosantes de vituallas, barreños llenos de agua caliente esperando la llegada de los hombres. Como un vivaque en plenas maniobras. Tía Dolores tiene un gesto de asco. Su fina nariz, asaltada por la mezcla de olores a conejo al ajillo, a caramelo y a especias, inspira con dificultad. Con un pañuelo en la boca contempla a Andrea, que, muy aplicada, está adornando una enorme tarta con copos de nata montada.

—¿Has planchado el vestido?

—Sí, tía.

—Me duele la barriga —se queja Juliana con voz de cría—. Y tengo la cabeza ardiendo.

—Son los rulos, tesoro —dice su hermana—. Te los quitaré en cuanto te hayas bañado. Ten un poco de paciencia, no todos los días se cumplen años.

—¡Daos prisa! —dice tía Dolores antes de desaparecer con el fiel fantasma de su consternación pisándole los talones.

La habitación de la enferma está sumida en la penumbra.

Sin hacer ruido, Dolores cierra la puerta con cerrojo. Se le ha suavizado el gesto, como cuando la claridad del alba sustituye a las sombras de la noche. Con un amplio movimiento de brazos, la mujer aparta la impalpable cortina de aire viciado que la separa de su hermana y se acerca hasta la cama. Sin gesto de asco; como si, por el contrario, respirase a gusto, profundamente.

—¿Adelaida?

No hay respuesta. El cuerpo no se mueve bajo las sábanas; sobre ellas, hecho un ovillo a los pies de la yaciente, el gato inmóvil.

Dolores se inclina sobre la cara dormida, la escudriña, la huele, besándola casi; luego, la acaricia con un dedo que va remodelando los rasgos hundidos por la larga enfermedad. Sonríe, se sienta en la mecedora y se balancea mientras lanza un largo suspiro. Los labios se le relajan dando paso a una sonrisa serena, extraña, como esos pájaros nocturnos que se quedan paralizados

a pesar de una amenaza cercana. Sonrisa flotante de fuego fatuo sobre una lápida. Algunas palabras comienzan a formarse en su boca, todavía inaudibles: sombras de palabras. Luego, toman cuerpo, sonoridad. El gato alza una oreja.

—Cariño, ¿me oyes?

La voz le tiembla, se ahoga.

—¡Adelaida, por favor!

Un débil suspiro se escapa de las sábanas.

—Sé que me oyes, no puedes engañarme: lo noto en que respiras con más tranquilidad. Ahora, enferma, te conozco mejor que antes, cuando tu salud parecía inquebrantable, como un don del cielo. Pero el cielo no regala nada. Te casaste mal, y éste es el resultado.

Un estertor de rechazo agita el cuerpo adormilado. La sonrisa de Dolores resplandece. Prosigue:

—Nuestra niña acaba de cumplir doce años. Lo vamos a celebrar hoy domingo, día de la Virgen. Para ser sincera, también celebro el grito de horror que te arrancó su nacimiento y, aún más terrorífico, el *otro grito*, aquel que lanzaste, en este mismo cuarto, la noche en que perdiste tu virginidad. Soy la única que lo recuerda; los demás sólo piensan en celebrar el nacimiento de la niña. *Juliana*. ¡Vaya un nombre! Lo elegiste tú sola, y nunca supimos por qué, nunca nos lo dijiste. No era el nombre de ninguna mujer de la familia, de alguna de nuestras muertas, como el tuyo o el mío, o el de Andrea; madre estaba segura de ello. *¡Juliana!* Nunca conseguiré pronunciarlo sin esfuerzo, sin el sentimiento de nombrar un misterio.

De la cama emana una tufarada pestilente que impregna el vestido de Dolores. El cuerpo febril y adormilado de Adelaida supura. La mujer sentada se mece despacio, con una sonrisa desbordante. Su voz, segura y apacible, repta sobre las sábanas, alcanza el oído de la enferma por el que se cuela, socarrona. Gota de veneno que alguna tragedia de la antigüedad fuese destilando.

—Está creciendo como una flor, una *flor de azahar*. No es Casimira quien profiere tal bobería, sino su padre. La verdad es que está creciendo demasiado, y demasiado deprisa para mi gusto. Ya no es aquella criaturita a quien se le perdonaba todo, por tu ausencia. No, ya no es una niña; al menos, por fuera. Por dentro, no lo sé. Su interior es como su nombre, un misterio. Pero crece y

crece, desbordante… Al verla crecer, tengo a veces la impresión de asistir, impotente, al estallido de una epidemia de impudicia imposible de detener. Ya no consigo aplastarle el pecho, hinchado como un panadizo, ni contener sus caderas por babor y estribor… Me temo que pronto nos va a causar problemas. Es ley de vida, lo sé, pero eso no quita para que me preocupe. Sí, *está creciendo demasiado deprisa*. Además, ha conseguido que todos te olviden. Dicen que tu enfermedad es tan sólo el precio que debemos pagar por su belleza. Un justo precio, dicen. Ya no se sienten culpables, porque ella ha expulsado la vergüenza de sus mentes. Por eso los odio. ¡No, a ella no! A *los otros*. Ella ni siquiera es consciente de haber sido la causa de tu silencio; nunca ha oído tu voz. Antes de que naciera, siempre estabas cantando. Yo me llenaba con tu voz, que me parecía *celestial*, ¿te acuerdas? Luego, al nacer Juliana, tu canto se tornó estertor, gemido que traspasó mi sueño y desalojó tu verdadera voz, que, desde entonces, vive en mí, me posee. Su recuerdo es mi demonio personal, está en mí, es yo.

Las sábanas parecen estremecerse. Pequeñas, imperceptibles olas de sombra recorren su superficie. Con gran esfuerzo, la cabeza de la enferma se vuelve hacia la pared. El gato se estira, bosteza, se hace de nuevo un ovillo, ronronea, se duerme. Con el rostro impasible, Dolores se levanta pausadamente, cambia de sitio la mecedora y vuelve a sentarse frente a su hermana. No ha dejado de sonreír, ni tampoco ha desviado un milímetro la mirada hermética que posa sobre el rostro macilento, inexpresivo como una ventana cerrada.

—No, tu hija no sabe nada de su nacimiento, ni de tus gritos, ni de tus sufrimientos; no sabe nada de la oscuridad a la que se te ha relegado. Cree que siempre has estado enferma, que fuiste concebida enferma; te ve como siempre te ha visto: una muerta viviente que no da más señal de vida que la supuración de tu sangriento manar; a ti, mi Cristo descuartizado, nuestro mártir y nuestro castigo. Sí, te ve como disociada de nuestras culpas, enclaustrada, distinta de la familia, ajena a todos nosotros. Como si madre y ese hombre salido de Dios sabe dónde, ese manco abyecto al que llama *papá* no hubieran sido instrumentos del diablo, únicos responsables de tu vida moribunda, de tu calvario. Sí, ella lo ignora todo. Guardamos el secreto. Yo, la primera.

Tras aquellos kiries de lamentaciones, la mujer sentada se pone a espiar la respiración de su hermana. Como siempre, coloca un espejito ante la boca de la enferma y luego lo mira, lo limpia, sonríe y murmura:

—Sigues viva.

El silencio, roto un instante por el balanceo fantasmal de la mecedora, vuelve a instaurarse pero por poco tiempo.

—Tampoco es culpa mía. Me hubiese gustado tanto hablarle, decirle: «Tu nacimiento fue el inicio de su muerte». No por maldad, como pretende madre, que yo no soy mala. Sino para ayudar a que despierte su conciencia y así participe en nuestra angustia común y practique la virtud del remordimiento. Pero madre me hubiese matado y callé. Fue ella quien me impuso el silencio, de igual manera que decidió tu boda hace tiempo. Siempre ha sabido aprovecharse de nuestra debilidad. Y tu hija actúa como los demás, vive como los demás: en la impunidad… ¡Cariño, no vuelvas la cabeza, sabes cuánto quiero a tu Juliana! Es mi deber amar todo lo que ha nacido de ti, empezando por tu propio quebranto. No es fácil amar las causas de esta muerte a la que te veo acostumbrada. Estoy enfadada conmigo misma, créeme. ¡Si lo hubiera sabido! Habría dicho *sí*, *quiero* y ahora estaría en tu lugar, te habría salvado. Pero yo era tan joven entonces, tan ignorante, que no podía imaginar que madre estuviera decidida a quedarse con *ese hombre* a toda costa, en mi cama o en la tuya. ¡Qué le importaba a ella! Lo sacrifica todo a sus tierras, más dignas de respeto que las personas. Para proteger sus tierras de la vergüenza, como ella dice, precipitó la muerte de padre echándolo de la Cornisa, impidió que el abuelo se volviera a casar pregonando a los cuatro vientos que no era más que un viejo loco lujurioso. Sin embargo, me consta que adoraba al pobre hombre. ¿Te acuerdas de él, con el pelo blanco, encerrado como tú en su cuarto, aislado del resto del mundo? De pequeñas, tú y yo íbamos a verlo a escondidas, aprovechando las ausencias de mamá…

»*¡Mamá!* No sé por qué digo esa palabra, no me sale del corazón. No es una madre, nunca piensa en los demás, sólo hace lo que le viene en gana. ¡La dignidad de la que tanto se pavonea…, puro engaño! La pobre Casimira lo sabe muy bien: madre sólo se quedó con ella para que se acostara con el abuelo, o sea, para el pecado: no consintió que se casaran. Su orgullo, el orgullo de los

Cuervo, no podía tolerar, ni siquiera consentir por caridad cristiana, el tener como madrastra a la que, a fin de cuentas, era sólo su criada para todo. Y digo bien *para todo*: la obligó a que hiciera de puta en la cama del abuelo (y gratis, que es peor). Sé que Dios la castigará. Aquí o donde sea. Ya tiene un anticipo del castigo divino: tú. Pero no es suficiente. Tú, mi muerta idolatrada, no eres sólo su penitencia, eres también la mía, mi parte de expiación en este mundo. Lo único que hemos tenido en común, madre y yo, es nuestro cariño hacia ti. Cuando eras todavía un bebé, ella te arrancaba de mis brazos, yo te arrancaba de los suyos. Ella te llamaba *mi sol naciente*; yo, *mi luna de medianoche*. Ella, *mi espiga de trigo*; yo, *mi eucaristía*. Te llamábamos con los nombres más tiernos, con los que nunca hubiéramos llamado a nadie, ni siquiera a los ángeles del cielo. Ella, *alegría de mi carne*; yo, *llantos de mi alma*. Nos peleábamos por tu amor como dos rameras por una joya. Tu risa era la única luz que nos hacía sonreír al unísono. Tu llanto era el único drama que nos ponía de acuerdo para consolarte. Por lo demás, madre y yo éramos dos extrañas, o dos enemigas. Y con Juliana nos pasa lo mismo. Ella la llama *aliento de mi corazón*, y yo, *mi cáliz de amargura*; ella, *mi resurrecció*n, y yo, *mi vía crucis*. Ya era hora de que lo supieras. Y cuando llegue el momento, te marcharás tranquila. Por nuestra parte, seguimos siendo las mismas. Por el lado de la vida, todo sigue igual.

Gentes y bestias llegan en tropel. Rempujas, pañuelos atados al cuello, camisas pegadas al torso y pelajes brillantes forman una masa compacta bajo el sol. Cruzan la verja, se detienen en medio del patio, levantando nubes de polvo. Los hombres desenganchan la carreta, apilan arneses y aperos, llevan los mulos al abrevadero. Padre, silencioso como siempre que vuelve del trabajo, golpea suavemente el lomo de las bestias para templar su inquietud. La rasposa voz de la abuela se mezcla con las risas nerviosas de Tonio y de Noro.

—A ésos no les asustan los gritos del ama —gruñe la sentenciosa Casimira —. Aún son muy jóvenes, pero todo llegará. Cuanto más derecho es el junco, más lo dobla el viento.

No había acabado con sus refranes cuando los turbulentos muchachos invaden el cuarto de aseo reclamando su baño. Se detienen en seco, petrificados, boquiabiertos: ante sus ojos, vírgenes de toda visión de cuerpo femenino, se alza, inesperada, la desnudez de Juliana. Con tono amenazante y

jurando en arameo, Casimira les promete retorcerles los huevos si no se vuelven de espaldas inmediatamente.

—¿No os dais cuenta de que ya no es una niña, sino toda una señorita? ¡Más respeto! Si su tía se entera de que la habéis visto como su pobre madre la trajo al mundo, os saca los ojos, para que aprendáis. ¡Largo de aquí…! ¡En cuanto la seque estoy con vosotros, partida de guarros!

Su diatriba falsamente sulfurada no da resultado. Los ojos de los muchachos, redondos como platos, abiertos de par en par, se pegan a ese cuerpo cuyos relieves sobresalen esplendorosos, observando simultáneamente cada detalle de su anatomía: las redondeces parpadeantes del pecho, el nido de insecto del ombligo, la negra bocana del bajo vientre, adonde su atención se precipita, vertiginosa. Todo él desprende una sorda atracción, como un reclamo irresistible que les atrapa la mirada hasta entonces sólo turbada por los confusos fantasmas de la soledad. Tonio es el primero en mirar para otro lado: de repente, piensa en Andrea.

La risa de Juliana estalla, entre inocente y provocativa, afectada por la histérica tonalidad propia de la pubertad, con intermitencias muy agudas. La chiquilla no es consciente de su cuerpo, pero éste percibe al instante el efecto que su descubrimiento produce en los ojos masculinos. Es una sensación inefable, extraña para su mente, que se manifiesta en ese lugar soterrado y profundo que algún día la chica llamará, sin duda, «sus entrañas». De momento, no tiene ni gesto de pudor, ni movimiento de vergüenza, pero su campo visual cambia bruscamente: ha descubierto las chispas eléctricas de la codicia del macho. Se ha encendido la pólvora.

Riendo aún más fuerte, la chica se agacha y les lanza largas flechas líquidas de agua jabonosa. Los muchachos le responden con las toallas, que caen deplorablemente en la bañera, como velas naufragadas. Entremezclan, en broma, gritos y amenazas; el juego puede eternizase. Pero Casimira, escoba en ristre, restablece el orden. Los dos agitadores escapan a toda prisa. Después, la vieja criada confía el soliviantado cuerpo de la niña a los cuidados de su hermana mayor: colonia, cepillo del pelo y pintauñas. «¿No te puedes estar quieta un momento?» Sobre la cama, el vestido blanco de lunares rojos espera a una Bella Durmiente que despierta sin remedio del sueño de la infancia.

Tanto en la planta baja como arriba, tanto en el patio como bajo techo, la Cornisa se llena de ruidos: radio de Casimira, alboroto en el palomar, idas y venidas de todos. Los dos perros canela gruñen, atados a las argollas de su caseta; sus ladridos terminan en gemidos de impaciencia. Una vaca muge con obstinación en el establo, una burra rebuzna, un gallo emite un quiquiriquí intempestivo, un cerdo gruñe y se enfurruña. Tal lenguaje indica sorpresa y protesta, como si a los animales no les pareciese normal acabar su jornada laboral a las once de la mañana. Las campanas, con su revuelo, se unen al concierto: primer toque para la misa de doce; le seguirán otros dos; luego, las treinta campanadas rituales y, finalmente, *la solitaria*, estrepitosa campanada que deshace inmediatamente los grupos reunidos en el pórtico y apremia a los rezagados.

Nerviosa, Casimira sube al máximo el volumen de la radio, que grita como matalón azotado: «¡Hijo, cómo has podido casarte con esa mujer! ¡Es la hija de un obrero!».

La vieja criada, que se compadece más que nadie de las desgracias radiofónicas, mueve la cabeza. Coge un barreño, lo llena de agua hirviendo e irrumpe en el cuarto de aseo. Completamente desnudos, Tonio y Noro se rascan la roña, mientras silban una especie de cantinela sin melodía. Grandes charcos junto a la bañera. Casimira suelta un taco como una casa, vierte el agua humeante, coge jabón y estropajo y se abalanza sobre los muchachos como una matrona de la antigüedad. Está de mal humor —o sea, en plena forma—, y se nota. Le gusta habérselas con los cuerpos desnudos de los muchachos y, aún más, ver cómo se hinchan ante sus ojos.

Tonio y Noro no oponen resistencia. Se dejan tocar por la vieja, complacientes: poco importa de quién sea la mano si es experta. Los domingos se lo pasan de miedo. La vieja libertina, que conoce los menores detalles de su anatomía en pleno desarrollo, concede generosos tocamientos y comentarios aduladores (como diría la radio). A los muchachos les encanta.

—Está claro que ya eres casi un hombre… ¡Hasta podrías pregonarlo a los cuatro vientos! —exclama con voz agradablemente sorprendida mientras frota con energía a Tonio—. ¿No te da vergüenza ponerte en ese estado ante mi reverenda persona?

Tonio se sonroja bajo la espuma y le arranca el estropajo.

—Déjame en paz, so…

La vieja se echa a reír y se vuelve hacia Noro.

—Ven aquí, chavalote. Te voy a restregar como se hace con los muertos: ¡hasta debajo de las uñas!

Cosquillas a flor de piel. Noro, encantado, se ríe por lo bajo. Sólo tiene dieciséis años, pero su cuerpo se desarrolla a ojos vistas, ansioso por alcanzar la plenitud. Casimira, guasona, glosa sobre el despertar de la virilidad en los jóvenes. «La tuya en particular, tesoro». Y la lava con dulzura. El muchacho se abandona con los ojos cerrados. Como en cada baño, va a disfrutar sin reservas en el agua removida de la bañera. Con las manos animadas de pronto por una ternura que no ha envejecido, Casimira lo trastea. A la mente del chico acuden recuerdos de otras hazañas que su memoria acoge con alegría: sus *pecados seculares*, como los llama, entre dientes, la boca consternada de tía Dolores.

El muchacho sonríe con los ojos cerrados. Piensa en esa forma que, hasta entonces, nunca había tenido perfil: el cuerpo de una mujer. ¿O son meras imaginaciones de su propio cuerpo, ajenas a su mente? Estallido interno que se libera en el agua jabonosa, temblor de piernas que provocan remolinos de espuma, gemido inaudible, perlas de sudor que se confunden con las gotas de agua sobre su labio superior, brusca relajación de los músculos… Sensación de desmayo entre los brazos de la vieja pecadora.

Hoy, por fin, esa forma ha adquirido cara y cuerpo: el rostro infantil de Juliana y sus carnes desnudas han iluminado con un destello indeleble la tórrida niebla del cuarto de aseo. El muchacho está en la gloria.

Pero la realidad se impone. A través de puertas y paredes, se oyen de nuevo las órdenes de la abuela; huele a conejo al ajillo que hierve a fuego lento; Inés llama: «Abuela, ¿estás ahí?». Casimira, tornándose arisca de pronto, vuelve a su ser:

—Abrochaos el cuello y poneos una corbata, no quiero ver en misa a ningún muchacho *más elegante* que vosotros. Doña Dolores se va a poner sus perlas; la señorita Andrea, su vestido de seda; don Juan, su chaleco y la cadena de oro; la niña, el vestido blanco de lunares rojos; y la señora ama, su mantilla y su cruz de jade. A vosotros os quiero con corbata. Sois dos mozos guapos, y

casi de la familia; ya va siendo hora de que aprendáis a comportaros como Dios manda. Por la tarde, iremos todos al baile. ¡Y cortaos las uñas! He puesto un ramillete de albahaca en el bolsillo superior de vuestros trajes nuevos: no lo vayáis a quitar so pretexto de que son cosas de mujeres, que os conozco; es para ahuyentar la peste a cera. En el baile tenéis que oler bien; si no, las chicas os darán calabazas. ¿Entendido?

Desde la puerta, la abuela los regaña:

—Pero ¿qué hacéis ahí en calzoncillos? ¡Venga, vestíos! Salimos en diez minutos.

Los muchachos se esfuman.

—¿Y tú no vienes a misa?

—Tengo aquí a mi nieta, y hay mucho trabajo en la cocina. ¿Cómo voy a ir?

—¡Claro, tú y tus excusas! Mi hija Dolores está ya casi histérica, te lo advierto. Según ella, siempre te las apañas para no poner los pies en la iglesia. Mejor dicho, en el *templo*, como ella dice; por mí, puedes hacer lo que quieras.

—No puedo estar en el plato y en las tajadas. ¡O termino la comida de cumpleaños o voy a misa, tú verás!

—¡Y eso que es una vez al año! Podías, al menos, hacer acto de presencia para la Consagración.

—Iré esta tarde al baile.

—¡De eso no me cabe duda!

—¿Tú vas a comulgar?

—¡Yo no! Mi estómago ya no soporta tales maceraciones… Además, mi hija comulga por todos nosotros siete veces por semana. Suficiente para convertirnos en primos hermanos de Dios… Bueno, que nos tenemos que ir. ¡Sobre todo, cuidado con la tarta! Sé que eres una excelente repostera, pero recuerda que el cura y las autoridades vendrán a tomar café y se comerán un trozo. Habrá bastante, ¿no?

—Para un regimiento.

—¡Estupendo! Las que hacía mi pobre madre eran como ruedas de carro, ¿te acuerdas? ¿Estáis listos? —grita a los del piso de arriba—. ¡Venga, abajo, que hay que estar en la iglesia en ocho minutos! ¡Que es para hoy!

Entra en la habitación de su hija Adelaida y posa en su frente el beso furtivo que le concede los días de fiesta. A ese beso lo llama ella su *bendición*, pero (según Casimira y tía Dolores, por una vez de acuerdo) se parece más a las monedas que se dan a los críos los domingos y días de fiesta.

La casa.

Se llama la Cornisa en recuerdo del litoral escarpado, cuna de la familia Cuervo. Un nombre que le va bien.

Construida en el cerro que domina el pueblo, se protege tras un muro erizado como un collar de moloso. Sólida, alza sus dos plantas cuadradas, que sólo el monte supera en altura. Las ventanas, de rejas labradas, vigilan los cuatro puntos cardinales. La austeridad de la fachada principal se ve atenuada por un amplio mirador cuyo enrejado borda un encaje de vidrio. Encalada y coqueta como un chalé de playa. Coronada por una capellina de tejas rojas, afinada por un minarete de palomar rematado con una veleta de cobre. Una bandera que ondeara orgullosa no la haría más altanera.

Alrededor de la casa, un patio circular acoge las dependencias: establo, granero, abrevadero y corral.

Ni un árbol.

La cancela da a la calle principal, que cruza la parte norte del pueblo, bajando de un tirón hasta la plaza del Reino y el pórtico de la iglesia.

Al igual que el ayuntamiento, el casino y el cuartel de la guardia civil, la Cornisa no lleva número de calle. Es única en su género. Los habitantes hablan de ella como si fuese el antepasado del pueblo, aunque, en realidad, éste se fundó muchísimo antes. Llegando por la carretera que rodea el monte y desemboca en el valle, se la ve antes incluso que el campanario de la iglesia, y es la última en desaparecer al alejarse del pueblo. Asaltada por vientos y lluvia, con el tejado cubierto por una gruesa capa de nieve o, como ahora, desnudo bajo un sol de justicia, la Cornisa parece eterna, inexpugnable, cercana y distante a la vez, como su dueña, doña Soledad Cuervo, quien, con el bastón de ébano de su padre y precedida por los perros canela que lleva de la correa, encabeza el cortejo de cumpleaños como una procesión. Y, muy a gusto en su papel de reina por un día, con su vestido nuevo, blanco de lunares rojos, que la

destaca de los demás, Juliana le pisa los talones. Va enredando con los perros y huele demasiado al *perfume oriental* que Andrea compra a los vendedores ambulantes, *auténtica fragancia de mujer* (según Casimira) que tía Dolores insiste en llamar *olor a puta*. A ambos lados de la chiquilla, engalanadas con ese aire solemne del que las Cuervo tanto se ufanan, tía y hermana le cubren los flancos. Aislado tras ellas, con el puro apagado entre los dedos y la gruesa cadena brillando sobre el abdomen, padre, a quien la gente llama «don Juan» o «el señor yerno de doña Soledad», según aparezca en público solo o acompañado por su suegra. A cuatro pasos de distancia, *la distancia del respeto*, los dos hijos del orfanato, Tonio y Noro, serios y endomingados («enjaezados como mulos de feria», murmura la gente).

Con la cabeza alta y mirando al frente, la tribu de los Cuervo cruza el pueblo en silencio. Tan sólo la abuela se permite, de vez en cuando, el privilegio de contestar con un movimiento de cabeza a los ceremoniosos saludos de los notables del lugar.

Con la mano en visera, Pepito Mariposa acecha ante la iglesia. Aguanta con estoicismo, bajo el ardiente sol, mordisqueando el tallo de un clavel y escupiendo las briznas, como haría un cachorro con las verduras chafadas en su primera comida de adulto.

—¡Todavía no! —responde cada vez que la voz de alguna invisible beata le pregunta. Gritos de impaciencia al otro lado de la puerta (¡no es cuestión de decir palabrotas en el sagrado recinto!).

En cuanto el clan, en orden de batalla, llega a la plaza del Reino, empieza a gesticular con los brazos como aspas de molino. Manera un tanto impertinente de decirles que se apresuren, piensa la tita. Pero es lógico: vestido desde hace más de un cuarto de hora, el señor cura debe estar de los nervios en la sacristía.

—Siempre pasa igual con la abuela: nunca aprenderá a respetar los horarios de culto, *reloj sagrado de Dios* —murmura tía Dolores con la cara más consternada que nunca—. ¡En fin, ya hemos llegado!

Dando un garboso giro sobre los talones, Pepito Mariposa desaparece del pórtico. Sólo tiene medio minuto para encender el incienso y ponerse la sobrepelliz de acólito.

La iglesia está abarrotada, salvo los tres bancos con reclinatorio de terciopelo situados en el centro del crucero, propiedad de la familia Cuervo. Los que están de pie (algunos, gente importante) contemplan, impacientes, la llegada del parsimonioso cortejo. Pero nadie se atrevería a adelantarse a la familia y ocupar los bancos sagrados. Hace unos años, cuando las solemnidades eclesiásticas aún gozaban de los favores de doña Soledad, esta exclusividad ancestral causaba serios problemas. Algunas personas relevantes no concebían verse entre los demás fieles, relegados a unos asientos que consideraban indignos de su posición. Para acabar con un conflicto *de todo punto inaudito* entre gentes de buena sociedad, el alcalde se decidió por fin a pagar lo que le pedía la abuela por el alquiler de un banco entero, o sea cinco asientos. Desde entonces, alcalde, juez de paz, secretario de ayuntamiento y guardias civiles se sientan con los Cuervo y los chicos del orfanato. Para preservar la altiva independencia de *la bienhechora del templo*, el señor cura corrió el sillón de la abuela hacia la derecha del altar mayor. Sillón que la mayoría de las veces se queda vacío ya que la señora Cuervo no es de las que pisan la iglesia así como así, como diría Casimira. Pero nunca se lo cede a nadie. Cuando vino al pueblo el señor obispo para consagrar la capilla de la Santa Patrona (reconstruida veinte años después de que pasaran por ella las *hordas rojas,* que la quemaron en una noche) fueron precisos cuatro días de duras negociaciones para que la vieja consintiera en dejarle su sitio. No asistió, ni qué decir tiene, a la ceremonia; sin embargo, invitó al prelado y a las fuerzas vivas de la ciudad a un memorable almuerzo en la Cornisa. Otro privilegio de la abuela: el permiso para entrar en la iglesia con sus perros canela, que, tumbados a sus pies, educados como marqueses, siguen, extrañados, el Santo Sacrificio sin emitir sus acostumbrados gruñidos. Es más, cuando el cura se dispone a consagrar el cuerpo de Cristo, alertados por el bastón de ébano de la abuela, alzan las orejas en señal de respetuosa atención.

La puerta de la sacristía se abre de repente, como de una patada. Con aspecto huraño, aparece el cura, gordo, completamente vestido de oro. Echa una mirada poco afable hacia el banco de los Cuervo. Delante de él, Pepito Mariposa, enfundado en blancos ropajes, maneja el incensario con virtuosismo.

Ambos suben los tres peldaños del altar mayor, esbozan una genuflexión y comienza la misa, cantada en un latín algo macarrónico. Normal: el tiempo, que todo lo estropea, no ha pasado en balde sobre la lengua del culto.

Encabezada por tía Dolores, toda la familia va, en fila india, a recibir el cuerpo de Cristo arrastrando tras ellos a notables y beatas. La abuela no se mueve. Padece un extraño caso de acidez gástrica que se manifiesta los días que le toca comulgar. Por lo visto, su estómago ya no soporta los misterios eucarísticos. Pidió que lo anunciasen desde el púlpito, dejando bien claro que había comprado una bula que la exoneraba de tales obligaciones de buena católica, al tiempo que le evitaba el fuego del infierno. Su hija Dolores se lo reprochó abiertamente, pero la abuela hizo caso omiso. «La bula —respondió — me ha costado un ojo de la cara, pero con la salvación eterna no se regatea. Siempre será mejor eso que quemar velas, que no beneficia a nadie: ¡dinero que se esfuma!»

Y ahí, ante sus ojos, tiene la prueba. Cientos de flores y de velas transforman la iglesia en un espectáculo de «luz y sonido» como diría la radio de Casimira. Nunca había estado así de adornada, ni siquiera cuando las fiestas patronales de la Virgen del Rosario, que, por cierto, hoy se muestra a la altura de las circunstancias: engalanada con sortijas y pendientes de amatista, resplandeciente en su manto azul sembrado de estrellas y, brillándole como una vía láctea en la mano derecha, el nuevo rosario de cristal de roca, regalo de Juliana. Todo eso cuesta un dineral, la mayor parte proveniente del bolsillo de la abuela.

La misa de cumpleaños es un auténtico éxito. Nadie intenta disimular su admiración. Ni los notables ni los simples fieles. Una beatífica sonrisa ilumina el semblante de Dolores, del que ha desaparecido todo rastro de consternación. Como si viviese en ella la belleza de una Adelaida que hubiera abandonado la penumbra de su cuarto de enferma para venir a inclinarse sobre este nuevo nacimiento de su hija Juliana… Más vale así, se dice la abuela entornando los ojos.

Enfundada en el vestido blanco de lunares rojos como un bombón envuelto en papel de colores, Juliana, también con los ojos cerrados, reza y sonríe. Plegaria distraída, sonrisa flotante de esas que dibuja en los labios un

bonito recuerdo. Dios, demasiado atento a los ritos litúrgicos o quizás adormilado, se ha escabullido de su mente. Pero ella no lo puede remediar: cuanto más intenta concentrarse en el desarrollo de la misa, más se le representa la escena de la bañera y se ve desnuda, chorreando, traspasada por la mirada de Noro y sus flechas encendidas. Se estremece. ¿Y si le gustara esta nueva forma de martirio cuyas representaciones van y vienen por su mente como fantasmas por una casa embrujada? De pronto se le ensombrece el rostro, como un cielo tormentoso. Pero el eclipse sólo dura unos instantes, y vuelve a sonreír sin reservas: está preparada para abandonar el mundo de la inocencia y adentrarse en otro, aún inexplorado.

Por el altar mayor, todo va sobre ruedas: Pepito Mariposa borda con maestría sus vocalizaciones de castrado, las beatas dan sus estridentes réplicas en el momento oportuno, el señor cura no se lía, como sí le suele ocurrir, con la lectura de la Epístola y termina por superarse en el sermón, haciendo hincapié en *esa edad difícil en que una chiquilla deja de serlo para dar paso, por desgracia, al despertar de una joven; un despertar que se podría calificar de conflicto armado entre el alma y el cuerpo, entre Dios y Satanás, algo así como una guerra santa a la que ninguna jovencita escapa. De modo que incumbe exclusivamente a la fe la delicada tarea de hallar el punto medio entre los dos polos de la naturaleza humana: el espíritu y la carne, suavizando la tensión del hilo tendido entre las antípodas para evitar la tirantez de la concupiscencia, ya que si la mujer está hecha para dar hombres a la tierra, como de todos es sabido y como nos lo enseña la Iglesia, eso no puede hacerse fuera del matrimonio, ni en el único terreno del sexo, como muchos parecen pensar hoy día*. Subraya estas últimas palabras mientras fulmina con mirada apocalíptica a algunas madres solteras medio escondidas tras las columnas. Las buenas almas se apresuran a asentir con la cabeza. *¡Matrimonio, y digo bien, a la vez sacramento y estado de gracia, derecho y deber, que nunca significó «unión libre» como algunos pretenden! De modo que, en esta niña que se transforma ante nuestros ojos, en este cuerpo que va cambiando rápidamente, saludemos a la madre que será y no a la mujer que, por desgracia, es desde ahora. Recemos por Juliana*.

«Plegaria totalmente inútil y fuera de lugar», piensa la abuela irritada. Se levanta de un salto, coge a sus perros con una mano y a Juliana con la otra, recorre a toda prisa la nave central con la frente muy alta y sale de la iglesia olvidando ostensiblemente la genuflexión de rigor ante la imagen de la Santa Patrona. Las madres solteras y otros descreídos salen tras ella. Cortejo contestatario, que cierra de mala gana el consternado semblante de tía Dolores. Como si de pronto se hubiesen apagado oros y velas, sonrisas y miradas; como si las flores se hubiesen marchitado y arrugado las sedas. Un acre olor a sudor campesino y a cera consumida invade la iglesia.

Arrodillado ante el Santo Sacramento, el cura no puede reprimir una palabrota dirigida a la abuela. «¡Amén!», responde Pepito Mariposa, quien, ahogado por el incienso, tose escandalosamente, se atraganta, se arruga a ojos vistas. Un guardia civil murmura:

—¡Maricón de mierda! Ni en la iglesia se puede comportar como un hombre. ¡Habría que arrancárselos!

«Nada serio», piensa el alcalde secándose la nuca con resignación. «Mera palabrería.»

En el pórtico, la abuela se quita la mantilla, la pliega con cuidado y le prende los alfileres de cabeza negra antes de meterla en el bolso. Como siempre, sus gestos son precisos, enérgicos, y el mohín de asco en sus labios delgados equivale a un punto final: le ha dado al culto el tiempo que todo buen cristiano le debe, así que no permanecerá ni un segundo más. Si es norma que cada familia tenga en su seno a una beata, le basta y le sobra con su hija Dolores.

Flanqueada por sus perros canela y por su nieta, doña Soledad Cuervo se dispone a cruzar la plaza del Reino con la mirada y la cabeza puestas en dirección a la Cornisa. Sus cabellos blancos, recogidos en un moño compacto sobre la nuca, brillan al sol como una bola de nieve encendida.

Donde se manifiesta el temperamento de la abuela es en su modo de martirizar la tierra con la punta del bastón de ébano de su padre, más que en su arrogancia de familia rica (como algunos pretenden). Para ella su matriarcado es una misión terrenal. Nunca inclinó la cabeza ante nada ni ante nadie: Dios,

hombre, mujer, sol, lluvia, nieve o viento. Su inquisidora mirada congela las palabras en los labios: ella es quien habla primero. Saluda y los demás responden. Lo contrario sería impensable. Perros canela y nieta son conscientes de ello, y ajustan el paso al suyo, como si fuese un rasgo hereditario del clan Cuervo; como una marca de nacimiento. Perros canela y nieta nunca se atreverían a mirar, ni siquiera de reojo, ni siquiera furtivamente, a los hombres reunidos a la sombra de los soportales del ayuntamiento, que se descubren al paso de doña Soledad. Con la abuela siempre se tiene la impresión de asistir a los fastos de unas honras fúnebres.

Los demás, parlanchines, chistosos o consternados, según los casos, la siguen en desorden, saludando con palabras o con gestos: cola de cortejo mortuorio que regresara a casa tras la inhumación. Nada que ver con un cumpleaños, piensa tristemente don Juan. Habrá que esperar a la comida y, luego, al baile.

Son casi las dos de la tarde. El sol provoca en el cielo de agosto chubascos de fuego. Astro metálico, relumbrante, pesado y acérrimo, que gravita como un ancestral pecado sobre la conciencia del pueblo, sin soltar su presa.

Muy a gusto en aquel achicharradero, Alfonso el cojo, emparentado con Casimira (parentesco lejano, corrige ésta, quisquillosa), prepara el casino para el gran baile de cumpleaños: riega la terraza y las macetas de geranios, dispone mesas y sillas, monta la tarima para la orquesta y cuelga guirnaldas en las vigas del porche, flores de papel que se abrirán esta tarde a la vez que los jazmines. Es un auténtico espectáculo verlo subir por la escalera plegable con su única pierna: como en el circo. Su muleta, que termina bajo el sobaco en cojincillo de terciopelo raído (su pierna para todo, como él la llama), sube y baja con él como si formara parte de su anatomía. Con el martillo en la mano y la boca llena de clavos, sudando a chorros, se seca con un pañuelo de cuadros sin dejar de canturrear una vieja coplilla. El sol, condensándose a su alrededor, parece licuarlo. Sin dejar de cantar introduce en el estribillo un comentario adulador hacia Juliana, pero ésta no vuelve la cabeza. Los perros canela gruñen: como todos los perros del mundo sienten aversión por los lisiados, por muy ágiles que sean. La abuela tira de las correas y, muy cortés, saluda al cojo en voz alta. Bajo los soportales, los notables carraspean, molestos. La cara de tía Dolores se

consterna aún más: se pone las gafas negras y oculta, tras la pantalla opaca, su mirada emponzoñada. No se ha quitado la mantilla, que se le pega al pelo como una membrana de vespertilio.

Los Cuervo, en formación, entran finalmente en la calle principal. A pesar de la cuesta, no disminuyen el paso, como inmunizados contra el ardor del sol. El vestido blanco de lunares rojos de Juliana brilla con el mismo resplandor que el pelo rojizo de los perros. La chiquilla sonríe y le bailan chiribitas en los ojos. Apretando la mano de doña Soledad, pregunta:

—Abuela, ¿es verdad que *ya* soy una mujer?

Doña Soledad no le contesta enseguida. Tras algunos pasos, le pregunta a su vez:

—¿Quién te ha dicho eso?

—El señor cura.

—Sí, ya oí al cura decir eso de *desde ahora*, ¡que no estoy sorda! ¿Quién más?

—Casimira, la tita, Andrea… ¡Todos!

—¿Y qué te han dicho?

—Esta mañana, mientras me bañaba, Casimira me dijo que olía como una flor.

—Esas tonterías se las saca de la radio. ¡A nadie se le ocurre decirle eso a una chica de tu edad!

—Andrea me ha dicho que a partir de ahora tengo que contárselo todo.

—¿Todo qué?

—No sé. Todo.

Doña Soledad se echa a reír.

—¡Qué prisa tienen!

—¿Prisa de qué, abuela?

—¿Y tu tía? ¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que apestaba como una… No recuerdo la palabra que ha empleado.

—No te preocupes… Para ésa sólo huele bien la iglesia.

La mole cuadrada de la Cornisa aparece allá arriba, encaramada al cerro pelado. La abuela la contempla con mirada de propietaria y aprieta con ternura

la rolliza mano de su nieta.

—Sí, tesoro, te estás haciendo mujer; creces muy deprisa… Demasiado, por lo que veo. Tú no tienes la culpa, claro, son cosas de la naturaleza: cada cual crece a su modo. Pero tómatelo con calma, no te precipites. No es sólo el cuerpo lo que nos convierte en mujeres, lo de dentro también cuenta. Mira nuestra casa: si fuera una persona como tú y yo, podríamos decir que ya es adulta porque es sólida. Pero necesitó su tiempo. Sin embargo, no se le ha añadido nada desde que la construyeron. Ni una teja. Fue la vida quien la hizo crecer, quien la convirtió en lo que es *ahora*… ¿Sabes cuántas generaciones de Cuervo ha visto crecer? Cinco. Mis abuelos, mis padres, yo misma, tus padres y, finalmente, Andrea y tú. Ya ves que también el tiempo obedece a unas reglas. Ya no eres una niña, cierto, pero tampoco eres una mujer en el verdadero sentido de la palabra. Mira a Andrea, por ejemplo. Se casará dentro de dos o tres años, y entonces se convertirá en una auténtica mujer. Todo eso se aprende poco a poco, no se gana nada haciéndose ilusiones. Estás creciendo, nada más. Como acabo de decirte, el tiempo tiene sus reglas, los días transcurren de uno en uno, no de dos en dos. Para nosotros es lo mismo, no hay que quemar etapas; cuanta más prisa tenemos por crecer, más envejecemos. ¿Me entiendes?

—Sí, abuela.

Ya no dicen nada más durante largos minutos. Tras ellas, la respiración jadeante de la familia, su atento silencio. La abuela nunca había hablado tanto tiempo seguido. Aunque no hayan captado sus palabras porque habla a media voz, son conscientes de que esta conversación privada es su contribución al cumpleaños de la niña. Que repite:

—Sí, abuela, te he entendido muy bien.

—¡Estupendo! —responde la vieja en voz alta.

El tono no admite réplica. Tono aliviado, como el punto final que se pone en la última frase de una carta escrita con grandes esfuerzos.

Es la señal de la distensión: las tripas de Noro hacen extraños ruidos, contenidos durante mucho rato; los perros alzan las orejas y Andrea y Juliana se parten de risa.

—¡Qué vergüenza! —masculla tía Dolores—. ¡A este chico no se le puede llevar a ninguna parte! ¡Y yo intentando enseñarle día y noche a comportarse

como Dios manda!

—Tiene hambre —corta la abuela irritada—. Se puso a trabajar al amanecer y no ha comido en toda la mañana por tu dichosa comunión. ¡Él no se alimenta con agua bendita!

Tía Dolores se muerde los labios. Juliana pregunta:

—Podré bailar esta tarde, ¿no?

—Claro que sí, mi vida. Para eso hemos organizado el baile. ¿Con quién te gustaría bailar?

—Con Noro. Casimira dice que sabe bailar. Y también con padre y con Tonio, como siempre.

—Tu padre y yo deberíamos quedarnos en casa, ¿verdad, hijo? No podemos dejar sola a tu madre.

—Se queda con el gato.

—¡Te quieres callar! —exclama la tita—. ¡Acabas de salir de la iglesia, todavía tienes el sabor del Santo Sacramento en la boca y ya estás pensando en bailoteos!

Juliana aprieta los labios, con lágrimas en los ojos.

—No te preocupes —dice la abuela a media voz—. Ésa le daría lecciones al mismísimo Dios. Hoy es tu cumpleaños, ya está. También ella tuvo los suyos, y si no supo aprovecharlos, peor para ella.

—Ya sé bailar el pasodoble —susurra la niña, adoptando inconscientemente el tono de su abuela—. Me enseñó Casimira.

—¡Y dale con Casimira! ¡Ésa sí que no pierde el tiempo!

La abuela tuerce la boca, pero sigue sonriendo a pesar suyo. Luego declara: «¡Ya hemos llegado!», y suelta a los perros, que entran reptando bajo la cancela de la Cornisa.

No, señorita santurrona, Casimira no se ha quedado de brazos cruzados cazando moscas como pretende Dolores, que se ha puesto a refunfuñar en cuanto ha entrado en la casa.

—¿Lo ves? —suspira ésta subrayando sus quejas con un índice acusador—. ¡Ni siquiera ha puesto las flores en el vestíbulo! ¡Con lo que me ha costado convencer al señor cura para que me diera algunos ramos! Ni ha cambiado el

aceite de la lamparilla de la Santa Patrona, ni ha encendido la mariposa, y, lo que es peor, tampoco ha vaporizado el cuarto de mi hermana, que apesta a gato. Me lo estaba temiendo: ¡la muy zorra —aprovecha la ausencia de la abuela, que no tolera tal calificativo— se ha pasado toda la santa mañana oyendo seriales! ¡En cuanto le da una la espalda, hala, a encender la radio de los demonios!

No es cierto. Pese a haber estado con el oído puesto en los sollozos y remordimientos de una burguesa sorprendida por su cuñada en flagrante delito de adulterio, la heroica Casimira no ha tenido un momento de descanso.

—¡Pues mire por dónde, señorita santurrona, por mucho que usted diga, la comida de cumpleaños está lista! —afirma con tono arisco.

—¡Ya vale! —dice la abuela—. Dejad de pelearos. —Y abre de par en par la puerta del comedor.

La vieja criada se ha superado. Ha vestido la mesa con el mantel de encaje, más que centenario, que sólo se pone en las grandes ocasiones, las bodas o las fiestas patronales; plata, porcelana y cristal encienden el hilo de Escocia, reflejando los claveles blancos y rojos; cerca de la puerta vidriera, un velador de caoba erigido en expositor desaparece bajo los regalos: cajas y paquetes adornados con lazos, y un sobre de color celeste con dinero (regalo de Casimira, que siempre va a lo práctico).

Ante tal espectáculo, Juliana piafa como un potrillo y besa a todo el mundo. Acompañada por los ladridos de los perros, con los brazos cargados de papel de regalo y cintas de alegres colores, va de uno a otro, con ojos brillantes, palabras balbucientes, besos fáciles. Su nueva mirada incierta, fugaz, inquieta, va rebotando como una pelota.

La tita detiene en seco su explosión de entusiasmo que le parece *casi indecente*, *nada conveniente*, y se queja del horrendo tufo que sube del patio. Baja las persianas. La luz se tamiza. Andrea observa la mesa con detenimiento y cuenta las sillas. Va indicando a cada uno su asiento, sin olvidar a Casimira ni a la tímida Inés, que contempla todo aquello sin atreverse a participar.

Preside la abuela, que se sienta la primera. Desde que lo heredara de su madre, el sillón de prelado no ha cambiado de sitio. Es la única que se sienta en él. Ni gato ni perros. Nunca se lo cedió a nadie, ni siquiera a monseñor el

famoso día en que vino a la Cornisa. Como una reina en su trono, reafirma día tras día su triunfante matriarcado. De espaldas al norte, como suelen hacer quienes viven de la tierra. A su izquierda, un cubierto y una silla vacías: el lugar que su hija Adelaida no ocupa desde el nacimiento de Juliana. La abuela nunca consintió que la enferma se viera totalmente excluida del ritual familiar, por lo que convocan a su fantasma siempre que se pone la mesa. A su derecha, Juliana. Es el sitio de honor, otorgado según las circunstancias o dependiendo del humor de la abuela: por ejemplo, en la fiesta de la Santa Patrona, si está de buenas con la tita, le permite que se siente con su indumentaria de beata.

Tras la silla vacía, viene Dolores; luego, Andrea; al lado de Juliana, Inés y Casimira. Después, los hombres: Tonio frente a Noro y, en el fondo, solo como la abuela, padre, que preside el otro extremo de la mesa, como dice Casimira con un punto de malicia. Pero él, sin sillón. En una silla, como todo el mundo.

La abuela bendice los alimentos —amén— y da permiso a su hija Dolores para que musite (siempre tan consternada, pero esta vez con una consternación satisfecha) las interminables estrofas de acción de gracias. Todos se santiguan con mayor o menor premura. Por fin Casimira trae la sopera y empieza a servir. Suspiro general. La abuela ordena:

—Tres cucharones para los hombres, Casimira. Comen más que nosotras.

—¡Vaya! —contesta Casimira con gesto expresivo—. Creía que *usted* iba a decir que trabajan más que las mujeres.

Subraya el tratamiento para demostrar que sabe respetar a la perfección la etiqueta que exigen las circunstancias. La radio es una buena escuela para la vieja bromista cuya voz atestigua su excelente humor. Vierte cuatro cucharones de sopa en los platos de los hombres mientras canturrea con atrevimiento:

—¡Agua para mis patitos!

Carcajada —rápidamente reprimida— de Juliana. La abuela corta:

—El trabajo del campo agota más que el de la casa, deberías saberlo. ¡Allí no tienen radio!

—¡Y dale con mi pobre radio! —exclama Casimira tomando a los «obreros» por testigo—. ¡Tenía que salir a relucir!

En el otro extremo de la mesa, padre levanta los brazos con gesto casi pontifical:

—¡Señoras, tengamos esta comida de cumpleaños en paz!

Aquel *señoras*, expresión de cortesía masculina inusitada en la Cornisa, calma de pronto las veleidades belicosas de las mujeres. «La flauta del faquir ya ha encantado a las serpientes», piensa con amargura tía Dolores. Al ver que su cuñado empieza a descorchar alegremente las botellas, pone su vaso boca abajo con ostentación. Casimira sonríe de oreja a oreja, la abuela también. «Nada como decir la palabra adecuada», piensa padre, contento de sí mismo.

—¡Bebamos por mi flor de azahar! —propone con ojos lacrimosos—. ¡Por nuestra Juliana!

Los muchachos aplauden, los perros ladran, las chicas profieren gritos de ratita. «¡Ya estamos! —piensa la abuela—. El caballero vuelve a su jerga de feriante. Cuando Andrea cumplió doce años dijo lo mismo: que si mi florecilla de azahar, que si patatín, que si patatán… ¡Hombres!»

El rostro de la tita palidece. No soporta tales expresiones campesinas, *terrenales* más bien, galanterías hipócritas (¡agradables de oír, pero tan *falaces*!) de las que los machos hacen uso y abuso para enmascarar sus inmundos apetitos de garañones en celo. ¡Cómo odia a ese hombre! ¡El día que se casó con su pobre hermana se le ocurrió la misma obscenidad delante de todo el mundo! ¡Señor! ¡Había que ver la mirada concupiscente de los invitados (de los hombres, claro) escudriñando por adelantado la penumbra del cuarto nupcial e imaginando, *desde las cuatro de la tarde*, la frágil desnudez de su Adelaida, también ella *flor de azahar*! ¡Es para aborrecer los cítricos y sus pecaminosas flores! Aprieta los dientes, se sirve un poco de agua y, con la mirada puesta en el plato y en la silla de la enferma, vacíos, levanta solemnemente su vaso. La abuela se encoge de hombros y ordena, perentoria:

—¡Vosotras, niñas, rebajad ese vino! Échales más agua, Casimira, dos dedos más. Y bebéoslo despacio. Para vosotras no habrá segunda ronda, os lo advierto.

Inés, obediente, apenas se moja los labios. Pero Juliana pone mala cara: cuando *ya* se es una chica mayor, como todos dicen, una debería serlo para todo, ¡incluyendo el vino!

Nadie tiene la menor intención de hacerle arrumacos. ¡Que se enfade si quiere, ellos están hambrientos! Se abalanzan sobre la sopa en una competición

de cucharas. Los ruidos de deglución dan paso a los elogios, ensalzando el talento culinario de la vieja criada. Tomarían un poco más. Si queda. ¡Vaya pregunta! Con un tono falsamente ofendido, Casimira manifiesta que, conociéndolos como los conoce, ha hecho cantidad suficiente para hartarlos a todos y cada uno, y hasta a los perros. Éstos alzan las orejas.

—Pero, bueno, Juliana —dice de pronto la abuela, con la cuchara en el aire —, ¿no se te olvida algo?

La chiquilla responde con un «¡qué cabeza la mía!» demasiado recalcado para ser sincero. Se levanta, corre hacia la mesita y coge un precioso paquete que coloca ante Inés.

—¡Tu regalo!

Inés mira a todo el mundo, tan sorprendida que no se atreve a tocarlo.

—¡Venga, ábrelo —dice la abuela—, es para ti!

Inés obedece. Es un costurero de madera con incrustaciones de nácar, forrado de satén celeste, que, a través de sus lágrimas, le parece —cofre sumergido— mucho más bonito de lo que es en realidad. Da las gracias en un susurro ahogado.

—¡Bueno, aquí está el conejo al ajillo! —corta Casimira reprimiendo la emoción que le anuda la garganta—. ¡Os vais a chupar los dedos!

—Voy a por la ensalada y la salsa —dice Andrea, también emocionada, con una voz que intenta ser alegre. Se levanta, apila los platos y pellizca la mejilla de Inés al pasar junto a ella.

—Es precioso —dice Inés mirando a la abuela, porque sabe que el dinero lo puso ella.

La abuela sonríe, majestuosa. Todo un rey mago, con su corona de algodón. El semblante de tía Dolores se anima por fin, como una habitación cerrada en la que acabaran de abrir las ventanas de par en par. Su amor hacia su madre, adormecido desde su lejana infancia, se despierta y le ilumina los rasgos, haciendo resplandecer su hermosura. «Milagro», piensa su cuñado, quien, tiempo ha, conoció esa belleza desaparecida. De los labios entreabiertos de la solterona se escapa una sonrisa que revolotea como una pavesa hasta el sillón presidencial. Hay que admitir que doña Soledad Cuervo no sólo sabe hacerse respetar; también sabe hacerse querer, sobre todo en días como éste, en

que se ensalza el afecto. ¡Bendito sea Dios, que concede a la pequeña un cumpleaños tan hermoso! Tía Dolores olvida sin remordimiento a la yaciente Adelaida, su cuarto de reclusa, su enfermedad enviada por el cielo como castigo por abandonarse demasiado al placer. «Vivamos en paz», piensa. Levanta su copa y pide por gestos a su cuñado que le eche dos dedos de vino. «No, ni una gota más, de verdad. Gracias, querido.»

Comen y beben como se hace en los días festivos: sin moderación. Con las caras congestionadas y las manos pegajosas, parecen al borde de la apoplejía. En tono sentencioso (sin duda inspirado por la radio), Casimira inicia un complicado discurso sobre los peligros de una pantagruélica comida, pero nadie le hace caso. Un sonoro y grosero eructo de tía Dolores la interrumpe. La beata pide disculpas. A modo de contrición, se hace la señal de la cruz en la boca.

El tiempo pasa, ruidosamente acompasado por el reloj del vestíbulo. A los postres —puntuales como aquellos mendigos que hacían cola a las puertas de palacio el día en que el rey casaba a su hija— llegan los notables. No son muchos —gracias a Dios, la abuela no invita a cualquiera a su casa— y se muestran muy amables, multiplican cortesías y exclamaciones en cuanto ven aparecer, llevada por los muchachos, la monumental tarta con sus doce velas. Acercan las sillas y se disponen a aplaudir. El señor cura, audaz, se sienta en la silla de Adelaida, no sin haber preguntado antes por *el estado de salud de la enferma*.

—Estable —responde, seca, doña Soledad—. Puede utilizar su cubierto, no es contagioso.

—Gracias —dice el cura con el tenedor en la mano.

Juliana sopla las velas con todas sus fuerzas. Un verdadero ciclón.

—¡Las ha apagado de golpe! —dice Casimira.

—¡Bravo! —exclama uno de los notables—. Tendrás doce hijos.

Los demás aplauden y, raudos, alargan sus platos. Juliana tiene alguna dificultad para cortar la tarta; todos le ofrecen ayuda. La abuela dice dirigiéndose a tía Dolores:

—Haz los honores, hija; corta y sirve la tarta. Juliana, dale el cuchillo a tu tía, que te puedes cortar.

Juliana obedece. Con toda solemnidad, como si estuviese repartiendo pan bendito, tía Dolores se pone manos a la obra. Parece encantada. Andrea y Casimira sirven el café. Padre ofrece puros a la concurrencia. Tonio y Noro son los primeros en tender la mano, pero el bastón de la abuela cae sobre ellos como la ira divina. El tabaco es cosa de hombres. Nadie fuma delante de ella antes de haber cumplido los veintiuno.

Como doña Soledad Cuervo no permitía que las visitas se eternizaran, los invitados se van a la media hora. El sopor de la siesta se abate sobre la familia como un tórrido manto. Sudan, sueltan ruidosos eructos, pedos furtivos detrás de las puertas. El aire de la casa se hace pesado. Y no es cuestión de abrir las ventanas y levantar las persianas porque las *pestilentes emanaciones* del gallinero empeorarían las cosas, gime tía Dolores ocultándose tras su pañuelo empapado en colonia. La consternación se ha vuelto a apoderar de ella: las comisuras de los labios se bajan, las ojeras se acentúan.

—Es el calvario de mediados de agosto… —concluye Casimira imitando, despiadada, la compunción de la solterona; luego, entre eructos y pedos, añade —: ¡Sabes perfectamente que contra el calor no hay quien pueda!

Levanta los brazos como si fueran alas de gallina y los sobacos se expresan de manera inequívoca… Tía Dolores huye de la pesadilla en la que se ha convertido la cocina; rezos y palabrotas se confunden en su boca, y sale a toda prisa a refugiarse en el cuarto de *su Adelaida*.

Con el libro de cuentas bajo el brazo, la abuela *ruega* a los jóvenes que no hagan ruido. Al menos durante dos horas de reloj, precisa señalando el péndulo. Sube las escaleras y se encierra en su cuarto fortaleza.

Las dos horas de reloj sólo duran unos minutos. En la sala, chicas y muchachos inician una partida de cartas. «Demasiado callados», se dice Casimira, y no se equivoca: enseguida el juego degenera en lucha, estimulada por los ladridos de los perros. El bastón de la abuela, irritada, hace temblar el techo. Silencio, risas sofocadas; luego, la gresca continúa con más fuerza. Lloriqueos de Juliana, que nunca aprenderá a perder como una señorita,

refunfuña Casimira, entrando a toda prisa para restablecer el orden. De nuevo, los bastonazos de la abuela, furiosos esta vez, a los que sigue el griterío del ganador, que tampoco aprenderá a triunfar con modestia.

—¡Pero qué estáis diciendo! —exclama Noro, herido en su amor propio (al menos en apariencia).

Los otros lo acusan de hacer trampas, porque siempre gana… y, además, sin *humildad*, presumiendo a voz en grito de su buena suerte. Los triunfos se multiplican de modo misterioso en sus manos. Y es verdad que hace trampas, aunque nadie consigue pillarlo. Por mucho cuidado que tengan, Noro se sale con la suya: ¡menuda escuela tuvo en el orfanato! Casimira, harta, les cierra la timba. No es muy amable por su parte, pero el descanso del ama es sagrado.

La tarde, súbitamente, se entristece. Los jugadores se dispersan para dormir la siesta, a su vez, en algún rincón sombrío.

Padre-manco, que se ha terminado el puro, sale para ocuparse de las bestias. Habrá que dar de comer a los pobres animales: poco les puede beneficiar un día de descanso si es día de ayuno.

En estas tierras altas, alejadas del mar y rodeadas de montañas, el sol de agosto no se suaviza hasta las siete de la tarde, cuando sus rayos oblicuos, casi horizontales, ciegan las miradas con las que se cruzan; entran en la casa atornasolados como fuegos artificiales; liberan la brisa, que baja de los picos nevados hasta el valle, con frescos aromas de lavanda y pino.

Es el momento más apacible del día. Con los ojos vidriosos, las gallinas empiezan a dormitar, el silencio que sigue al trabajo invade los campos, las campanas de la iglesia tocan al Ángelus, un mirlo obstinado silba en un cortaviento y algunas urracas alborotan en el erial, que el sol huidizo franjea con oropeles. El día se estira con signos de cansancio.

Tía Dolores cierra despacio la puerta del cuarto de Adelaida, se pone la mantilla y sale. Hace doce años que renueva las novenas a Nuestra Señora de la Salud para que el cuerpo magullado de su pobre hermana pueda algún día recuperar las fuerzas. En vano. La susodicha Señora sigue sin oír ni atender sus rogativas. Todo llegará, se repite cada tarde. Es cuestión de tiempo. De paciencia. Y a Dolores no le falta. El décimo día retoma los rezos sin desanimarse: su perseverancia acabará por vencer la sordera celestial.

La casa vuelve a respirar débilmente tras el largo malestar de la tarde; poco a poco, la brisa purifica el ambiente, elimina las flatulencias de la siesta. Cada cual se va despertando, bosteza, farfulla. Retazos de palabras, risas entrecortadas, suspiros. Con los ojos entreabiertos, las chicas ponen orden en sus ropas; piensan vagamente en el baile que empieza en menos de una hora; el minibús de los músicos debe de haber llegado; arrastrando los pies, los chicos desaparecen en el cercado para mear contra la tapia, cuidando de que no los vean desde la casa. Encienden un cigarrillo mientras esperan a que el sexo se les deshinche. ¡Cosa difícil a su edad, sobre todo tras los sueños de la siesta! Aprovechan, como de costumbre, para automedirse: comentarios aduladores, naturalmente. Cada día les crece un poco más, como los pepinos. Risotadas. «La mía es más gorda que la tuya.» «Sí, pero yo la tengo más larga.» Mezcla de desvergüenza y pudor. Tonio tiene diecinueve años; Noro, dieciséis.

—Por lo larga se diría que soy el mayor —suelta el jactancioso de Noro, mientras cuenta siete, ocho, nueve dedos, ¡casi diez!

A Tonio le da igual, no es competidor.

—Lo que cuenta es la capacidad de trabajo —dice—. La mía vale por cuatro.

—¡Eso habría que verlo!

—Pregúntaselo a la Rosita…

—¡Oye, podríamos ir donde ella después del baile!

Juntos supieron lo que era una mujer aquella noche en que la Rosita rondaba por la Cornisa. «Contra esta tapia, ¿te acuerdas?» «¿Que si me acuerdo? Uno tras otro, como dos buenos amigos. Un par de empujones cada uno y listo.» Se les fue el dinero del mes. (También han conocido, como tantos otros en la ciudad y en el pueblo, el aseado culo de Pepito Mariposa, que se lava más que las mujeres. ¡Y con ése, gratis!)

Acarician un sueño secreto, pero casi irrealizable: irse de putas a la ciudad. Han oído comentar que le hacen a uno cosas increíbles. No se cansan de hablar de ello todas las noches, en su cuarto, con las manos agarradas al vientre como la llama al fuego. ¿Pero con qué dinero, cuándo y cómo? ¿Quién de los dos se atrevería a decirle al ama que iban a irse de la Cornisa un día entero? Si doña Soledad fuera tan enrollada como Casimira… Ésa sí que entiende las

necesidades y los sueños. Les guiña y balbucea bromas de todo tipo cuando les lava los calzoncillos. «Os pica, ¿eh, granujas? ¡No os deja dormir en paz! ¡Ay, si yo fuera todavía joven, veríais lo que es bueno!» Los sábados por la noche se remanga encantada, empuña el jabón, los mete en la bañera, y dale que te pego, a frotar… Es un alma de Dios que sabe aliviarlos. En esos momentos se calla, su vieja voz no debe abrir los párpados cerrados de los muchachos, ni interrumpir sus fantasías. Mujer sabia, como la vida.

A lo lejos, los cencerros de los rebaños trashumantes, cabras y corderos que van a pacer, en verano, a los valles de alta montaña. De cuando en cuando, ladridos de perros, silbidos agudos de los pastores, sus cantos solitarios…

Por la ventana de la cocina, Andrea llama a los muchachos.

—¿Estáis sordos o qué, partida de dormilones? —grita a su vez Casimira —. Tenéis que lavaros las manos y la cara, y masticar una rama de hierbabuena. ¡No querréis ir al baile con las uñas negras, los ojos legañosos y la boca oliendo a ajo!

Andrea, Juliana y la pequeña Inés se ríen como tontas.

—A ésas les vendría bien un buen…

—¡Venga, date prisa! —corta Tonio—. Todavía no se ha dejado oír la voz del ama. Como todos los domingos se echa una cabezadita en el apestoso cuarto de su hija enferma.

—¿Enferma de qué? —pregunta Noro.

—Algunos dicen que su marido la reventó —contesta Tonio.

—¡Joder!

Noro se echa a reír. Tonio le da un guantazo que el muchacho evita *in extremis*.

—No te rías de esas cosas —dice, serio.

—¡Si te parece, lloraré! —contesta el otro, irreverente.

Corren hacia la casa, intentando hacerse el nudo de la corbata.

Por fin llega la hora del baile.

Padre y Casimira encabezan la comitiva: caras recién lavadas, cabellos peinados. Padre comunica que, lamentándolo mucho, sólo podrá quedarse

hasta abrir la ronda de pasodobles con su florecilla de azahar (la flor en cuestión va dando saltitos como un pajarillo: papá la besa) y beberse unos sorbitos de anís en compañía del alcalde mientras llega su cuñada, «cuya mirada piadosa —añade la sentenciosa Casimira— vigilará que las chicas no se acerquen demasiado a los muchachos mientras bailan: los cuerpos, a un palmo de distancia» (imita el tono y los gestos de la beata). Después, padre regresará a la Cornisa y relevará a su suegra junto a la enferma; la abuela no quiere acostarse tarde. Una lástima: le apetecía quedarse en el casino toda la velada, bajo el parral del porche, viendo cómo baila la juventud y jugando al dominó. Pero cuando le llaman a uno sus deberes de esposo… Además, la tita no ha renunciado al tradicional papel de carabina y la abuela no puede quedarse mucho tiempo haciendo de enfermera.

—Eso de que le gusta acostarse pronto no es verdad —susurra Casimira—. En realidad se dedica a las cuentas. Cada noche lo apunta todo, céntimo a céntimo, en su libro negro. ¡Lo ha hecho toda su vida!

Cruzan la plaza, levantan la cabeza todos a una, y hacen su entrada triunfal en el casino, que ya está de bote en bote. Sobre la tarima, los músicos afinan sus instrumentos. Alfonso el cojo y Pepito Mariposa sirven las mesas. Sedientos de fiesta, todos rodean a Juliana deseándole feliz cumpleaños. «¡Está linda, la pequeña Cuervo! Con ese elegante vestido blanco de lunares rojos parece una auténtica señorita… ¡No tiene nada que envidiar a las veraneantas que nos llegan de la ciudad! Y cómo ha crecido. Será más alta que su hermana, seguro.»

Ahuecando los volantes de su vestido, Juliana se pavonea. Como en una embriagadora galería de espejos, todas las pupilas le devuelven la mirada que le echó Noro por la mañana, mientras se bañaba. Le brillan los ojos, le relucen los dientes. Se despierta en ella un apetito desconocido, como si no hubiera comido durante días, durante siglos… Hambre inaudita, acompañada de sofocos, de súbitos rubores. *¡Está claro que ya es una chica mayor!*

Los Cuervo, pomposos como figuras de naipes, presiden la mesa de honor. Un revuelo de sonrisas les da la bienvenida. Con un vestido amarillo que se compró hace treinta años, seguramente el último de su juventud, la emperifollada Casimira resplandece como una bombilla; aprovecha la ausencia de la abuela para actuar como cabeza de familia (para las Cuervo, los hombres

no cuentan). Y puede permitírselo, en eso todos están de acuerdo. Derecho consuetudinario que proviene de su antiguo concubinato con el padre de su ama. Por estos pagos la gente tiene buena memoria y nadie perdona a doña Soledad que se opusiera a la boda de *su viejo* con la que era su querida, la buena de Casimira, su *concubina de cama* durante más de veinte años. Una vergüenza. Por eso, siempre que se presenta la ocasión, rinden a la criada los honores debidos a una viceama. A la abuela no le importa. Nadie puede acusarla de no querer a Casimira. Y, por supuesto, tiene la conciencia muy tranquila. Si no aceptó tal matrimonio, fue sólo por una razón: porque eso no está bien, y punto.

Al ver a jóvenes y menos jóvenes excitados como pulgas, cualquiera juraría que se trataba de su primer baile. Sin embargo, las únicas diferencias con el de cualquier otro domingo o día festivo radican en la asistencia de algunos veraneantes curiosos tomando su baño anual de color local; en la presencia de una orquestina que contrató doña Soledad en lugar del tocadiscos del casino, y en las guirnaldas que ésta se dignó comprar para que el cumpleaños de la niña fuera más *señorial*, como dice Casimira.

—Estúpida manera de dilapidar nuestros maltrechos recursos —masculló la tita, que hubiera preferido, sin duda, destinar aquel dinero a las necesidades del culto: incienso, novenas y velas.

—¿Y tú por qué te tienes que entrometer en el modo en que tu señora madre se gasta sus dineros? ¡Su cartera, que yo sepa, le pertenece: sagrada y secreta! Además, en un día así…

De hecho, hacer feliz al pueblo entero salía más barato que regalar a la Santa Patrona otro manto bordado. ¡Como si no tuviera nada que ponerse la pobrecilla! ¿Para qué querrá un guardarropa más lujoso que el de la querida de un juez? La abuela, que es como es y tiene el sentido de la medida, le dijo en cierta ocasión al cura: «Si quiere otro manto, pídale a mi señora hija que se lo borde, que no tiene otra cosa que hacer». El semblante de la beata se ensombreció aún más: aseguró que su vida era un puro calvario, y encomendó al cielo el alma cicatera de su madre. Pero el cielo no se manifestó.

—Parece que el cielo quiere que tu madre siga aquí con sus dineros —concluyó Casimira.

Los notables hacen interminables brindis por el brillante porvenir de Juliana. Y comienza el baile. Lo abre la flor de azahar entre los brazos de su padre. Él también parece otro en ausencia de la abuela: se hace tratar pomposamente de don Juan y lleva a su hija como si condujese una ternera a la feria. Juliana está radiante. «Nacida para el baile», asegura Casimira señalándola con su abanico malva.

—Sí, señoras; yo misma le enseñé a bailar el pasodoble como lo hacíamos en mis tiempos, con revuelo de falda y triple vuelta. ¿A que es una gloria verla girar como un trompo, tan joven y ya casi una mujer?

—Es que las chicas cambian de un día para otro; no me extrañaría nada que le bajara la regla cualquier día de éstos.

—¡Si ya la tiene! Sí, señoras: le bajó este invierno, cuando la gran nevada.

—¡Con razón! Ya me parecía a mí…

Solemne, mirando a las guirnaldas, con los ojos lagrimosos, don Juan sonríe: ningún otro hombre podrá robarle el estremecimiento que recorre el cuerpo de su hija, corriente de energía que se despierta y que a él le quita veinte años de encima. Es la prerrogativa del padre, el merecido estipendio del genitor. Este trigo en hierba, impaciente por convertirse en espiga, por mostrar su grano, lo sembró él; por eso es justo que sea el primero en probarlo, en embriagarse con su sabor. Piensa que es su derecho, mientras abraza aún más fuerte la carne precoz de su hija, carne de su carne, como dicen la ley y el Evangelio. Su mirada de propietario se endurece brutalmente, echa chispas, cuando se posa en otros hombres: quién de ellos se atreverá algún día a… Pregunta barrida por una loca bocanada de angustia cuando sus ojos encuentran los de su hija y se sumergen en ellos.

Afirmándose en su madurez por el fuego que desprende el hombre-padre, Juliana es toda sonrisas. Es su fiesta, su día maravilloso, todos lo perciben. «¡La emperatriz del baile!», ruge Casimira cuando la pareja pasa cerca de la mesa presidencial. Ésta no para de hablar, comentando a las cotillas los pormenores del vestido blanco de lunares rojos que lleva la chica *como una serafina*.

—Hay que reconocer —mascullan las otras moviendo la cabeza— que el corte del vestido es impecable y que está muy bien acabado.

—Las manos de Andrea, que valen un Potosí. Dio clases de corte y confección por correspondencia.

—¡Qué bien!

—Pues yo hubiera jurado que lo habíais comprado en alguna *boutique* de la capital: tiene mucho estilo…

Los abanicos no paran, las cabezas se mueven al ritmo de la música. El pasodoble, muy conocido, se llama *Mi rosita sin espinas*; ¡no es *Mi florecilla de azahar*, pero casi!

Don Juan está en la gloria. La mano de Juliana descansa en la suya, en la derecha, la que sólo tiene tres dedos. Debido a un accidente de trabajo. Ocurrió hace tanto tiempo que ya ha superado su discapacidad, aunque lo siguen llamando, sin maldad, *el manco*.

La pista se llena de parejas: Andrea y Tonio, Casimira y su pequeña Inés, el alcalde y su esposa, y muchos más; aquello revolotea que da gusto.

Pepito Mariposa, que va por el octavo ponche, baila solo. Ovacionado, se sube a la tarima y se pone a cantar el pasodoble con su voz dulzona; muy amanerado, modifica a su antojo la letra, acompañándose con gestos lúbricos que los presentes, divertidos, aplauden. Como el pueblo carece del tradicional «tonto», la gente tolera a la «loca campesina» que hace más o menos el mismo papel: Pepito es mandadero, payaso en bodas y bautizos, arregla la iglesia y organiza las procesiones de Semana Santa (las beatas aseguran que tiene un gusto exquisito para las cosas del culto), lava y viste a los muertos, canta el *Dies irae* en los entierros y *se dedica a las transgresiones sexuales con los hombres*, como masculla tía Dolores, para quien el estilo ampuloso de los libros de culto cumple la misma función que los seriales radiofónicos para Casimira. A veces, el muchacho (que ya no lo es tanto) exhibe sin disimulos un ojo a la funerala, resultado de algún mal encuentro y, como le encanta llamar la atención, nutre con sus *inconfesables* hazañas la crónica libertina del lugar. De pequeño, soñaba con hacerse *vedette* de la canción, ídolo de fans incondicionales. Por desgracia, ya empieza a perder el pelo, literalmente cardado a fuerza de repeinárselo. A

veces se le olvida la letra de las canciones profanas o el latín litúrgico, pero, al ser muy avispado, improvisa en ambos casos. Siempre está contento, dispuesto a animar las fiestas o a bajarse los pantalones para aliviar a los machos de los alrededores, que lo muelen a palos una vez satisfechos. El Mariposillo no les guarda rencor, son cosas de la vida: su cruz es amar a los hombres; la de éstos, tener que esperar al matrimonio para meter de balde a una mujer en su cama.

El pasodoble termina en un delirio de aplausos y claveles que caen, indiscriminadamente, sobre la orquesta, el artista intérprete y la emperatriz serafina. Con el sudor perlándole la frente, Juliana recorre la sala mientras despliega los complicados volantes de su ya célebre vestido blanco de lunares rojos; exhibe el minúsculo bolso, el espejo de señorita y el abanico con dibujos de ángeles regordetes jugueteando con una maraña de rosas salvajes (¡sin espinas, por supuesto!). Tras ella, Alfonso el cojo abastece de bebidas. Equivocándose adrede, el ilustre equilibrista sirve a los jóvenes más ponche que gaseosa.

—¡Todos estamos de fiesta! —dice guiñando sus pícaros ojillos.

A ellos les encanta, y aprovechan la ocasión. Risas mal contenidas se les ahogan en la garganta y los ojos se les llenan de chispitas, como relámpagos lejanos apenas perceptibles bajo un cielo nublado. Se reanuda la música y el baile. Tirando de sus maridos enfundados en chalecos de terciopelo, las matronas del pueblo invaden la pista. Y se ponen a dar saltos, empapadas en sudor, medio despeinadas, con los sobacos chorreando como escurrideros. La fiesta empieza a exhalar su olor particular, mezcla de *perfumes orientales*, de pringue y de sexo. Olores que prodiga la naturaleza rural con sus encantos, como si la fiesta tuviese lugar en un estercolero al que acudieran a retozar cabras y cabritos con ganas de marcha. «Olor a Satanás», como dirá dentro de un rato la tita, consternada en grado sumo, tapándose la nariz y con un mohín de asco en la boca.

El tiempo, asustado por el guirigay de los músicos, ha volado. Don Juan consulta el reloj y se dispone a marcharse, no sin antes expresar públicamente su pesar. En tono solemne, recuerda a Casimira que los niños deben estar en casa a las once como muy tarde: mañana se trabaja, y en casa de la abuela tocan diana al amanecer. Casimira, con la lengua muy suelta por la bebida, responde

que la cena está lista, que ya ha quitado las colchas de las camas y que, joder, un día como hoy… Con gesto agresivamente impúdico abre el abanico y se ventila la entrepierna. Don Juan se sonroja. «¡No hay quien pueda con esta mujer! Debería estar en un burdel de feria, provocando a los hombres delante de un carromato. En fin… Buenas noches, señoras y señores. ¡Aquí les dejo a mi hija!» Notables y esposas contestan como una sola voz: «No se preocupe, amigo; queda en buenas manos». Sonrisas. Cortesías. Don Juan abandona la fiesta.

Es casi de noche. En el porche apenas se ve y hay que encender los farolillos. Las guirnaldas recuperan su color, el techo y las vigas se cubren con un enjambre de lucecillas.

Juliana baila con Andrea, que *la lleva*. Las dos hermanas se divierten como niñas, ríen al unísono, entre revoloteos de faldas y de cabellos. Tonio y Noro pretenden separarlas. Con su voz más viril reclaman el sagrado derecho del macho: «¡Eso ni es pareja ni es nada!». Pero las chicas hacen caso omiso. Entonces los muchachos deciden imitarlas, doblan la espalda en grotesca reverencia y se lanzan a la pista uno en los brazos del otro, «en señal de protesta». Persiguen sin descanso a la pareja femenina, cortándole el paso, provocando choques. Torpes y ruidosos como elefantes en una cacharrería, resbalan y caen, arrastrando en su caída a otras parejas. Las chicas, sanas y salvas, siguen girando entre la hecatombe. Los guardias civiles y el señor alcalde se ríen a carcajada limpia.

Pero de pronto, mantilla puesta y cara consternada, tía Dolores hace su aparición en el porche: nube negra cargada de rayos y truenos. Fragmentos de oraciones, semejantes a esos colgajos de tripas que festonean el pico de las aves de presa, le desbordan de la boca. Ni siquiera se digna saludar, sienta sus reales en el lugar de honor que Casimira le cede, y anuncia a la concurrencia que el señor cura se pasará dentro de un rato para tomarse un refresco en compañía de su sobrina Juliana. Los mira uno por uno para asegurarse de que todos han comprendido la importancia del acontecimiento. La señora alcaldesa dice estar *encantada*.

—¡Otra que tal baila! —rezonga Casimira—. ¡Hay que ver la cara de juez que pone! ¡Pobre mujer! Si la viera la abuela…

La vieja criada recuerda aquellos tiempos en que tan encumbrado personaje planchaba sábanas en el hospital provincial:

—Una lavandera, vamos, ni más ni menos. Aprovechó que el alcalde, excombatiente de la División Azul, había contraído una enfermedad venérea para quedarse preñada, entre sábanas limpias y sucias, de aquel lujurioso. Una manera como otra de ascender en la escala social, que acabó en boda (precipitada, por supuesto) y en parto prematuro. El niño nació muerto, podrido hasta la médula. A pesar de todo, le sigue guardando luto con una dignidad fuera de lo común. Costumbres de nuevos ricos, digo yo.

Tan beata como la tita, la señora alcaldesa tiene mucha confianza con ésta y, con amargura en la voz, le comenta que no se encuentra a gusto entre tanto cateto; pero, suspira, es la esposa del alcalde y hoy en día los honores se pagan caros.

—¡Desgraciadamente! —contesta siempre la tita, comprensiva.

Ambas profesan hacia el cura la misma pasión («culpable», dice Casimira entre dientes) que las obliga a una continua competición de tartas y pastelillos. Desde que se hizo cargo de la parroquia hace quince años, el cura ha engordado veintinueve kilos. Si ya estaba metido en carnes, ahora es una mole.

El digno siervo de Dios llega por fin, tan vergonzosamente empapado en sudor como el más común de los laicos. Los músicos no le hacen el honor de detener su estruendo ni siquiera un instante. Tía Dolores esboza un gesto de desaliento (cristiano, según ella) y Casimira no cabe en sí de gozo pagano.

Además de la acostumbrada falta de higiene de los clérigos, el tonsurado y voluminoso cura exhala hoy una pestilencia a cera, incienso y vino consagrado particularmente agresiva, ya que ha tenido un día de mucho curro. Su acostumbrada cohorte de beatas lo escolta. Vienen sedientas y se agolpan sobre el lebrillo de la limonada entrechocando sus medallas: cabras en plena canícula. Tanto en el rebaño de Dios como en su pastor, todo es negro: sotana y vestidos, gestos, palabras y miradas; negros también los pensamientos que traspasan el velo negruzco de los ojos.

Por el contrario, en la pista, la olla abigarrada de la juventud pueblerina hierve a más no poder. Pepito Mariposa acaba de tener una idea genial: atenuar la luz como se hace, según dice, en las *discotecas* de la ciudad. Enseguida los farolillos sufren un eclipse casi total, propiciatorio de actos delictivos.

Protestas de autoridades y de fuerzas vivas, que mandan encender de inmediato la lámpara del techo. Pero los jóvenes reclaman a voces la *penumbra satánica* (expresión de la tita) y amenazan con cortar la corriente o irse a bailar bajo los soportales del ayuntamiento. Al final, se salen con la suya y se restablece la semioscuridad.

—Lo único que vale hoy es el descaro —dice un guardia civil echando pestes.

—Cierto —contesta el señor alcalde—; pero es mejor tenerlos controlados.

Pepito Mariposa baja un poco más el reostato. Sabe muy bien por qué llama a esto maniobra de *estrategia cular*. La cosa es muy sencilla: la penumbra incita a que se aproximen los cuerpos, a que se rocen; las manos se extravían, la temperatura de la sangre sube varios grados, el sudor chorrea sin parar; pero al final las chicas regresarán a casa y se acostarán, tan decentes ellas, en sus camas. Entonces él, mariposa nocturna, merodeará por los callejones del pueblo con las antenas en acecho; dará una vuelta por los cercados y los graneros; aliviará y se aliviará. Una maravilla, vamos. Aunque mañana tenga que mostrar de nuevo un ojo en el que la noche le haya estampado su puño.

En la pista, apenas si se distingue a las parejas, que se amontonan para pasar más desapercibidas. Andrea baila con Tonio. Olvidando la compostura tradicional de las señoritas Cuervo, se derrite entre los brazos del chico. Ambos hablan de boda entre susurros. La abuela sigue sin dar su consentimiento definitivo, dice Andrea, pero la cosa está al caer. Conoce perfectamente a su abuela. Tonio es fiel, trabajador, tiene todo lo que le gusta a su ama. Sabe respetar las formas: prueba de ello es que no intenta meterle mano, constata Andrea algo picantona. Tonio se sonroja:

—¡Un hombre decente deja eso para después de la boda!

—Ya… —contesta la chica con amargura—. El «amor eterno» de los hombres, que no va más allá de la noche de bodas y que sustituyen al día siguiente por la rutina y el derecho… ¡Por desgracia, así es la vida…! —

Fundiéndose como la nieve al sol, ahora se suma a la filosofía derrotista de la radio de Casimira. Tonio le susurra:

—No, te equivocas: mi *amor eterno* es el de un hombre cabal.

Andrea no está muy convencida; en la familia Cuervo los débiles han sido *siempre* los machos: el bisabuelo con Casimira; el abuelo, alcohólico y jugador hasta el final de sus días; padre que se va de putas a la ciudad todos los meses, sin contar sus rollos con la Rosita (al oír ese nombre, Tonio siente un escalofrío, pero lo disimula muy bien). ¡Claro que no se puede meter a todo el mundo en el mismo saco! Ella sólo se lo dice para hacerlo rabiar. Andrea es la chica más guapa y él, el muchacho más enamorado.

—El hombre más enamorado —precisa Tonio, sintiendo que así la frase tiene más peso.

Noro, paciente, espera su turno. Hay que guardar las formas. Y respetarlas. Sabe perfectamente que le toca el último. Juliana ha bailado con su padre, con Andrea, con Casimira, con Tonio, con el señor alcalde, con los guardias civiles y hasta con Pepito Mariposa. Pero siempre que él, Noro, la ha querido sacar, ella le ha dicho que no: «No, espera…»; «No, estoy cansada…»; «No, luego…». ¡Lo que pasa es que no quiere bailar con él! ¡Seguro! Pero se equivoca… La chica está deseando echarse en los brazos de ese muchacho *de orfanato* (como repite sin cesar la mala pécora de la tita), pero está ejercitando a su costa ese punto capital de la estrategia femenina que consiste en decir «no». Noro la apremia cada vez más y termina por decirle, desvergonzado:

—¿Bailamos de una puta vez o qué?

Pero nada. La chica, sensata, le contesta con desparpajo:

—¡He dicho que te esperes, atontado! ¡No irás a pasarte toda la noche detrás de mí como un perrillo! Ya veremos luego.

Ella sabe que los dulces se dejan para el postre…

Al final baila con él, encantadora, abandonando una manita insulsa en la del muchacho y rozándole el hombro con la otra. Entre sus cuerpos, la distancia reglamentaria: un palmo. Noro quiere atraerla hacia sí, Juliana resiste. Lucha lasciva que tiene mucho de juego, iniciada en las arenas movedizas del deseo.

Juliana se ríe, jadea, se muestra incansable; las caderas se cimbrean, el pecho se le levanta y se le hincha, las pestañas le aletean, los labios esbozan palabras que la chica no pronuncia, la mirada mariposea, las rodillas rozan las piernas del chico y luego se escapan como llamas saliendo de un fuego demasiado vivo. Sus poros liberan una energía ardiente que ya no puede controlar: jugo agridulce con olor a fruta de verano. Entre ellos pasa una corriente que electriza a Noro, el aliento se le espesa, los dedos se le crispan, los muslos persiguen y cercan, implacables, el vestido blanco de lunares rojos, que siempre se zafa en un revuelo asustado. Al final, aprovechando un paso de baile más atrevido, el muchacho imprime contra el vientre de la chica el sello de su virilidad. Juliana no opone resistencia.

—Tengo un regalo para ti.

—¿Un regalo? ¿Dónde?

—¿No lo notas? En el bolsillo.

—¡Mentiroso!

—¡Tócalo!

—¿Es una caja?

—Adivina.

—¡Quédatelo, no lo quiero!

Silencio. Obstinado. El juego ardiente prosigue.

—¡Bueno, dámelo! Quiero verlo.

—Aquí no. No me apetece que los demás lo sepan. Es un secreto.

Los ojos de Juliana echan chispas. Acaba de oír la palabra clave: *secreto*. Su primer secreto de mujer, su trofeo de cumpleaños.

—¿Es bonito?

—Claro, es para ti.

—¡Enséñamelo!

—Luego.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Dónde?

—En casa no, nos podrían ver.

—Entonces, ¿dónde?

—En el granero.

Un momento de duda.

—Está muy oscuro.

—Tengo una linterna.

—Bueno, ya veremos.

—¿Te da miedo?

—¿Yo, miedo? No. El granero forma parte de la Cornisa. ¡No me va a dar miedo en mi propia casa!

—Te esperaré.

—No sé si iré.

—Te esperaré. Te doy mi palabra.

Aspiran sus olores entremezclados, sus cuerpos se reconocen, cómplices en ese despertar a la clandestinidad. Sin darse cuenta, están hablando en voz baja, con palabras entrecortadas, susurros cargados de un sentido que aún se les escapa. Como todos los enamorados en su primera cita, deciden verse a escondidas; esta noche, cuando todos duerman.

Así son las cosas. Y así actúan ellos.

A las once menos diez, en medio de una frase dirigida a la señora alcaldesa, tía Dolores se levanta. Casimira se pregunta si no le habrá picado algún escorpión en el trasero. ¡Vaya manera de saltar de la silla…! Pero no, la solemne consternación de su cara significa, sencillamente, que da por terminada la fiesta. Las chinches de sacristía mueven la cabeza en señal de conformidad con su jefa de fila: los jóvenes tienen que acostarse. No conviene que se acostumbren a trasnochar, que eso no trae nada bueno. Ellas, por su parte, se quedarán un ratito más para tomarse otra limonada, el *traguito del estribo*. Al clan sólo le queda volver a casa. Sin rechistar; no hay apelación posible. Todos saben que en la Cornisa hay una enferma; ¿cómo iban a olvidarlo?

Los Cuervo se disponen a marcharse y los presentes se agolpan alrededor de Juliana para *despedirla*. Todo un ceremonial. Se acabaron las guirnaldas, los confetis, el estruendo de la orquestina, la iluminación tamizada de Pepito Mariposa… Los invitados se bambolean, alegres, despidiéndose bajo el jazmín del porche. Besos, deseos de felicidad y de longevidad. Por supuesto, Juliana

sigue siendo el centro de atención; más de uno asegura que, si Dios quiere, vendrá a su boda.

—¿Alguien a la vista, como tiene Andrea? ¿Algún pretendiente secreto?

—Ahora las cosas van más deprisa que antes; en mis tiempos…

Un cortante «buenas noches» de tía Dolores pone punto final a tan pernicioso parloteo. ¡Hablar de boda a una niña de doce años! Casimira vuelve a sacar su risa radiofónica, pero esta vez forzada.

La noche es tórrida, ni un soplo de aire baja de las montañas. Se ven todas las estrellas, se oyen todos los perros pastores y todos los grillos insomnes. Suben por la calle principal, jalonada de farolas, a la velocidad de crucero de la tita. Callados, jadeantes (regreso de maniobras, como dice Casimira).

Juliana y Noro van los últimos. Sus dedos, tan atrevidos como asustados, se buscan, se rozan, se separan, prosiguiendo el diálogo iniciado en el baile (diálogo de signos que perciben o no, según pasen por un lugar iluminado u oscuro; sin palabras, como si para expresarse sólo pudieran recurrir a un denominador común: el silencio). Una felicidad compartida ha sustituido a su identidad; pero ellos no lo saben, nunca lo sabrán.

Una vez cerrada la puerta de la Cornisa, la tita manifiesta que no tiene hambre y, sin decir el «buenas noches» de rigor, desaparece como una sombra en el cuarto de Adelaida. «Por fin acabó el día —piensa—. Gracias a Dios, todo ha transcurrido sin incidentes.»

Los otros se van a la cocina, aún atestada con la vajilla del almuerzo. Apesta a grasa. Casimira murmura que no lo puede evitar. Está agotada, y sus gestos revelan de pronto su edad real. A pesar de todo, despeja una parte de la mesa y les sirve, arrastrando los pies: fantoche vestido de amarillo. Nadie, ni siquiera su nieta Inés, piensa en echarle una mano.

Comen en silencio, con gestos lentos y una misma sonrisa soñadora en los labios; como si no se vieran, como si, para pensar en el otro, tuvieran que eludir su presencia física.

La vieja criada casi se duerme de pie: ni les pregunta si quieren comer algo más, como suele hacer. Andrea bosteza, coge a Inés de la mano y sale con ella. Tonio las sigue. Noro se levanta a su vez, da algunos pasos, duda, enciende un

cigarro, se palpa el bolsillo que esconde el misterioso regalo, farfulla un «bueno, me voy» algo indeciso y, como nadie le contesta, se dirige ostensiblemente a la puerta del patio. La mirada de Juliana se posa en la espalda del muchacho, se agarra a ella, se pierde con él afuera, en la noche.

Pasan algunos minutos. Casimira se ha quedado traspuesta en una silla. Juliana coge su plato y lo sumerge en el agua sucia del fregadero. Tiene gestos de sonámbula, con la mirada perdida y conteniendo la respiración, como si cruzara a ciegas un cuarto oscuro. No piensa en nada. Entre sueños, Casimira le dice:

—¿Contenta?

Sin curiosidad. Está demasiado cansada. Preguntas, respuestas y comentarios, mañana.

Juliana no la ha oído. Se bebe un vaso de agua y sube a su cuarto. No enciende la lamparita de noche. Se sienta en la cama y se abraza a sí misma, oliéndose el cuerpo. Con la respiración entrecortada siente, naciéndole del vientre, un calor desconocido. Sonríe, suspira, da la luz, abre el bolso, saca el espejito, se desabrocha el vestido y se mira los senos: vivos, estremeciéndose como si quisieran escapar de ella. No se atreve a acariciarlos, ni siquiera a aventurar un dedo curioso por sus aureolas, pero los contempla durante mucho rato, con voracidad, descubriendo su color, su forma, su peso. Así, erguidos, los siente como dos gritos en la noche, dos aullidos más bien, como el mandato hermanado de dos lázaros milagrosamente resucitados de un letargo mortal, que la incitan a despertarse a su vez, que le dicen: «Levántate y anda». Fascinada por tal descubrimiento, no piensa en retocarse la cara ni en arreglarse el pelo. Guarda el espejo, se abrocha el vestido, apaga la luz y sale. Sus pasos adquieren la ágil seguridad de las aventuras clandestinas. Acaba de nacer y va al encuentro de la vida.

Sombra de espíritu y carne deslizándose en la oscuridad, confundiéndose con las demás sombras. Juliana descubre en un instante el gozo de lo oculto, de lo secreto. Los pliegues de su cuerpo segregan aceites especiados, fragancias de la edad núbil. Olisqueando su presencia furtiva, los perros esbozan algunos ladridos pero enseguida se callan al reconocer un olor familiar.

Cruza el patio, penetra en el establo. Los animales duermen, las moscardas se han volatilizado. El aire denso huele a heno, a gramíneas secas, a boñiga: efluvios de una noche de agosto, pesada y turbadora. Sin dudarlo, Juliana trepa por la escalera del granero.

Al fondo parpadea una luz: la linterna de Noro, que la va guiando hacia el lugar de la *cita*. Juliana salta entre los haces, se hunde en la paja, sale a la superficie; de su garganta brota una risa aguda que intenta reprimir. Resopla:

—¡Ayúdame, bobo!

Noro le tiende la mano. Con el pelo lleno de briznas, la chica emerge al fin de entre las olas de forraje.

—¡Enséñame mi regalo!

—¡Primero, siéntate!

—No estoy cansada —contesta Juliana dejándose caer en el heno.

El muchacho deja en el suelo la linterna cuya luz ilumina débilmente la cara de la chica y le quita del pelo, una a una, las briznas de paja. Con mucho cuidado, evitando rozar la piel ardiente.

—Dime qué es.

—Adivínalo.

—¿Un pañuelo bordado?

—Frío.

—¿Horquillas para el pelo?

—Mmm… Caliente.

—¡Un pasador!

—¡Te quemas!

—¡Venga, dámelo!

—No es exactamente un pasador.

—¡Un peine!

—No.

—Entonces, ¿qué?

—Bueno, ya que no eres capaz de adivinarlo… Es una cinta.

Juliana se muestra *profundamente decepcionada*. Escupe una brizna de paja.

—Un regalo de niña pequeña —dice con desprecio—. Si lo llego a saber…

—¡Qué va, no es de niña pequeña! ¡Es una cinta roja!

—¡De raso, claro!

—¡Que no, coño! De terciopelo. Larga y ancha, como las de Andrea. La compré en la mercería, era la única que les quedaba. Me dio mucho corte, porque sólo había mujeres en la tienda. Me tuve que esperar a que se largaran.

La chica se queda de piedra.

—¡Enséñamela!

—¿No me crees?

—No, estás haciendo trampa. Como en las cartas.

—¡Y tú sólo sabes chillar!

—Porque soy una niña y me lo puedo permitir.

—Ya no eres una niña.

—¿De verdad?

—Y ni siquiera me has dado las gracias. Los regalos no se hacen por la cara.

—¡Noro, dámela! Después veré si te doy las gracias o no.

El muchacho se tumba en el heno.

—Búscala. La llevo encima.

Se hace el muerto. La chica se lo toma en serio y se abalanza sobre él, le palpa los bolsillos, provocándole risas entrecortadas; el muchacho exagera sus convulsiones.

—¡Mentiroso, no la tienes en los bolsillos! ¿Dónde la has escondido?

—¡Busca mejor, porque yo no te la voy a dar!

Es un desafío. Las manos de Juliana pierden su infantil impaciencia; en un instante adquieren la seguridad de una adulta; orientando su búsqueda con maestría recorren el cuello del muchacho, su pecho, su cintura, su vientre, llegan a proximidad del sexo, se apartan asustadas, luego vuelven y notan, sorprendidas, el temblor de la carne en erección.

—Aquí tienes tu regalo —murmura Noro agitando en el aire la cinta de terciopelo rojo. Se la pasa alrededor del cuello y, tirando suavemente, atrae la cara de la chica hacia la suya. Sus alientos se confunden.

—¡Dame las gracias!

—Gracias.

—Así no.

—Entonces, ¿cómo?

—Un beso.

—¿Eso quieres?

—Eso quiero.

Sus labios se rozan; con los párpados entreabiertos inventan su primer beso, lanzan al unísono el primer suspiro.

—¿Te gusta?

—No sé.

—Dame otro.

Sus labios se unen, sus bocas segregan una saliva común que saborean por primera vez; pero tan abundante agua, lejos de aplacar su sed, la aumenta.

—¿Te gusta?

—Sí…

La boca del muchacho explora el cuello húmedo de la chica, su nuca, sus orejas, paisaje virgen que, muy despacio, desvela sus encantos; palpitante, va apartando velos invisibles.

—Te estoy esperando desde la medianoche… Has tardado mucho en llegar. Será porque no me quieres…

—Estaba en mi cuarto, y la noche es muy oscura. No sabía si… Noro, ¿de verdad que ya no soy una niña?

—Por supuesto. Hueles a mujer.

—¿Y tú qué sabes?

—¡Los hombres sabemos esas cosas! ¿Qué hacías en tu cuarto?, ¿pensar en mí?

—Creo que sí… Encendí la luz y me puse a mirar…

—¿Qué?

Silencio.

—¿Qué mirabas?

La chica duda.

—Dímelo. No hay secretos entre nosotros, ¿verdad?

—Mis pechos.

—¿Los puedo ver yo también?

Y sus manos empiezan a desabrocharle el vestido.

—Esto está muy oscuro. Déjalo.

—No tengas miedo: soy yo, son mis manos. Coge la linterna, acércala.

El óvalo de luz revela las redondeces gemelas. El chico se queda sin respiración. Transcurre un larguísimo rato en que el tiempo deja de existir.

—¡Qué maravilla!

Noro recobra el aliento, aunque parece que se estuviese asfixiando.

Ella siente de nuevo la boca ávida que besa, lame, mordisquea, esparciéndole sobre la piel unas chispas que muy pronto la encienden. Y gime. Despacio, como si entrara, marcha atrás, en algún extraño sueño sembrado de llantos, de alegría, de risas y de miedos. La linterna se le cae de las manos. Se aferra a los cabellos del muchacho.

—Me haces daño… Déjame… No quiero…

Pero arquea el vientre, lo ofrece sin reticencia a los labios del chico. La piel le cambia de tono y de textura, le arde y le tiembla. La sangre le martillea las sienes, su jadeo rompe el silencio, transformándose pronto en suspiros, en palabras susurradas.

Y de repente, el otro se convierte en su yo, en su yo soy tú, en su tú eres yo; el otro, de dedos exploradores y lengua cazadora, enemigos jurados de los obstáculos. A su paso reverdecen minúsculas praderas, se reavivan volcanes, surgen manantiales.

Casi desnuda sobre el heno, con la falda y la enagua subidas hasta la cintura, la chica se hincha, se deshincha, entregada sin condiciones al estremecimiento en que sucumbe la infancia; sobre sus ojos, el techo del granero gira, desaparece, se cubre de estrellas. El silencio empieza a silbar como viento de tormenta.

Las manos de la chica cobran vida, desnudan a su vez el otro cuerpo, descubren de nuevo, y ahora de verdad, los mil caminos del ensueño; se revelan expertas, audaces, atreviéndose a cualquier contacto. Manos llenas de él; llenas, pero no repletas.

En él, el deseo de penetración se hace insoportable; pero ella-cuerpo se defiende como un castillo sitiado, con todas las puertas bloqueadas, llamando con sus gemidos al invasor a la vez que, asustada, lo rechaza; ella-cuerpo teme

demasiado los estragos, el desgarro, la brecha irreparable: terror que le viene de lo más profundo de su ser.

Y la batalla se inicia, ariete de carne abatiéndose contra la puerta defendida, también de carne. Los cuerpos se mezclan, el tiempo salta en añicos, la noche se calla, en acecho: abismo de silencio que precede al espasmo.

Y, de pronto,

su delirio se resquebraja,

la conciencia se filtra a borbotones por las ranuras.

Juliana abre los ojos.

Los firmes propósitos de castidad reiterados en su confesión de cumpleaños invaden su memoria, se adueñan de ella, el pavor la paraliza y no puede repelerlos. Siente cómo el miedo al desgarro se va esparciendo por su cuerpo. *¡Irremediable!*, claman a coro las voces descompuestas de tía Dolores y del señor cura. ¡La pérdida de la virginidad, único tesoro de la mujer, *es para siempre*!

Todo en ella se tambalea. Su cuerpo entero se convierte en feroz enemigo del cuerpo del otro. Los dientes se le vuelven colmillos; las uñas, zarpas. Y resisten, encarnizados, a la fuerza viril (*¡fuerza criminal!*, silabea compasadamente su memoria), arrancan tiras de piel, mechones de pelo. Tras la caricia, el mordisco. El heno se tiñe con pequeñas lunas rojas. El muchacho, sobreexcitado, pierde los estribos; le separa las piernas, embiste. El rechazo de la chica, sello sagrado, se hace más firme. Y contraataca, forcejea, se defiende como una fiera. Entonces los dedos del muchacho la penetran, la hieren. Un tremendo aullido se escapa de su garganta de niña, rasga el silencio nocturno, que se llena inmediatamente de gritos, de ladridos, de portazos, de pasos apresurados que corren en dirección al establo. En unos instantes, el tumultuoso clamor de la familia sube por la escalera del granero.

Huelgan preguntas y respuestas, la realidad habla por sí sola: una violación que reclama justicia. De la flor de azahar ya no emana candor nupcial, sino olor a sangre de lujuria. Carne mancillada. Hay que castigar en el acto. Noro recibe en pleno rostro el puño del genitor furioso, que jura cortarle el cuello, sacarle los ojos y arrancarle sus partes innobles. La afrenta, que le hace llorar de rabia, lo desorienta y la mano mutilada no consigue hacerse con el cuello de *ese*

bandido para agarrotarlo, para estrangular a esa *bazofia de orfanato*… Tristes insultos de la impotencia.

Medio desnudo ante sus acusadores, el muchacho asume su infamia. No se mueve, ni inclina la cabeza, ni agacha la mirada. Su sexo no ha perdido aún la arrogancia del deseo; lleva en la cara y en el pecho los surcos rojos que dejaron las uñas de la chica. Sabe que está condenado y no opone resistencia, pero tampoco se humilla. Oye cómo el ama ordena a Tonio que llame a la guardia civil y comprende que esa orden acaba de decidir su futuro. Ha perdido. Los músculos se le aflojan, los ojos vierten unas lágrimas en las que nadie repara. Intenta arreglarse la ropa, camina a trompicones por el heno y baja la escalera. Una cinta de terciopelo rojo, enganchada en un tobillo, señala el lugar donde le pondrán los *grilletes de presidiario*; así se expresa la voz llorosa de la tita, anunciadora de deshonra.

Brazos compasivos se tienden hacia Juliana, que los rechaza. Sin decir palabra, niega su cuerpo a las atenciones de los suyos. Hasta desdeña el acogedor delantal de la vieja criada, su pecho cómplice, sus manos que la conocen desde el día de su nacimiento. Se quita el vestido blanco de lunares rojos, lo tira y, en silencio, dándoles la espalda, vuelve a casa. Sola. Cojea, anda con dificultad, como si tuviese un cuchillo clavado entre las piernas. Los demás la siguen. La abuela pide a Andrea que vaya en busca del médico.

—Un buen baño y ya está —gruñe Casimira.

—¡Ya está no! —corta, seca, la abuela—. Tenemos que saber.

Cruzan el patio. Destrozados. El oprobio ha entrado en la Cornisa y ha transformado este día de cumpleaños en un día de luto. Tan sólo el paso de tía Dolores parece vivaracho, alegre. Sube las persianas y enciende la gran araña del vestíbulo. Bajo la luz blanca, su rostro aparece sereno, radiante de consternación, como un sol solitario dispuesto a reinar, como dueño y señor, sobre la muerte de los demás planetas. Con su belleza terrorífica mira fijamente a su sobrina y sonríe:

—Es un milagro. ¡No ha consentido sucumbir a la tentación! Es una santa, una enmilagrada. Todos sois testigos. Recemos a Dios nuestro Señor, que nos ha hecho el honor…

Antes de terminar la frase, una bofetada de la abuela la deja sin habla; cae de hinojos ante la hornacina de la Santa Patrona.

Juliana, sin volver la cabeza, sube las escaleras, desaparece y se encierra en su cuarto. Afuera, los perros ladran, los cencerros suenan, los montes se coronan con el resplandor del alba; se oye venir, calle arriba, el *jeep* de la guardia civil, que se detiene ante la cancela. Un gallo canta, un niño llora. El pueblo empieza a desperezarse.

Primeras manifestaciones de la vida diaria, que la chica percibe como otros tantos signos de aversión hacia sí misma. Todo nuevo día se le antoja, de antemano, como una puerta abierta a las pesadillas. Taciturna, cierra la ventana y corre las cortinas.

De pequeña, Juliana soñaba con misteriosos y larguísimos viajes que abarcaran distancias inconmensurables. Su primer deseo fue recorrer el camino de los demás, que empezaba en su cuna, se alejaba hacia la ventana luminosa que las mujeres de la casa abrían y cerraban varias veces al día, dirigiéndose luego a la puerta de la habitación, en la que ella se perdía. (Ejercitaba su mirada explorando toda aquella extensión, borrosa por el mosquitero.) Pronto empezó a andar y tan largo trayecto, al fin, se le hizo asequible: tras varios minutos de hercúlea progresión, el itinerario proseguía en un pasillo que daba a la escalera, abismo cuyo mayor obstáculo consistía en una cancela de madera ingeniosamente atrancada. (Cuando aquella barrera desapareció, supo que su existencia estaba vinculada a la presencia de niños pequeños en la Cornisa. Jamás la volvió a ver.)

¡Viajaba sin parar! Bajar la escalera que llevaba al vestíbulo suponía una fantástica excursión que siempre realizaba a *lomos* de alguien. No pudo llevarla a cabo por sí misma hasta la edad de cinco años. Y, luego, la cocina, el vestíbulo, el patio, el gallinero, el establo, el granero, la cancela principal; más tarde, la calle, la plaza, la iglesia y el campo.

Diminuta trotamundos. Siempre que cruzaba alguna de aquellas fronteras se le acrecentaban las ansias de aventura, al irse enriqueciendo sus imaginarias expediciones con nuevos horizontes. Su único rechazo: el viaje diario a la tenebrosa habitación de mamá-enferma. Lo emprendía de mala gana y siempre a la zaga de la tita. No le gustaba la oscuridad, le molestaba el olor a medicinas y aborrecía la peste a orines; pero algo parecido a un punto de curiosidad le impedía llorar.

Luego abrigó la idea de hacer un viaje de verdad, largo y lejano, como el que papá y la abuela hacían juntos de vez en cuando y que duraba un día entero: ir a la ciudad. Ambos salían por la mañana muy temprano y regresaban de noche, en el autocar de las once; traían regalos y un montón de cosas que *sólo se podían encontrar en la ciudad*: pasteles más dulces que los de Casimira, zapatos de charol, telas casi transparentes, herramientas nuevas, pucheros de color rojo amapola y, para ella, libros, cuadernos para dibujar, lápices y gomas. Cuando los acompañaba Andrea (lo que ocurría a veces, porque era *mayor*)

siempre traían una nueva muñeca para la niña… Largo y lejano viaje que varias chicas de la edad de Juliana (y *con menos medios que ella*) ya habían realizado, y cuyas peripecias contaban una y otra vez durante el recreo. Era el sueño permanente de la pequeña Cuervo. Aquel viaje adquiría en su mente las gigantescas proporciones de los paisajes urbanos que describía la radio de Casimira, llenos de palacios y de hermosos coches de caballos, fuentes y parques, catedrales y torres, puertos y buques. ¡La de lágrimas que le costó, la de días sin probar bocado hasta que el espectro del aceite de ricino aparecía en el horizonte, *empuñado por la mano mercenaria de Casimira, cuya única pasión era obedecer ciegamente las alevosas órdenes de su amo, la abuela*! (La voz de la radio otorgaba a las cosas su verdadera denominación.)

—Hasta que no cumplas quince años, no irás a la ciudad —decretaba, intransigente, la masculina abuela, mientras *la marioneta de su criada cómplice* asentía con la cabeza.

A Juliana se la llevaban los demonios. Pero no podía rechistar, toda la familia estaba de acuerdo en prohibirle semejante viaje. Y la radio seguía describiendo a porfía los lujosos escaparates iluminados como belenes; elogiando la granizada de limón que la gente saboreaba en verano, sentada en una terraza, *a la sombra de los sicomoros del Paseo del Príncipe*; los desfiles de la Victoria; los teatros y los cines atiborrados de gente elegante; la feria, los bailes… Mientras esperaba que le llegaran los quince años, a Juliana sólo le quedaba el recurso de abrir una y otra vez el álbum ilustrado de sus sueños.

Aquel largo viaje, mil veces imaginado, acaba por hacerse realidad una semana después de su duodécimo cumpleaños. Pero nada que ver con el contexto soñado. Ni fastuosos escaparates, ni paseos al atardecer. La Audiencia: siniestro lugar en las antípodas de sus propias quimeras, donde la muchacha tiene que presentarse como víctima de un intento de violación.

Se encarga del caso el Tribunal de Menores, ya que tanto el inculpado como la víctima son todavía unos niños. Proceso rutinario, a puerta cerrada: en las causas relacionadas con la moral sexual, la justicia no quiere masas desenfrenadas ni prensa sensacionalista. Defensor nombrado de oficio, padre y abuela aceptados como testigos de cargo. Les ruegan que omitan los detalles,

que eviten el lado escabroso del tema. Se trata de un tipo de agresión demasiado frecuente, por desgracia, entre la juventud actual y el señor juez no consiente que, so pretexto de descarríos del todo reprensibles pero aparentemente ineluctables, se traumatice a las chicas en su pudor y se humille a los chicos por hacer uso lícito de su virilidad.

Sin embargo, él no es más que un juez y no la justicia. Ésta se ha hecho, desgraciadamente, para producir el efecto contrario.

El proceso es breve: una mañana. La más larga en la vida de la abuela, la más instructiva para Juliana. De entrada, salta a la vista que la sala nada tiene que ver con la Cornisa: allí, doña Soledad Cuervo no tiene derecho a la palabra, son otros quienes hablan. Palabras que a la anciana le parecen obscenas, desmedidas. Lamenta profundamente haber acudido a la guardia civil, al arbitraje de la Ley. Ahora piensa que el incidente (porque es un incidente, no un caso) lo podía haber resuelto a su manera, bajo su propio techo, atenuando el horror y mandando a Noro de vuelta al orfanato. Pero ya es tarde. Tiene que escuchar a la justicia con humildad y en silencio, como nunca antes lo había hecho.

La cosa es distinta para Juliana. Un velo que se rasga. Escucha, con los oídos y los ojos bien abiertos. El tribunal proporciona respuestas definitivas a unas preguntas esenciales que aún no ha tenido tiempo de hacerse. Masacre de la inocencia. Atenta, ajena de alguna manera a su propio desamparo y dispuesta a no olvidar nada.

Hablan con autoridad de *su propio cuerpo*, cuerpo que, según ellos, se va transformando, e insisten en que su mente, *aún demasiado infantil*, nada tiene que ver con tal metamorfosis. (Ahí la chica piensa en mamá y en su larga enfermedad, en la purulenta sarna localizada allí donde la han herido a ella, laceración sin lugar a dudas *justiciable*). El fiscal afirma que «el cuerpo de la mujer es pólvora; el del hombre, fuego; de modo que incumbe a la mujer eludir el fuego, rehuirlo, no acercarse a él ni avivarlo. El hombre es a menudo ciego, lo que es humano y comprensible. Su potencia viril lo induce a la destrucción y al heroísmo; así son las cosas y en eso radica su grandeza. Está hecho para sembrar, para procrear; lleva en él esa fuerza fatal y maravillosa que hace girar el mundo. La naturaleza es sabia y, a partir de los diez años más o

menos, lo dota de ese poder». ¿Pretende decir con esto que el agresor no es culpable de agresión? ¡Por supuesto que no! Sólo intenta demostrar que tal necesidad forma parte de la naturaleza del macho, como el instinto de paternidad, el de la conservación de la especie o la sed de conquista. «La mujer, sin embargo, podríamos decir que ha sido creada indiscutiblemente para la mesura y el recato, con el fin de mantener el delicado equilibrio de la naturaleza. De modo que es ella la única culpable si no sabe negarse, ya que su deber es el de discernir la diferencia natural entre copulación (actividad masculina) y procreación (utilidad femenina). El orden social, cuyo pilar es la familia, así se lo exige. Garantizar es asunto del hombre; no transgredir, el de la mujer. Axioma indiscutible. Por desgracia, la necesidad del macho es más fuerte que su voluntad de orden, de ahí su deseo carnal a veces incontrolado. En la hembra, por el contrario, tal necesidad es menor y la cordura propia de su naturaleza (¡en el caso de que exista!) consigue adormecerla hasta la boda; una vez convertida en tierra de siembra, su deber es el de estar siempre dispuesta, sin zafarse nunca: de ahí el matrimonio y las relaciones sexuales *lícitas* con su esposo. ¿Tales consideraciones podrían disculpar la infracción del agresor? ¡De nuevo, digo no! Se ha cometido una infracción… Pero no contra la mujer, sino contra el orden social. *¡Eso es lo que hay que castigar!*»

El abogado de la familia mezcla sin empacho melodrama y lirismo. Habla de villanía, de fruto decapitado *antes de la madurez*, de la inocencia de una niña a quien nadie había advertido de que, por ser ya mujer, sería objeto de deseo. Subraya la fragilidad y el candor de un sexo bien llamado *débil*, todo ello con el fin de echar pestes de la inconsciente *ignorancia de los tabúes* tan propia de los campesinos. También habla de derechos. No de los de la chica. Al igual que su colega, diserta sobre los derechos de la familia y de la sociedad. En nombre de éstos pide a su señoría un castigo ejemplar para el inculpado.

Lo curioso es que nadie menciona a Dios. Contrariamente a lo que decían su tía y el cura, se ve que Dios no tiene nada que ver en el asunto, piensa Juliana. ¡Y, sin embargo, es al único a quien creía haber ofendido! Está claro que se equivocaba. ¿No serán ambos —ella y Dios— los únicos que no pintan nada en este asunto?

Piensa entonces en la tita que, en ese mismo instante, debe de estar en la iglesia rezando por ella. Esfuerzo inútil, se dice la chica.

Mandan al muchacho a un correccional, pero eso a Juliana no le preocupa. Es la ley de los hombres y él es uno de ellos: ¡que se pudra! Está claro que ella es la única perdedora; es demasiado joven a los ojos de los demás, pero no lo suficiente como para olvidar lo dicho durante el juicio. Dijeron que, por su condición de mujer, nunca podrá ser ella misma: no se lo permitirán. Un cuerpo a merced de la voluntad de los hombres.

Se queda con esa idea; siente que, de pronto, se ha hecho mayor. Abre la puerta al rechazo y deja que crezca el odio: los dos feroces perros guardianes de su vida futura.

Afuera, una ciudad triste, ajena a sus sueños. Pero ¿qué sueños y desde cuándo?

Los sueños son inútiles, tan inútiles como las precauciones que tomó la familia: alquilar un taxi y salir del pueblo de noche para no exponer a la niña a los comentarios. Falaces discusiones, conciliábulos interminables. La abuela, padre, Andrea, la tita y hasta Casimira y Tonio: todos empeñados en proteger a la niña que se empecina en encerrarse en su cuarto, que se niega al bálsamo de la confesión, como le aconseja la tita, esta vez con el asentimiento general.

Y un buen día:

—¿Sabes, cariño? Vamos a adelantar tu viaje a la ciudad: lo harás mañana —anuncia Casimira al llevarle el desayuno—. Te tienes que poner guapa, que esos señores se muestran muy comprensivos con las chicas bien arregladas. Sólo será un día y después todo el mundo olvidará el incidente, ya lo verás.

(Ella no es todo el mundo, sino ella misma, y no olvidará. El proceso quedará marcado a fuego en su memoria.)

De modo que viajan de noche *como los malhechores* y llegan a la ciudad al alba; una ciudad de postigos cerrados que no los espera. Sentados en un café se arman de paciencia: hasta las nueve no abren la Audiencia. La abuela y padre piden para la niña una taza de chocolate y bizcochos, le prometen que irán a visitar el zoo y que regresará a casa con un montón de regalos. «¡Vamos, no pongas esa cara! A fin de cuentas, un juicio no es nada, puro formalismo.»

Luego darán un bonito paseo, comerán en un restaurante y hasta puede que vayan al cine. Al anochecer regresarán al pueblo tan ricamente, con el honor a salvo y la conciencia tranquila. «Tampoco es para tanto: no ha ocurrido nada irremediable, sigues siendo virgen.»

Aunque virgen, la chica se siente mil veces violada; tendrá *la honra lavada*, pero se siente profundamente mancillada. Los largos silencios de padre y de la abuela son elocuentísimos: se acabaron las flores de azahar, los tesoros de la familia. Un triste deambular por las calles de la ciudad, un cansancio solapado que los obliga a sentarse en un banco, a la sombra de los árboles. Y nada más. Parque, puerto y buques están ahí, ante sus ojos, pero Juliana no los ve. Come sin apetito, se niega a ver escaparates y mira para otro lado cuando pasa por delante de un cine. La ciudad es tan sólo humo y polvo, por lo que la chica padece aún más el agobiante calor de finales de agosto. Se hunde en el abismo de sus recuerdos. Recuerdos de chiquilla, pero ya viejos recuerdos, para siempre prisioneros de su memoria.

Para convencerse de ello, intenta pensar que los acontecimientos acaecidos en la Audiencia esa misma mañana habían ocurrido mil años antes y que, enseguida, los había olvidado. Pero no, no ha olvidado nada. Recuerda claramente la sala, adornada con esculturas de madera, cueros, terciopelos y oscuros cuadros alegóricos. Recuerda a la abuela, doblando la cerviz por primera vez en su vida. También recuerda que le resultó difícil entender que, fuera de la Cornisa y del pueblo, la abuela no era doña Soledad Cuervo, respetada por todos, sino una simple y pobre campesina. Su voz autoritaria enmudeció ante los magistrados y no les conminó (como siempre hacía con su gente) a que se callaran. ¡Y se trataba nada menos que de la *integridad* de su nieta destrozada a zarpazos, como dice tan atinadamente la radio! La abuela no abrió la boca. Aquellos caballeros estaban en su terreno, y ella, de paso; ellos tenían la palabra; ella, no.

Ya tenía un recuerdo, algo así como un viejo sueño que se convierte en pesadilla. Sin embargo, con doce años, nadie debería tener un pasado. Ella sí, y abrumador: como si cargara sobre sus espaldas con la vida y los pecados de los demás. Mira a su padre y a su abuela y los nota alejados, muy alejados. Su fiesta de cumpleaños había retrocedido un siglo en su memoria. ¿Por qué los labios

de esas dos momias se empeñan en sonreír, alegres, como hace quince días? ¡Aquella sonrisa murió! En cuanto llegue a casa romperá su espejo de señorita. O mejor, lo tirará al pozo.

Regresan en plena noche. El pueblo duerme. El casino, encendido hasta las doce, ya está a oscuras; Alfonso el cojo ha recogido las mesas y las sillas de la terraza y ha cerrado la puerta. Al pasar por delante del porche, Juliana mira para otro lado; padre y la abuela también.

Andrea y Tonio, con los perros canela, están apostados tras la cancela, que abren en cuanto ven aparecer los faros. El coche se detiene en el patio. Todos bajan, los perros ladran, Casimira enciende la luz de la cocina, la abuela paga al chófer. En los labios de Andrea se pueden leer todas las preguntas que no se atreve a hacer.

—Nosotros nos vamos a la cama —anuncia la abuela—; estamos rendidos.

—Os vendría bien un caldito —aconseja Casimira, de pie en los peldaños de la entrada—. Lo tengo en el fuego.

—No me apetece —contesta la abuela.

Al cruzarse con la vieja criada, ésta le pregunta:

—Tremendo, ¿verdad?

La abuela la mira en silencio; luego, asiente con la cabeza. Entra, da las buenas noches y sube la escalera. Todos perciben su esfuerzo por mantener a la altura de su orgullo esa vieja cabeza que se balancea y de la que se han escapado algunos mechones de un blanco mate. Desaparece en el primer piso.

—¿Cómo ha ido el juicio? —pregunta finalmente Andrea.

Padre contesta:

—Bien. Han metido a ese canalla en un correccional. El juez fue muy comprensivo; piensa, como yo, que el orfanato es un semillero de gentuza.

Tonio tira el cigarrillo y se va a la cocina; Andrea, muy molesta con su padre, murmura:

—No todo el mundo está cortado con la misma tijera. —Y se marcha.

Juan enciende un puro, se sienta, se saca el pañuelo y se lo pasa por la cara. Lanza un profundo suspiro, que el humo hace perceptible; luego, su mirada se dirige hacia el cuarto de su mujer. Piensa, sin mucha convicción, que debería ir

a verla, pero ignora si está sola o si su cuñada duerme con ella. Esa habitación es el refugio de Dolores siempre que sobreviene alguna desgracia en la familia; es su lugar de recogimiento, como ella dice, sobre todo cuando la iglesia está cerrada. Da igual, esperará una media hora, lo que tarde el puro en consumirse. Los perros lo saben: dejan inmediatamente de rebullir, se tumban a sus pies, suspiran y cierran los ojos.

Juliana no se mueve. Con la mente a la deriva se queda de pie en el vestíbulo, diciéndose que ocupa menos espacio que un mueble. Comprende que se ha convertido en algo inexistente: hasta los perros la ignoran. Mira a su padre: tranquilo, con los ojos entreabiertos, fumándose el puro. Hace un mes habría buscado refugio entre sus brazos, en ese calor protector que le hacía latir los pulsos a la vez que la sosegaba; hace un mes ella sabía que era el ojito derecho de su padre, su flor de azahar; hace un mes, sentía que mientras su cuerpo exaltado de adolescente se tranquilizaba entre aquellos brazos, al hombre-padre se le despertaba la nostalgia de sus animales de feria; él le hablaba entonces muy quedo, utilizando esas palabras especiales cuyo fin es el de apaciguar a un potrillo nervioso, sonidos con un rumor muy particular que, sin querer, ella traducía con palabras distintas, palabras de hombre que ama y que conoce la naturaleza del amor.

Esta noche nada es como antes.

Inmóvil, lo contempla con insistencia y curiosidad. Ese cuerpo envuelto en nubes de humo ya no es el de su padre; es simplemente el cuerpo de un hombre, en el que reconoce fácilmente la cara crispada de los abogados, las manos autoritarias del juez manejando el martillo, la obstinada brutalidad de Noro. Lo desnuda y lo maldice con la mirada; tiene ganas de escupirle a la cara. Pero consigue dominarse, le da la espalda y sube la escalera. Ya no pronunciará nunca más la palabra *papá*. Jamás.

Se encierra en su cuarto, se quita la ropa. Desnuda ante la luna del armario, examina su cuerpo, los cardenales, manchas negruzcas que parecen indelebles; los pellizca con furia y vuelve a sentir, punzante y cáustico, el dolor de su noche de cumpleaños (para los demás y para ella misma la noche de su cumpleaños se llamará a partir de ahora *aquella noche*); tiene los ojos llenos de lágrimas y los gritos se le agolpan en la garganta, pero se empeña en sentir de nuevo aquel

sufrimiento original: sabe que siempre estará ahí, que su memoria y la de su familia le impedirán que algún día pueda olvidar. Y no quiere olvidar, nunca olvidará. Jamás.

Se acuesta, gime y tiembla en la cama. Intenta con desesperación recordar su vida desenfadada de cuando era niña; mientras llora, canturrea cancioncillas que Andrea le enseñaba o que oía por la radio de Casimira. Pero tales recuerdos de infancia no parecen formar parte de su ser: los sonidos se transforman en sollozos, las palabras en hipidos.

Alguien llama a la puerta. No contesta. A través de la madera oye la voz de Casimira diciéndole que le trae un tazón de leche caliente y un trozo de tarta. Juliana le grita:

—¡Déjame en paz, so bruja!

Al otro lado, ruido de vajilla rota. Un riachuelillo blanco se desliza bajo la puerta, unos pasos se alejan. Más vale así. A ver si la dejan sola de una puñetera vez.

Hunde la cabeza bajo la almohada. Poco a poco la va invadiendo el sueño. Lanza débiles vagidos; gaguea fragmentos de sueños. Como si quisiera obligar a su cuerpo a que diera marcha atrás, a que volviera a los tiempos felices, desaparecidos para siempre, de su primera infancia.

Al día siguiente nadie la despierta. Cuando abre los ojos es ya media mañana y su cuarto está lleno de una luz lechosa, anunciadora del otoño; el tórrido agosto de su duodécimo cumpleaños ha pasado. A partir de ahora el tiempo será más fresco; ya bajan de las montañas las nubes, barquillas espumosas bogando por el cielo de la Cornisa.

Juliana aguza el oído: abajo, los ruidos habituales de la casa apenas perceptibles; afuera, urracas, gorriones, mirlos, tórtolas y palomas, reyes piadores y arrulladores de los rastrojos, revolotean sobre los campos.

La chica se queda inmóvil mirando por la ventana, y ve la ropa que Casimira ha tendido en las cuerdas, blanca zarabanda de formas a la que el viento insufla vida, que surge en el patio todos los viernes. Luego hoy es viernes, «día en que la madre de Cristo inició su largo camino de soledad», como diría la tita.

Juliana inspira profundamente y decide levantarse. La cama apesta a orina, el sudor de las pesadillas impregna todo su cuerpo. Sin embargo, no recuerda haber soñado. Ha dormido como en las profundidades de un pozo sin fondo, como debería dormir uno en el reino del olvido si éste existiera. Mira hacia la puerta: el cerrojo está echado. Quién sabe; puede que el olvido exista, al menos para los demás. La prueba es que la abuela no ha ordenado que echen la puerta abajo, que nadie en casa ha pensado en despertarla temprano, como solían hacer.

Salta de la cama, abre de par en par la ventana. En los tranquilos campos grises y ocres trabajan gentes y bestias, ahuecando la tierra para que respire. Los hombres dispersan con la horca montones de estiércol para abonar la siembra del otoño. La abuela ha contratado a mucha gente, como cada septiembre. Vistos de lejos, parecen hormigas negras y afanadas, cantando o puede que gritando. Cabras y corderos ya bajaron de las montañas y pacen restos de paja y hojas secas de almendro y de olivo. Buena época para el queso, que se vende más caro que en primavera, y también para la uva y la almendra; ahora es cuando más dinero gana la abuela.

Juliana se encoge de hombros. La abuela puede quedarse con su dinero. ¿Para qué quiere ella un dinero que no ha podido tapar la boca a un juez o a unos abogados? Hasta ahora creía que el dinero de la abuela lo podía todo, pero tras su paso por la Audiencia entendió que no sirve para nada. «¡Para nada, abuela! ¡Sólo para comprar tu sudario y cuanto antes, mejor!»

El viento trae de los campos bocanadas de aire, débiles cascabeleos, gritos apagados. El corral se alborota, los cerdos gruñen, inquietos, como barruntando que se acerca noviembre, mes de matanza. Pepito Mariposa discute desde hace un rato con Casimira, pero no debe de ser nada serio porque se ríen. En los dos próximos meses, los propios pastores se encargarán de repartir la leche y el queso, así que el muchacho *de costumbres desvergonzadas*, como dice la tita, ya no subirá al aprisco. Desde ahora, a Pepito le toca ir y venir de la casa a los campos llevando a hombros el cántaro del agua, bocadillos y herramientas. Cantando de sol a sol y con su sombrero de paja floreado con margaritas, será la alegría de los caminos. Correveidile de chistes y chismorreos, esparcirá a los cuatro vientos las hojas de su agenda

mundana: bodas, bautizos, fiestas, quién se acuesta con quién, quién es cornudo, quién puta. Contará a todos la triste historia de la pobre Juliana: sí, la nieta de doña Soledad Cuervo, rica heredera; pero en este mundo el dinero no lo es todo.

Juliana entorna la ventana, recoge el cuarto, se asea y baja. En el vestíbulo, consternada y enmantillada, espera tía Dolores.

—¡Buenos días, sobrina! —le suelta, como dirigiéndose a una aparición de la Virgen—. He encargado una misa de acción de gracias para las once, tenemos el tiempo justo.

—Un momento, voy a desayunar.

—¿No piensas comulgar?

—Hoy no, tía.

Juliana desaparece en la cocina.

Con un suspiro silbante de santa paciencia, tía Dolores toma asiento. Cuando la chica regresa, ya se ha rezado el primer misterio del rosario de la Encarnación: *Vino el arcángel san Gabriel…*

—Rezo por ti —le anuncia siniestramente radiante—. Pido por que sigas siendo un vivo ejemplo para todos nosotros.

Juliana calla.

Tía y sobrina salen, cruzan el patio, franquean la cancela y, calle principal abajo, se dirigen a la iglesia. Primeros pasos de un recorrido que realizarán, a partir de ahora, varias veces al día. Con regularidad. Durante años.

La vida espiritual del pueblo ya no es competencia del señor cura, que se limita a organizar el culto y a engordar. Desde hace mucho tiempo, es asunto exclusivo de tía Dolores y adláteres. Solteronas, viudas, esposas meapilas, ricas o pobres, dan muestras de una análoga beatería que Casimira y la abuela, en común desprecio radiofónico, tildan de *impenitente*. Obras de caridad, catecismo, control de las vidas privadas e inclusiones en el índice les atañen directamente. No consultarlas o ignorarlas en la celebración de bodas, bautizos o entierros supondría un grave pecado de herejía, *o casi*. En lo tocante a los servicios religiosos son auténticas especialistas, ya sea para decidir las fechas más apropiadas o para informar sobre las tarifas en vigor. Y el señor cura,

aferrándose a la letra del Evangelio, se lava las manos. Se embolsa hasta el último céntimo sin hablar nunca de dinero. En cuestión de diezmos, cuestaciones, denario del culto y coste de la vida, se limita a emitir un kirie de eructos troglodíticos y manda al personal a negociar los asuntos temporales con las almas *piadosas*, encabezadas, cómo no, por la señorita Dolores Cuervo.

—Sí, señora, la hija mayor de doña Soledad.

—¡Ah! La que tiene una sobrina enmilagrada…

—¿De modo que ya ha llegado a sus oídos, hija mía?

—Claro, padre. Se habla del caso con muchísimo respeto.

—¡Alabado sea Dios!

La *milagrosidad* de Juliana se forja en la sacristía. Primero, lo comentan en voz baja, con la típica actitud de los iniciados en un misterio o en un complot, asunto exclusivo de un puñado de elegidos que *están en el ajo*. Después, en tiempos y lugares tan *irreligiosos* como éstos, llenos de bodas precipitadas y de embarazos inesperados, el *acto heroico* de Juliana, su castidad a toda prueba en una noche de verano («época nefasta en la que el vulgo sucumbe a los demonios de la fornicación»), su continencia y su virtud, concelebradas por el señor cura, la tita y compañía, alcanzan un éxito rotundo. Es, sin duda, la primera vez que una chica se resiste a los ardores de un joven o, al menos, que sale victoriosa. Muchos son los niños nacidos a los cinco meses de la boda, ya que las mocitas de estos pagos no suelen luchar por mantener su virginidad. «¡Una partida de fulanas!», claman tía Dolores y sus amigas mientras llevan la cuenta de las desfloraciones prematrimoniales. Larga lista en la que no faltan algunos de los mejores apellidos. En eso del pecado carnal hay militantes para dar y vender. Como buenas beatas que son, la tita y sus colegas se valen de su particular índice para llenar la iglesia de fieles los domingos y fiestas de guardar: ¡demos gracias si (tras la perdición, subraya la tita) terminan viniendo a misa!

En el gran desorden social reinante (de nuevo la tita, basándose en su libro de meditación), el personaje de Juliana se convierte en único, en inaudito. Se impone. Hay quien llega a asegurar que pertenece a la estirpe de nuestro Señor y que algún día… Ya verán, ya… Y tratan el tema otorgándole tintes

proféticos. Durante las comilonas piadosas, el tonsurado la llama *germen de santa*, poniendo los ojos en blanco para garantizar el misticismo.

La abuela ignora esos tejemanejes, o hace como que no se entera. Con sus múltiples preocupaciones de terrateniente (como la llama Casimira, que es más pobre que una rata) intenta borrar de su pensamiento el cumpleaños de su nieta, *la noche de marras* y el dichoso juicio. Y corre un tupido velo (como dice la tita).

Juliana se deja querer. Escucha a su tía, entra en el juego. Le resulta fácil, teniendo en cuenta que ya no quiere hacerse mayor. No tanto por el recuerdo de Noro, sino por el de la Audiencia. Le repugna el mundo de los adultos, sobre todo el de los hombres. Le complace imaginar que la «población mundial masculina» está formada por seres idénticos al cobarde de su padre, a los abogados y al juez, que se proclamaron amos indiscutibles del sexo de la mujer, al que, por cierto, nunca llamaron sexo, sino *receptáculo* de la insigne misión procreadora del macho. Lo recuerda perfectamente. No quiere saber nada de ellos, nunca más. Prefiere adentrarse en cuerpo y alma por la senda que le traza tía Dolores. Eso, al menos, está claro: celibato y oración, una vida organizada en sus menores detalles, de maitines al ángelus. Como en un convento.

—No exactamente, virgencita mía… —corrige la tita—. Al convento sólo van las almas débiles. ¡Quítate eso de la cabeza!

Una sobrina monja no es nada frente a una sobrina públicamente enmilagrada. En su fuero interno está segura de haberle elegido un camino regio hacia Dios. Por siempre bendito y alabado.

Decidida a acabar para siempre con el recuerdo de Noro (como hizo con los hombres a su juicio nefastos para la Cornisa: su propio marido, sin ir más lejos), la abuela prohíbe que se le nombre. No se hablará de él bajo ningún concepto, ni en casa ni en el campo.

Borrado de todas las bocas, si no de todas las memorias; como si nunca hubiera existido: menos que un fantasma. Un día de colada, Casimira saca algunas ropas viejas que pertenecieron al ausente y la abuela por poco la estrangula. Esa misma noche, la criada quema ostensiblemente aquellos guiñapos en medio del patio. El aire apesta a chamuscado.

—¡Saludable olor a auto de fe! —exclama tía Dolores durante la cena.

Olvidando su permanente consternación, muestra de pronto un aspecto radiante; asegura que, por fin, se ha dado su merecido a Satanás y, enternecida, felicita a la *fiel criada*; luego, acaricia con un dedo bendecidor la boca de su querida *santita*.

Ha dejado caer la palabra.

La abuela se sobresalta de tal modo que se le cae la cuchara de la mano; mira incrédula a su hija.

—¿Qué es lo que acabas de decir?

Su voz está preñada de amenazas, pero Dolores, que no piensa ceder, se refugia de nuevo en su consternación y contesta:

—¡Vamos, madre, no se puede negar la evidencia!

—¿Qué evidencia?

—Nuestra niña forcejeó como una leona. Tan sólo los santos luchan de ese modo contra el pecado.

—¿Los santos? ¡Ya veo adónde quieres llegar! Mira lo que te digo: ¡si alguna vez te oigo hablar de eso, te arranco la lengua!

—Madre, debería usted escucharme…

—¿No me has oído? —corta la abuela—. En cuanto a ti —añade dirigiéndose a Juliana—, no quiero verte en la iglesia más tiempo del estrictamente necesario. Aquí hay mucho que hacer.

—Me gusta ir a la iglesia —dice Juliana sin apenas mirarla.

—¡Eres aún muy cría para saber lo que te gusta y lo que no! Desde mañana, Andrea te enseñará a coser y Casimira, a guisar. La santidad bien entendida, si queréis mi opinión, empieza por el trabajo, al menos en esta casa; se lo podéis decir al cura de mi parte. No estoy dispuesta a tolerar más bocas inútiles a mi alrededor; ya tengo bastante con la tuya —dice mientras apunta con dedo agresivo a su hija Dolores.

—Un poco de religión nunca les ha hecho daño a los niños —insiste ésta, con la cabeza gacha.

—¿Me has oído bien, Juliana? Todos los días te quedarás tres horas en la cocina y otras tres en el cuarto de costura, sin descuidar las cuentas y la caligrafía; o sea, dos horas de deberes.

—¿Y el resto del tiempo? —pregunta Dolores.

—¡Para dormir y descansar! —ruge la abuela, exasperada.

Luego, conteniéndose, se dirige de nuevo a Juliana:

—A ti también te llegará el momento de casarte; debes aprender a hacerlo todo, como tu hermana.

—Yo no me quiero casar —dice Juliana con voz plácida.

La abuela da una patada, los perros se estremecen y levantan las orejas.

—¡Al final me voy a enfadar, Juliana!

—Digo lo que pienso.

—¡Ve a acostarte!

—Sí, abuela.

La chiquilla dobla la servilleta, se levanta y sale del comedor sin dar las buenas noches. Tía Dolores se dispone a seguirla.

—Y tú, siéntate. No hemos acabado de cenar.

La solterona vuelve a sentarse, aparta el plato, asqueada: *¡ya no tiene apetito!*

La abuela:

—Casimira, trae el postre.

En el silencio mortal se oyen los gemidos de Adelaida, los maullidos del gato. Los perros gruñen.

—Ve a verla, Juan.

Padre se levanta.

De los ojos de Dolores caen dos lágrimas que no se molesta en secarse.

Cuidadosamente doblado, atado, metido en una caja como un feto muerto, Juliana sepulta en el fondo del armario el vestido blanco de lunares rojos; apila sobre él un montón de ropas, delantales, zapatos, mantas y sábanas, como queriendo enterrar el recuerdo de su cumpleaños bajo una pila de accesorios cotidianos, vivos. Como si pretendiese cerrar a cal y canto, para siempre, su memoria.

Y vuelve a ponerse sus viejas ropas de chiquilla, que van encogiendo a medida que crece su cuerpo. Le da igual, no pide otras; cuando ya no cabe en un vestido deshace costuras y dobladillos, amplía las sisas, descose las pinzas, alarga los puños y los bajos de las faldas. Se empeña en seguir siendo una niña

pequeña y, en su anhelo de recuperar la desaparecida cara de la tierna infancia, se dedica a hacer muecas de recién nacida, se pasa el día gesticulando, balbuciendo onomatopeyas, soltando risitas entrecortadas, lloriqueando y gimoteando; a menudo, tales actitudes se funden y se confunden en su cara, y entonces parece una enana. Sus viejas muñecas destripadas, supervivientes de antiguas guerras infantiles, hacen de nuevo su aparición. Las recompone, las viste, las desnuda y las vuelve a vestir sin descanso; les hace vestidos con sus propias ropitas de bebé, pero tan sólo las desnuda parcialmente, sin quitarles enaguas ni bragas: no quiere contemplar la desnudez total de un cuerpo, aunque sea de cartón piedra. Ya no se aprende, ni siquiera escucha, las canciones de moda que emite, incansable, la radio de Casimira; desempolva retazos de nanas y de coplillas infantiles que tararea sin parar y en todas partes.

Se vuelve obediente, dulce, disciplinada; una verdadera mosquita muerta. No elude los deberes domésticos: tres horas en la cocina, tres horas en el cuarto de costura, como quiere la abuela, un par de horas de aplicada caligrafía y de dos y dos son cuatro. Ya no va al colegio. La maestra viene a la Cornisa dos veces por semana para darle clase (lo que cuesta un pico, subraya la abuela). «La niña va progresando, se le dan muy bien la ortografía y la geografía; sí, señora; ¡y unas manos de monja para los bordados!» La abuela, satisfecha con su comportamiento, hace la vista gorda cuando la ve tras de la tita en dirección a la iglesia, por la mañana muy temprano o al anochecer. Quién sabe, quizás su hija esté en lo cierto: un poco de religión no le puede hacer daño a una niña.

Tía y sobrina están conchabadas. Obligadas a vivir bajo el *poder dictatorial* de la abuela («opresivo», añade tía Dolores, copiándole el término a Casimira), ambas se entienden con medias palabras, con gestos apenas esbozados, con miradas furtivas, complicidad beata que agranda cada vez más el foso que las separa de doña Soledad y de su sentido unitario de la familia.

Enseguida comprendió la tita que su sobrina se estaba replegando sobre sí misma, y alienta tal regresión hablándole sin cesar del «milagroso periodo de la niñez, tan corto por desgracia». Y con un suspiro contenido, añade:

—Créeme, es el estado que más se asemeja al de los ángeles, al de los bienaventurados: la edad en la que Dios nos mira. Luego, nos pierde de vista y ya es demasiado tarde para todo.

Entre ellas serpentea la socarronería, se enraíza el culto por lo secreto. Ante los demás, no se atreven a hablar de deberes religiosos, pero sus cuchicheos son muy elocuentes. Poco a poco van tomando el camino de las novenas, devanadas en la cómplice penumbra del cuarto de Adelaida; el de los vía crucis, realizados en el patio mientras los demás roncan, y el de las promesas de largas peregrinaciones a algún lugar sagrado (sin mencionarlo abiertamente, «para no tentar al demonio», comprometiéndose a cumplir tales promesas en una fecha todavía imprecisa, pero «no muy lejana»: en cuanto muera la abuela).

Tía y sobrina, siempre alerta, escudriñan el estado de salud de la vieja. Ésta actúa como siempre, empuñando su bastón y dando órdenes a diestro y siniestro; pero empiezan a descubrir en su comportamiento ciertos signos de debilidad, por no decir de decrepitud: por ejemplo, ya no consigue mantener la cabeza tan orgullosamente erguida, pues una somnolencia senil tiende a inclinársela cada vez más sobre el pecho; a veces, sus ideas parecen deshilvanadas, y se le atrancan las palabras. Casimira, a quien no se le escapa una, le recomienda que descanse; pero la vieja testaruda no escucha a nadie, sigue levantándose al alba y acostándose a medianoche, como si se creyera eterna. Camina erguida como un estandarte, pero la mano se aferra cada vez más al puño del bastón; tía y sobrina observan los esfuerzos que realiza para controlar ese punto de apoyo vital sobre el que, desde ahora, gravita su cuerpo, viejo y cansado. Casimira rezonga: «¿No me puede usted llamar para que la ayude a subir la escalera?». La abuela, irritada, la rechaza, pero la criada, tan cabezona como su ama, le prepara comidas ligeras, fáciles de masticar y de digerir, sin grasa, y espera a que estén tibias para servírselas. Tía y sobrina están a la expectativa. Sí, es un hecho, la abuela ha perdido el apetito. Malo. Casimira hace sus comentarios a solas, en la cocina y, en cuanto está con la abuela, le regaña como a una cría, se sienta frente a ella para obligarla a que se lo coma todo; con su voz más almibarada le habla de usted, tratándola de *doña Soledad* y de *señora*.

—¡Por lo que veo, señora, parece que ya no le importa mucho la familia! Se deja usted morir como si hubiera decidido hacer una de esas huelgas de hambre de las que hablan por la radio. ¡Viniendo de doña Soledad Cuervo me parece una barbaridad! ¿Y qué va a ser de Juliana? Si quiere mi opinión, la cosa

está clara: su tía se va a encargar de que nuestra querida niña se haga más beata que ella.

Irritada, la abuela dice: «¡Mira que eres metomentodo!», y ordena a Andrea que le traiga el libro de cuentas. Porque las cuentas son importantes. Tuvo que enviar al orfanato los dineros correspondientes a las pagas de Noro. Todavía se pregunta por qué insistió tanto el juez en salvaguardar *los intereses de un maldito canalla*, como dice tan acertadamente su yerno, y por qué ella, en lugar de limitarse a actuar con honradez, ni siquiera dedujo lo que le había costado alimentar y vestir a ese sinvergüenza; de modo que las cuentas están un tanto liadas y hay que comprobarlas, equilibrarlas. Habrá que posponer la boda de Andrea y de Tonio, que había previsto para dentro de tres años. Lástima, le hubiera gustado oír el llanto de un crío en la Cornisa antes de morir.

Porque desde hace algún tiempo piensa en su muerte. Mejor dicho, la idea de la muerte se le va colando en el pensamiento. No se lo ha dicho a nadie. Ni siquiera a sí misma. Sigue poniendo todo su orgullo en comportarse como siempre, dando órdenes, vigilando de cerca los asuntos de la tierra. Estando en todo, como dice sin cesar.

El tiempo pasa.

A veces, cuando mira directamente a los ojos de Juliana, la abuela cree descubrir una extraña transformación: ya no hay claridad. Va desapareciendo bajo un velo opaco del que apenas emerge un resplandor incierto, como si la mirada de la chica no pudiera abrirse camino a través de las pupilas muertas. No sabría decir por qué aquellos ojos inexpresivos le recuerdan esos implacables días de finales de verano con el cielo enmarañado y un sol ardiente que no hace sombra. Decide hablar con ella, mañana a más tardar, pero al día siguiente se le olvida tal decisión. La tierra, cuando se vive de ella, te chupa todas las energías, no te permite pensar en otra cosa. Al menos eso es lo que farfulla a modo de justificación al ver a Juliana pisarle los talones, como un fantasma, a la piadosa silueta de su hija Dolores. No andan en línea recta, sino rasando los muros, como si quisieran pasar desapercibidas o confundirse con la sombra de las cosas. Entonces, la abuela siente algo parecido a un repelús y dice a Casimira:

—Puede que tengas razón. Voy a poner fin a este tejemaneje. Mañana mismo.

Y de nuevo se le olvida. Casimira la acusa de negligencia, de «pecar por omisión», como ella dice; la abuela replica que tiene demasiadas cosas en la cabeza.

—Ya veremos mañana. Mañana.

Entre tanto, el rumor de la *milagrosidad* de Juliana prosigue, como las aguas residuales, su curso subterráneo. No así en la Cornisa, donde la palabra *milagro*, con todos sus derivados, ha quedado proscrita para satisfacción de la abuela: *aquella noche* (como le gusta recalcar a su hija Dolores) no debe tener, bajo ningún concepto, una dimensión distinta de la que tuvo. Fue un incidente sin importancia, un leve paso en falso, un traspié del que uno se repone rápidamente con el normal transcurso de lo cotidiano. Antes de morir, pedirá a Andrea que se encargue de vigilar el comportamiento de su hermana. Y también el de su tía. (Como aún piensa vivir mucho tiempo, esta buena resolución no hace sino ilustrar su deseo de retrasar *sine die* la puesta en práctica de un deber que Casimira insiste en calificar de *apremiante*. Pero la abuela se hace la sorda: no, no tiene la menor intención de ponerse a reflexionar sobre los preceptos embarullados de una sibila de pacotilla, ¡eso es lo que hay!)

Ya más tranquila, sonríe: Andrea se le parece mucho y sabrá mantener la unidad familiar, las leyes de la Cornisa. Por su parte, tendrá que pensar en escribir en el libro de cuentas las recomendaciones que quiere hacer a cada uno *antes de morir*.

—Pero, bueno, eso no significa que la muerte esté llamando a mi puerta. ¡No paras de darle vueltas a todo lo que digo! —gruñe dirigiéndose a Casimira, que la ayuda a desnudarse—. No estoy hablando de mi muerte, sino de la posibilidad de la muerte, de ese *nunca se sabe* que se nos pasa por la cabeza sin querer. ¡Me escuchas como si la que hablara fuera la radio y no yo! La muerte es como la vida, hay que prepararla con tiempo, sobre todo cuando una tiene el sentido de la continuidad. Sé perfectamente que todos queréis que me calle, que un buen día no me levante o que no me despierte, abandonando la

Cornisa a su suerte, dejando que todo se vaya a pique. Pues no, las cosas no serán así; puedes estar segura. Y ahora, la muy tonta va y se queja del tono en que le hablo, y me echa en cara que vive como una esclava… De acuerdo, hablo fuerte, ¡pero es que me sacas de quicio! Si de vez en cuando te comento mis problemas no es para que te preocupes por mí, ya haces demasiado… A veces nos hemos hecho daño, pero nos queremos, ¿verdad? No, no estoy chocheando; es que, como somos de la misma edad, parecemos dos viejas herramientas desgastadas que han trabajado más de la cuenta. Por eso tú puedes entenderme. Tengo…, tengo que decirte otra cosa antes de que con las preocupaciones se me olvide, como siempre. Si no permití que te casaras con mi padre, fue porque *eso no está bien*, y tú lo sabes. No hay ninguna otra razón. Ya sé que la gente comentaba que fue por avaricia, por querer ser la única heredera… ¡Tonterías! La Cornisa era de mi madre y yo era su heredera; mi padre sólo aportó su persona. Por cierto, ya que hablamos de mi padre, al que a pesar de todo quise mucho, tengo que agradecerte que lo hicieras feliz; encontró en ti lo que mi madre no supo darle.

Con lágrimas en los ojos, Casimira murmura:

—Tampoco tuvo ella la culpa, murió demasiado joven. La lloré mucho, podía haber sido mi madre; me tomó a su servicio cuando yo era una cría.

El silencio sucede a los recuerdos. Bajo la tierna mirada de la vieja sirvienta, la abuela se anuda las cintas del camisón.

Otro día, en la cocina, mientras se toma a sorbitos su tazón de leche caliente antes de acostarse, la abuela dice:

—¿Sabes, Casimira? Me parece que va siendo hora de que la pequeña Inés se venga a la Cornisa. Las monjas le han enseñado todo lo preciso para que empiece a trabajar; además, ya debería ganarse algún dinero, tener unos ahorrillos: algún día conocerá a un muchacho y tendrá que casarse, como todo el mundo.

—¡Algún dinero! Por lo visto, no piensas pagarle mucho.

—¡Pero si tiene la edad de Juliana! ¡No pretenderás que le pague un capital!

—Se lo diré, pero no te prometo nada. Ella verá qué le parece.

—¿Cómo que qué le parece? ¡Eres tú quien debe decidir por ella!

—No, debe decidirlo ella. Su vida le pertenece, es lo único que tiene; yo no le voy a dejar ninguna herencia cuando me muera. Mira, un problema menos.

—¡Estás diciendo las mismas tonterías que tu radio!

—Venga, acábate la leche y sube a acostarte. Te he preparado la bolsa de agua caliente. Estás igual que tu padre. Me he hecho vieja cuidando a todos los viejos de la Cornisa. ¡Qué cruz!

—Más palabras bonitas con reproches encubiertos… ¡No puedo contigo! ¡Como si tuviera yo la culpa de ser rica!

—¡Pero si yo no soy pobre! ¡La mayor riqueza es no tener que hacer testamento!

La abuela la mira con sus ojos agudos, pero no dice nada. Se sigue bebiendo la leche.

—A propósito: ¿has pensado ya en hacer el tuyo? A ver si luego se pelean por algo que sólo depende de tu última y soberana voluntad. No lo digo por Adelaida, que no está en condiciones de… Pero ahí tienes a Dolores, Andrea, tu yerno, Juliana…

—¡Métete en tus asuntos!

Casimira se encoge de hombros, se levanta, toma el tazón vacío. La abuela:

—Ya lo he hecho. Está depositado en el notario.

Casimira mueve la cabeza. La abuela prosigue:

—El comportamiento de Juliana me preocupa. Nunca hablo de eso, pero le he dado muchas vueltas al tema. Un caso de soledad, a mi entender. No es un problema grave, pero la juventud ya no es lo que era… Me parece que hoy no son tan fuertes como antes; para ellos, la vida es más fácil de lo que fue para nosotros. Eso los aísla. Así que he pensado que tu Inés podría ser una buena compañía para nuestra Juliana. Tengo muchas ganas de verlas juntas. Le vendría bien vivir con una chica de su edad, como tú y yo cuando éramos jóvenes.

—No lo creo.

—¿Temes que Inés no esté a la altura?

—No, no es eso. Estoy *segura* de que hemos perdido a tu nieta.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, como siempre. Venga, a la cama.

Suspiro de la abuela.

—¿Me lo dirás mañana?

—Te lo diré —contesta Casimira tomándola del brazo.

Como están solas, doña Soledad Cuervo, dueña de la Cornisa, se deja llevar dócilmente. La escalera le resulta ahora demasiado empinada para sus viejas piernas. Le viene bien contar con el brazo de Casimira y apoyarse en él. Brazo aún más fiel que el bastón de ébano de su padre, que en paz descanse.

Sí, pensándolo bien (se dice a veces la abuela), la tierra tarda más en envejecer que las personas. Un puñado de abono la vivifica; una bocanada de aire, al penetrar por la brecha del surco, la reanima; una noche de lluvia la rejuvenece hasta el punto de que, a la mañana siguiente, con el contacto de los primeros rayos, parece un niño que sólo aspira a crecer. Sus necesidades son tan sencillas y tranquilizadoras… Es modesta, y se alimenta de todo lo que desechamos: excrementos, agua sucia, cuerpos muertos; es laboriosa, y transforma en vida todo tipo de basuras, devolviéndonoslas en forma de alimentos. Su abnegación es infinita.

Ella, sin embargo, mujer vieja, ya no es capaz de seguir el ritmo de esa tierra que va ganando potencia y juventud; las cosechas se encabalgan unas en otras, se precipitan, se multiplican. No han terminado de amontonar el grano y ya hay que recoger la almendra, preparar la vendimia, pensar en las nueces, en las castañas, en las bellotas, contratar obreros eventuales para varear la aceituna, escardar el trigo, segar el heno, fabricar banastas para frutas y hortalizas… Mientras tanto, la Tierra ha dado una vuelta alrededor del Sol, ha hecho sus deberes, ha salido triunfante del paso de los días y ya está otra vez viva, lista, dispuesta, joven. La tierra ignora la muerte. (En ese mismo recorrido que han hecho juntas, la abuela se ha desprendido de un año de vida, acercándose al final, a la nada. Irremediablemente.)

Las personas no realizan esta larga marcha paralela renaciendo, retoñando sin cesar como la tierra, sino que van perdiendo sus plumas de ave del paraíso, se van anquilosando. Es lo que le ocurre a la abuela. Ya casi no duerme. Cuando dormita, no sabe si es de noche o de día y confunde a menudo la

aurora con el crepúsculo. Tres mujeres espían con suma atención esa ineluctable caída en la senilidad: Dolores, Juliana y Casimira.

La vieja gruñona sigue estando fuerte y cuida lo mejor que puede de su ama. A veces le falla la memoria, pero nunca las fuerzas. Se le olvida encender o apagar la radio. Ya no reconoce las voces de sus artistas preferidos y asegura:

—Este señor duque no es el mismo que el del capítulo anterior, tiene la voz más atiplada… Escúchalo atentamente y verás, Soledad. Y los otros, la esposa del banquero y su chófer, escucha, por favor, tampoco ellos son los mismos. La de hoy tiene acento andaluz y él parece argentino.

La abuela asiente con la cabeza o la contradice. Están solas, y a veces se enredan en discusiones interminables. La ausencia de los demás provoca en la abuela oleadas de angustia.

La vieja leona siente un buen día, al echar un vistazo en torno suyo, una necesidad que nunca había experimentado, una necesidad que podríamos llamar inédita: verse rodeada de flores. Si bien fue ella misma quien las prohibió en la Cornisa, decretando que su cultivo era propio de gente ociosa, ahora las echa de menos. Le ha entrado una especie de *locura floral*, como dice Casimira. De pronto, ordena que pongan ramos por todas partes. Dice que quiere ver de nuevo la vida. «El *esplendor de la vida*», insiste, escudriñando a todo el mundo, desconfiada, como si se estuviesen haciendo los muertos.

Juliana, que probablemente esperaba tal llamada de socorro, se encarga de satisfacer el deseo de la abuela: corta flores silvestres y se las lleva a montones. Hay que ayudar a la gente a morir como Dios manda y la abuela no queda excluida de ese deber cristiano. Amén.

Tía Dolores se esfuerza en ensombrecer aún más su aspecto de por sí consternadísimo, y lo consigue. Poniendo cara de escandalizada, murmura al oído de su sobrina:

—Tranquila, cariño, la muerte llegará cuando tenga que llegar.

Y añade que su madre morirá exactamente igual que ha vivido: guerreando.

Con la mirada gacha, Juliana no le responde, pero a veces descuida la decoración del altar mayor para poner flores en la jaula de la vieja leona. No

cabe duda de que desea verla marcharse cuanto antes. Deseo nada caritativo, insiste la tita, radiante de desgracia:

—No está bien desear así la muerte del prójimo, ni siquiera en secreto, ni siquiera si el prójimo en cuestión es un ser cercano, ¿no has visto cómo me comporto yo con tu madre?

Juliana hace oídos sordos a tan piadosos comentarios, impermeable al sentido común, inmunizada contra las buenas palabras. Con la mirada fija en la punta de los pies y las carnes exuberantes desbordando de sus ropas de chiquilla, va acumulando tiestos de flores y matas de romero. La Cornisa adquiere un aspecto de cementerio el día de Todos los Santos. Tan siniestro júbilo anima a padre, a Andrea y a Tonio, que sonríen y tararean cancioncillas. Y la tita, invadida por una inefable felicidad masoquista, se sumerge públicamente en un nuevo tipo de consternación cuyo efecto inmediato es que la cara se le llena de descamaciones, se le ponen blancas las pestañas y los labios parecen los bordes de una llaga mal cerrada. Casimira, asqueada, se encierra, se atrinchera en la cocina; gasta toneladas de lejía, quema hojas de eucalipto para mantener a raya, a su modo, ese olor a muerte que ha relegado al olvido a Adelaida enferma, con sus gemidos y su gato. De noche, los perros aúllan a la luna.

En medio de ese abandono fúnebre, Juliana pasea el misterio de una mirada indecente, apenas disimulada tras sus párpados entreabiertos.

Afuera, más vivo que nunca, el campo es un estallido de verdes, de piares, de gritos. Primavera. Como si la tierra hubiese conquistado su independencia de la casona, donde todo se deshace y se pudre entre el lóbrego aroma de flores decapitadas.

Sin embargo, la abuela va tirando. Hay que reconocer que sus síntomas de debilidad no son, al menos en apariencia, indicios de una muerte cercana. Juliana se resigna a este nuevo retraso.

Y hete aquí que una mañana, durante el desayuno familiar, la chica anuncia que, a partir de ahora, se encargará personalmente de su madre. El tono no admite réplica. Mira con el rabillo del ojo la mano de su abuela, cuyos dedos se crispan sobre el asa de la taza. Es la única reacción. Pero Juliana

insiste, asediando el silencio de la abuela con su nueva voz de cría («repugnante voz de leche», piensa Casimira). Afirma que una mayor higiene en las partes genitales de la enferma daría, sin lugar a dudas, mejores resultados que los conseguidos hasta ahora por fármacos y oraciones. Lo dice en un tono tan razonable que a nadie se le ocurre negarle el derecho de «consagrarse en cuerpo y alma a quien la trajo al mundo». (La frase es de Casimira, la veleta, que siempre se arrima al sol que más calienta.)

Aliviada, la abuela asiente con la cabeza, le concede el permiso. La abnegación filial se convertirá pronto en tarea cotidiana. Los días son largos. ¿Qué mejor que una enferma a perpetuidad para ocupar una mente vacía como la de su nieta?

Juliana tiene catorce años. Nadie en la casa es consciente de que, desde *aquella noche* y de común acuerdo, han pasado por alto sus cumpleaños. Parece un monstruito recién salido del huevo, híbrido de cría y adulta, al que todos se han acostumbrado. Y la miran de lejos, como si no se sintieran responsables de ella. Le dan comida y cama, la llaman distraídamente «la chica», o «la niña». Ella se las apaña como puede. Si antaño su boca infantil se pasaba el día pidiendo, ahora nunca dice «dame». Actúa como si hubiese renunciado a todo. Aprende a guisar con Casimira sin decir ni pío; se hace sus ropitas de chiquilla con los viejos trapos de Andrea y se las pone en silencio. Como si las exigencias y reproches de la niñez no formasen parte de su naturaleza. Se desliza por la vida, sombra de sí misma, sin hacer ruido ni dejar rastro.

La familia respira. A gusto. Como perro al que le quitan pulgas.

Con un jarro de agua templada en una mano y una zafa en la otra, la chica entra en la habitación de su madre. El cuarto está oscuro. Piensa: «Más oscuro que nunca». La tita ha colgado otra cortina en la ventana y ha cubierto la luna del armario que reflejaba la débil claridad del montante.

Se queda inmóvil, espera unos instantes para acostumbrarse a la oscuridad. Recuerda que, de pequeña, no necesitaba tantas precauciones y podía recorrer la habitación con los ojos cerrados. Ahora ya no hay luz en su mirada, que también se ha dejado invadir por las tinieblas.

Poco a poco, se van concretando las formas; luego, las reconoce. Cama blancuzca, cuerpo yaciente, gato-bola, objetos de decoración y de aseo en la cómoda; en el sofá, un montón de muñecas, estatuillas cadavéricas y petrificadas: restos de la infancia materna que a ella la llenaban antaño de alegría, que quería tocar, llevarse consigo. Ninguna de sus propias muñecas le parecía tan bonita como estas que tanto anhelaba. Igual ocurría con los frascos, los cojines, los pañitos, las estampas. Sus pupilas dilatadas deseaban dilucidar, a toda costa, los misterios de un mundo sepultado en la rancia penumbra de la habitación, tesoro enterrado en terreno turboso. Pero tenía que quedarse quieta: la tita le regañaba, la abuela la amenazaba con cortarle las manos si se atrevía a tocar las cosas de mamá. Entre aquellos objetos inaccesibles a su curiosidad había una mantilla de novia, amplia y blanca, que cubría la pajarera de hierro, labrado como una pieza de encaje; la jaula estaba vacía, la mantilla empezaba a amarillear. La niña rabiaba, suplicaba: quería disfrazarse de novia en las fiestas de carnaval, estaba segura de que a mamá le parecería bien. Pero en vano. Mamá permanecía muda día y noche, sin contestar a sus caricias ni a sus palabras. A Juliana sólo le quedaba obedecer unas órdenes maternas que no provenían de su madre.

Hoy todo es distinto.

Tanto, que parecía que más de un siglo la separaba de su infancia. Juliana lo comprueba continuamente, aunque nunca recurre, como la tita cuando habla del pasado y del presente, a los suspiros facilones. Sus reflexiones nada tienen que ver con la nostalgia: son frías, como ajenas a sí misma y a cualquier tipo de sentimiento. Ya no quiere nada de lo que antes deseaba. Sin lamentos ni orgullo. Hoy es otra persona.

Acostumbrada ya a la penumbra, se dirige hacia la cama. Un maullido anuncia su presencia. Madre no se mueve. La cama apesta. Sobre las sábanas se presiente el silbido entrecortado de una respiración exhausta. Única señal de vida.

La muchacha se detiene. Se le despiertan el asco y el miedo, pero enseguida los ahuyenta. Piensa que ese pingajo de miseria escondido entre las sábanas *es su madre*, y que ella, Juliana, se convierte desde hoy en hija ejemplar. Así

actúan las santas monjas en los libros de la tita; así, las reinas santas que, a pesar de su majestad, no temen la promiscuidad de la lepra o de la peste.

Se inclina sobre la cara demacrada. Salvo las cejas negras (inexpresivas como dos ventanas esbozadas en trampantojo sobre una tapia encalada), cualquier otro rasgo está como borrado.

—¿Mamá?

La respiración de la enferma, apenas audible, parece tranquilizarse. Algo así como una pausa, una parada. El silencio escucha.

—Madre, ¿me oyes?

Sobre el embozo bordado de la sábana, una mano que parecía exánime inicia la voluntad de un movimiento más que un movimiento en sí. Juliana capta el mensaje. Eso significa que su voz traspasa las membranas del silencio y penetra en el cascarón huero del cuerpo materno.

—¿Te duele mucho?

—…

—Te duele, ¿verdad?

El blanco de las sábanas parece tornarse gris. Acechando una arruga de respuesta sobre ese mantel de silencio opaco, Juliana escudriña el rostro materno. ¿Ha creído notar una leve crispación? No está segura. Quizás sólo sea un espejismo de círculos provocado por una hoja seca caída en el agua, un sueño dentro de un sueño que sólo ha durado el tiempo de la duda.

—Sé que sufres, como yo; sé que por mi culpa no paras de sangrar, y te pido perdón; nunca debería haber nacido. Tranquila, no te agites, no quiero aumentar tus sufrimientos. Ya no soy una niña; he crecido, aunque los demás se empeñen en ignorarlo, y sé cuál es mi deber: estar a tu lado. Los demás piensan que no soy nadie, lo veo escrito en sus caras las pocas veces en que hago el esfuerzo de mirarlos. Me da igual. Mejor dicho, me encanta. A ellos los tranquiliza y a mí también. Todas las mañanas, al amanecer, puntualmente, me disfrazo de muñeca: así quieren que sea, una muñeca como las tuyas, con ricitos de serafina, con pechos y caderas de puta, pero insensible, inanimada, casta. ¿Te acuerdas? Seguro que la tía y la abuela se empeñaron en inculcarte la castidad a ti también. ¡Lo hacen divinamente, las muy zorras! Al final comprendí. *Aquella noche* (así es como ellos llaman a mi única noche de luz,

noche que me robaron porque yo no tenía suficiente madurez para defenderla), aquella noche entendí que todos estaban en contra mía; salvo tú, quién sabe. Enseguida pensé en tus muñecas y me dije: «¿Y si, para vengarse, mamá quiso tener una hija a imagen de sus muñecas, con ricitos de serafina, con pechos y caderas de puta?». Porque está claro que los demás quieren niñas que no se muevan; que pasen directamente de la cuna al tálamo sin transitar por la casilla de salida de la vida. Lo dejaron clarísimo en la Audiencia. Así que di marcha atrás: para los demás soy una pequeña estúpida, gangosa y rizadita; para ti y para mí, una muñeca que esconde su cuerpo hinchado como un forúnculo, como decía la tita. Así mato dos pájaros de un tiro. No, no te digo esto para aumentar tu sufrimiento, sino para que entiendas. Y también para decírmelo a mí misma en voz alta. Nadie nunca me ha oído hablar así, ¡se quedarían pasmados! Pero aunque acostumbrasen a escuchar detrás de las puertas (lo que no haría nunca esa gentuza, tan honrados ellos), con tu puerta no hay peligro: todos saben que sólo da al silencio, nada más que al silencio. ¿A quién se le ocurriría pegar el oído a la puerta de una agonía que dura ya quince años? Sí, mamá, tu hija pronto cumplirá quince años; quince primaveras, como diría Casimira si todavía hablara de mí. Pero ella también se calla. Eterna cómplice de la abuela. Como ocurrió contigo.

Juliana aprieta con desesperación la mano de la enferma. Mano pegajosa y deformable, como de cera caliente, aunque gélida como si le hubieran sacado hasta la última gota de sangre; que no reacciona y se deja sobar sin oponer resistencia: más flexible que la mano de un cadáver pero igual de inerte.

—¿No te doy miedo, mamá?

De un salto, el gato se pasa al sofá y desaparece bajo el cúmulo de muñecas cuyos ojos vidriosos, abiertos de par en par, miran fija y ciegamente la oscuridad.

—No temas, mamá…, tu Juliana va a cuidar de ti, te va a curar el cuerpo y el alma, que la tita me enseñó la caridad. Primero tu herida, puerta desgraciada por la que entré en este mundo desgraciado. Si es verdad, como dice la tita, que todos los miembros de esta familia cargamos con el peso de una culpa, si es cierto que debemos purgar algo horrible cometido contra Dios y la naturaleza,

compartámoslo en silencio, madre e hija, para que se vuelva contra ellos. Ya que nos han infligido la misma herida, nos vengaremos juntas. ¿Me ayudarás?

Insensiblemente, la mano invertebrada parece hacerse más firme, segregando el espectro de una respuesta: roce imperceptible, real o no, como un beso dado a través de un cristal.

—Comprendo —murmura Juliana.

Pone la zafa en una silla, levanta la sábana sobre el pecho de su madre, le remanga el camisón, descubriendo la parte inferior del cuerpo. La auténtica respiración de Adelaida parece salir de esa boca lacerada de la que supuran fluidos sanguinolentos. Un olor putrefacto se desprende. La chica no hace ningún movimiento de rechazo. Roza con delicadeza el pubis, luego entreabre y limpia cuidadosamente los labios con la esponja. El cuerpo vibra unos instantes, el estertor se hace audible. El purulento chorreo se corta. La brecha se dilata. Los bordes se relajan, la herida se duerme a medida que la chica le quita las inmundicias, la seca, le echa talco. Cubre con un pañal el sexo de la enferma. Un suspiro apacible, como irradiado desde la minúscula corona del ombligo, le relaja los músculos del vientre. Juliana la acaricia con ternura; sus dedos, morenos por el sol, resaltan sobre la pálida piel que apenas tocan. Le vienen a la mente los dedos de Casimira durante sus baños de niña cuando, en un juego febril, se introducían en su *clavel de nácar*. La brutal impaciencia de Noro lo estropeó todo. En el fondo, Juliana esperaba otra cosa: una feliz continuación de aquellos jugueteos de la vieja libertina. Pero nunca habla del tema, y mucho menos en el confesionario. Secreto bien guardado, que le muerde, implacable, la frágil carne de sus quimeras. Secreto profundo que, en el tiempo que dura una pesadilla, pasó de la seda a las zarpas, de la caricia a la violación, y terminó por esfumarse en irreprimibles chillidos.

El jadeo de la enferma se sosiega, se transforma en tranquila respiración, como si padeciera menos… Juliana le arregla la cama, le lava manos y cara, la peina. Descubre la luna del armario y rocía las sábanas con colonia. El olor a sufrimiento se disipa. La chica sale del cuarto convencida de dejar tras de sí un jirón de vida menos doliente. Pero el dolor se le ha metido en sus propias entrañas: siente de nuevo la quemazón de *aquella noche*. El recuerdo de Noro vuelve a ella, tizón al rojo vivo que nunca conseguirá arrancarse de entre las

piernas. Con un gesto de violenta repulsa, aprieta los dientes, se encierra en el cuarto de aseo y se sienta sobre un cubo de agua helada. No quiere gemir, ni morderse los labios, ni expresar su asco con alguna grosería. Piensa que le hubiese gustado ser chico, opresor y no oprimida, ¡aunque en estos momentos se pudriera en la cárcel por intento de violación! En la vida, qué duda cabe, es mejor ser criminal que víctima. Lo mismo ocurre con el sexo. Si su propio ejemplo no fuera suficiente, podría citar también el de su madre, golpeada por una maldición sexual, mientras que su padre, tan ancho y tan pancho, se va de putas a la ciudad (con el beneplácito de la abuela). Juliana los odia. Los odia con frío apasionamiento. Odio que, en su caso, se transmuta en una especie de fe. Y se dice que algún día…

Todo llegará. *Puede esperar*.

Al salir del cuarto de aseo su semblante ha adquirido su máscara habitual: sonrisa de muñeca y mirada perdida. Casimira dice que la cena está lista. Juliana se sienta a la mesa con los demás, come en silencio, absteniéndose, como su tía, de participar en la conversación: tierras, ganado, obreros y cosecha no le interesan en absoluto. Terminada la cena, dobla su servilleta y la introduce en el aro de madera que lleva su nombre. Tan sólo levanta la vista una vez, cuando la abuela dice:

—Andrea, el domingo que viene hablaremos de tu boda. Fijaremos la fecha.

Andrea contesta:

—Sí, abuela.

Tonio sonríe y baja la cabeza, los demás se callan.

Las pupilas de Juliana echan chispas. Tempestad interior, que apenas dura un segundo. La familia no se percata de nada. Nunca miran los ojos de la niña, que corre la silla, se levanta, les da la espalda y sale tras su tía. Ya toca Pepito Mariposa la campana, anunciando la novena nocturna. Tía y sobrina se eclipsan sin despedirse, como si hubiesen dejado de pertenecer a la familia. Casimira se encoge de hombros con resignación, torciendo la boca:

—¡Ya veréis, ya, cuando muera el ama! Pero es como hablar con la pared. En esta casa sólo hay sordos y ciegos.

El amor filial de la enmilagrada otorga a los rumores de las beatas un vigor renovado. Lo interpretan como una señal del cielo y, a su siniestro modo, lo van adornando y distorsionando. No aseguran nada, por supuesto, tan sólo comentan *lo que dicen* por ahí.

Dicen que la pobre Adelaida, mártir de la Cornisa, es un puro desecho podrido, cruzada en su lecho de agonía. Sí, un cadáver viviente. *Dicen* que su hija pequeña, «esa enmilagrada, *regalo* de Dios», ha tomado la (sublime) decisión de cuidar personalmente de su madre, para mejor mostrar al mundo la auténtica caridad. Sí, la enmilagrada se llama Juliana, «sólo con decir su nombre se me pone la carne de gallina: me da como éxtasis».

A veces, tales comentarios salen de la sacristía o del confesionario; pero por lo general proceden de las meriendas —pastas y vino dulce— que organiza la señora alcaldesa, a las que asiste, asiduo, el señor cura. En cuanto la sangre de la fe se calienta demasiado, tía Dolores, serena y humilde, se pone un dedo en los labios y recomienda calma y prudencia. Por temor a la ira de la abuela. Pero en cuanto fallezca su señora madre, añade con una sonrisa tranquilizadora, nadie pondrá en tela de juicio la piedad de su santita.

Y el rumor, soterrado, se va magnificando, ganando terreno. Adquiriendo poco a poco la consistencia corrosiva de las aguas fecales. Unos y otros imaginan a Adelaida convertida en cadáver vengador, en pie de guerra, continuamente reanimado y aseado por su hija.

—¿Sigue manando? —preguntan en tono casi místico.

—¡Sin parar!

—¡La sangre de los santos, que se transmite de madre a hija!

—Cierto —admite a regañadientes el señor cura.

Las damas se callan, el tonsurado se apresura a tranquilizarlas mascullando algo sobre los caminos del Señor: inescrutables, confirma. Ante las suculentas meriendas de la alcaldesa está dispuesto a todo, incapaz de negar a esas almas piadosas su ración de milagro.

—Póngame un poco más de tarta, por favor, ¡un pedacito pequeño!

La señora alcaldesa le sirve un buen trozo. Está profundamente convencida de que el pan nuestro de cada día sólo se prometió a las gentes de fe. ¿A quién, si no?

Tía Dolores exulta. Sólo Dios sabe cuánto le duele que su sobrina no pueda asistir a las espléndidas meriendas eucarísticas. Pero la pobre santa, a estas horas, está enfangada en los deberes profanos de la casa.

—¿Profanos?

—¡Sí, queridas, profanos! ¿Cómo queréis que los llame? ¡Si Juliana casi se ha convertido en una fregona!

—Tranquilidad, hijas mías —interviene el cura con la boca llena—. ¡Las tareas domésticas son el sino de los humildes, como nos enseñaron Marta y María!

Las damas catequistas aprueban con el moño. ¡Que si lo saben! ¡Señor! (No hay más que verles las manos, día y noche desgranando rosarios. Manos que huelen a devoción, no a lejía.)

La santa acepta los hechos sin oponerse a la voluntad de las beatas. Parece ausente del mundo, eso dicen todos; pero en su fuero interno permanece muy atenta a aquello que le interesa. Cuando toma conciencia de que Andrea y Tonio se han prometido en matrimonio (casi a escondidas, en conversación privada en el cuarto de la abuela), se dedica a espiar sus gestos, a vigilar sus encuentros. Así que, por la noche, entra y sale mil veces de la sala donde se agazapan su hermana y el *novio* haciendo manitas e intercambiando palabras tiernas («¡palabras infames que ninguna mujer honrada debería pronunciar!», resopla la tita). O bien se sienta con ellos, sin más, para *acompañarlos*. (Órdenes de la abuela, que no cree necesario explicar a la chica por qué debe permanecer al lado de su hermana como un guardaespaldas.)

Juliana interpreta a la perfección el papel de carabina. Su mirada huidiza convierte en pecado los inocentes atrevimientos de los novios. No dice ni pío, pero su silencio aúlla. Como si su sexo lacerado reclamara justicia. Sentada frente a ellos, pudibunda, pone demasiada ostentación al taparse la entrepierna con la sábana que está bordando. La sábana de la noche de bodas de su hermana. Ellos le leen el pensamiento. Tonio se pone colorado; Andrea, blanca. Se sueltan las manos y bajan la vista. En los labios de la hermanita aflora una sonrisa vindicativa: disfruta infligiéndoles de ese modo su heroísmo de *aquella noche*, recordándoles que deben reportarse, tener más decoro, como dice

machaconamente la tita camino de la iglesia. La chica examina de cerca aquella sábana que, dentro de poco, se manchará de sangre, la despliega ante ellos, recorre con su frágil dedo los motivos bordados, señala el centro y, con voz cándida, pregunta:

—Aquí no se borda nada, ¿verdad? Creo que hay que dejarlo liso, para que el cuerpo descanse mejor.

Andrea, incómoda, contesta:

—¿Has visto alguna sábana bordada en el centro?

—¿Yo? ¡No! Pero éstas son sábanas de boda, las primeras que veo. Son para tu boda, no para la mía. Por eso pregunto. Eres tú quien se va a casar, no yo. Sois vosotros quienes vais a dormir en ellas, no yo.

—Deja de decir tonterías, por favor. Sabes perfectamente que son los manteles los que van bordados en el centro, no las sábanas.

—Eso es lo que yo pensaba —murmura Juliana.

Andrea, irritada, levanta la voz:

—¡Ya tienes edad para comportarte como una mujer!

—¡No soy una mujer! Sólo tengo quince años, al menos eso creo. Ya casi no recuerdo la edad que tengo.

—Sí, tienes quince años.

Juliana dobla pausadamente la sábana y, pegando la tela contra su vientre, sale sin chistar. Andrea dice que sube a acostarse:

—Ya es un poco tarde —murmura, como hablando consigo misma.

Tonio guarda silencio.

En esta casa en la que nunca cambia nada, nadie cuenta los días. Pero el paso del tiempo se nota.

La abuela envejece.

En la medida en que su débil sentido de la autoridad (continuamente rebatido por el autoritarismo de su suegra) se lo permite, don Juan toma el relevo de la vieja leona. Lo hace sin convicción y tan sólo en lo referente a las tierras. De soltero fue un estupendo chalán; su boda con Adelaida lo convirtió en agricultor mediocre. Tampoco puso mucho de su parte.

Apenas se le ve, todos lo evitan. Se queja de dolores reumáticos en la mano mutilada cuando cambia el tiempo. Siempre solo. Sus ojos de crío culpable imploran en vano una mirada de ternura. Pero parece que la ternura hubiera desertado de la Cornisa. Como los suyos lo han desterrado de sus corazones, retoma la costumbre de visitar dos o tres veces al día el cuarto de su mujer. Casimira, conmovida, afirma que, por mucho que digan, el recuerdo de un amor es el más duradero… Pero nadie la escucha. Por su parte, tía Dolores murmura que el pecado duerme con un ojo abierto. «Apariencias», dice al oído de su santa sobrina. Y rocía con agua bendita el cuarto de la enferma.

La abuela envejece de vieja.

Como necesitan mano de obra, contratan a Pepito Mariposa. A media jornada. Para los Cuervo, la media jornada significa trabajar de sol a sol; o sea, *de noche no*. Mariposa se resigna: ¡hay que ganarse la vida!

Y Andrea no para. Cuanto más se apaga la abuela, más presiente el poder. Tiene pasta de heredera. Ya actúe de novia enamorada o de cabeza de familia, se comporta siempre del mismo modo, lo que otorga a sus relaciones con Tonio el carácter autoritario propio de las mujeres con el temple de la abuela. Algún día la llamarán «doña Andrea», eso está claro. Va aprendiendo a llevar la cabeza muy alta, más alta que la copa de los árboles o el caballete del tejado. Sobrepasando a los jefes masculinos. Tan sólo comparable con las cumbres de los montes que dominan la Cornisa. Y Tonio, a pesar de su gran estatura, se hace cada vez más pequeño a su lado.

Esta metamorfosis, que apasiona a Juliana, se produce ineluctablemente en todos los machos que se alían con una hembra Cuervo. La chica no está dispuesta a participar en ese mundo sin fisuras ni sorpresas, definido, inamovible, del que se considera un mero rehén. Pero se empeña en desmenuzarlo. Por ejemplo, el caso de Pepito Mariposa: aunque no es un hombre-hombre, su escasa virilidad no escapa al vampirismo hembra de la Cornisa. Reducido a la dura condición de chico para todo de Casimira, olvida a veces florear su viejo sombrero de paja, apesta a estiércol de gallina, deja de cantar, y su vehemente cháchara se muda en sumisión y falso recato. Sólo vuelve a su ser cuando sale al campo para llevar la comida a los braceros y, por las noches, perfumado como una puta (según dice la tita), cuando se pega a las

paredes ofreciendo el culo a los viandantes. (El grosero lenguaje de Casimira se ajusta mucho a la realidad, y tía Dolores, por una vez de acuerdo con ella, añade que ese cáscara amarga, a semejanza de todos los demás retoños del diablo, saca partido a las tinieblas para *coitar* como una perra.)

La mirada de Juliana, a quien le encanta el espionaje, está en todas partes. Un profundo cambio se ha operado en la muchacha. De pequeña le gustaba reír a carcajadas, hacer ruido; se la veía venir, se la oía llegar; la alegría y la despreocupación la precedían siempre. Pero aquello acabó. Ahora se desliza, se escurre, pasa rozando las paredes, abre y cierra las puertas escondiéndose tras ellas, casi no respira. De noche entra en todos los cuartos, viola intimidades, lanza miradas escrutadoras a las formas dormidas que roncan de cansancio. Profana sin ningún pudor los secretos de los durmientes. Su hermana Andrea suele tocarse el seno izquierdo, pellizcándose el pezón, lo que a veces le provoca un largo espasmo que ilumina sus rasgos con una extraña sonrisa. Descubre que Casimira se pone el vestido amarillo para dormir, que la abuela hace muecas de angustia, gesticulando, nerviosa, como para deshacerse del peso de la muerte (¿soñará al fin con ella?), que su padre, mientras descansa, se acaricia los labios con sus dedosmuñones, que tía Dolores imita el estertor de mamá, que Tonio…

El cuerpo de Tonio es el que más de cerca espía. Inmóvil, atenta, lo traspasa con su mirada de serpiente, redonda y fija. Cuerpo ardoroso que no soporta mantas ni sábanas y las aparta a patadas. Duerme en calzoncillos, se mueve mucho. Cada vez que cambia de postura sale de la cama un fuerte olor a sudor. Se duerme boca arriba con las piernas separadas. Al poco, la tensión de sus músculos se relaja: está soñando. Rasgo a rasgo, Juliana escudriña aquel rostro del que emergen fantasmas. Pero enseguida Tonio da un respingo y se pone boca abajo. La respiración se hace jadeo. Luego, empieza a roncar. De pronto interrumpe sus gruñidos, se mueve otra vez, se vuelve a poner boca arriba y lanza un interminable suspiro. Los ojos de la chica están clavados en el calzoncillo: se ha hinchado. Una mano vigorosa baja hasta cubrir el sexo, lo acaricia: despertar inconsciente de una voluntad adormilada. La mano vuelve a dormirse sobre el muslo. El sexo, vivo, se yergue y vibra, como si quisiera

desprenderse del resto del cuerpo o echarse a volar, o fundirse. Eso es, fundirse. ¿Qué madriguera ansía en sueños ese hurón sanguinario?

La chica, hipnotizada, contempla la despierta inocencia del muchacho y empieza a sudar por todos sus poros. Su propio sexo la martiriza. Da media vuelta, sale del cuarto y, mordiéndose los puños, corre hasta el aseo. Como acostumbra a hacer cuando su carne la atenaza («los demonios de la carne», murmura la tita), se sienta sobre un cubo de agua helada. Y se pone a gemir.

Esos vagabundeos nocturnos van iniciando a Juliana en ciertas cosas que se niega a ver a plena luz del día debido a su aislamiento en el seno de la familia. Cosas referidas a Tonio. Como buen campesino (o criado diligente, no sabría decirlo), se levanta el primero. Antes que Casimira, antes que la abuela. Antes de que despunte el alba, ya ha saltado de la cama. Se adelanta incluso a los gallos. Luchando contra la pereza, baja a lavarse con agua fría como si él también buscara apaciguar sus sentidos excitados por los sueños.

Juliana, espía empedernida, adopta el mismo ritmo y su cuerpo se convierte en un reloj: minutos antes de que Tonio se despierte, ya está de pie y espabilada. Una perversión inédita la empuja a actuar como un felino, retrasando el momento (y el placer) de abalanzarse sobre su presa. Merodea por los alrededores del cuarto de aseo, o va detrás del *novio* de su hermana («escoria social que salió del mismo pozo del que habían sacado a Noro», según la tita). Pero la chica-gata no se deja ver, se funde en las sombras, inmóvil, al acecho. Tonio se despierta en medio de una fuerte erección. Siempre. Y le dura mucho rato. Como se cree solo, el muchacho no se priva de disfrutar de tan esplendorosa prueba de vitalidad. Luego, todo vuelve a la normalidad: Tonio se relaja, bosteza, resopla, se viste y se dispone a desayunar y a salir al trabajo. En cuanto se abrocha el pantalón, Juliana desaparece de su ventana de sombras.

De este modo, se va iniciando en un delictivo rito. Ignora si lo hace por placer o por odio. No le interesan los juegos de miradas: sólo le importan los hombres de cintura para abajo; sólo se fija en ese paisaje turbulento que no controla sus propios cambios, que continuamente está manifestando sus estados vivenciales. Intenta comprender por qué la sociedad, gobernada por ese timón, se vuelve contra unas leyes naturales; por qué excluye a la hembra de

sus juegos de azar. La sala de la Audiencia le viene a la memoria y su mueca infantil se convierte de nuevo en rictus de asco.

Un día,

a esa hora en que, un poco antes del alba, la noche se oscurece aún más, como dispuesta a oponer una feroz resistencia a la luz,

la chica se despierta de un sueño convulso, salta de la cama y, sombra de su sombra, baja la escalera, cruza el vestíbulo y la cocina, entra en el cuarto de aseo. No se ha molestado en vestirse.

Mente en blanco.

Desde hace algún tiempo tales *ausencias* son frecuentes, sobre todo durante sus escapadas nocturnas. Como si no le funcionara la cabeza. Carne animada, privada de espíritu. Mera carne receptiva entregada a ciertos influjos fisiológicos, a arrebatos de deseo incontrolados, como un acto reflejo. Lógica del cuerpo, semejante a la de los animales, que la subyugó el día de la Audiencia, cuando todas sus facultades de raciocinio se pusieron a actuar bajo mínimos. Se comporta y reacciona con toda naturalidad, pero la inteligencia no interviene en absoluto. Quizás por eso le ha resultado tan fácil hacerse pasar por *enmilagrada*.

¿Qué estará tramando en la oscuridad?

Está mirando. La bañera.

La bañera, hecha para el agua, para el baño.

Coge un cubo y empieza a llenarla de agua tibia, agua que Casimira mantiene siempre en el fuego.

Está desnuda, mancha blanca que se mueve sin tropiezos en la oscuridad.

¿Irá a darse un baño?

No, no se baña. Coloca un taburete detrás de la puerta y se sienta; mejor dicho, se acurruca.

¿Se estará escondiendo?

No intenta esconderse. Simplemente está ahí, sentada.

Pasa el rato, pero no se impacienta. Sus manos, distraídas, recorren su cuerpo, palpan su desnudez. No las anima ninguna voluntad; simplemente, *lo hacen*.

Mirada ausente, rostro inexpresivo. Carne cada vez más nítida conforme va llegando el alba y, al mismo tiempo, más difuminada, inexistente. La penumbra diluye su silueta, que apenas se mueve.

La espera podría durar un siglo o, en todo caso, la vida entera de este cuerpo expectante, que parece ilimitada.

Pero es breve: en el quicio de la puerta, entre enormes bostezos, indeciso, sin saber muy bien si debe ir hacia delante o hacia atrás, aparece Tonio. Se va rascando por todas partes, de la cabeza al pubis. Parece que el sueño no lo ha abandonado del todo. Sólo se ha puesto un calcetín y lleva en el hombro el pantalón y la camisa, que tira sobre una silla. Casi a ciegas, se planta ante el urinario, se abre la bragueta del calzoncillo. Tiene el sexo tan hinchado que, al principio, no puede orinar. Espera, sin dejar de bostezar, en jarras, armándose de paciencia. Poco a poco, el frío del cuarto le atenúa la erección y echa una larga meada, mientras lanza uno de esos suspiros de alivio que constituyen las confesiones secretas de la carne.

Ahora, totalmente despierto, empieza a mirar. Al ver la bañera llena de agua tiene un ligero movimiento de sorpresa: nadie en la casa se levanta antes que él, y él se baña una vez a la semana, y hoy no es domingo.

Entonces, siente la otra presencia. Se gira. Dos ojos lo contemplan fijamente. Dos ojos opacos, de brillo apagado, brasas sepultadas bajo la ceniza. Una llamada sin voz emana del cuerpo desnudo, blanco, que tiembla al respirar, que respira al temblar.

Se queda deslumbrado. Reconoce a Juliana, pero no entiende el porqué de su presencia. Siente un escalofrío y el cuerpo le empieza a arder, lo lacera, como si deseo y vergüenza librasen batalla dentro de él. Los pies inician un acercamiento a la chica, pero la memoria se le despierta. El recuerdo de *aquella noche* le vuelve de pronto a la mente, mezclado con confusas imágenes catastróficas…

Pasan algunos segundos, largos y penosos.

La razón se impone al fin: Tonio se gira y huye por la puerta de la cocina. Le quema el bajo vientre. Tiene la horrible sensación de que lo han castrado, de que unas garras invisibles lo han capado, de que esa larga e inmóvil mirada acusadora lo ha condenado. Una vindicta. A partir de entonces, fantasmas

ensangrentados se manifestarán a menudo en sus pesadillas; pero no se lo dirá a nadie.

Juliana se mete en el agua. Las pupilas, apagadas, adquieren la dureza del ónice. Los labios exhiben una mustia sonrisa que la afea. Halo de miseria, como el que se adivina alrededor de las flores marchitas.

¿Qué sabe ella de flores?

Desde que la florecilla de azahar de su niñez murió *aquella noche*, Juliana sólo les reconoce utilidad en ritos y fastos fúnebres. Flores agonizantes, moribundas. Ahora que hacen compañía a la salud precaria de la abuela y al interminable fenecimiento materno, a la chica le encantan. Las venera. Las pone por todas partes. Taciturna, corta los tallos como si fueran yugulares, como si, hocino en ristre, participara en la gran matanza final de las impías. También dibuja y borda flores en el ajuar de su hermana. No borda las iniciales enlazadas de Andrea y de Tonio, ni pájaros, ni angelotes de colores, ni frutas desbordando del cuerno de la abundancia. No; sólo borda flores decapitadas.

Pero las flores son una pesada carga. Conseguir semejante cantidad es todo un reto. En las tierras de los Cuervo los jardines están excluidos, ya que la abuela los considera un lujo superfluo: para frenar la erosión del suelo, prefiere que, en lugar de lirios, se planten manzanos enanos. En las tapias de la Cornisa, ni madreselvas, ni jazmines, ni buganvillas: se alzan blancas, desnudas y coronadas con vidrios rotos, como las de una cárcel. En el evangelio terrícola de la vieja obstinada sólo hay lugar para las plantas alimenticias. Ni una palabra sobre la cizaña.

Por eso, en toda la propiedad sólo hay un minúsculo bancal de apenas unos pasos, detrás del gallinero, que Casimira ha conseguido proteger contra la furia *antifloral* de su masculina ama. Cuando las dos mujeres se pelean, doña Soledad, blandiendo su puntiagudo bastón, amenaza a la criada con sembrar en él cebada para las gallinas. Casimira contraataca presentando su dimisión irrevocable. La abuela calla y otorga. (Son las ventajas de oír la radio: *presentar la dimisión irrevocable* es una fórmula mucho más contundente que *me largo*. Casimira se siente orgullosa.) El bancal en litigio ha sobrevivido, pero, asfixiado por el estiércol, sólo da unas pocas flores, enclenques y apestosas.

¡Y de pronto se le antojan a la vieja leona!

—¡Flores! —grita—. ¡Quiero flores!

Gritos angustiados.

Y Juliana contesta:

—¡Tranquila, abuela, yo te las traeré!

Pide a Pepito Mariposa que le consiga grandes ramos y éste, muy diligente, sube a lo alto del cerro para cortarlas, o las birla por la noche en los jardines, o las compra. Juliana, por su parte, aureolando su cabeza de santa con un halo de inocencia, sustrae las más bonitas al altar de la Virgen del Rosario. Su cándida voz murmura que tiene el sagrado deber de ayudar a la gente a morir como Dios manda. Empezando por su abuela, aunque no la nombra. El cura, comprensivo, asiente; las beatas exclaman:

—¡Qué razón tiene su tita, es una enmilagrada!

Y le traen ramos, como si aquellas almas piadosas estuviesen deseando borrar a la abuela de la lista de los vivos… En cuanto a la cara de tía Dolores, expresa su consternación más y mejor que nunca. Inútil precaución: todos están convencidos de lo poco que le importa la vida eterna de su madre, al menos en este mundo.

La casa empieza a parecerse a un mercadillo de flores. La sonrisa de la abuela se pavonea; sonrisa insólita que intenta, sin conseguirlo, disimular los estragos de la edad o desafiar al espectro de la muerte. Sonrisa de desamparo que Juliana se empeña en poner en jaque, sacando los enormes crespones de luto que se suelen guardar en el fondo de los armarios y cubriendo con ellos los veladores en los que deposita sus maléficos ramos.

Su mano previsora transforma la habitación de mamá en capilla ardiente; la cama, en catafalco. Nutriéndose de la constante humedad que reina alrededor de la zona púbica de la yaciente, las dalias blancas se abren y se pudren a un tiempo. Un empalagoso olor a panteón, que acentúan los perfumes orientales, envuelve el cuarto. Si alguien hubiese visitado a la enferma, la habría tomado por una favorita agonizando en un harén en descomposición.

¿Dónde, el sultán?

Sentado en la mecedora, mohíno, acariciando con los dedos de su mano mutilada el floreado encaje de los pañitos sobre los reposabrazos. Sin puro. A

Adelaida enferma le sienta mal el humo: tose y se asfixia.

Para Juliana la presencia de padre en la habitación materna adquiere el sentido de una fiesta mística, que organiza con sumo cuidado. Empolva la cara de su madre y coloca la mecedora de manera que marido y mujer puedan confundir sus miradas. El amor muerto resucita, sacramento del que se nutre la piedad galopante de la hija. Ante tal prodigio, tía Dolores impone un silencio sepulcral en la casa —la radio de Casimira es la primera víctima— y corre a propagar la buena nueva entre las almas piadosas. Todos se quedan boquiabiertos.

—¡Nunca se ha visto que un ángel recomponga de ese modo los sagrados lazos del matrimonio! —exclama el señor cura mientras expolia la bandeja de pasteles.

¡Y pensar que este milagro se produce en un rincón perdido del planeta, donde la gente fornica contra las tapias!

Bebiéndose el vino dulce a sorbitos, con religiosidad, las almas pías martirizan con saña las cuentas de sus rosarios. La santidad pública de Juliana va ganando terreno.

Por su condición de enmilagrada, la chica se ve abocada a una sempiterna infancia, y su arte en fingirse una cría graciosa sigue depurándose. Si bien su envoltura carnal se desarrolla a ojos vistas, se obstina en conseguir proezas de compresión, torciéndose y retorciéndose cual faquiresa, con el fin de empequeñecerse. Sobre todo cuando, caprichosa y llorica, convertida de nuevo en florecilla de azahar, se sienta sin previo aviso en las rodillas de papá: ronroneante bola de amor filial, que vuelve su cara angelical hacia su madre, como un girasol de vidriera. Como si quisiera reinar allí eternamente. Busca el calor paterno, que ella califica de *protector*, se funde en él y vuelve a lanzar aquellos trémulos suspiros que tanto gustaban a la familia cuando era una chiquilla. Papá sucumbe. Con la punta del pie imprime a la mecedora el ritmo de antaño. Se emociona. Sus dos cuerpos se mecen. De la garganta de la chica se escapan unos ingenuos gemidos, sonoros eructitos que llegan hasta padre: cuajo agridulce de después de mamar. Papá se derrite. Juliana se achica entre sus brazos.

Adelaida abre los ojos. Su mirada, muerta desde hace tanto tiempo, se reanima, iluminada por una secreta connivencia. Una sonrisa aflora a sus labios, tiende su mano de cera, que acoge el marido. Se establece una corriente de frágil pasión, a la que sigue un lánguido espasmo, trabajoso, doloroso. Instante de placer arrancado a la memoria más que a la carne.

Y de nuevo, se adormecen en el pesado ambiente de las flores agonizantes. Como bajo tierra. Reposo de tres cuerpos enterrados vivos, insomnes.

Las pupilas del gato son redondas, fosforescentes; su mirada, fría y distante. Ojos inmóviles, ojos-dioses. Presentes, ausentes.

A plena luz del día, padre e hija no intercambian ni una palabra, ni una mirada; pero son cada vez más frecuentes sus encuentros en la asfixiante noche del cuarto materno. El núcleo familiar se restablece ante los demás.

Por la mañana muy temprano o al volver del campo (incluso antes de acostarse) Juan pide los bizcochos o la sopa de su mujer, que lleva él mismo a la enferma. Alimentándola con sus propias manos, como a un pajarillo, se siente rejuvenecer. Juliana, sombra enamorada, va tras de su padre o se queda ante la puerta de la habitación para abrirla y dejarle pasar. Casimira murmura que eso no se ha visto nunca, que es el mundo al revés. La tía Dolores farfulla que algo en todo eso le huele a pecado, pero por nada del mundo lo diría abiertamente, al contrario: cuando sus palabras se hacen de nuevo audibles, todo son beatíficas alabanzas. Dirigidas a su sobrina, por supuesto. Según ella, la presencia enmilagrada en el seno de este *hatajo de pecadores* ha conseguido, por fin, el milagro de la armonía familiar. Como en la Epístola. Y todo ello *in articulo mortis*, o casi.

El tiempo pasa.

En la abuela se van acentuando los signos de decrepitud, como si el final se acercase a pasos agigantados. En Andrea, la autoridad de la heredera se va imponiendo al mismo ritmo. Es la primogénita y lleva con mano firme la marcha de la casa, se retira a solas con la abuela para hablar de la venta del trigo, para ayudarle a llevar las cuentas de la Cornisa. Recibe cartas, folletos sobre agricultura moderna; a veces habla de ello en voz baja con Tonio.

Juliana ya no espía el sueño del muchacho, ni siquiera lo mira. Experimenta sus primeras emociones de mujer acurrucada contra el cuerpo de su padre o rozando furtivamente los labios de su madre.

—¡Florecilla de azahar, no me dejes nunca! —suspira don Juan al oído de su hija.

E inunda con sus lágrimas el pecho de la enmilagrada, cuyas pupilas se turban aún más. Si abriera los ojos (cosa que sólo hace en la oscuridad materna) se leería en ellos la lasciva densidad de las aguas estancadas. Pero eso no le interesa a nadie. En este mundo de tuertos y ciegos, ¿quién, salvo el gato, podría ver en las tinieblas?

De la Cornisa parten dos voces que divulgan, incansables, las hazañas caritativas de Juliana, pregonando su predisposición *sobrenatural* para cuidar de los débiles, de los desvalidos: tía Dolores y Pepito Mariposa. La solterona nunca hubiera imaginado mejor colaborador para promover los ingredientes divinos de su sobrina. El hombrecillo, que tiene algo de duende, posee un sentido indiscutible de la publicidad al que se añade su espíritu novelero; cuando no habla de culos (su tema favorito en cuanto se dirige a un oído experto y complaciente como el de Casimira), se deleita charlando del *universo extraterrestre*, expresión que, para él, abarca del «ovni» al milagro. Y diserta apasionada y rotundamente sobre el *alma celestial* de la chica. Ahora que vive cerca de ella, afirma haberle visto alrededor de la cabeza, en varias ocasiones, un halo de santidad. Una corona en plena noche, como manda la tradición de los enmilagrados. ¡Y así de ancha! A pesar de las risotadas de Casimira, de sus palabras y gestos obscenos con los que se empeña en contradecirle para obligarlo a poner los pies «en la realidad de este puto mundo» como dice la vieja impía —que sin la menor compasión le impone auténticos trabajos forzados en el gallinero—, Pepito Mariposa no da su brazo a torcer. Con su voz de pito (que pondría verde de envidia a más de un flautín) defiende con arrojo su tesis, según la cual todos los santos (todos, sin excepción) cuando no caen en éxtasis, que es cuando miran fijamente al cielo, bajan la vista hacia el suelo como Juliana. Mirar hacia abajo no significa hipocresía, como pretende Casimira, sino *profunda meditación*.

—¡Lo que pasa es que se elevan, se evaden de este mundo! Por un motivo muy sencillo: hasta que no se demuestre lo contrario, el más allá es un lugar mucho más acogedor y recomendable que el *más acá* —concluye, triunfante.

Casimira, rabiosa, le asigna unos cuantos pucheros más para que los abrillante con arenilla. Al Mariposa le da igual: nunca se ha podido quedar de brazos cruzados. Lo único que pide es que no lo amordacen, que le dejen la lengua suelta y libre. Casimira promete arrancársela con unas tenazas al rojo vivo. Pepito Mariposa se pone a canturrear y Casimira sube el volumen de la radio. La sombra de Juliana se escurre por la puerta entreabierta del cuarto materno. En el vestíbulo, la tita enciende una lamparilla en la hornacina de la Santa Patrona. Un poco antes, Casimira había echado una ojeada suspicaz a la imagen: ciertamente, los ojos entreabiertos de la Virgen del Rosario muestran una mirada baja y huidiza, idéntica a la de la enmilagrada.

Tiempo ha, cuando la abuela disfrutaba de una salud de hierro, la Cornisa parecía una fortaleza, gobernada por leyes y horarios precisos, que resistía, tenaz, los ataques externos. Quienes no se atenían a las normas lo pasaban mal (tía Dolores lo padeció en sus propias carnes). Para la mayoría silenciosa, los que seguían la línea trazada por doña Soledad, la finca era como un refugio. Todos y cada uno habían pagado su tributo a la regla de obediencia. Casimira, sin ir más lejos, se vio obligada a deshacerse de su único hijo (doña Soledad no soportaba que bajo su techo viviera ningún niño varón, sobre todo si era el vástago de una criada) y, más tarde, tuvo que renunciar, muy a pesar suyo, a casarse con el padre de su ama sin dejar de acostarse con él; el aparato de radio, salvado *in extremis*, representa para la decana de los Cuervo un simple y sutil sustituto del *pan y circo*: Casimira escucha el serial mientras trabaja, nunca se le pasaría por la cabeza sentarse un minuto delante de la radio «para ver cómo termina». Dedica las veinticuatro horas del día a la Cornisa, que se la está comiendo viva.

Adelaida pagó su obediencia con su propia salud y casi con su vida, cuando aceptó casarse con el hombre destinado a su hermana, quien, por su parte, había dicho: «No, nunca me casaré», poniéndose así fuera de las leyes del clan. Juan, el chalán, plegándose a las órdenes de doña Soledad, ocupó sin chistar la

cama de Adelaida, en lugar de la de Dolores. El día en que la abuela decidió probar una máquina agrícola (quería ver con sus propios ojos «si merecía la pena»), él, el hombre de la casa, perdió tres dedos, mutilado para el resto de su vida. Violar las leyes de la Cornisa le había costado mucho más a Noro: el correccional. Juliana y tía Dolores llevan años rumiando el silencio de los oprimidos.

Pero las dictaduras se desgastan, los dictadores caen. La abuela se va sumiendo poco a poco en la senilidad y la Cornisa se está convirtiendo en un barco que se va a pique. Nadie piensa de verdad en mantenerlo a flote, ningún brazo tiene suficiente fuerza para hacerse con el timón, todos esperan a que pase la tormenta, acechando el fin de la abuela. Andrea ha decidido no casarse antes de que esto ocurra. Sabe que algún día sustituirá a la vieja capitana, pero de momento se conforma con navegar como puede, lo que no significa que no tenga sus propios proyectos: va elaborando tranquilamente sus planes de futuro, recibe clases por correspondencia, algo así como unos estudios a largo plazo, y todas las semanas el cartero le trae un folleto titulado *La agricultura moderna*. Juliana, que lo registra todo, se pone a fisgar entre aquellas páginas multicolores, llenas de máquinas enormes llevadas por jóvenes agricultores sonrientes, guapos y bronceados, como el novio de su hermana. Al ser la atenta carabina de Andrea, la oye decir:

—¡Explotar la tierra es toda una ciencia, la era de la mano de obra ya pasó!

A veces, cuando el furor de la mecanización casi lleva a la pareja hasta el delirio, Juliana siente que, en su fuero interno, ya han enterrado a la abuela; y, sin embargo, no parecen sentirse culpables, ni siquiera tristes. Por lo visto, para ellos, la vida está hecha sólo para los vivos.

Ella, la enmilagrada, sigue trayendo flores a este cementerio del que dice su hermana que por nada del mundo le gustaría parir en él a sus hijos.

El tiempo corre. Nadie ha notado que Juliana tiene ya dieciséis años. Nadie habla de su edad. Como borrada de un plumazo del libro de la vida.

Un día de invierno, bajo un cielo plomizo, la abuela sale al campo. Como siempre, va al tajo. Pero ese día será el último en que sus pies pisen el suelo de su finca.

Día seco y gris, como el acero envejecido. Un fuerte viento proveniente de las montañas azota el valle sin arrastrar consigo ramas, ni briznas, ni hojas secas, ni polvo. Ni pájaros. Sopla por valles y barrancos cortante como una cuchilla; roza la linde de los alcornoques (árboles-mendigos con sus permanentes harapos, almas ardiendo en los infiernos), pasa por el ocre arado de los bancales y luego se desvía hacia las tapias de la Cornisa. A ese viento lo llaman *el fantasma*. Nace en la montaña, en una sima paleolítica; es el genio malo de las leyendas infantiles, que sopla desperdigando rebaños, enloqueciendo a pastores, produciendo avalanchas de rocas y tormentas de nieve…

La abuela nunca le tuvo miedo. Al contrario: siempre se jactó de plantarle cara a pecho descubierto. De enfrentamientos como éste sacan los auténticos campesinos el dominio que ejercen sobre sus tierras. Pero la vieja fanática ya no tiene las fuerzas de antaño y la traen en un mulo, con una fractura de tobillo. Llaman al médico. Le enyesan la pierna. Nada de subir y bajar escaleras, de salir a la calle o al patio. Inmóvil. No le queda más remedio que aceptar. Le instalan la cama en la sala de abajo.

Como es una pésima enferma (nunca se ha quedado acostada tres días seguidos, ni siquiera cuando nacieron sus dos hijas), ordena a Casimira y a Juliana que permanezcan a su lado (en su *lecho de sufrimiento*, como ella lo llama, trágica) y da instrucciones precisas para el buen funcionamiento de la casa.

—¡Como si no me diera cuenta de que últimamente va todo manga por hombro! —refunfuña, enfadada.

Deja escapar una lágrima (nadie consigue adivinar a santo de qué) murmurando que, al fin, va a estar junto a su hija enferma, su hija querida. De hecho, un simple tabique separa la sala del cuarto-santuario y, a poco que se preste atención, se perciben los suspiros ahogados y los gemidos de Adelaida, mezclados con los maullidos del gato.

El accidente de la déspota provoca una pequeña revolución palaciega. Órdenes imperiosas brotan de la boca de Andrea. Su autoritarismo latente está deseando tomar el relevo. La reina no ha muerto, es verdad, pero sus días están

contados. Por mucho que tenga todavía la cabeza en su sitio, está claro que a doña Soledad Cuervo, dueña de la Cornisa, no le queda mucho tiempo.

Sobre los hombros de Juliana («que aguantan lo indecible», declara la tita a las almas piadosas) recae una nueva cruz: la invalidez de la tirana se suma a la enfermedad de su madre, ya que «la aceptación de una nueva carga no implica, para los elegidos de Dios, el abandono de las que ya asumían». La santa va y viene entre las dos yacientes. De día y de noche. Las llamas de la consternación consumen, como un matorral, el rostro marchito de tía Dolores, que, de salón en sacristía, va contando el incansable gesto de la santa («¡Una enmilagrada!», añade Pepito Mariposa), lavando los cuerpos de esos dos *cadáveres vivientes* sin ascos ni aspavientos («¡Una auténtica enmilagrada!», insiste Mariposa, como si diera la réplica a los kiries de la misa), ¡y ya verán, ya, cuando quiera el cielo eximirla de sus duras obligaciones filiales y *nietales*! (Pepito Mariposa se santigua al tiempo que la consternada beata. Los hijos de Dios tienen idénticos reflejos.)

Juliana, exultante, está a punto de levitar. Durante el duro invierno, adorna aún más la casa con flores. Claro que sus flores preferidas no son muy alegres que digamos, su belleza no incita al júbilo: crisantemos. Más que aroma, exhalan un regusto a muerte… La sala en la que yace la abuela y el cuarto donde Adelaida muere de putrefacción se transforman en auténticas fosas pestilentes, a pesar de los jabones, que huelen demasiado a bidé de burdel, y de los que Juliana hace uso y abuso. Casimira se pasa el santo día quemando hojas de eucalipto, cruzando los dedos detrás de la espalda y resoplando como los gatos, en un intento de exorcizar la casa, de alejar el maleficio que, según ella, azota la Cornisa. «¡Sólo nos falta hablar en latín!» Por desgana, ya no enciende la radio. Los seriales no la entretienen y, como la abuela no anda muy bien de la cabeza, no tiene sentido contárselos.

Una noche, cuando Casimira le lleva su caldo, la abuela la coge por el brazo:

—Espera, no te vayas.

—Tengo la cena en el fuego.

—¡Quédate! ¡Qué más da que se te queme la cena! Cualquiera diría que me rehúyes, que no te apetece hablar conmigo. ¿Barruntas mi muerte o qué?

—¡No tiene ninguna gracia!

—No quiero hacerme la graciosa, quiero saber.

—¿Saber qué?

—Saber.

—No hay nada que saber. Lo único que puedo decirte es que no llevas bien lo de la edad. Te estás volviendo chocha. Ya no se puede hablar contigo, piensas que te mentimos, que no te decimos ciertas cosas, ¡como si hubiera algo que esconder! ¿Quieres que te traiga la radio? A lo mejor te distrae…

—Ya no me queda tiempo.

—¡De verdad, estás como una cabra! ¡Ni que quisieras obligarnos a encargar tu esquela de antemano! Sólo me faltaba escuchar tus delirios, con la de cosas que tengo que hacer…

—Calla y siéntate.

—Como un perro —gruñe Casimira, obediente.

Silencio.

—¡Qué tarde más tranquila! —murmura la abuela—; parece el último día del mundo. ¿Dónde están los demás? Da igual, lo único que sé es que no están conmigo. ¡Y deja de farfullar! ¡No te pido que te quedes para oírte refunfuñar, vieja ridícula!

Se calla un instante y aguza el oído. La casa parece vacía. La noche precoz ensombrece las ventanas de la sala.

—¿Vas a decirme dónde están los demás?

—¡Si me acabas de decir que no te interesa saberlo!

—¡Dímelo! ¡Aunque te diga que no, sabes perfectamente que sí quiero!

—¡Bueno, tranquilízate! Nunca hubiera imaginado que iba a oír tu voz debilucha y caprichosa como la de una cría. Hablas como Juliana cuando era niña. De verdad que nunca hubiera creído…

—Déjame en paz. ¿Dónde están los demás?

—Juliana y su tía, en la iglesia. Con sus novenas.

—Rezando por mi muerte.

—No sé si rezan por tu vida o por tu muerte, por ti o por Adelaida; lo único que sé es que se pasan el día rezando. ¡Sin parar! Si trasladaran la iglesia aquí, a casa, con estatuas, beatas y cura, no perderían tanto tiempo en idas y venidas. Y a lo mejor se les ocurría, de vez en cuando, echarme una mano, que me estoy haciendo vieja.

—Esas dos no tienen arreglo. Cuando se nace torcido… ¿Crees que he tenido yo la culpa?

—Y Andrea está arriba, encerrada con los libros que le mandan…

—No has contestado a mi pregunta.

—Tonio, no sé, estará en el establo, preparando la carreta y los arneses, como siempre. Tu yerno, dormitando en el cuarto de su mujer.

—Sí, la culpa es mía. Tenía que haberlos casado.

—¿A quiénes?

—Al sinvergüenza de Noro. Con Juliana, por supuesto.

—¡Casarlos…, vaya una solución! Recuerda que nunca te gustaron las bodas que no habías apañado tú. No me mires así, no te lo estoy reprochando. En realidad yo también me lo pregunté: ¿se puede casar a una chica de doce años? Creo que no. Pero sí se les podía haber hecho novios para evitar el escándalo y esperar tranquilamente el momento de casarlos.

—Tienes razón, como siempre. Tenía que haberte escuchado en lugar de no dejarte hablar. No era tema para la justicia, y el resultado es que Juliana se nos ha convertido en un monstruo.

—Un monstruo… ¡Esta noche se te ocurren unas cosas!

—Acabará mal, Casimira, muy mal.

—Lo que pasa es que está enferma. No es una enfermedad que se vea, pero…

—Es cierto, la tiene en la cabeza. Una enfermedad muy fea.

Las dos mujeres se callan un buen rato. Los perros canela, sorprendidos, alzan las orejas.

—Ayúdame a levantarme —le ordena de pronto la abuela.

—¿Adónde quieres ir ahora? Tienes el orinal debajo de la cama.

—Te digo que me ayudes.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que sólo tienes una pierna?

—Quiero ver a mi hija Adelaida. La tengo muy abandonada.

—Ya la verás mañana, o la semana que viene.

—¡No, ahora! Dile a Juan que salga del cuarto.

—Pero ¿qué mosca te ha picado de pronto?

—Me siento tremendamente culpable, Casimira. A ti puedo decírtelo. ¿O prefieres que llame al cura?

—¡Al cura! ¡El que faltaba! Hablas como las agonizantes de los seriales. Agarra bien el pomo del bastón y apóyate en mí, venga. Por primera vez en nuestras vidas soy más fuerte que tú.

—¡Por desgracia!

Entran en el cuarto de Adelaida. La penumbra, cargada con olores a heliotropo, se yergue ante ellas como rechazándolas. Impalpable enemigo, ambiente de Juliana. A las dos mujeres se les revuelve el estómago. Pero siguen avanzando, obstinadas como dos viejos soldados.

—¡Enciende!

Casimira gira la llave de la luz. De la tulipa cubierta con una mantilla cae una mancha de luz timorata que no se atreve a diluir las sombras circundantes. Tan sólo alumbra las fotos de familia, alineadas en exposición necrológica sobre el mármol de la cómoda. La abuela las mira atentamente, una tras otra: suntuosa boda de Adelaida; bautizo de Andrea; la más amarillenta de todas muestra la efigie olvidada de su propio padre, llevándola, todavía bebé, en brazos.

—Creo que en esta foto tenía yo dos meses.

—¡Sí que ha llovido desde entonces!

—Mucho, Casimira, mucho. Creo que todo lo que tenía que llover.

Y suspiran.

—Ayúdame a sentarme.

Casimira inmoviliza la mecedora para que la abuela no se golpee en el tobillo.

—Déjanos solas.

Casimira obedece. Cierra sin ruido la puerta del santuario. Se sienta en el vestíbulo, en una silla baja. Paciente, con las manos en las rodillas y los ojos

entreabiertos, como esos perros que, a la espera del silbido de su amo, no advierten el paso del tiempo.

Poco a poco, la luz tamizada va impregnando las tinieblas, aunque sólo difunde por el cuarto una media luz brumosa que predispone al sopor. La abuela hace un esfuerzo para acostumbrarse, busca puntos de referencia en los que apoyar su mirada, o bien otorga a los objetos contornos familiares que rebusca en su memoria. Es lo único que le permiten sus cansados ojos. Sin duda una vida demasiado larga termina por producir en la retina tales efectos subacuáticos, como si el mundo y las cosas que en él están se hallaran insensiblemente sumergidos. Durante toda su vida se empeñó en no traspasar los límites que sus sentidos, siempre alerta, le marcaban. Sólo vio la realidad, sólo se atuvo a lo concreto… Pero ahora, en este ambiente difuso, obra de Juliana, todos sus esfuerzos son vanos. La habitación está sumergida en una imprecisión que recuerda a los sueños: una pesadilla, murmura la vieja mientras los ojos se le llenan de lágrimas (lágrimas que no son realmente llanto, sino mera incontinencia de fluidos seniles…).

Contempla la cama donde el cuerpo de su hija apenas dibuja, bajo las sábanas, un surco de cansancio. La enfermedad casi le ha borrado las facciones, y la penumbra, dando el último toque, las reduce a la nada. Las flores muertas que adornan la estatua de carne parecen querer vivir más allá de su propia muerte y con más intensidad que aquel cuerpo, exhalando un aroma, un estertor oloroso casi audible.

Recuerda, acongojada, la infancia y la juventud de su hija. ¿Qué fue de aquella fuerza que la animaba, que llenaba la casa con un soplo desbordante, como si todas las ventanas se porteasen con la brisa? Si doña Soledad Cuervo, que acababa de enviudar, organizaba la vida en la Cornisa, era la pequeña Adelaida quien expresaba el verdadero sentir de la casa, yendo de un lado a otro, cantando, riendo, hablando…, y los demás ruidos se apresuraban, sumisos, a armonizarse con tan festivo ser. Dolores se sustentaba con su alegría, como una avispa con su flor preferida. A la madre, que desde entonces todos llamaban *el ama*, se le caía la baba cuando la niña se le subía a las rodillas y, pegándosele al pecho, la besaba: «¡Mamá, mamaíta, me ha dicho que si no me

tomo la sopa iré al infierno!». Se refería a Dolores. «¡A ésa la voy a *recluir* en la cocina con Casimira, si te sigue diciendo esos satánicos disparates!» (Encantada, la niña se reía de las magníficas y tenebrosas palabras de mamá y, luego, se las decía a su hermana mayor.) «El infierno no existe, lucero. No le hagas caso a tu hermana. No sabe lo que dice.»

La abuela no evita la mirada de esa mujer (una extraña para ella), a quien la enfermedad enterró viva el día en que nació Juliana. ¿O fue mucho antes? Porque su debilidad física empezó a manifestarse, de modo alarmante, durante su primer embarazo y el penoso parto que siguió. Intentó amamantar a Andrea, pero no se tenía en pie; no estaba hecha para traer hijos al mundo y ya era tarde cuando la abuela se dio cuenta, demasiado tarde: el nacimiento de Juliana la quebrantó. Tras el parto, que duró varios días, la pobre nunca se levantó de la cama. Una herida incurable. Y no será porque el médico no se lo había advertido, tanto a ella como a Juan, pero Soledad tenía una confianza ciega en la naturaleza y se hizo la sorda, como siempre. Sólo veía rechazo y testarudez en la debilidad de su hija…

¿Ha murmurado *mea culpa*?

No. No ha abierto la boca. Como siempre.

Con el tiempo, terminaron por imponerse dos preguntas. La primera (¿por qué demonios indujo a su hija a aceptar un segundo embarazo?) tiene una respuesta obvia: la tierra necesita hombres, y ella, dueña de la tierra, esperaba el milagro de un nieto, de un varón, acontecimiento que no se había producido en la familia desde hacía varias generaciones. La segunda (¿era ella responsable del calvario de su hija?), la anciana la rechaza cada vez que se le viene a la cabeza. Incluso hoy, a punto de cumplir los ochenta años (lo sabe muy bien), casi sin fuerzas ya, la sigue rechazando porque está segura de que esa pregunta sólo dejará de plantearse tras la muerte de Adelaida o la suya propia. Eso, suponiendo que no se mantenga en la memoria vindicativa de los demás.

No tuvo ningún nieto, nunca lo tendrá. ¿Qué más puede hacer? ¿Guardar eternamente rencor a Adelaida cuando ella misma fue incapaz de hacer lo que esperaba de su hija? Podía haber adoptado al niño de Casimira, pero ¿cómo va a convertirse el hijo de una criada en un auténtico Cuervo?

El tiempo de las lamentaciones pasó, no guarda rencor a nadie. Cumplió con la vida: plantó árboles, sembró trigo, crio animales. No para vivir en el lujo o el acomodo, sino para alimentar a los demás. En resumidas cuentas, la historia de su poder es la vida de los demás. Nada que ocultar o lamentar. Ese cuerpo yaciente puede hacerle, si quiere, mil preguntas, o un millón. Ella no contestará a ninguna.

Los ojos se le han acostumbrado a la penumbra y distingue con toda nitidez el cuerpo-pregunta: una sombra de vida. De su hija Adelaida, que ella arrancaba, huraña, de los brazos de los demás (sobre todo de los brazos de Dolores), ya no queda nada. Ni la menor chispa de las pupilas de antaño, ni el esbozo de algún gesto familiar del pasado. Esa palidez, esa delgadez, esa podredumbre interna son obra de Juan, o de Dolores, o de Juliana; o sea, son obra de los demás; pero ni de la vida, ni de ella.

A pesar de su voluntad de olvidar, la memoria persiste en su trabajo de zapa, obligándola a retroceder en el tiempo para buscar, a tientas, la infancia y la juventud de su hija como si se tratara de algo extraviado, quién sabe si perdido para siempre. Su voz murmura:

—Sé que no elegiste a tu marido. Pero ¿en verdad era necesario, para reprochármelo, abandonarte a la muerte? Contigo tan sólo cometí un error (como en todo lo que he hecho en mi vida): pensar ante todo en la Cornisa. No lo elegiste, es cierto, pero tampoco te negaste… Sabías que yo te quería, que pensaba por ti, que nunca he actuado a tontas y a locas… Cuando lo encontré en la feria comarcal, vendía ganado. Un hombre discreto, ponderado. Le pregunté si respetaba la tierra y me dijo: «Por supuesto. No vendo mis animales para el matadero». Eso me gustó. Pensé: «¡Éste sería un buen marido para una de mis hijas!». Bueno, miento; pensé: «Un buen marido para mi mayor». Pero ésa se negó a casarse. Dijo (aún me acuerdo de sus palabras): «¡Nunca, no me casaré nunca!». Para qué insistir, lo decía de corazón. Como siempre, bastaba con que yo dijera que sí para que ella dijera que no. ¡Si se me hubiera ocurrido proclamar la existencia de Dios, se habría hecho atea! Luego él te vio… ¡Eras tan linda por aquel entonces! ¡Se le llenaron los ojos de chiribitas! A mí me pareció perfecto. Lo animé para que pidiera tu mano. Cualquier madre habría hecho lo mismo. Le insinué que no me opondría. Para

una mujer Cuervo, el marido asegura la continuidad. Era yo quien tenía que elegir por ti. Las chicas suelen equivocarse en cuestión de matrimonio, sólo piensan en el amor, en hacerse ilusiones. Yo misma me equivoqué de lleno con tu padre. Cuando lo conocí, yo era muy joven, veintidós años, huérfana de madre que me guiara, sin contar con la ayuda de nadie. ¿Consultárselo a mi padre? ¿Para qué? Sabía que los hombres se aceptan entre sí, es ley de vida, aunque, a veces, padre y yerno se tengan celos. Tu padre hablaba como un libro y su facilidad de palabra conquistó al mío. Y yo mordí el anzuelo. Como venía de fuera, tenía a mis ojos la virtud propia de los forasteros: nunca discutiría mi autoridad en la Cornisa. Pero duró poco. Salía por las noches, se iba cada dos por tres de jarana y bebía. Todo aquello lo llevó derecho al hospital donde murió. No lo lamenté.

Dice sólo medias verdades adornándolas, en beneficio propio, con los colores del heroísmo, otorgándose el sacrosanto papel de mujer-hombre: es su debilidad. Pero al hablar se le despiertan sus sentimientos maternales, adormecidos o muertos. El recuerdo de Adelaida vestida de novia le relaja los labios: una sonrisa, o mejor, una fina grieta en el granito de su cara.

—¡Qué guapa estabas aquel día! Me sentí orgullosa de ti. Todos decían que me darías un montón de preciosos nietecillos… o nietecillas, por aquello de la tradición. Y no me defraudaste, tus dos hijas se me parecen. Andrea ha heredado mi carácter; y Juliana, mi porte. Te lo agradezco…, quiero que lo sepas. Puede que sea demasiado tarde, pero no he tenido tiempo de decírtelo antes.

La enferma no se mueve. ¿Sorda, ciega, voluntariamente muerta? La abuela la mira, esperando una señal de comprensión; pero no: se parapeta, y hasta se ha detenido el estertor de su respiración. Con su bastón de ébano, la vieja roza el cuerpo, intentando precisar la silueta. Ninguna reacción. Se le nublan los ojos. Nota que su propia hija la repudia, y no puede hacer nada… ¿O a lo mejor sí? De lo más profundo de sus entrañas le sube una nana hasta la garganta. La tararea. Su voz refleja su propia extrañeza al recordar aquella letra, fresca y viva, como en la época en que acunaba a la pequeña Adelaida, hace ya más de medio siglo… Palabras perdidas en la noche de los tiempos, sin edad, recién nacidas.

Afuera, sentada (o más bien en cuclillas), Casimira se hace la dormida. Está despierta, guardando la puerta. Se podía haber puesto a coser «para no perder el tiempo», pero no se mueve. Le gusta dejarse llevar, sin hacer nada, así, con los ojos entornados y las manos ociosas, escuchando los murmullos de nana que se filtran bajo la puerta cerrada, un tanto confusos, imprecisos, como si proviniesen de un país lejano, de una época remota. Un antaño que se despierta, que resucita casi. Ella y Soledad cantaron esa melodía a todas las niñas Cuervo. No así a su hijo (el único que tuvo): el pobre no nació en el lugar apropiado. La Cornisa pertenece a los Cuervo, a nadie más. Tuvo que dejar al niño con un ama de cría, apartarlo de la casa; su presencia de macho, por minúscula que fuera, ofendía a la dueña, paridora de hembras.

Todo aquello es agua pasada. Tuvo que trabajar día y noche (para vivir, como todo hijo de vecino) sin tiempo para los recuerdos, ni para permitir a su memoria que diera marcha atrás en busca de señales del pasado. Eso no significa que no tenga una memoria, pero la puso, como el resto de su persona, al servicio de los Cuervo. De ahí que esta nana le evoque, ante todo, la proximidad de la muerte, único recuerdo, a fin de cuentas, que su ama está acunando. Al dejarse llevar por sus debilidades seniles, doña Soledad Cuervo está intentando arrullar y adormecer al único hijo que le queda por traer a este mundo: su propia muerte. Aquella amazona que montaba el caballo de la vida como si ambas, vida y mujer, fuesen una sola cosa, está embarazada de su muerte.

Y ahí está la muerte, socarrona, recurriendo a palabras que usamos para acunar a la infancia, diciéndonos: «Preparad el sudario, me he puesto en camino, enseguida llego».

La vieja Casimira está tan segura de ello que casi se levanta para abrirle la puerta de la Cornisa.

—«Reflejo natural», como diría la radio —murmura Casimira, encogiéndose de hombros.

Cambia de postura en la silla, se estira y se dispone a esperar *el tiempo que haga falta*.

¿Esperar qué o a quién?

¡Vaya una pregunta! Sabe perfectamente qué espera y a quién.

Por supuesto que no dirá el nombre. Pero lo sabe, sería de tontos no saberlo: son cosas que no necesitan mucha cavilación. A fin de cuentas la vida sólo sirve para descubrir el punto de no retorno y preparar la llegada de la *innominada*.

Suspira. Acompasa la melodía de la nana con un leve movimiento de cabeza. Y dice muy quedo:

—No temas, mi niña: si sigo aquí, estaré a tu lado.

Esta primera velada de iniciación a la muerte es muy larga. A nadie le extraña; la Cornisa, que ha envejecido con la abuela, llega a su fin.

Por la noche, Juan y Tonio, de regreso del campo, encuentran a Casimira de guardia ante la puerta del cuarto de Adelaida. Se miran. Juan, que se disponía a visitar a su mujer, murmura algo dirigiéndose a Tonio: va a echar un vistazo al establo, a correr el cerrojo y a soltar a los perros. Sale de nuevo. Tonio sube al primero; Andrea le pregunta si la cena está lista y contesta que no. Andrea murmura unas palabras sobre la necesidad de armarse de paciencia porque Casimira envejece, y vuelve a sumirse en sus cuentas de futura ama de la Cornisa. Antes de que Tonio pudiera darle la sombra de un beso en la mejilla, ella se pone a hablar de si convendría sustituir el cultivo de cebada por el de habichuelas verdes, más rentable. «Aquí —señala el folleto— aconsejan la soja, dicen que tiene mucho futuro.» ¿A él qué le parece? Pero él está rendido y sólo piensa en cenar y acostarse.

La tita y Juliana regresan de la iglesia con enormes ramos de flores. La nana de la abuela las deja de piedra, como las dos caras de un escapulario. Luego, reaccionan: ¿con qué derecho esa vieja zorra ha permitido que la odiosa tirana mancille con su presencia el sagrado santuario? Casimira lanza gruñidos de perro guardián; a la señora beata y a la santa de su sobrina se les atragantan los insultos. Mientras ella esté viva, ladra Casimira, el ama seguirá siendo el ama; y ella no obedecerá órdenes de nadie más, ¿entendido?

Tía Dolores, erizada, resopla como un guepardo, suelta su cargamento de flores en los cargados brazos de la enmilagrada, irrumpe en la cocina y echa un rapapolvo a Pepito Mariposa: «¡Endemoniado marica, que tiene el vicio de

canturrear día y noche cosas obscenas; sí, eso es, *obscenas*!». ¿Nadie le ha enseñado a trabajar con la boca cerrada?

En lugar de contestarle con alguna picardía como suele hacer con Casimira, el chico para todo opta por callarse; dentro de una hora acaba su jornada laboral. Fiel a su naturaleza, saldrá a socorrer braguetas desamparadas; ¡a cada uno su parte de caridad cristiana!

La santa va de un lado a otro, desnortada. La cocina, el vestíbulo, la sala, de nuevo el vestíbulo; luego, el comedor. Como si no encontrara el lugar adecuado para colocar las flores. Su mirada inquieta, en acecho, vigila la puerta del cuarto materno sin atreverse a abrirla.

—¿Qué está haciendo ahí?

—Cantando, ¿no la oyes?

La chica patalea, resopla, agacha la cabeza. Sus dedos martirizan un tallo de crisantemo.

—¿Pero qué hace?

—Entra y lo verás.

—¿Y se va a quedar ahí toda la noche, encerrada con *ella*?

—Ni idea. Puede que acabe enseguida o que tarde mucho. Se está despidiendo.

—¿Despidiendo? ¿Por qué?

—¿No sabes por qué se despide la gente a su edad?

—¡Ah, eso! ¡Todavía le falta!

—¿Lo lamentas?

—Lo que le pasa es que tiene mucho cuento. Sólo quiere angustiarnos y que la lloremos todo el santo día. Pero está vivita y coleando.

—¡Juliana, más respeto!

—¡Nos está tomando el pelo!

—A su edad nadie tiene ganas de bromear.

—Pues tú tienes su misma edad.

—Yo tampoco me divierto.

—¡Que os parta un rayo a las dos! ¿Por qué está ocupando mi lugar?

—Es su hija, está en su lugar.

—¡Es mi madre, y es mi lugar!

—¡Me dais asco! ¡Qué partida de fieras, todas vosotras! Menos mal que en mi caso nadie se peleará cuando me muera.

—¡Peor para ti!

—¡Venga, entra! No ha cerrado con llave, ni siquiera me ha dicho que no deje entrar a nadie. La espero aquí porque no puede andar sola. No querrás que se arrastre hasta la cama.

—Eso es, siempre alrededor de ella, como perros hambrientos, como si todo el mundo le perteneciera. ¡No toques las flores, que te apestan las manos a bazofia!

—¿Por qué no la quieres?

—¿Quién ha dicho que no la quiero? Quiero a toda la humanidad. A mí me enseñaron en la Audiencia que no tenía que querer a nadie en particular, que un amor como el mío, *aquel amor*, se paga. Y ella estaba allí, en la sala, y vio cómo me lo aprendía, y estuvo de acuerdo.

—Me das miedo. ¿A qué viene todo eso? Tenías que haberlo olvidado.

—¿Olvidado? Por supuesto que lo he olvidado. Todo. ¡Nadie me ha dado permiso para tener recuerdos!

—Pobrecilla, lo tuyo no tiene arreglo…

—¡Métete tu lástima por donde te quepa! A mí me lo dejaron muy clarito.

—¿El qué? ¿Que era demasiado pronto? Una fruta es una fruta y está madura cuando está madura.

—¡Largo de aquí! Cuando la abuela termine con su farsa, ya la llevaré yo a la cama.

—No pienso moverme.

—¿Qué demonios estará haciendo con mi madre? ¿A que me está robando su amor, como me robó el amor de los demás?

—No sabes lo que dices. Demasiada iglesia para una chica como tú. Demasiado confesionario.

—¡Ella estaba allí el día del juicio! Yo pensaba que estaba de mi parte; pero no, se puso de parte de los otros: no abrió el pico, no dijo nada. Ni defendió mis derechos. Soy lo que querían que fuera, hago lo que me dijeron que hiciera: estarme quietecita y mantenerme virgen y pura. ¿A que no sabes lo que

es la pureza? Trabajar, rezar, obedecer… ¡Pero todos me miran como si fuera un monstruo! ¿Me puedes decir por qué?

Casimira no responde; la abuela sale del cuarto de Adelaida. Bruscamente, la chica se encoge y, con vocecita chillona:

—Abuela, te he traído flores. Recién cortadas. Y huelen bien. ¿Quieres que te ponga un ramo en tu mesita de noche? Te darán un poco de alegría, ahora que eres una enfermita abandonada, porque todos estos malos te dejan sola.

—Sí, pequeña; menos mal que estás tú aquí para cuidar de tu pobre abuela.

—¡Pero no llores! —ronronea la santa, secando las lágrimas de la leona con su propio pañuelo—. Apóyate en mi brazo. Despacio. Ahora eres tú la niña chica, una muñeca llena de arrugas.

Lanza una risita átona; luego, volviéndose a Casimira, gruñe por lo bajini:

—¿Qué haces ahí con la boca abierta? La abuela tiene hambre. Prepárale inmediatamente la cena. Y la de mamá. ¡Vosotros, tumbaos! —grita a los perros —. ¿No veis que la abuela no se puede sostener?

Cimbreándose como un junco, Pepito Mariposa suelta un «buenas noches, señora» desde el quicio de la puerta. La mirada de tía Dolores se pega a las curvas de sus caderas; lo fulmina:

—El señor cura quiere que estés en la sacristía mañana por la mañana, a las seis en punto. Llevas más de una semana sin limpiar y la iglesia apesta. ¿Me has oído?

Mariposa se pone a silbar en cuanto sale de la casa. Por el hueco de la escalera, Casimira grita:

—¡A cenar, la mesa está puesta!

Padre, que regresa del establo, se cuela en el cuarto de su enferma esposa y se sienta en la mecedora aún caliente por el cuerpo de la abuela. Junta las rodillas y encoge la barriga, impaciente por recibir la carne de Juliana. «Su hija idolatrada», como dice, deslizando sus palabras y su aliento en el oído vigilante de la enmilagrada.

Se acabaron los cumpleaños para celebrar la vida, se acabaron las expectativas, las ilusiones. Los días transcurren con el color de la indiferencia.

La voz-guía de la abuela se oye cada vez menos. Tiempo ha, organizaba, enérgica, toda la actividad de la casa; por muy lejana que estuviese cualquier fecha, sus previsiones tenían la urgencia de la víspera. Ahora, la debilitada voz ha desistido de su misión de oráculo.

La Cornisa se enclaustra en su propio silencio: un cementerio de muertos vivientes.

A Juliana le gusta ese lento Apocalipsis y acecha todas sus señales. Nunca estuvo tan viva ni tan atareada. Pone flores en aquellas agonías que mantiene con el celo de un enterrador. Cuanto más palidecen los demás, más se sonrojan sus saludables mejillas. ¡Una santa a prueba de bomba! Debería sumirse en la melancolía o en el éxtasis, como es tradición en los enmilagrados, o desmayarse o sudar sangre. Pues no. Nadie duda de que sea una santa, pero, por lo que se ve, ésta va de activista. Sólo parece cansada los días en que, por algún maldito capricho de la naturaleza, la abuela se recupera un poco y emite un hilo de voz, o cuando se reaviva el coral de los labios maternos. Entonces se le va la cabeza, se arruga como el caucho quemado. Casimira, en contacto directo con tales sobresaltos vitales, enciende inmediatamente la radio. Y comienza el pitote: los chillidos de la enmilagrada llenan la casa.

—¿No te da vergüenza? ¡Se están muriendo y tú sólo piensas en oír música! ¡Puta asquerosa de tres al cuarto! ¿Es mucho pedir que respetes la agonía de mi familia? ¡Un día de éstos te quemo esa radio del demonio!

Los perros, aterrorizados, se eclipsan bajo la cama; padre prepara las rodillas, encoge la barriga: «Ven, florecilla de azahar; ven con papá». La enmilagrada se acomoda en su regazo toda la tarde, con los muslos ardiendo, la respiración entrecortada, y pone en el ojal de su padre un crisantemo decapitado. Por la noche, la palidez agónica reaparece en las mejillas de las enfermas, les sube la fiebre y la enmilagrada se tranquiliza. Tía Dolores ha dado un giro a sus predicciones: tras la muerte de su madre y de su hermana, su santa sobrina tomará los hábitos. Será hermana de la caridad en hospicios y hospitales.

Juliana está cada vez más envuelta en milagro. Cuando por la mañana temprano, o a la hora de las vísperas, va camino de la iglesia, la gente contiene la respiración. El aire a su alrededor se hace irrespirable. Con la frente gacha,

los párpados entreabiertos como los de una culebra, el saludo cortés aunque apenas murmurado, Juliana pasa ante ellos como una amenaza, como un dedo acusador que ningún cuchillo lograra cortar. Las beatas, incansables, piden al cura que hable de ella como de un ejemplo vivo; pero él, bebedor empedernido de vino consagrado, se niega a nombrarla en sus sermones. Y suda como un pollo siempre que la enmilagrada va a confesar. Ella habla de venganza; pero no como un pecado, al contrario: declara con su plácida voz que la única virtud de este mundo es la sed de venganza. La muchacha sólo pone esa voz cortante y convencida al amparo del confesionario. Sólo manifiesta sus auténticos pensamientos al abrigo del secreto inviolable.

—Inviolable como yo, padre —advierte.

Abre los ojos para escudriñar a través de la celosía. El pobre cura, demasiado gordo para tan exiguo confesionario, se siente presa de la acidez. En plena digestión, su estómago soporta mal los excesos verbales. Echa de menos los pecados de toda la vida: de sangre, de carne y de dinero, tan fáciles de escuchar, de comprender, de absolver. La virtud lo aterroriza.

Doña Soledad Cuervo, dueña de la Cornisa, traspasa las puertas de la agonía. Sin posible vuelta atrás. Pero es como si sólo su cuerpo agonizara, no ella.

Su cuerpo, tieso y seco durante toda su vida, se va reblandeciendo, humedeciendo; comienza a exhalar malolientes emanaciones, llamadas *vapores de la muerte*. Rechaza la comida, pierde peso. Cuando Juliana está en la iglesia y no puede hacer de enfermera, la vieja Casimira, cuyas fuerzas disminuyen con la edad, la manipula sin ningún esfuerzo. Su ama, que antaño pesaba una tonelada, es ahora más liviana que el bastón de ébano de su padre. Casimira murmura: «¡Pobre cosita, pobre cosita!». Los perros canela gimen a los pies de la cama, levantan la cabeza, le lamen las manos húmedas, y un permanente desespero se lee en sus ojos: mirada triste, como velada por las lágrimas, que sienta mejor a los perros que a los humanos. Juliana, que no tolera tal derroche de amargura, los echa a bastonazos; quiere para sí toda la agonía de la abuela, siente que ésa es su herencia, su inalienable legado.

El cuerpo desfallecido mantiene todos sus sentidos. Aun con la voz débil, la mirada triste y el gesto inexpresivo, la cabeza sigue en su sitio y se prepara para la despedida.

Que tiene lugar durante una interminable noche, noche-túnel sin salida que lleva de la vida a la muerte.

Solemne hasta el final, doña Soledad Cuervo, dueña de la Cornisa, nombra a su vieja criada maestra de ceremonias en su despedida. Casimira convoca a los miembros de la familia, de uno en uno. El primero, Juan.

Muy seria, la suegra reconoce que ha sido un buen yerno. Obediente y discreto. Ha dado dos hijas a la Cornisa y no tiene la culpa de que sólo una se haya mostrado proclive a vivir al ritmo de la tierra. Uno sabe lo que siembra, no lo que cosecha. Tampoco tuvo la culpa de haber arruinado, con su virilidad, la salud y la vida de Adelaida; toda mujer está hecha para parir, pagando así su tributo a la vida. Duro tributo. Pero el hombre no es culpable. ¿Es responsable la semilla de que se agote la tierra?

—Cumpliste con tu deber… Siempre has sido lo que debías ser: mi yerno. Sólo te queda vivir en paz el resto de tu vida.

Y le dice adiós.

Juan, el yerno, no abre la boca, no tiene derecho a hablar. Sale con un profundo sentimiento de frustración, de fracaso; su suegra nunca pensó en confiarle la dirección de la Cornisa, lo excluyó. Se mira la mano mutilada, comprende que lo apartaron de una posible sucesión el mismo día en que doña Soledad se encaprichó en probar una máquina agrícola: lo pagó con sus tres dedos de yerno complaciente, y casi pierde la mano… Sólo lamenta una cosa: no ver a la vieja reventar allí, ante él, en ese preciso instante. Su rencor es mezquino, y lo sabe. Tanto como su vida. Ambos engullidos por la Cornisa.

Su mirada y la de Casimira se cruzan en el vacío. Miradas ausentes de los parias.

Dolores se levanta. Es la mayor de las mujeres de la familia, le toca. Casimira-cancerbero le corta el paso: el ama necesita descansar unos minutos, tampoco es mucho pedir para una moribunda. La tita se vuelve a sentar, las

nalgas tocando apenas el borde de la silla. Con la cabeza gacha y la mirada encubierta, Juliana, en el vestíbulo, acecha su parte de miseria.

Nadie disimula su apetito de muerte; todos lo exhiben sin tapujos, como deseando que ocurra por fin el acontecimiento que esperaban desde hace meses, desde hace años. Primera muerte importante de la familia, única muerte digna de que todos la presencien, sigan sus pormenores, la vivan hasta el final. El posabuelismo se acerca, el porvenir de cada uno sigue dependiendo de una voluntad soberana que agoniza en la sala. ¡A saber qué consejos, qué recomendaciones póstumas se le habrán ocurrido! Y, después (mañana, pasado mañana, el resto de los días), ¿qué harán cuando ella ya no se encargue de la buena marcha de la Cornisa, del trabajo, del descanso, de la comida, del amor, del odio, de todos esos emblemas bajo los que se desarrolla y prosigue la batalla de la vida?

Casimira anuncia:

—Tu señora madre quiere verte ahora.

Dolores entra en la sala. Sus dedos se aferran a las cuentas del rosario, que no ha dejado de repasar estos últimos días. Su mente es un puro mosaico de palabras, de oraciones; sin embargo, no reza. Sigue musitando sus latinajos, pero hace mucho tiempo que dejó de rezar. Pregunta:

—Madre, ¿está usted dispuesta a comparecer ante el Tribunal del Señor?

Aunque moribunda, la vieja percibe las mayúsculas en la entonación de su hija.

—Siéntate.

—¿Necesita ayuda, llamo al cura?

—Te digo que te sientes.

Dolores obedece. La abuela la nota tensa, como una conciencia en mitad de un juicio.

—Déjame en paz, hija, te lo suplico. Quien se muere soy yo, no tú.

Dolores lanza un suspiro entrecortado. Su madre se le antoja fuerte, segura de sí misma. Como si la agonía (*serena*, no hay más que verle la cara: sin la menor sombra de crispación), en lugar de hacerle presentir la inminencia del juicio divino, como sería de esperar, la dejara indiferente y fría ante esa «frontera sin retorno» de la que hablan los libros piadosos.

Si se atreviera a gritarle, a decirle: «¡Ya está bien, admite tu derrota, es el fin de tu reinado, el derrumbamiento de tu poder, y Dios sale victorioso de la batalla, *como siempre*!». Pero se calla. En la mirada consumida de su madre lee sosiego, cansancio por la inminencia del punto final, pero no miedo. Un toque de respeto le colorea la voz cuando le dice:

—Sin embargo, madre, Él la está esperando. Sólo Él.

—¿Y qué me va a decir, hija?

—No le va a *decir*, le va a *pedir*. Cuentas. Como a todos nosotros.

—¿Mis cuentas? ¡Están en mi libro! Claras y precisas. Los años en que hacía buen tiempo y se podía trabajar, la cosecha era abundante y el trabajo bien remunerado. Nada que ver con Dios, no era obra suya. Y los años malos en que el trabajo era más duro y menos fructífero, Dios no asomaba por ningún sitio. ¿Por qué? Porque no es asunto suyo. ¿He contraído alguna deuda con Él? ¡Ninguna! He pagado con mi vida las necesidades de la tierra, he pagado con la salud de tu hermana las necesidades de la naturaleza. En cuanto a las exigencias de Dios, las he pagado contigo y con Juliana. Podía haberlo hecho mejor, pero sólo soy un ser humano. Él, el divino todopoderoso, sólo se ha comportado como enemigo. Manteniéndoos a ti y a mi nieta, he contribuido a su mezquindad. Veo en tus ojos que estás deseando verme morir. El momento ha llegado, hija mía. Me voy.

—¿Y yo? ¿Ni siquiera tengo derecho a que me digas: «Hija mía, ruega por mí»?

Ojos cerrados, boca cerrada. Un silencio tan gélido que Dolores siente un escalofrío de angustia. El miedo surge, por fin, pero no en la moribunda, sino en la viva. Su propio miedo.

—Madre, me voy a quedar tan sola…

¿Por qué ha dicho eso? Se lo reprocha a sí misma. Pero sigue esperando la señal, una mínima señal de… ¿De dónde vienen las señales del amor?

Ninguna respuesta. Al cabo de unos instantes, la abuela dice:

—Quiero ver a Andrea.

Dolores agacha la cabeza, la desesperación le aflige el rostro. De verdad. Demasiado tarde para hablar del antiguo cariño entre madre e hija. Esta muerte física de hoy se produjo en el alma hace muchísimo tiempo.

¿Cuándo?

Se lo pregunta mientras le dice a Andrea que entre a ver a su abuela, pero ¡qué miedo le da hallar la respuesta! Piensa: «A pesar de todo, rezaré, rezaré por ella». A Dolores le gustan las causas perdidas. ¿Acaso sería la misma si toda la humanidad, empezando por su propia madre, no fuera una causa perdida?

—… vivir un poco más para poder asistir a tu boda, al nacimiento de tu primer hijo, un varón, si así lo quiere la naturaleza. Nosotras, todas las mujeres Cuervo que hemos sido madres, lo esperamos desde hace generaciones: yo, mi madre, la tuya, mi abuela, todas las que recuerdo. Es la única aventura que nunca hemos vivido: un niño.

La abuela sonríe.

—Si tienes un niño, ve al panteón familiar a contármelo. La tierra tiene sus oídos, escucha, transmite mensajes; estoy segura de que eso no es sólo cosa de vivos, también vale para los muertos.

Aquellas palabras no son vanas, ni gratuitas. Aunque su nieta no le conteste, la abuela sabe que Andrea las capta, como ella misma lo había hecho siempre: en silencio.

—Por lo demás, mi voluntad está en este sobre. Toma. Pongo la Cornisa en tus manos. Cuidarás la tierra, alimentarás a la gente y al ganado. No quiero particiones.

—Lo hablaremos en familia, abuela.

—¿Hablar de qué? ¿Qué harían las otras Cuervo con una tierra que exige un trabajo permanente, que no tiene más valor que el trabajo? Deja a tu tía y a tu hermana con su Dios. Saben muy bien que, sin la protección de la familia, Dios no les sirve para nada. Piensa en la tierra, no te preocupes por ellas. Los que andan con la cabeza en las nubes sólo piden tener el estómago lleno. La fe no alimenta.

—Sí, abuela. Se lo diré.

—Ya lo saben. En cuanto a mi entierro, quiero que sea como el de mi madre: discreto, a la caída de la tarde. Luego, todos a la cama, que al día siguiente se trabaja. La tierra no sabe de lutos.

—Sí, abuela.

—Mi libro de cuentas está en su sitio, en el cofre.

—Lo sé, abuela.

—Juliana…

—Ahora viene, abuela.

—La espero.

Andrea guarda el sobre en un cajón. Lo cierra e introduce el llavín en el aro, con las demás llaves de la casa. Pregunta:

—¿Cómo te gustaría que se llamara mi primer hijo?

—Será tu hijo, no el mío. Fue tu madre quien te puso tu nombre, aunque es verdad que mi bisabuela se llamaba Andrea. En cuanto al de Juliana, nunca supe de dónde salió; otro cabo que se me ha quedado suelto. Tu madre siempre tuvo la mente fantasiosa, su enfermedad es una de sus extravagancias. En lugar de con la iglesia, como tu tía, prefirió amargarme la vida de otra manera: cambiando sus risas en gemidos.

—¿La querías?

—Era la niña de mis ojos. Muy pocos lo saben, nadie me lo preguntó, ni siquiera ella. Siéntate un momento.

Andrea obedece.

—A tu abuelo…, mi marido…, un hombre de buen ver, el único error grave de mi vida, borracho, holgazán, mujeriego…, lo eché de la Cornisa antes de que naciera tu madre. La llevé en mi seno como si fuera sólo mía. No quise que conociera a su padre por miedo a que se contaminara. Cuando murió en el hospital, recuperé su cadáver y lo enterré de noche. ¡La que me montó tu tía! Estaba empadrada y de aquel apego enfermizo provienen su beatería y su odio hacia mí. Intenté que aquello no afectara a tu madre. La casé. No inútilmente, como dice tu tía; prueba de ello es que tú estás aquí, tomando el relevo. Eres como yo. Tengo la conciencia tranquila.

Se calla. Andrea espera un poco más. Las confidencias de la abuela forman parte de su legado, del patrimonio de los Cuervo. Pero la vieja ha dicho todo cuanto tenía que decir, resumiendo su vida en unas pocas palabras. Andrea le pone una mano apacible en la frente.

—Nunca te olvidaré, abuela.

Se levanta.

—Te mando a Juliana. Por favor, ábrele los ojos. Tiene casi diecisiete años y no sé lo que piensa, temo por ella. ¿Me oyes?

—Sí.

—¿Le hablarás?

La abuela no contesta, sólo esboza un gesto de cansancio. Andrea la besa, luego sale. La abuela le ha inculcado una línea de conducta de la que se siente orgullosa. Indica a su hermana la puerta de la sala.

—La abuela te espera.

Juliana, con la mirada gacha, entra en el cuarto de la abuela y cierra la puerta.

Al echar el pestillo, abre los ojos. Como platos. La mirada le brilla. Mirada auténtica, enmascarada durante años, que permaneció encendida como un cirio en plena oscuridad. Mirada clandestina, fuego interno mantenido en el maquis de los recuerdos desde *aquella noche*.

La sala está en penumbra. ¿Por qué se empeñan en esta casa en no querer contemplar la muerte cara a cara? ¿Por qué la rodean siempre de sombras y veladuras? ¿Qué tiene la muerte de vergonzoso? ¡En cuanto comenzó la agonía de la abuela, la familia se puso como loca a bajar persianas, a cubrir lámparas! ¡Fuera todo eso! Ella, la enmilagrada, quiere ver la muerte tal y como es, saber de qué está hecha. Muerte de la tiranía. ¿Habrá en el mundo un espectáculo más deseable, más apasionante, más sacrosanto?

Sus ojos se posan sobre la abuela, que la sigue con la mirada. La vieja leona está desbancada, con los cabellos, paja blancuzca, apagados, dispersos sobre la almohada. Sigue viva, abandonándose a la muerte, dimitiendo como *aquella mañana* ante jueces y abogados, ante el orden establecido por la justicia de los machos. ¡La abuela de férreo bastón de mariscala sucumbiendo ante el desorden! ¿Qué fue de su fuerza legendaria? ¿Tan sólo habrá servido para sustentar las desgracias de mamá y desnortar la vida de su nieta? Permitió que crecieran las malas hierbas en su fecunda tierra. ¿Por qué le escamotean ahora su muerte? ¿Se merece ignorar su propia muerte, no verla tal y como es?

No, no se lo merece.

De un golpe seco, Juliana gira la llave de la luz. La araña se enciende e ilumina la habitación como las bengalas un campo de batalla.

—Buenas noches, abuela, espero que sigas viva.

La vieja no responde, sus ojos se empeñan en desentrañar el brillo inaudito de los de Juliana, que sonríe como el día de su duodécimo cumpleaños. La ve sonreír ante la muerte como lo hacía entonces ante la vida. Y piensa: «¡Qué desastre!».

—Tienes las manos transparentes, abuela, y estás muy pálida. A la luz de la araña te veo como eres. ¡Lo que son las cosas! Parece que no te quedara ni gota de sangre en las venas. Te la han chupado tus tierras; lo sabes, ¿verdad? Deberían estar rojas; pero no. Tu muerte las deja indiferentes y aquí siguen con nosotros, con los vivos. Te han sido infieles. ¿Sabes que el invierno se acaba, que está llegando la primavera? Ayer por la mañana me di el gustazo de pasearme por tus tierras y vi cómo crecía la hierba, brotes muy verdes y vivarachos, ¡un grito de vida! Y pregunté a la hierba: «¿Te duele que tu ama esté agonizando en la sala de la Cornisa?». No me contestó. Esta mañana he vuelto a verla, y había crecido unos cuantos milímetros; parece que a tu hierba, sorda, le importa un pito tu agonía. Pero de una cosa sí que estoy segura: sus raíces te esperan en el cementerio, impacientes por alimentarse con tus despojos. Me alegra ver que en este mundo hay otro ser igualito a mí: la hierba. Está viva, como yo, y ambas nos alimentamos de lo mismo.

La abuela lanza un breve y débil suspiro. Se ha quedado sin palabras para formular una respuesta, como le pasó *aquel día* en la Audiencia.

Juliana va de un lado a otro. Abre los cajones de la cómoda, cofre intocable; saca el lujoso vestido negro que doña Soledad Cuervo llevaba el día del duodécimo cumpleaños de su nieta, el cuello blanco de encaje, la mantilla, los guantes calados, las medias de seda, los zapatos, las joyas de azabache, y lo va disponiendo todo sobre las sillas. El olor a alcanfor la hace estornudar. Se ríe a carcajadas diciendo:

—Será mejor que todo esto vaya contigo a la fosa. Recuerdo que, en la iglesia, tú y yo éramos las más guapas, y todo el mundo nos miraba. No me perdí ni una palabra de lo que decía la gente: «¡Esa Julianita va a ser tan guapa

como doña Soledad: tiene el mismo porte de cabeza, el mismo cuello, mira a distancia, como ella; es su vivo retrato!».

Arranca de la mano de su abuela el bastón de ébano y lo pone junto a la ropa, con los cuatro cirios que se encenderán en las cuatro esquinas del catafalco. Los perros gimen.

—Sí, es cierto, yo tenía tu misma mirada, aunque luego la enmascaré. Pero no temas, no la he perdido.

Se acerca a la cama, clava sus ojos en los de su abuela:

—¿Qué ves en mis ojos?

—Desesperación —murmura la vieja en un soplo.

—Mucho más que eso: odio. —Y Juliana sonríe—. ¿A quién quieres ver ahora? ¿A tu fiel Casimira o al novio de tu nieta mayor?

—A Casimira.

—Te la mando.

Dándole la espalda se dirige hacia la puerta.

—Hija mía…

—¡Me llamo Juliana! Un nombre que nada tiene que ver contigo, ni con la Cornisa. Me lo puso mi madre.

La abuela hace un esfuerzo, la voz se le afirma:

—No pienses que te guardo rencor, hija mía. Tú también tienes derecho a odiar.

—Es cierto, tengo derecho, pero es un derecho mío; ninguno de vosotros podrá jactarse de habérmelo otorgado. ¡Me lo he ganado a pulso!

—¿Dónde has aprendido a hablar así? Pareces mayor que yo, más vieja…

Juliana se vuelve hacia la abuela, la mira hasta lo más profundo del alma.

—Desde *aquella noche* sólo habéis oído mi silencio, pero yo hablaba, hablaba, hablaba, aislada dentro de mí misma. Yo tampoco me oía hablar, pero hablaba. Ahora lo hago en voz alta y me escucho. ¿Decías desesperación? Te equivocas. Yo digo odio, y no me equivoco. Te mando a tu criada.

Sale dejando la puerta abierta.

—Te toca —dice a Casimira—. Llórala. Seguro que serás la única en derramar lágrimas por ella.

Sube las escaleras. Un vestido blanco de lunares rojos, casi olvidado en el armario de su cuarto, la espera…

Solas cara a cara, las dos viejas se miran durante mucho rato. Saben que ya no les queda mucho más que decirse. Demasiadas palabras en sus vidas. Vidas demasiado largas. Se han merecido este silencio habitado que precede al silencio vacío que llaman eterno. Al oler a la buena de Casimira (perra humana) los perros se tranquilizan. La abuela dice:

—Cierra la puerta con llave.

Casimira obedece mientras farfulla:

—Pero ¿quién ha encendido la araña y ha sacado todas estas cosas? ¡Hay que ver! Las recojo en un momento.

—No, déjalas ahí. Está deseando verme así vestida.

—¡Tonterías! Te arreglo la cama y apago la luz.

—¡Te quieres sentar!

De nuevo, su mirada directa aunque agotada. Soledad se está muriendo.

—¡Bueno, bueno, no empecemos a delirar!

Soledad habla, Soledad respira, pero ella, Casimira, no está aquí para verla morir como los demás; se le representa otra vez joven, viva, brillante, umbrosa como un álamo en una mañana soleada, conquistando el poder en la Cornisa, buscando marido… Un hombre de buen ver, aquel Martín de la ciudad, que trabajaba en el almacén de granos; había que alzar la cabeza para mirarle la cara. Un pedazo de novio, el terror de los maridos de la zona, ojos risueños… Sin querer, una caía en la tentación de perderse con él en la trastienda, «por aquello de palpar mejor el género», como solía decir con aquella voz que le electrizaba a una la espina dorsal. Por desgracia, era jugador y bebedor. Eso sí, el día de la boda, viéndolos juntos, Casimira supo lo que era el despecho. Conserva la foto del único día en que estuvo celosa de Soledad…, ¡celosa de verdad! La noche de bodas… Tiene que reconocer que durmió muy mal, soñando que Martín estaba en su propia cama; gimiendo los gemidos de Soledad.

Aunque no sabe si aquella mujer de acero gimió.

A la mañana siguiente se levantó tan dueña y señora como de costumbre, y se fue al campo. ¡Sin más! Andaba erguida, tiesa: todo un hombre. Nadie consiguió verla con las piernas separadas. Nunca. Era para pensar que ni siquiera en la cama fuera hembra, que no se acostaba boca arriba, como toda mujer casada. Y durante el embarazo daba la impresión de que su vientre era postizo, de broma, un disfraz de Carnaval.

—¿Te acuerdas de la guerra?

Casimira se sobresalta. ¡La guerra! ¿A santo de qué viene eso? Se acuerda, claro. Le mataron a su hombre. El único *muerto en la guerra* relacionado de algún modo con la Cornisa. Pero como sólo era el hombre de la criada (ni siquiera su marido, aunque sí padre reconocido de su hijo) no se habló mucho del tema. Por cierto, no murió en el frente, empuñando un fusil. No. Era ayudante enfermero de la Cruz Roja y cayó en un bombardeo. De la manera más tonta. El pobre no fue ni marido ni héroe. Un muerto anodino.

—Sí, me acuerdo.

—Tenía que haber insistido para que te casaras con él, y ahora tendrías tu pensión de viudedad; no es que sea mucho, pero… Tú también eres muy vieja. En fin… No te he olvidado en mi testamento. Morirás aquí, en la Cornisa. Tienes tus derechos. Mi padre te quería mucho.

—¿Por qué no dejas de organizarle la vida a todo el mundo y descansas un poco?

—Casi no me queda tiempo para los recuerdos.

—Mañana, pasado…

—Por primera vez tengo recuerdos.

—Nunca es tarde.

—Se agolpan, se atropellan unos a otros: tú, mi padre, mi marido, el tuyo… Bueno; tu hombre, como tú decías. ¿Cómo se llamaba?

—Lo he olvidado.

—Tu hijo…

—Él me ha olvidado.

—Estaba celosa de ti. ¡Un niño! ¡Habías tenido un niño! Y bajo mi techo.

—Sí, pero los niños no sirven para nada. Conoció a una cantante de feria y se fue con ella. Tan sólo me mandó dos cartas, acompañando a cada una de sus

hijas, Rosita e Inés: ¡dos regalos que no me hacían ninguna falta!

—Inés es buena chica.

—La otra tampoco es mala. Puta, pero buena persona. Cuida de sí misma desde que cumplió los quince años, me ayudó a pagar los plazos de la radio y me mandó algo de dinero para la educación de su hermana con las monjas.

—Mi madre también se educó con las monjas.

—Sí, como señorita interna, con las manos blancas y cuidadas, sin pinchazos de agujas ni olor a lejía.

—¿Te acuerdas de ella?

—Perfectamente. Guapa y alegre, siempre vestida como una dama de ciudad.

—Cuidaba mucho su aspecto. Por aquel entonces las monjas inculcaban esas cosas en la escuela. Yo, sin embargo, la veo con el biberón en la mano, un poco antes de su muerte, alimentando un potrillo.

—Adelaida, de soltera, se le parecía.

—Mucho. Tuvieron mala suerte. Las dos.

—Tienes razón. Tu madre sólo tenía cuarenta años cuando la enterramos. La primera vez que me acosté con tu padre me llamó por su nombre: Teresa.

—¡Hombres! Mi marido me llamaba su diosa, y a punto estuvo de arruinarme.

—¿Lloraste su muerte? Me refiero a escondidas, sin que te viéramos.

—No, nunca. Para mí, hacía mucho tiempo que había muerto. Una mujer decente no puede llorar a un borracho, a un jugador, a un farsante como él; lo enterré como se entierra la vergüenza: de noche.

—Lo sé, yo misma te ayudé a vestirte de negro. Pensabas ir a por el cadáver con la misma ropa que te ponías para ir de compras a la ciudad. ¡Y una viuda tiene que respetar las formas!

En los labios de la abuela se dibuja una fina sonrisa que le anima el rostro unos segundos. El silencio de ambas es como un telón que va bajando lentamente, a contraluz. En la mirada de la anciana, que va perdiendo su viveza, la muerte, discreta, penetra poco a poco, sin ruido. Un crepúsculo. Las imágenes se van difuminando hasta que se borran, ahogando siluetas de perfiles inciertos, carcasas de sombra y luz. El tiempo transcurre sin manifestar su paso,

como suele ocurrir de noche: plano, tranquilo, sin adornos, invisible e inaudible, ilimitado, irreversible.

Casimira alisa la colcha de almazuela y sigue con dedo indeciso el laberinto del dibujo. Mueve la cabeza. Ante la muerte, cualquier recuerdo es triste. ¿Para qué seguir con ese *recuerdas* que se apodera, tenaz, de la lucidez del moribundo? ¿No sería mejor morirnos con todos los ojos cerrados: los del cuerpo, los del alma y los otros? Morirnos como una casa deshabitada, con la chimenea apagada y los postigos cerrados. Morirnos cuando hemos abandonado la vida para siempre.

Con un hilo de voz, la agonizante dice:

—Quédate, no te vayas hasta el final. Me cerrarás los ojos. Que nadie vea mi mirada extinguida, nunca me gustaron las cenizas… ¿Te acuerdas? No, no puedes acordarte de lo que sentí cuando murió mi madre… Sentí la realidad de la muerte, más real que la miseria…

—Duerme, anda, duerme; será menos penoso si te duermes.

—Se necesitan fuerzas para dormir, y ya no me quedan… Va cayendo despacio, como una hoja en octubre… Ya está aquí…, míralo…, en mis ojos…

—¿Quién? —le pregunta dulcemente Casimira mirando el fondo de las pupilas casi incoloras.

—El final… Cógeme la mano… No me dejes sola…

Su mano se muere en la de la criada, su gesto de adiós (quizás voluntario) es como un leve escalofrío, la sombra de un escalofrío.

Casimira suspira, jadea, pretendiendo devolver el aliento a la muerta. Prestándole su pecho, su garganta, sus labios. En vano.

Antes de que acabara de cerrarle los ojos, se oye el canto ronco, despierto, del primer gallo del alba.

El fallecimiento de la abuela marca otro hito en la carrera de santidad de Juliana y supone el auténtico inicio de su vida pública. Familia, criados y notables lloran aquella muerte a lágrima viva. Lágrimas casi siempre hipócritas.

No así Juliana.

En cuanto Casimira, con la cara descompuesta, abre la puerta de la sala para anunciarles el final, la chica se cuela entre el griterío de los demás y se abalanza como ave de rapiña sobre los despojos. Con una zafa de agua templada, jabón y perfumes, se dispone a lavar a la muerta. Anuncia en voz alta y clara que el aseo póstumo de la abuela es asunto suyo. Nadie la había oído antes hablar con tanto aplomo. Echa a los perros y, ante el asombro general, cierra con llave la sala mortuoria.

Sola en la habitación, contempla a la muerta palpando minuciosamente su incipiente rigidez.

—Un simple cadáver. Seguro que no has olvidado firmar tus últimas voluntades, lo he visto en la cara de mi hermana, pero ahora sólo eres eso: un simple cadáver. Ni darás más órdenes, ni yo tendré que obedecerlas. Estamos a la par.

No cae en la tentación de añadir: «Me parece mentira», porque percibe la realidad de esta muerte; la sabe definitiva. Por primera vez desde el día en que cumplió doce años, cree en algo; sus manos así lo atestiguan. La quimera se ha convertido en realidad tangible. De modo que, a partir de ahora, puede pensar que sus sueños se cumplirán. Y podrá darles nombre y ponerles fecha…

—Mis sueños son mi única realidad. Y tú lo sabías, ¿verdad que sí, muerta?

Ha llegado el momento de expulsar todo el aire viciado que la hincha y la deforma, de espetar ante los párpados cerrados de la difunta todas las palabras latentes.

Párpados que ya no cubren aquellas vivaces pupilas donde anidaba el rayo.

—Tu mirada, siempre pendiente de vigilarme…

Aparta las sábanas, desnuda el cuerpo y, con el camisón entre las manos, se detiene, anonadada. El cadáver es un mero esqueleto cubierto por un pellejo que amarillea a ojos vistas. Despojos.

—Sólo eres eso: despojos.

Palabra totalmente nueva para ella. Le gusta pronunciarla, repetirla. Con fruición, despacio, entre dientes, encantada de que sustituya a los rezos diarios.

—¡Despojos, despojos, despojos!

Desaparecen las sombras de su cara, que se le suaviza, se le abre, se le ilumina. Resulta imposible reconocer, en tan feliz sonrisa, la antigua crispación de sus labios; imposible asociar su resplandeciente mirada con aquellas pupilas huidizas, opacas hasta hace poco, agazapadas tras su máscara.

Canta para sus adentros. Tumulto de canciones cuya letra repite, machacona, la misma muerte, esta muerte, pero a ritmo de pasodoble. ¡Ver cómo sucumbe la tiranía! Espectáculo capaz de llenar, por sí solo, toda una vida de recuerdos. ¿Hay algo más hermoso, más perfecto que la muerte?

—¡Nada! —grita—. Cuando pienso que mañana me despertaré, abriré los ojos y me diré: «¡Está muerta!». Mañana y todos los días. Prometo dormir cada vez menos. ¿Sabes por qué? Para poder decirme, bien despierta: «¡Ya no está!».

Empieza a limpiar el cuerpo. Cuerpo consumido, al que la muerte parece haber chupado toda la sustancia. Sus manos sensitivas se posan en él, recreándose, remodelando la silueta.

—¡Cómo me gusta tocar tu muerte! Ni carne viva, ni manzana, ni pétalo, ni agua de lluvia…, nada me ha producido nunca esta sensación. Todo resulta trivial comparado con tu muerte. De niña, tenía la mala costumbre de besarte; recuerdo que tu contacto me ponía la carne de gallina. Tu vida me dejaba helada, como cuando tocaba las estatuas de mármol en el cementerio; y ahora que eres de mármol, tu helor me calienta.

Lava a fondo el cadáver. No consiente que se lleve consigo el menor vestigio de aquellos fluidos, sudores u olores que poseía en vida: al ser expresión de vida deben quedarse aquí, entre los vivos.

—¡Sólo te llevarás tu muerte!

Pobre. Expoliada.

—¿Qué tienes en la mano? ¡Pero si es un puñado de tierra! ¡Avariciosa! Hasta muerta la quieres seguir poseyendo. Tírala, ya no es tuya. Te vas a hartar de tierra: ¡a toneladas! Pero sobre ti. ¿Aún quieres más?

Se calla. Sonriente, peina los cabellos marfileños, los recoge en un moño sobre la nuca. Le empolva la cara, viste la cama con el lujo de los encajes

antiguos. Luego, atavía a la muerta.

—Hueles a alcanfor. Para los demás, eres un cadáver flamante, una «recién muerta» si me permites la expresión. Para mí no. Para mí, moriste el día en que cumplí doce años. Desde entonces, has estado metida en alcanfor.

Da un paso atrás y contempla con mirada crítica el lecho-catafalco.

—El bastón, símbolo de tu fuerza, lo enterraremos contigo. Vista así, siniestra como un cuervo, con la empuñadura de plata sobre el satén negro y la zarpa amarilla, no creo que puedas arrancar una sola lágrima. ¡Una sola lágrima sincera, claro, que de las otras, sin sal, sí que tendrás a montones!

Las flores. Nada de flores frescas. Las que adornan la sala bastarán: marchitas, mustias, ilustración palmaria de la ausencia de vida. Para que todos perciban la presencia de la muerte. No de una muerte normal (simple cambio de domicilio, donde se pasa de la apariencia física al ámbito, más seguro, de la memoria), sino de una muerte total, definitiva, que, por contraste, devuelve a la vida su derecho a renovarse.

La enmilagrada contempla de nuevo los restos. No mortales, *muertos*. Se aleja, examinándolos bajo todos los ángulos posibles. Satisfecha, se dice que ha conseguido expresar, sin el menor equívoco, la mueca de la nada. Y perfuma todo aquello.

Ahora hay que iluminarlo, como en la iglesia: cuatro cirios, chorreando lágrimas de cera, plantados en las cuatro esquinas de la muerte.

—De pequeña jugaba a las cuatro esquinas y lloraba de risa; luego, al crecer, la vida me hizo como estos cirios llorones…

Desea con todo su ser que esta muerte sea indubitable, que nadie pueda decir o pensar: «Parece dormida». Porque no está dormida, está muerta, y, al haber dejado de existir, toda alusión figurada al sueño queda excluida.

Se sienta unos instantes, el tiempo necesario para eliminar de su rostro cualquier sombra de sentimiento personal. Luego, abre la puerta y dice a la familia:

—Está lista. Podéis llorarla.

Al entrar en la sala, descubren a la abuela vestida, maquillada, enjoyada, peinada como el día del duodécimo cumpleaños de la niña. Pero sin el aplomo de la vida. En la horizontalidad de la muerte.

Juliana no se queda para ver su reacción. Les da la espalda y sube a su cuarto.

El entierro tiene lugar al día siguiente, al caer la tarde, según la última voluntad de la abuela. Ya difunta, no puede impedir que las «manifestaciones públicas de duelo» (como llama el señor cura a las exequias en su peroración fúnebre) sean un éxito rotundo. Lo más granado de la sociedad campesina y comerciante de la ciudad y del pueblo se ha dado cita en la Cornisa y en la iglesia, para emprender luego el camino del cementerio. La abuela, en su ataúd, realiza a hombros tan incómodo recorrido. Los notables, con brazalete negro, acompasados y solemnes, rodean sin discriminación a don Juan, el yerno, y a Tonio, el novio: aunque se trate de unos simples arrimados, no dejan de ser los únicos varones de la familia. Imperativos, encabezan el cortejo para evitar que se convierta en procesión orante y llorosa. De hecho, un montón de mujeres enmantilladas y lacrimosas se apretujan tras tía Dolores, Andrea y Juliana. Sedientas de *Réquiem* y de *Dies Irae*, hacen caso omiso de *la dignidad del silencio* que tanto aprecian los hombres. «Menos mal que esta vez Casimira se ha quedado en casa cuidando de Adelaida», piensa don Juan. Pepito Mariposa, desmadrado, va cantando a voz en grito un latín mortuorio que adquiere en su boca acentos de concurso radiofónico (aunque llore mientras canta). Lleva los hábitos de acólito y tira de un crucifijo más alto que un árbol, del que cuelga un pendón negro con una calavera y dos tibias cruzadas, como en las banderas piratas. El sol poniente de este día primaveral es suave, un vientecillo fresco impregna el aire de polen y polvo; varios colegiales llevan coronas, cruces floreadas y ramos, sobre los cuales revolotean abejas, avispas y moscas. El señor cura se apoya con todo su peso en el hombro de Alfonso el cojo que debe manejar su muleta con destreza para no perder el equilibrio. En la caja, doña Soledad Cuervo, dueña finada de la Cornisa, se tambalea como una náufraga sobre olas negras con flores de espuma.

Tan sólo una nota discordante en el cortejo: Juliana. Se ha puesto para la ocasión el vestido blanco de lunares rojos, que, aunque ensanchado a toda prisa en una noche de vela, no consigue contener los desbordamientos de un cuerpo

de diecisiete años. Del cuello a las rodillas, se diría que la santa ha doblado su volumen.

La enmilagrada parece radiante. No se propone andar en línea recta, sino que va contoneándose a derecha e izquierda, amasijo mal encorsetado de muslos, caderas, vientre y pechos. Presencia que evoca el recuerdo indeseable de su duodécimo cumpleaños; imagen inquietante, como agrandada y deformada por un espejo de feria. Mantiene la mirada gacha y una sonrisa triunfal flota en su rostro, subrayando aún más su victoria. Los hombres, incómodos, miran para otro lado. Las mujeres murmuran elogios: «Fijaos, pobrecilla, no se gasta un céntimo en ropa. ¡Si no fuera la santa que es, vaya mujer para un hombre!».

La tita está en plena forma. Ciertamente, su sobrina no se parece en nada a las estampas tradicionales, pero hoy la santidad se manifiesta por otras vías. Incluso las del Señor han adquirido nuevas expresiones; los tiempos cambian, todo evoluciona. ¿Por qué no podría exhibir una santa tetas de matrona y culo de puta? Si su presencia violenta a los hombres hasta el punto de que miran para otro lado, es porque la enmilagrada alza ante ellos su evangélica castidad, que remueve los bajos fondos del pecado, las inmundicias del instinto. Tía Dolores, desplegando como un estandarte su inalienable consternación, empuja a su sobrina hasta la primera fila del dolor familiar para que todos la vean: si algún día la llevan a los altares (y, teniendo en cuenta la perversidad del siglo, no sería de extrañar), irá, no cabe duda, con su vestido blanco de lunares rojos.

En el cementerio, el cortejo, cegado por los rayos oblicuos del sol, forma el tradicional semicírculo ante el panteón familiar. La gente, con la mano en visera, parpadea sin respetar las formas. El cura abrevia, sus blandas carnes no soportan ese vientecillo serrano; como siempre, la primavera es pura engañifa. Nuestro Señor sólo tendría que autorizar la muerte humana cuando hace buen tiempo. Aunque Él eligió la primavera para que lo crucificaran. ¡Ay, los dichosos caminos del Señor!

Por orden jerárquico, cada uno echa un puñado de tierra sobre el ataúd: familiares, notables y otros. La enmilagrada blanca de lunares rojos tira una piedra que suena sobre la madera funeraria como un trueno; todos la miran,

sobresaltados. Más que toda la ceremonia, este sonido hueco atestigua, de modo definitivo, que doña Soledad Cuervo, dueña de la Cornisa, *ya no está*. Ése es el mensaje de su nieta: «¡Se acabó la abuela; empieza el posabuelismo!».

La familia se coloca en fila; con aspecto afligido y lágrimas en las pestañas, reciben el pésame de los asistentes.

Salvo Juliana, que luce una amplia sonrisa.

Júbilo extravagante, imposible de detectar en su mirada, que oculta con obstinación; pero una sonrisa que recuerda la hilaridad de los sordomudos le florece en la cara.

La gente, impresionada, le da la espalda. Luego, todos salen del cementerio levantándose el cuello de la chaqueta y tapándose la boca. ¡Los peores resfriados se pillan en esta época! Los enterradores ponen la losa y toda la familia regresa a la Cornisa.

Menos la santa.

Con los ojos secos, les comunica que se va a quedar un rato más: hay que arreglar las coronas y poner la foto de la abuela en su marco de terciopelo. Habla en voz baja, envuelta en una piedad aplicada; voz rota, en cierto modo, por la alegría. Radiante como una bienaventurada. A Juliana le sienta bien el luto.

Se queda en el panteón, sola.

Es el final, piensa, el punto final de un reinado, sin posible marcha atrás.

Las coronas exhalan un aroma muy particular, un olor a vacío del que Juliana se impregna. La abuela está bajo tierra, ni fiambre ni presencia cadavérica empeñada en ostentar el papel protagonista. *No es nada*. Se acabaron los diálogos y los monólogos. La chica mira a su alrededor; sólo ve vestigios marchitos: flores medio asfixiadas, foto de la altanera doña Soledad Cuervo en la escalinata de la Cornisa, cintas negras que cuentan, en letras de oro y plata, el amor y la pena póstumos de la familia. Póstumos y postizos. Juliana no podría llamar *abuela* a esa suprema inexistencia: ¡eso ya no tiene ni nombre!

¡Está feliz! Con la mente abierta, aireada, vuelve a sentir las pulsaciones de su sangre, las oye. Había olvidado su sangre, como si sus venas acarrearan lodo

o, aún peor, aire. Ahora, tiene las venas henchidas, rebosantes de una sangre recobrada; sangre que, olvidándolo todo, la recorre, alegre.

La chica se estremece de alegría, se pone a saltar por las losas, inicia unos pasos de baile. Luego, se tranquiliza. La partida no está ganada: aún más tenaz que la carne, la memoria recordará durante mucho tiempo la imagen de la abuela. Bueno, lo tendrá en cuenta. Desde ahora, el asesinato que debe preparar y perpetrar es el de los recuerdos.

Tiene todo el tiempo del mundo; ella no es como los demás; su vida no es como la de los demás, llena de deberes y de problemas: tierra, boda, procreación, continuidad, aprovechamiento de cada minuto de las veinticuatro horas del día. A ella la pusieron al margen. Sólo tiene que cultivar su propia imagen y organizar su venganza.

¿En qué consiste su imagen?

En seguir pareciendo enmilagrada y santa como *ellos* la quieren.

¿Y su venganza?

Ahí se detiene, paralizada. Su venganza… Tan sólo es una idea imprecisa, núcleo de nebulosa que se enciende, se apaga, parpadea. Que se convertirá en grano de luz, en bola de fuego, en relámpago, en rayo.

—¡En rayo! —grita.

El panteón no le devuelve el eco de su desamparo. Sale y cierra la puerta con llave. Es de noche. Un viento helado barre los fuegos fatuos. Pero no le importa: nada puede este frío contra el fuego de sus venas.

Es hora de regresar a casa. Para no pasar por el pueblo, va campo a través.

A sus espaldas, se desarrollan en la Cornisa conversaciones de alto nivel. «En secreto, como le gusta a tu familia», le dice Casimira señalando con un dedo indeciso la puerta de la gran sala donde se atrincheran tía Dolores, Andrea y don Juan, «que sólo asiste por pura cortesía de las señoras —añade la criada—. En casa de los Cuervo, tu pobre padre sólo se representa a sí mismo; o sea, a nadie».

—¡Y a mí qué! —responde Juliana desapareciendo en el cuarto de su madre.

En la sala todo va sobre ruedas. La tita, súbitamente consternada, manifiesta que está de acuerdo con la voluntad testamentaria de la muerta. Sólo pone una condición: que le permitan encargarse de la dirección espiritual de la Cornisa, lo que implica, de entrada, dejar en paz a su santa sobrina, o sea, abstenerse, a partir de ahora, de considerarla como un animal que deben casar (ella dice «aparear»). Se expresa con voz seca y con la boca acanalada como una cápsula. Andrea pregunta por qué una chica de diecisiete años no puede pensar en el matrimonio, como cualquier ser normal. La tita replica:

—Porque tiene otras cosas en las que pensar.

—¿Como cuáles?

—Dios —dice la tita con su tono más cotidiano.

Andrea la mira de hito en hito. Decir eso abiertamente, sin susurrarlo, sin ni siquiera intentar disimularlo con medias palabras… ¡Intolerable! Nunca habría pensado que su tía se atreviera. Seguro que no habría actuado así ante la abuela.

La otra se encierra en un silencio despectivo.

Andrea vuelve entonces la cara hacia su padre, pero la mirada de éste se vacía ante la suya. El hombre está demasiado cansado, sólo piensa en su mujer; ella, al menos, necesita un poco de compañía, algunos cuidados…

—Tu mujer está descansando en su cuarto —dice tía Dolores—, sólo tienes que cuidarla. Va siendo hora de que pienses en ella.

Está claro que ya no reivindica la propiedad exclusiva de su hermana enferma. De nuevo, Andrea piensa en la abuela: tendría que tomar una decisión, estar a la altura, zanjar el asunto con un movimiento de cabeza, como la difunta. Pero no lo hace, se encoge de hombros y concluye:

—Como queráis. Bastante tengo ya con la reorganización de la Cornisa: traer maquinaria, eliminar mano de obra, hacer una explotación más racional de la tierra…

Su padre la observa con el rabillo del ojo: habla como una empresaria. Se acaricia la mano mutilada. Que no cuente con él para perder más dedos en nuevas batallas. ¡Estas hembras Cuervo!

—Tonio y yo nos casaremos cuando acabe el luto —anuncia Andrea, y añade enseguida dirigiéndose a su tía—: Fijarás la fecha con el señor cura para

dentro de tres semanas. Una misa normal, al alba: he decidido no festejar la boda.

—Sabia decisión.

Todo queda claro: Juliana para su tía, Adelaida para su marido, la Cornisa para Andrea. Reparto equitativo. Ni chica, ni enferma, ni tierras han sido consultadas.

La vida pública de la enmilagrada va viento en popa. Juliana asume la dirección del luto de doña Soledad, que lleva a bombo y platillo. Parecía tener siglos de experiencia o una especie de memoria milenaria, como si hubiese organizado tales ritos de muerte desde que fallecen los seres humanos. A lo largo de las tres semanas que dura el ceremonial, su mirada redescubre la línea recta, su voz retoma el tono de adulta. Como si todo aquello manara de atribuciones naturales, distribuye los papeles, recita las plegarias con gesto ceñudo, corrige a cura y a beatas en sus inadmisibles despistes. Noche tras noche, una multitud de rezadoras-plañideras invade la Cornisa, llenando la gran sala y el vestíbulo de filas apretadas. La santa, intransigente, insta a su padre y a su cuñado a que asistan a los rezos vestidos de negro, como debe ser, y exige que traigan a los perros con los bozales: el luto es para todos. Tampoco se salvan Casimira y Pepito Mariposa: entre dos responsos, la vieja impía vigila el chocolate que servirán durante la sesión de llantos. Encantado por ese ajetreo, Pepito Mariposa afina la voz, que suena como la de una cría de la tercera edad o como una parodia de la antigua voz de la enmilagrada. Ésta lo fulmina con la mirada. Ahogando un suspiro de santa paciencia, tía Dolores farfulla:

—Ese cretino no tiene apaño.

Sin interrumpir sus salmodias, las damas piadosas opinan.

Andrea, Tonio y padre desaparecen en cuanto se pronuncia el último amén, los demás se quedan «un ratito más», como dicen. Engullen con ansia chocolate espeso y torrijas, mientras se interesan (casi alegremente) por la salud de la pobre Adelaida.

—De mal en peor —dice tía Dolores.

—Se ha estabilizado —contradice Juliana.

Sorprendidos, todos ponen las antenas. Por primera vez, Dolores Cuervo y su santa sobrina discrepan en la importancia de una desgracia; por primera vez, la enmilagrada toma la iniciativa de traducir *motu proprio* los avatares de la voluntad divina, tan indescifrables de por sí.

—Ya veremos, ya… —murmura la vieja Casimira volviendo a la cocina.

—Ya veremos… —concluye tía Dolores mientras guarda en la cómoda el rosario y el misal.

Juliana acompaña a las rezadoras y al cura hasta la verja. Besamanos para el tonsurado, besamejillas para las beatas. Por enésima vez todos se desean «una larga vida piadosa», como dice la santa.

Le cambia la voz y el aspecto.

Aunque sigue andando con la cabeza gacha y se empeña en vestirse de prestado, a veces revela una mirada irisada, y entonces su rostro ostenta un siniestro resplandor… Como si, culpable de un crimen impune, se alimentara interiormente con una gracia secreta, o como si no dejase de fomentar nuevos crímenes, catástrofes y actos justicieros destinados a vengarse del mundo.

Para los demás, el fatalismo es más fuerte que la curiosidad o la inquietud. Y ni la miran ni la ven vivir.

Pero ella vive. A su manera. Liberada de las contingencias de lo real.

El día de la boda de su hermana se levanta la primera, se embute en el vestido blanco de lunares rojos, saca del fondo del armario la cinta roja que Noro le regaló *aquella noche*, se ata con ella el pelo desmelenado y sale hacia la iglesia. Aún es de noche. Puntual, Pepito Mariposa la espera, medio muerto de frío, en la puerta de la sacristía.

Entran. Ante el tabernáculo, una lamparilla acentúa la oscuridad del templo. Empiezan a colocar las velas. Pepito Mariposa anuncia que se ha pasado la noche trenzando guirnaldas. Las ha dejado en el confesionario, que primero hay que limpiar la iglesia…

—Allí se quedarán —corta Juliana.

—¿No vas a adornar el altar mayor y los bancos de la familia?

—Estamos de luto, no quiero que se olvide la muerte de la abuela.

—La querías mucho, ¿verdad?

—Su muerte es lo que más quiero. Tú, friega el suelo con lejía. Con lo sucias y repugnantes que son las bodas, que la iglesia al menos huela a limpio.

—¿Qué dirá tu hermana?

—¡Qué va a decir! Sólo piensa en la cama que la espera esta noche. Ya ha mandado meter en su armario la ropa de Tonio, que lo he visto: los dos trajes, las camisas, los calzoncillos… ¡Conozco perfectamente sus calzoncillos, no los quemaron como los de Noro!

—Yo también los conozco. Casimira los tiende en la cuerda del patio; cuando los veo me entra una cosa…

—¡Ya! —gruñe la santa—. ¡Mucho te fijas tú en lo que no debes!

Pepito pone mala cara, pero coge el cubo y la fregona. Juliana empieza su trajín. Quita las flores de los altares, saca los viejos manteles litúrgicos de los oficios de Semana Santa, raídos terciopelos negros, bordados con hilo de oro y plata, con los que va cubriendo imágenes y efigies.

Una ola de tinieblas invade la iglesia conforme la chica la prepara para la ceremonia nupcial. La tímida luz del alba retrocede ante tanta negrura. Juliana es feliz: lo tenebroso le sienta bien.

Una vez acabado el trabajo, abre el portón de par en par, a la espera del *lastimoso* cortejo nupcial. Sonríe. Posada en un saliente, una lechuza de ojos redondos la mira.

En este día de boda, notables y beatas se han resignado a madrugar; hubiesen preferido el perezoso apogeo de la misa de doce, pero es lógico que en pleno periodo de luto Andrea Cuervo haya decidido casarse al amanecer; no se lo reprochan. Esa muchacha es idéntica a su abuela: ya que no habrá banquete, tuvo el detalle de indicar en la invitación que la asistencia a la ceremonia religiosa era *facultativa*. Pero nobleza obliga. Con los ojos nublados por el sueño, las caras aún marcadas por las sábanas, arrastrando los pies, notables y beatas van llegando a la iglesia, uno tras otro, entre irreprimibles bostezos. ¡Para los que no tienen ningún interés en contemplar el lucero del alba, los amaneceres primaverales resultan agotadores!

Con su vestido blanco de lunares rojos (por todos aceptado ya como su segunda piel, aunque siempre con la penosa impresión de que le va a estallar de

un momento a otro), Juliana los recibe en el pórtico. Con un átono «Dios le bendiga» en los labios, la enmilagrada les hace a veces el favor de levantar sobre ellos sus párpados, para bajarlos de inmediato, como si sus pupilas hubiesen permanecido en estado troglodítico, incapaces de afrontar la luz.

Conmocionados por la fúnebre decoración de la iglesia, notables y beatas se abstienen de expresar sus sentimientos en voz alta; a cada luto, su norma, y, desde que el mundo es mundo, las hembras Cuervo han tenido sus rarezas. En silencio, los frioleros parroquianos se sientan cada uno en su sitio, siguiendo una prelación que se cuidarían muy mucho de olvidar, siendo éste el único sentido que, en su caso, se les despierta temprano.

Un último «Dios le bendiga» y la santa se eclipsa en el marasmo de sombras. El escuálido cortejo aparece en el horizonte. Padre, dando el brazo a Andrea; Tonio, a tía Dolores, que se esfuerza sobremanera en poner de relieve su consternación, adherida a la cara. Detrás, llevando el ramo de novia, va Casimira, enfundada en un viejo vestido de la abuela, demasiado grande para ella. Su aspecto es surrealista, pero tía Dolores, con su voz avinagrada, había decretado que uno no se puede vestir de amarillo estando de luto, ¡ni siquiera para una boda!

Andrea, por su parte, ha optado por la sencillez: ni vestido blanco ni diadema. Una mantilla de encaje y las manos desnudas. Como si se casara a toda prisa, disfrazada de novia encinta.

Arrodillada en la oscuridad, debajo del púlpito, la enmilagrada, espectro impreciso, acecha la entrada de *la prometida*, única de las dos hermanas con derecho a tal apelativo, única con derecho *a vivir aquello*; quiere captar su mirada, escuchar el sordo chasquido del bofetón que ha maquinado al cubrir la iglesia con paños fúnebres. Tiene el cuerpo listo para la gran carcajada y el alma dispuesta a aplaudir. A su alrededor todo es silencio, expectativa.

El clan Cuervo entra en la iglesia. Andrea se queda de piedra, mirando de un lado a otro, desorientada, como si no reconociese el lugar. Del altar mayor al crucero, la iglesia entera está dispuesta para el oficio de tinieblas: no faltan ni los cerosos velones ni las pesadas cadenas de penitencia del Viernes Santo. Ni una imagen sagrada: todas desaparecidas, como si el cielo, en su totalidad, se hubiese tomado un día de asueto; el suelo pelado, sin alfombras, con las frías

losas corroídas por la lepra del tiempo. Habían descrucificado, y puede que hasta escamoteado, a Cristo, dejando la cruz, árbol sin frutos, con los brazos al aire.

Padre baja la mirada, el rostro de Tonio se endurece, el de tía Dolores centellea con una sonrisa, la primera en toda su vida que le descubre los dientes.

Andrea, poco a poco, se pone lívida. Como si no quisiera palidecer, pero palideciendo: sangre que se pierde, que se evapora, dejando paso a una sucia transparencia. Con la mirada penetrante, la novia escudriña sin cesar, a derecha e izquierda, buscando la luz de una ventana, de una vidriera; a medida que va contando los paños negros que oscurecen la penumbra de la iglesia, se le va poniendo la cara más blanca, nácar vivo que termina por confundirse con los encajes almidonados de su mantilla.

Nadie se mueve. Quietud absoluta. El cura y Pepito Mariposa, petrificados como por ensalmo, permanecen a la expectativa en el umbral de la sacristía.

Pero Andrea reacciona como una hembra Cuervo:

—¡¡Fuera todo esto!! —aúlla.

Y ella misma se pone manos a la obra, arrancando velones y paños fúnebres y arrojándolos con furia; padre y Tonio la ayudan. Al cabo, el templo parece saqueado por una horda de profanadores. Sólo falta la rúbrica del fuego.

Pero la cosa no queda ahí. Con la mantilla hecha jirones, la novia busca con mirada justiciera a la santa escondida, la encuentra agazapada entre las sombras del púlpito y, echando chispas por los ojos, se abalanza sobre ella y la abofetea.

—¡Sal de ahí, meapilas! ¡Vete al fondo con los críos! ¡Fuera de mi vista!

La hubiese arrastrado de los pelos, pero la santa se escabulle:

—¡Cabrona! —gruñe entre dientes.

Padre interviene, abre los brazos, la florecilla de azahar se refugia en ellos. Notables y beatas murmuran admirativos: «Esta Andrea ha heredado el carácter fuerte de doña Soledad, ¡es una auténtica Cuervo!». Entre los brazos de papá, la santa se echa a llorar. Ciertas voces murmuran por lo bajo; la palabra *mártir* flota en algunos labios que la susurran a otros oídos. La *niña mártir*. Subrayando la incongruencia de un drama familiar en semejante lugar, alguien

observa en voz alta: «¡Mirad, la pobre Casimira se ha desmayado, quizás por primera vez en su vida!». Le hacen respirar un poco de colonia y la vieja vuelve en sí, se sacude el polvo adherido a su vestido de dama.

—¿Y Adelaida? ¿Cómo se encuentra esa alma de Dios?

—Muriéndose, como siempre —contesta la tita, lacónica.

Los invitados lanzan un suspiro de alivio, reorganizan las filas; novios y testigos llegan como pueden al altar mayor, el sacerdote abre la boca, se nota que la *bendición nupcial* se le corrompe en la garganta, la eructa a toda prisa. Ya está. El aliento le apesta.

Se pasa toda la noche de bodas merodeando por la casa; ya no es Juliana, la santa enmilagrada; no es nadie. Con los ojos abiertos de par en par y el oído en acecho, su ansiedad traspasa la puerta, la ventana, las paredes del cuarto de su hermana casada.

¿Qué está esperando?

Todo y nada.

En el silencio y la soledad en que la Cornisa se ha recluido desde la muerte de la abuela, ¿qué pretende descubrir, captar, poseer?

Juliana no pone nombre a su espera, ni la encierra en unos perfiles precisos, ni se atreve a imaginarla como un acontecimiento normal; sus sentidos insomnes velan, animados por una memoria tenaz. Siempre estuvieron a la expectativa y, bajo una aparente impermeabilidad, tomaron el relevo de la vida auténtica: la de una noche de cumpleaños llamada desde entonces *aquella noche*. Se pusieron a vivir en su lugar. Sus sentidos, atentos, saben lo que están esperando: el grito.

Y cuando resuena, la chica-sentidos se pega contra la pared del pasillo hasta confundirse con ella.

Corto y preciso, el grito se inicia con una nota de dolor para acabar en un estallido de gozo. El dolor parece brotar de la carne de Andrea; el gozo, de su espíritu. Grito *consentidor*, muy diferente al que ella lanzara hace seis años. Al oírlo traspasar las puertas de su memoria, al recibirlo de lleno en su propio cuerpo, la chica-sentidos se abandona de nuevo al miedo de antaño, se enrosca sobre sí misma, sus manos agarran el vello púbico, se tensan. Protegiendo,

tapando. Ella también grita, pero en silencio y hacia el fondo de su ser. Luego se yergue, mira las puertas de los otros cuartos, la escalera, quiere ver las luces acusadoras que van a encenderse por toda la casa. Pero nada, nadie. Sólo oscuridad impenetrable. En la que se funde.

¿Dónde están los demás, aquellos que su grito despertó *aquella noche*; qué hacen ahora, dormidos o cómplices? ¿Por qué, tras el saqueo del himen de su hermana, no se abalanzan, gritones y justicieros, prestos a vengarse, como el día de su propio desgarro fallido? ¿Dónde están los perros, la guardia civil, el médico, el padre-propietario, la tía mensajera, el sacerdote, todos, rabiosos guardianes de las leyes del cielo y de la tierra? ¿Y cómo la difunta abuela no ha salido de su tumba inmediatamente, bastón en mano, en sudario, escupiendo por su boca de fiambre órdenes represivas mezcladas con gusanos? ¿Qué es la justicia? ¿Aquellas palabras bochornosas espetadas al más débil?

La chica contiene la respiración, sigue esperando.

Sólo silencio. Mueca silenciosa de las tinieblas.

Unos, moros y otros, cristianos. Ésa es la verdad. Para ella, para su cuerpo, las cadenas del pecado; para los otros, para sus cuerpos, los derechos de la naturaleza.

Sí, le gustaría incendiarlo todo, purificar esta casa donde anida la injusticia, hacer que se volatilizara en las llamas. ¡Llamas violentas como las del infierno!

Se mueve despacio, vagando por el primer piso, baja las escaleras, las vuelve a subir y a bajar, busca un rincón oscuro donde postrar su quebranto, se tumba en el suelo. Se sume en el sueño como cae una piedra al fondo de un abismo: rebotando.

A la mañana siguiente, de nuevo oculta en la penumbra del cuarto materno, con la mirada fija, como de cristal, Juliana acecha por el resquicio de la puerta la bajada de su hermana: el sangriento despertar de la mujer casada.

Larga espera, vigilancia obstinada de varias horas.

Ve salir a la tita para la primera misa, oye trajinar a Casimira, recibe, ausente, el húmedo beso de papá que trae el desayuno a su mujer. Puntuales, el gallinero, la pareja de perros canela y Pepito Mariposa inician su concierto de quiquiriquís, ladridos y coplillas; el gato se estira, abandona la cama, se

escabulle y se va a maullar bajo las faldas de Casimira. La claridad matutina entra en el vestíbulo.

Los recién casados siguen dormidos. El reloj da las siete, las ocho, las ocho y media… El despertar tan pacientemente espiado se produce al fin a eso de las nueve: Andrea y Tonio aparecen en lo alto de la escalera. Cogidos de la mano. Lozanos, risueños, sin el menor asomo de cansancio en sus rostros; en el de Andrea, *ni una sombra de dolor*. Un melocotón maduro, una flor que abre indecentemente sus pétalos. Su hermana parece aureolada por un resplandor que la chica advierte por primera vez: el de un mundo que acaba de empezar, el de una vida que toma conciencia de que está hecha de materia viva. Resplandor que aniquila los vestigios de la muerte de la abuela, mostrándola como una muerte muy antigua, secular. Una carcajada de la vida, tan sonora que la chica se tapa los oídos.

Bajan juntos la escalera. Las piernas de Tonio se mueven con aplomo; ya no son las obedientes extremidades de un muchacho de orfanato, siempre dispuesto a obedecer las órdenes de la abuela; son piernas decididas, de propietario. Sus pasos dejan huellas perdurables en la estera, andan *por fin* sobre su estera, como luego andarán sobre sus losetas, sus peldaños, sus tierras. Tonio es como un macho cabrío que, tras batirse a cornadas, se convierte en el dueño indiscutible del territorio. La chica no ignora qué asqueroso cuerno ha utilizado el abominable cabrón para ganar la apuesta que la sonriente recién casada acaba de perder. La misma que ella, Juliana, también perdió *aquella noche*.

Tan alta como una corona de reina lleva Andrea, la vencida, su derrota, de la que se siente orgullosa; no se arrastra, sus muslos están firmes, en absoluto *descuartizados* por la brecha abierta en sus carnes. Se diría que no ha derramado una gota de sangre, que no ha sido mancillada en sus entrañas; que, simplemente, se ha despertado *distinta*: transformada en mujer diferente por el ultraje del macho. Hasta ayer sólo era la heredera de la Cornisa; esta mañana es la dueña.

La santa baja la mirada, cierra la puerta, se dirige hacia la cama y se tumba al lado de su madre. Su cuerpo gime, interminable quejido que hace eco a la

respiración entrecortada de la enferma. Y toma la mano inerte, estrechándola con todas sus fuerzas.

—A nosotras nos ha tocado pagar la felicidad de los demás. Es injusto.

Se queda allí, tendida, moviendo las pupilas sin descanso, recibiendo en su mano las sufridas palpitaciones de su madre. El sufrimiento, que lleva su propio nombre, que vio la luz el día de su nacimiento, que tiene su edad, la desdobla y la desgarra. La convierte en inútil.

A partir de ese día la acritud dibuja en su rostro una sombra nueva que destierra turgencias de pepona y muecas infantiles.

Dureza y rechazo. Sordo rencor que emprende, sobre el rostro de la enmilagrada, el trabajo de erosión tan perfectamente conseguido en el de su tía. Los dientes, apretados con fuerza (como si mascaran odio), confieren a las mandíbulas una expresión masculina, una obstinación de mercenario. La boda de su hermana, su desfloración aceptada de buen grado y su plenitud de hembra han dejado a Juliana desprovista de causa, la han convertido en fantasmal guerrero vagando por un campo sin batallas. Dios no le basta, Dios no es guerra. Es tan sólo miseria. Tía Dolores, al servicio de ese Dios anodino de culto y rezos, termina por claudicar ante la nueva ama de la Cornisa: Andrea, la casada. Rendición incondicional, constata la enmilagrada. La solterona responde «sí, querida» cada vez que la cabeza de familia expresa su deseo de reducir los gastos de la casa o le ruega que eche una manita a la criada. Porque se expresa de forma muy cortés y siempre con diminutivos: *una manita*, para que parezca un divertido pasatiempo en lugar de una faena doméstica. Es frecuente sorprender a la tita con la plancha o la aguja en mano. Sus horarios de iglesia siguen siendo los mismos, intocables, pero las meriendas evangélicas se van espaciando. Menos pasteles para el señor cura, menos flores y cirios para el altar. Palabras encantadoras, gestos seductores, sí, pero eso no quita para que Andrea Cuervo ate a todos muy corto. Se parece cada vez más a la abuela. Por desgracia, falta mucho para que muera; tiene una larga vida por delante.

Juliana vive en soledad el infierno de su silencio; apartándose de las leyes de la Cornisa, se sitúa al margen. Sólo ve una manera de luchar contra su hermana («¡contra todos!», piensa): organizarse una vida propia sin renunciar a la dimensión social. Ella, que sólo vivía por instinto, se vuelve finalmente hacia la

reflexión. Decide abandonarse sin reticencias a la gente para llegar a ser, algún día, la santa del pueblo. La santa de todos y de cada uno, la que llaman a la cabecera de los grandes sufrimientos, la enmilagrada de prontas manos, el ángel público que disimula su tumulto interior tras un raudal de palabras lenitivas, suaves como el plumón. Y va de puerta en puerta, guardiana de la caridad, informándose sobre pobres, inválidos, enfermos, moribundos; establece una lista de infortunios que se revela inagotable. ¡Dios, el muy farsante, le estaba ocultando su verdadero camino!

Sorprendiendo a propios y extraños, se carga de trabajo. El rostro, máscara de granito asaltado por las llamas, se le endurece aún más. Su piedad asciende hasta el apogeo, como una cometa. Casimira murmura que está chiflada, Pepito Mariposa profesa que es una *iluminada*.

—Así llaman a esa clase de seres prodigiosos —asegura—. Nuestra santa debería vivir en Lourdes o en Roma, donde su renombre alcanzaría la altura de su alma, ¡tan grande como una página del evangelio!

Incómoda, Casimira apaga la radio, mascullando para sus adentros que la niña está como una cabra.

Lista de infortunios en mano, va la santa por las callejuelas del pueblo en pos de escondidas miserias, y su furibunda caridad hace estragos: la imagen de la tía pierde su esplendor. La combatividad moderna de la santa sobrina convierte a la solterona en desharrapada beata, y su nombre de dama piadosa desaparece de los ecos de sociedad. Sólo se habla de la enmilagrada. En cuanto surge la desgracia en forma de recién nacido lisiado o de anciano en el umbral de la agonía, la gente se apresura a llamar a esta *buena alma* para que les imponga la suavidad de sus manos, que suelen confundir con un sacramento; es el ángel de la muerte (el que fuerza las puertas del cementerio). Su rechazo de la vida ha encontrado, por fin, su propio camino. ¿Qué es un cuerpo humano, sino una falta grave (¡gravísima!) que hay que devolver a la tierra? Cuando el cuerpo, joven o viejo, es del sexo masculino, de los ojos de la enmilagrada brotan lágrimas de alegría; la gente murmura admirada que esta pobre niña ha perdonado todo a los hombres y su falsa justicia, llegando a llorar a los varones con mucho más ardor que a las hembras.

Por las noches, su cuerpo de calentorra martiriza la carne cincuentona de padre, que agota en sucesivos espasmos sus últimas energías. Sin embargo, el sueño de Tonio ha dejado de interesarle. Al ser un hombre casado, los fantasmas de antaño han desertado de sus fantasías; Tonio duerme como un tronco, roncando al ritmo de Andrea, su esposa. Por las mañanas, marido y mujer aparecen tan tranquilos ante la crítica mirada de la santa, relajados y cómplices, listos para el trabajo; y se besan, se tocan, se miran, se hablan, felices y contentos. ¡Un matrimonio que va sobre ruedas! «Un asco», piensa la enmilagrada. Dos cuerpos más frescos que una lechuga: ni palidez, ni herida, ni ojeras, ni sobresaltos sobre los que dirigir el rayo del anatema. «No son humanos —sigue constatando—. Tanto la especie terrible de la abuela como la victimista de madre se han extinguido.» Tendrá que acostumbrarse a vivir en la grisalla de la normalidad.

¿Y ella qué pinta en todo esto? ¿Es un mero cuerpo sacrificado a las leyes de los demás? ¿Existe alguna salida para su angustia *única*, algún soplo para sus ardores? ¿Habrá de esperar, triste montón de cenizas, la extinción definitiva?

Chica, víctima, enmilagrada y santa para los demás. ¿Y si de pronto se le ocurriera pensar a ella también en el matrimonio?

Absurda pregunta que surge de improviso desde lo más hondo de su ser y la conmociona hasta tal punto que tiembla, suda, siente escalofríos, gime, chorrea por todas partes como un dique que se agrieta bajo una presión demasiado fuerte. Exasperada, corre hasta el cuarto de aseo y se vacía sin contención. Se huele: apesta a carne corrompida, a alma rancia. Se culpa de ello. Con todas sus fuerzas. Se trata a sí misma de zorra. ¿Cómo ha podido formular la pregunta prohibida? Los otros, sus *enemigos mortales*, le han envenenado la vida ¡y a ella sólo se le ocurre tirarse a pecho descubierto en el infierno de *sus preguntas*!

No, nunca se casará. ¡Jamás!

Reitera tal rechazo en voz alta, imprimiendo a sus palabras una rabia desesperada: gritándolas. Ya es hora de que su cuerpo escuche la voz de su conciencia, de que obedezca y asimile sus órdenes perentorias, de que sus venas las acarreen y las transmitan. No se puede permitir la debilidad («¡culpable!», grita) de buscar salidas, puertas falsas, escapatorias. De ella manó la sangre del

sacrificio, lo que le granjeó para siempre los derechos de las víctimas. Ella es la enmilagrada. Condición privilegiada que no es sólo una necesidad interior. ¡Es su segunda piel!

En la Cornisa la vida sigue con normalidad, sin saber de la profunda ciénaga en la que la santa se va hundiendo.

De acuerdo con los deseos de la difunta abuela, la nueva ama contrata a Inés. A tiempo completo. Andrea Cuervo ha aprendido pronto el lenguaje de los patronos y los términos le parecen a Casimira algo duros. «Comida, cama y lavado de ropa», le comunica. Inés dormirá en el cuartito contiguo al de Juliana, tendrá que guisar, coser y planchar, Casimira no da abasto, y Pepito Mariposa tiene demasiado trabajo en el gallinero.

Tía Dolores, circunspecta, opina que es una buena idea; de inmediato abandona la plancha y retoma el rosario y el misal. Echa de menos la iglesia, suspira; sobre todo ahora, que hay que pensar en la nueva vestimenta de la Santa Patrona, cuyo centenario se acerca a pasos agigantados. Andrea la mira, estupefacta:

—¿Lo tienes que hacer todo tú?

—¡Por supuesto! Me han nombrado presidenta de la comisión de festejos.

—¡Ah, bueno!

Decidieron que la enmilagrada regalaría a la Virgen el manto de gala, «por aquello de celebrar la santidad pública de mi sobrina», suelta tía Dolores con su tono cortante, que no acepta réplica. Andrea opta por encogerse de hombros:

—Esperemos que no nos salga demasiado caro.

Una tarde de mayo aparece Inés con su maletita, el pelo corto, el cuerpo menudo vestido con una blusa de rayas que recuerda al uniforme de las criadas, y un aspecto modesto y discreto de niña de convento: todo lo contrario de su hermana Rosita, que va exhibiendo, por el pueblo y la ciudad, pantalones ceñidos y vestidos con raja. No parecen haber salido del mismo vientre.

Al verla cruzar la cancela de la Cornisa, Casimira sufre una crisis de llanto radiofónico. Tía Dolores parece encantada: «La niña es perfecta», dice, añadiendo unas palabras de elogio hacia la labor de las monjas. Andrea, en su

papel de ama, la mira de arriba abajo: no es muy alta, pero está fuerte, como Casimira; se ganará el jornal.

Inés viene a ser de la edad de Juliana. Jugaban juntas de niñas, antes de *aquella noche*. Pero todo cambió desde entonces. La enmilagrada hace un movimiento de retroceso cuando Inés intenta besarla y la mira con recelo. Le parece que el convento ha convertido a su amiga de la infancia en una infiel con aires de niña buena. Inés se muestra perfectamente al corriente del culto y de sus oraciones («más de la cuenta», piensa la santa mientras asiste, distante, al profundo examen al que la tita somete a la nueva sirvienta nada más llegar); no obstante, habla de las monjas y de la vida conventual sin gran entusiasmo, con palabras evasivas que no pasan desapercibidas a la santa. La tita halla una explicación lógica a tal indiferencia: al ser nieta de criada, la relación de Inés con la religión (ella habla de «vida espiritual») ha sido diferente a la de las chicas educadas por las monjas en tanto que *señoritas*. Ni punto de comparación con «la espiritualidad sublimada de las elegidas del Señor», como es el caso de su santa sobrina. Cada cosa en su sitio: a la chica no la metieron en el convento como interna-gratuita para que le moldearan el alma, sino para que le enseñaran a ganarse el pan con sus propias manos, como debe ser.

—¿Qué haríamos contigo si abundaran las enmilagradas? Está claro que Inés no seguirá el camino de su hermana la puta, de modo que sé benévola, cariño. Sabe hacer todas las faenas domésticas y se desenvuelve mejor que Casimira y que Pepito. Las cuentas, la lectura y la escritura son harina de otro costal, pero en la Cornisa nadie le exigirá tales proezas.

—Me gusta —concluye Andrea—. Es muy callada. A la abuela le habría caído bien, estoy segura.

Casimira no dice ni pío. Las oye hablar, en la mesa o en la sala, y se limita a mover la cabeza sin convicción. Como si no tuviera apego a la familia; como si, quitando las lágrimas del primer día, «no le tirara la sangre», comenta Pepito Mariposa. La vieja contesta que tiene por norma dejar en paz a los demás en cuanto son capaces de mantenerse en pie; importante noción que aprendió de los animales, no de los humanos. Inés ya ha cumplido dieciocho años ¡y no va a ir detrás de ella haciéndole mimitos!

La santa, por su parte, no tiene la menor intención de establecer con Inés ninguna «santa amistad entre chicas» como le gustaría a Andrea, quien, rescatando de su memoria el tono autoritario de doña Soledad Cuervo, pretende organizar la vida de todo el mundo. Ya está embarazada y empieza a engordar a ojos vistas. La santa se escabulle, evita su presencia sin disimular su aversión hacia el abultado vientre de su hermana. Sale cada vez más temprano a socorrer a su cohorte de desgraciados, desatendiendo deberes domésticos y a madreenferma. En el seno de la familia, las relaciones van de mal en peor y las trifulcas estallan a cada momento. Andrea no está a la altura y, en tono quejumbroso, no para de decir que en la casa hay muchas bocas inútiles y muy poca gente dispuesta a arrimar el hombro. Echa la bronca a tía y sobrina, pero en balde: las siervas de Dios se ríen de ella.

—Si no te parece bien —amenaza tía Dolores—, repartimos la herencia y en paz. Para mí, mi parte; y la parte de vuestra madre, mitad para ti y mitad para tu hermana.

El efecto es inmediato. Andrea da media vuelta y, durante algún tiempo, las deja tranquilas.

Indiferente a aquellas peloteras, la santa organiza durante las misas dominicales insistentes colectas para sufragar los gastos del centenario de la Santa Patrona (pero se niega, obstinada, a decir «centenario»; ella dice «cumpleaños», término con implicaciones personales que esgrime como un arma). Ansía el dinero ajeno. Con el cestillo en la mano, va pasando por las filas, cuidando de que se vean bien los billetes más grandes que han echado los notables, y no desiste hasta que no ha vaciado todos los bolsillos; con tono inmoderado, farfulla entre dientes que la Santa Patrona también tiene sus derechos sobre la cartera de los feligreses. ¿No la llaman «*madre nuestra*»? Pues habrán de comportarse con ella como con una madre y, ya que la pobre Patrona necesita una nueva vestimenta de gala, ¿quién mejor que sus hijos bienamados para comprársela? «¡Venga, a cotizar, no seáis roñicas, dad un poco más! ¿Que sois muy pobres? ¿Y quién no lo es en este mundo? ¡No gastéis tanto por las noches en el casino; no bebáis vino en las comidas, que cuesta un dineral, borrachuzos! El día del cumpleaños bien que os gustará verla vestida de satén ciclamen y terciopelo verde manzana.»

La cuestación a mano armada se revela impopular. Las gentes se aferran a su dinero y lo sueltan de mala gana. Por supuesto, nadie se atreve a meterse con la Santa Patrona, pobre estatua sin derecho a voz, pero sí que maldicen cada vez más a la enmilagrada. Su divina fama se resiente, y mucho. Ya que ella, santa hasta la médula, no va a casarse ni tener hijos, ¿por qué demonios no dona al culto patronal una parte de su propia herencia? Ella y su tía, solteras empedernidas (así lo quiso Dios), no tienen más obligaciones financieras que el mantenimiento del templo; hace años que la santa Cuervo no estrena un vestido y se calza con alpargatas y va con las piernas al aire. ¿Qué hace con el dinero que le ha correspondido? ¡Lo tendrá en el banco, seguro! Enmilagrados o no, todos los ricos son una partida de tacaños.

La chica no se da por aludida. Sorda como una tapia. Nadie, de Alfonso el cojo al enterrador, escapa a su ojo de buitre. Los días laborables se levanta temprano y, al encontrarse con una iglesia casi desierta, se arma de valor, coge el cepillo (sobre el que había pegado una lastimosa estampa de la Santa Patrona, reducida a la indigencia como quien dice) y se va de puerta en puerta. Va y viene, campo a través, del pueblo a los cortijos y alquerías del monte, desplumando a cuantos jornaleros y pastores encuentra a su paso. Amenaza a la gente con la excomunión, jura que no lavará a sus muertos ni limpiará a sus apestosos enfermos.

—¡Os prometo que estas manos milagrosas que me ha concedido la gracia de Dios dejarán de aliviar vuestros males! —les lanza, despiadada, para intimidarlos.

Mano de santo. Los aldeanos, tan supersticiosos como impíos, odian ocuparse de sus fiambres; les da asco lavar a sus tullidos meones, babosos y diarreicos. Y se rascan el bolsillo.

Las murmuraciones van en aumento. ¿Y si esta santa devorada por la avaricia fuera una criatura del demonio, en lugar de una enmilagrada de Dios? No olvidemos que, por su culpa, el pobre Noro, el huérfano, se pudre en un calabozo. ¡De pequeña ya era una calentona, una niña puta y pechugona! Por las esquinas, en los trancos de las puertas, los críos empiezan a señalarla con el dedo riéndose a carcajadas; mocosos burlones incitados a la vindicta por sus familias.

Pero la santa, porfiada, persiste en su cruzada del denario del culto. Los hombres («fornicadores empedernidos», como dicen la tita y sus amigas) ya no la miran con concupiscencia. Ahora escupen a su paso, afirman que huele a muerte, que se ha convertido en un cadáver ambulante, sin mirada ni sonrisa, pero, eso sí, con pechos y trasero rebosantes, como una furcia de carretera; despeinada, hediendo a culo y a sobaco…

Tal fenómeno de rechazo va tomando cuerpo; la gente se quita de en medio en cuanto aparece el vestido blanco de lunares rojos. Los notables toman cartas en el asunto, presionan a la tía Cuervo para que meta a su santa sobrina en un convento, «¡mientras la llevan a los altares, su lugar está entre las monjas!». Seis largos años de santa es más que suficiente para un pueblecillo.

El furibundo giro de la opinión pública no consigue frenar los impulsos expoliadores de la enmilagrada: cuanto más murmuran las víctimas, más las desvalija. Y guarda, bajo la goma de sus bragas inviolables («¡cinturón de castidad impuesto por los demás!», piensa con amargura), el producto de sus rapiñas eclesiásticas. Hace dos partes iguales: una, para la Santa Patrona; otra, para ella. Está claro que el pueblo se resiste a su labor de santa; lo que a ella le parece rechazo no es sino un reflejo de autodefensa. Aprieta los dientes y endurece aún más su actitud. El bote va aumentando. En su mente toma cuerpo la idea de evadirse. Piensa en una peregrinación: una escapada a Lourdes o una estancia en Roma devolverían el esplendor a su personaje, harto deteriorado por los ataques de esos campesinos ignorantes que ya no la merecen. Ellos, que hicieron de la inocente chiquilla de antaño este monstruo pepón con pinta de puta en cuaresma, que les lava a sus muertos y les limpia el culo a sus enfermos, esos mismos le dan ahora la espalda; ellos, que querían una santa, que rezaban a Dios para que les enviara una enmilagradita, le niegan ahora el pan y la sal. ¡Ingratos!

¿Dónde están los jueces? Deberían acudir *de inmediato* a la Audiencia y dictaminar: «¡Ahí la tenéis, tal y como la queríais! Respetadla, quedaos con ella. Esta pobre criatura lo ha sacrificado todo para satisfaceros».

Pero no. Les faltó tiempo a los jueces para acudir a su juicio, y ahora, cuando tendrían que pedir cuentas a los verdugos, no mueven un dedo. Así es la vida.

Y siente náuseas.

En casa, Andrea exhibe su embarazo con impudicia. Inés recibe los domingos por la tarde, con total libertad, a un muchacho de la ciudad llamado Nicolás… La tita no protesta, aunque murmura que eso es indecente. En el pueblo, el estado *de buena esperanza* de la desposada Cuervo ha tomado proporciones de gran evento y está en boca de todos. ¿Tendrá una hija, siguiendo la tradición de las hembras Cuervo, o (como si de un nuevo advenimiento del Mesías se tratara) esta vez celebrarán en la Cornisa la llegada de un varón? Añaden con desfachatez que Tonio parece mejor inseminador que esos machos de poca monta que se han ido metiendo en la cama de las mujeres Cuervo: embarazó a Andrea en la primera noche, buena señal. Por si fuera poco, maneja a la perfección la maquinaria agrícola que ha comprado la joven patrona; de momento, no se ha sajado los dedos, como el otro: un muchacho valiente y moderno. Al anochecer, la gente viene a mirar esas máquinas tan eficaces, aparcadas en medio del patio. Tonio explica a los notables su funcionamiento y las promociona: Andrea las alquila tres días por semana (por aquello de amortizarlas, que lo primero es el negocio).

Luego, está ese Nicolás, más rubio que un ángel, con unos ojos azules que parecen dos trozos de cielo: ¡una vergüenza, bajo el techo de la abuela! Sí, parece muy enamorado de Inés, la cubre con la mirada como un rayo de luz (así decía antaño la radio), una mirada que vacila y se apaga en cuanto se posa sobre la enmilagrada. ¡Seguro que quiere lo mismo que Noro, son todos iguales!

Recelosa, la santa los vigila. Los oye susurrar toda la tarde, los interrumpe con acritud. ¿De qué pueden hablar esos don nadie en voz baja como dos conspiradores? ¿No sabe la mosquita muerta de Inés que una chica decente no puede, bajo ningún concepto, dejarse llevar por esos tejemanejes ni consentir los requerimientos de ningún chico, por muy rubio que sea? ¿Se citarán por las noches detrás de la tapia o en el granero?

—Tu hermana y yo también empezamos susurrando —le dice la enmilagrada, circunspecta— y ya ves el resultado: yo, santa; tu hermana, puta.

Nicolás la contempla atónito. Más que una chica, es un amasijo de carne comprimida en vestidos de cría: pelo sucio, párpados hinchados, palabras

agrias… ¡Da asco verla!

Para la santa, esa mirada de aversión es como un trallazo; se siente más que nunca víctima del macho y percibe que, como mujer, se ha convertido en invisible para el hombre, en inexistente.

¿No es eso lo que quería, lo que aún se empeña en querer? Una voz interior le contesta:

—¡No, no es lo que querías! ¡Y sigues sin quererlo!

Entonces, ¿qué quiere?

No hay respuesta.

Su mirada se detiene en el bajo vientre de Nicolás y se queda allí, pegada, espiando sin el menor recato ese paisaje inquietante, atrayente. El chico, al darse cuenta, la rehúye. Ante la santa, tiene accesos de pudor que le hacen sudar. Un sudor frío, como el provocado por la proximidad de un cuchillo afilado… La enmilagrada capta su aprensión y, sin desviar la mirada, se siente feliz. Podría describir, con los ojos cerrados, los trazos del chico entre la cintura y las rodillas. Ideas de masacre le cruzan por la cabeza y la enfurecen. De noche, la sangre baña todas sus pesadillas, sangre impura que se convierte en su única necesidad de hembra acorralada.

De día, la santa se toma la vida como viene, esforzándose por mantenerse siempre disponible. Sus actividades de enmilagrada del pueblo van en aumento: culto, catecismo, meriendas piadosas, vigilancia de las buenas costumbres, enfermos, muertos, madre doliente, padre lascivo y cuestación se acumulan sobre sus espaldas… Lo que no impide que sus propios fantasmas le absorban todo su tiempo (el auténtico, el interior). Sueño y vigilia se confunden en un mismo laberinto.

Céntimo a céntimo, ha conseguido, por fin, reunir el dinero del centenario. Sólo queda elegir la tela adecuada para el vestido de gala de la Santa Patrona. Excluye el paño grueso por demasiado clásico, ya que podría dar a la efigie consagrada un aspecto de Dolorosa: la santa la quiere alegre, brillante, lujosa, que la pobre Patrona no tiene que padecer las tinieblas de la vida. ¿Vestirla de seda blanca con lunares rojos? Tampoco. Terciopelo para el manto, satén para la túnica, encajes para el escote y los puños. Telas buenas, caras.

¿Habrá que encargarlas al vendedor ambulante que viene por el pueblo una vez al mes? Lo comenta con su tía, consulta al cura y a las damas piadosas. Cuestión delicada. Más valdría no dejar la vestimenta de la Virgen del Rosario en manos de ese truhan que sólo vende baratijas; a la gente de su ralea le importa un bledo el imperativo litúrgico, ya se sabe.

En el saloncito sulpiciano del presbiterio, sentadas en torno a una buena tarta de chocolate regada con vino dulce, tía y sobrina deciden con sus congéneres ir de compras a la ciudad, juntas, cual *falange celestial* —la expresión es de la tita—. El cura está de acuerdo, así podrá salir la enmilagrada. Todas se miran. Con la autoridad que le confiere su estatus social, la alcaldesa agrega:

—Es cierto, va siendo hora de que la vean por ahí; hay que airearla, si me permiten la expresión.

A las damas, la idea les parece estupenda. Arden en deseos de hacer patria llevando a su santa de un lado a otro, a modo de estandarte. El tonsurado se arrepiente de haber hablado demasiado. A la santa le da igual, ella es quien tiene el dinero del bote.

Fijan una fecha. Un viernes, día que aún conserva en las impías mentes actuales un inmutable olor a iglesia. Un viernes de Cuaresma hubiera sido lo ideal; por desgracia, estamos a mediados de junio y el tiempo se nos echa encima. El viernes que viene.

Tía y sobrina se levantan temprano; temprano afluyen las beatas a la Cornisa.

Últimamente la santa ha simplificado sus actividades matutinas, abandonando definitivamente la costumbre profana del aseo, de modo que está lista en un santiamén. Con los ojos legañosos ordena a Casimira que se ponga uno de los viejos vestidos de la abuela.

—Vamos a comprar la tela para el atuendo de la Santa Patrona, y te vienes con nosotras.

—¿Yo? ¿A santo de qué, si no creo ni en Dios ni en el diablo?

—Lo sé. Pero regateas de maravilla. Vístete.

Resignada, Casimira obedece; astuta, se anuda bajo la barbilla un pañuelo de campesina:

—A grandes males, grandes remedios, y ya que la situación requiere no parecer ricachona, ¡aquí me tenéis, hecha una pordiosera! Di a esas damas que se quiten todas las alhajas.

A Pepito Mariposa le chiflan las *salidas imprevistas* y se ofrece amablemente para acompañarlas, pues necesitarán a un hombre que las proteja, porque él conoce muy bien a los tipos de por ahí… ¡Unos malandrines! Con sus remilgos y sus risotadas parece una solterona desquiciada. La tita devana un rosario de obscenidades sobre su pretendida virilidad que «no ve por ninguna parte», y sobre su culo, «que ya es *del dominio público*»:

—¿No te basta con merodear por las noches, so guarro?

Contrito, el muchacho vuelve al corral.

—¡Juliana…!

La santa, sorprendida, mira a su hermana.

—Podrías aprovechar el viaje para comprarte un vestido nuevo.

—¡Un vestido nuevo! ¿Para qué?

—Mujer… ¡Para vestirte en condiciones, para qué va a ser! Las fiestas están al caer…

—No lo necesito, ya tengo tus viejos vestidos.

—¡Eres incorregible, de verdad!

La santa no contesta, vuelve la cabeza, evitando mirar el vientre de su hermana. Desde que está embarazada, el rostro de Andrea se ha dulcificado, la mirada es más tierna, una luz apacible inunda sus pupilas. Está cambiando. La enmilagrada percibe que Andrea quiere hablarle, los labios de su hermana anuncian unas palabras que termina por no pronunciar. La santa, oliéndose el peligro, se larga. No tienen nada que decirse, entre ellas no hay palabras que valgan.

Presiente una especie de tregua que la incita a mantenerse en guardia. Inés, por ejemplo, se muestra amable con ella, servicial incluso; le propone ayudarla a confeccionar el manto y la túnica de la Santa Patrona, labor que ya había realizado, porque el convento suministra los hábitos a curas y santos de la provincia. La enmilagrada responde con el silencio; no consentirá que las

manos de esa putilla, que palpan los domingos por la tarde la entrepierna de Nicolás (¡de eso está más que segura!), toquen, ni siquiera rocen, el ajuar sagrado de la Inmaculada Virgen del Rosario. ¡Los pecadores a su mundo y los bienaventurados al suyo! Un día de éstos hablará con Casimira sobre el vergonzoso comportamiento de su nieta; si sigue así, acabará tumbada boca arriba, con la barriga al aire, en algún tugurio de la ciudad, como su hermana la Rosita. Los hombres sólo quieren eso, sólo piensan en eso…, incluso los que son más rubios que los ángeles y van por la vida agazapados tras una mirada azul celeste.

El autocar deja a las damas benefactoras, santa y beatas en cabeza y criada a la cola, en la plaza. Tiendas anticuadas bajo unos soportales corroídos; bar-café-restaurante; fuente en el centro, sucia y triste, seca, definitivamente abandonada por las palomas. Ni un gorrión; los habían liquidado a base de tirachinas en beneficio del dueño del bar y acabaron todos fritos con ajos, como reza el cartel de la entrada: «pajaritos fritos». Dando sombra a la fuente, un árbol sin alas ni piares. Unos cuantos perros, algunos gatos, viejos y parsimoniosos, vagabundos de pelaje deslucido. Una asfixiante nube de polvo que el viento calentón remueve sin cesar.

Dama de oscuro, enmilagrada blanca con lunares rojos y criada con pañoleta excitan la indolente curiosidad de los parroquianos que se toman unos vinos mirando las musarañas en la terraza del café-restaurante: su extraña indumentaria provoca risotadas en los críos de rodillas destrozadas.

—¡Mira qué cuadrilla de beatas! —exclaman—. ¡Llevan a una puta a comisaría!

¡Vaya recibimiento! Casimira gruñe: «¡Mocosos de mierda!», y las damas se miran entre sí: está claro que, como tal, la santidad de Juliana pasa más bien desapercibida. ¡Por lo visto su reputación no ha salido del pueblo!

Ofendida, tía Dolores procura sumirse de nuevo en la consternación, sublime estado que había desatendido desde la muerte de la abuela; el resultado es lamentable: la cara, amoratada, se le arruga de repente, dándole el aspecto de una ciruela pasa. Observa a su sobrina con el rabillo del ojo. Hay que reconocer que la enmilagrada, con las caderas desbordantes, las tetas

comprimidas y el pelo sucio, parece una chica de vida fácil que llevaran a un correccional; la santita no tiene nada de sulpiciana. La tita suspira.

Empiezan a mirar tiendas; hay tres, las tres mal surtidas. Lo ponen todo patas arriba. No resulta fácil encontrar la suntuosa tela litúrgica que habían soñado. Y no se trata de vestir a la Santa Patrona con percal o con la pana de los labriegos. Dudas, angustias… En lugar de apearse en este pueblo, por muy grande que sea, tenían que haber seguido hasta la capital, allí sí que hay buenas tiendas. La santa da, al final, con un terciopelo adamascado verde manzana y un satén ciclamen *con mucha caída*. Las damas lo sopesan, una tras otra: sí, puede valer.

Pero es demasiado caro.

Armándose de valor, Casimira se pone a discutir el precio, pero fracasa; está acostumbrada a los regateos normales con buhoneros y chamarileros «que no tienen precio fijo». Aquí la cosa cambia, la gente actúa como en la capital.

La santa, furiosa, opone al dependiente una resistencia feroz; proclama que con esa tela no van a confeccionar los indecentes atavíos de ninguna cabaretera, como el caballero parece pensar, sino que van a vestir la imagen de la Virgen.

—¿De la Virgen?

—Sí, señor.

—¿Con terciopelo adamascado verde manzana y satén ciclamen?

—Sí, señor. ¡Una vestimenta de gala para su cumpleaños!

Desconcertado, el dependiente se encoge de hombros: ¡para una cabaretera o para la Santísima Virgen, la tela vale tanto! La enmilagrada se enciende como una tea.

—¿No va a hacerle un descuento a la Virgen? ¡Regateamos en su nombre, no por avaricia! ¿No ha leído en los Evangelios los altercados de Jesucristo con los mercaderes del Templo? —Pone tono de amenaza—. No, está claro que no ha leído los Evangelios, que ni ha oído hablar de ellos, ¡que ni siquiera frecuenta la iglesia! Déjelo. Estaba dispuesta a comprarle un rollo de cada. Iremos a otro sitio.

—¿Un rollo de cada una?

—Sí, señor.

—En tal caso…

La chica, buena santa para los negocios, regatea con brío. Terminan por ponerse de acuerdo en el precio. El cortejo sale, con los dos rollos de tela a lomos de beatas; Casimira, servicial, se ofrece para llevarlos hasta el autobús, que no está bien que unas damas distinguidas vayan por la calle cargadas de paquetes como si fueran criadas.

—No, pesan demasiado para ti —corta la tita, compasiva esta vez.

Pero la santa interviene:

—¡Menuda inútil estás hecha! —espeta a Casimira—. ¿De qué nos ha servido pagarte el viaje?

Casimira se quita la pañoleta y se la mete en el bolsillo.

Hacen la visita de rigor a la iglesia y echan un rato de rezos; luego, mientras esperan la hora de la salida, se sientan en el café-restaurante y piden el plato del día.

—¿Quién paga? —pregunta la enmilagrada de muy mal talante—. ¡A mí no me queda ni una gorda!

Haya paz. Pagarán a escote, como buenas amigas, incluyendo a la vieja criada.

Una noche en que la enmilagrada dormita sobre las debilitadas rodillas de papá, la yaciente abre los ojos ante la extraña *pietà* que se alza ante ella. En su rostro inexpresivo por la larga enfermedad se perfilan unas sombras que van adquiriendo color. La santa y su padre, dormidos, no advierten la ola de sangre que reanima los hermosos rasgos desvanecidos de Adelaida. Como una mirada que intentara captar en la noche formas inexistentes, una voluntad de despertar parece encenderse dentro de esa carne apagada.

El gato duerme, el aroma de las flores es sofocante.

La enferma contempla a la pareja padre-hija: compacta bola de sueño que respira pesadamente. Un soplo hace bailar sobre el pecho de Juan un mechón de la niña, cuyas piernas penden inertes de un lateral de la mecedora; rodeándole los hombros, los brazos de Juan sujetan el desplomado cuerpo. La pantalla de la lámpara los ilumina con su rojizo resplandor. Diríase una sangrienta escultura bajo el agua.

La imagen provoca en la yaciente un largo escalofrío, le abre una profunda brecha en la memoria, donde el miedo reconoce sus antiguos aullidos. Pero la garganta permanece obstruida, sellada para siempre: el grito rebota dentro de ella, repercute y se multiplica en el vacío, laberinto de infinitos ecos al que no le quedan salidas. La enferma sabe que mientras la vida se aloje en su cuerpo huero, ella será un mero grito mudo, interminable, desesperado, sólo alimentado por su propio silencio.

¿Tendría que hablar?

Pregunta incongruente que, sin embargo, responde a una nueva necesidad, inesperada, superior a su agotamiento. Lo intenta, mueve los labios; palabras fantasmagóricas se le forman en la boca, se le escapan, murmullo que apenas se diferencia de su habitual jadeo. El sudor del esfuerzo le chorrea por todas partes como si sus palabras inaudibles se licuaran en lugar de encarnarse. Nada parece perturbar el sueño de padre e hija.

Sin embargo, reciben el mensaje: la chica abre los ojos, intercepta la mirada materna. ¿Estará soñando? Se queda inmóvil unos instantes. No, no está soñando: su madre la mira. Se suelta despacio del abrazo paterno, va hacia la cama. Su madre la ve, los ojos le viven, los labios le tiemblan, quiere hablarle.

La chica, pegando el oído a la boca de la enferma, le dice:

—Tómate el tiempo que necesites, no tengo prisa.

Érase una vez, en algún lugar de este mundo, una niña excepcional; quienes la rodeaban se disputaban su cariño. Tenía padre, madre, hermanos y hermanas; todos decían quererla. Por guapa, la llamaban «pétalo de rosa»; por virgen, la comparaban con una estrella. Meras palabras. Ella se creía en su derecho a que la protegieran, la guiaran y luego, la dejaran libre. Se equivocaba: prevaleció el derecho de los demás sobre ella. Por razones oscuras, su padre la quería para él solo; fingiendo protegerla de los otros machos, sus hermanos la utilizaban para afilarse los dientes (dientes de amos), y sus hermanas, para jugar con ella a los fastos de la maternidad; la madre, por su parte, calculaba día y noche los beneficios que sacaría a su virginidad: una boda en condiciones, a ser posible ventajosa, nietos encantadores admirados por sus amigos, pomposos bautizos y todo ese

montón de cosas que sirven para mantener la continuidad como es debido. El clan pensaba: «Esta niña que lleva nuestro apellido nos dará una prole, perpetuará en la historia las virtudes y el honor de nuestra familia». La virgen era una valiosa propiedad, cada uno codiciaba su parte. Mientras tanto, la chica se decía: «¿Y yo qué?». Preguntó a los demás. La respuesta fue rotunda: «Nunca más debes hacernos, ni hacerte, esa pregunta». Comprendió entonces que su destino de mujer sólo era una herida, una inmunda herida; se convenció de que no le permitirían organizar su vida en función de sí misma, de que el libre albedrío era una fórmula vacía, al menos en su caso. Nadie esperaba de ella que dijese «quiero», «hago», «pienso», «creo»; lo que esperaban de ella era una obediencia ciega. Un día, le llevaron a un hombre, *el hombre*. Tenía nombre de propietario, encarnaba la autoridad del propietario. La noche de bodas se echó sobre ella y la desgarró, sin ni siquiera preguntarle: «¿Quieres?». Él sí quería y estaba en su derecho. Luego le volvió la espalda y se durmió. «Mi mujer, mi placer, mi cama, mi sueño»: animal ahíto. Unos ronquidos de satisfacción se le escapaban de la boca, de la que no había salido ni una palabra de amor. ¿Se puede decir «te quiero» cuando se piensa «me perteneces»? Y ni siquiera «me perteneces». Él pensaba: «*Esto* me pertenece». La chica se lo quedó mirando (a él y a su manera de dormir) durante mucho rato. Se sintió sola, desposeída. Y se le encendió la sangre. ¡Qué magnífico color, cariño mío, el rojo de la sangre enemiga! Se levantó, cogió un cuchillo e inició la masacre. ¿Sabes dónde? Donde se alzaba el derecho del propietario: entre las piernas. Después se durmió como una bendita. La chica se llamaba Juliana; «mi Juliana», «mi cosita», como todos decían; tras aquello la apodaron Juliana la Sangrienta. Precioso nombre que se había ganado a pulso, que sólo a ella pertenecía. Aquella historia la contaba un feriante ciego cuando yo era una cría, y sólo la entendí tras mi propio desgarro, posiblemente porque yo no lo deseé, porque yo no lo había elegido. Pensando en provocar a mi vez aquel milagro llamado libertad que la vida me negó, y para armarte con un cuchillo contra los propietarios, te puse el nombre de la Sangrienta. Es nuestro secreto, hija mía, no se lo digas a nadie. La venganza es sagrada, es la justicia del débil, de las víctimas, la

mía, la tuya. Abandona el regazo paterno, él no es inocente. No perteneces a tu padre, eres tuya. Utiliza tu nombre, cariño.

El movimiento de los labios, que parecen pronunciar palabras, palabras que la chica no sabría decir si las oye en realidad o se las está inventando, componiéndolas en su mente sedienta de señales, se interrumpe de súbito. Juliana permanece inmóvil, tensa, con el oído pegado a la boca febril. Espera más revelaciones, pero el silencio persiste. ¿Se habrá roto ese silencio, ese mutismo de enferma a perpetuidad, o es ella quien ha dado rienda suelta a su propia imaginación, dejando que hable su resentimiento, otorgando forma de palabras a los balbuceos de su madre? ¿Tanto necesita que la reconforten para imaginar una voz que la enferma ya no tiene? ¿Por qué pretende justificar sus sangrientas quimeras respaldándose en la desgracia ajena? ¿No le basta con haber saldado una grave cuenta? ¿Se estará volviendo inconsistente, cobarde? ¿Estará flaqueando ante *la indiferencia culpable* de la vida? Las preguntas se le agolpan, palpitan con su sangre, le laten en las sienes. Y se pone a sudar también, levanta la cabeza, escruta el rostro demacrado de su madre. Tiene la boca y los ojos cerrados, los rasgos difuminados: ni rastro de los sentimientos que imaginó. Nada.

Se aleja de la cama, desconcertada, arregla las muñecas, sacude las flores, dispersa los pétalos caídos, desplaza los objetos, vuelve a ordenar las muñecas, va y viene inquieta, con los brazos como aspas de molino, intentando repeler el miedo que la asalta y la rodea, sombra de sus sombras.

—¿Me estaré volviendo loca?

Su voz despierta a padre, que, como un autómata, le tiende los brazos. El gesto la asusta; un jarrón se le cae de las manos y se hace añicos; el gato da un salto; padre levanta la cabeza. La chica no piensa en recoger los tiestos, su único reflejo es huir.

Casimira, saliendo de la cocina, la ve subiendo las escaleras de cuatro en cuatro. Le parece que la chica está llorando. Arriba, Andrea se asoma e inclinándose sobre la barandilla echa un vistazo al vestíbulo:

—He oído pasos. ¿Quién corría?

—Los perros —contesta Casimira dándole la espalda.

Recluida en la sala, la enmilagrada inicia la confección de la vestimenta de gala para la Santa Patrona: absorta, como si preparase el ajuar de alguna boda celestial inaccesible al común de los mortales. Se hace etérea, anda como flotando sobre una mullida nube.

Labor delicada, de alcance sublime, qué duda cabe. La santa pone inédito entusiasmo y gran esmero. Se pasa los días cortando, calcando los motivos del bordado (que ella llama artístico). En cuanto acaba un ribete dorado o termina el vuelo de un pájaro de plata en la espalda del manto, los cubre hilvanando un papel de seda para proteger su obra del polvo y de las miradas profanas. Siempre lleva encima la llave de la sala-taller; a Andrea no le importa, en la Cornisa ya no se reciben visitas, como sí ocurre en casa de la alcaldesa o en el presbiterio; aquí todos trabajan, qué más da que la sala esté llena de patrones, de recortes de terciopelo y de satén, con el costurero, la tabla de planchar y un maniquí de mimbre emperifollado con trapos de colores litúrgicos (como una efigie sagrada, víctima del vandalismo). Eso, que no molesta a nadie, tiene sus ventajas: cada vez se ve menos a la santa de la familia, enclaustrada entre cuatro paredes, y apenas si se cruzan con su adusto semblante de fiscal.

En realidad, la santa piensa en otra cosa, una nueva cavilación ocupa su mente. Para tomarle las medidas, tuvo que desnudar a la Patrona; en lugar de un cuerpo, aunque fuese inanimado, se encontró con un tosco armazón de madera que sujetaba una cara, unas manos y unos pies finamente esculpidos, todo ello carcomido por la polilla. ¡Menudo choque! Se dijo que su propia milagrosidad compartía las mismas quimeras: por fuera, una apariencia más o menos aceptable; por dentro, el vacío. Todo es igual en este mundo en trampantojo: lamentables oropeles cubren un vacío que nada puede colmar. Válido también para su virginidad atestiguada, a toda costa, por la presencia de un juez y unos abogados, miembros de un clan que sólo tenía de justiciero el nombre. Válido igualmente para la piedad de tía Dolores y su cohorte de beatas. En esta historia de represión de la que ella fue víctima, ¿no fueron ella y Noro los únicos seres realmente honestos *aquella noche*, al responder, inocentes, a la llamada de sus cuerpos?

No se atreve a contestarse.

Corta, cose, dibuja y borda. Sin descanso. Por fuera parece tranquila, pero tales preguntas la confunden. Ya no sabe si su angustia sigue incitándola a la revancha, ni de qué o de quién pretende vengarse. Al dejarla sin enemigo tangible, la muerte de la abuela la ha expoliado. Tomados de uno en uno, no podría asegurar que aborrece a su padre, ni a su madre, ni a su tía, ni a su hermana, ni a Casimira, ni a Tonio, ni a los demás; los aborrece en su conjunto, a todos a la vez. Pero ese *todos* no se refiere sólo a ellos; es un *todos* compuesto por ellos y por la vida, por las cosas y los días, por su profundo quebranto; un *todos* que no puede aislar o disociar y que, en ella, adquiere la forma de una culpa colectiva que la arrojó a los tormentos del odio. Odio despersonalizado, sin rostro.

De vez en cuando, Pepito Mariposa y «las demás hembras de la casa» (como dice su padre) van a la sala a echar un vistazo. Sonrientes, le hacen comentarios elogiosos sobre su trabajo, en tono alentador, como el que se utiliza al dirigirse a una cría que consigue hornear un pastel o planchar una falda sin quemarlos. Sus palabras dan la impresión a la santa de que la ven como una pobre retrasada a la que dejan por imposible.

Calla. Con los ojos empañados por un velo de lágrimas, busca de nuevo las miradas masculinas, intenta captar su propia imagen en las pupilas de Tonio, de Nicolás, en las de aquellos con los que se cruza camino de la iglesia o que vislumbra en los campos; pero ningún hombre la mira como mujer; para ellos es tan sólo una cosa. Ni siquiera la santa o la enmilagrada: *una cosa*. Un exuberante cuerpo de dieciocho años que no despierta sus anhelos. Si a su familia se le ocurriese llamarla con un nombre de animal doméstico como Negrilla, Blanquita o Lucera, seguro que los hombres se pondrían a silbarle como harían con una cabra. Un supuesto objeto de culto para beatas del que los suyos quieren deshacerse, que todos ignoran. Y cuando muera y la entierren, ¿se mantendrá viva su presencia en alguna parte, como la de la abuela en la memoria de Casimira, que todos los domingos va al cementerio, arrastrando su senilidad, su ininteligible monólogo y su ramo de jara? En su caso, ni siquiera eso: los otros se comportan como si hubiese vivido eternamente en el cielo, como si nunca hubiese abandonado el reino de los

nonatos. Se les olvida llamarla para comer, o poner su cubierto, y no advierten su ausencia hasta los postres.

—Pero ¿dónde se habrá metido esta chica?

Encogimiento de hombros general.

Los perros, por su parte, ni siquiera se detienen cuando ella les grita «¡tumbaos!»; sin embargo, sí se muestran obedientes con el resto de la familia: hacen fiestas a todos y no olvidan, en su generoso reparto de lengüetazos, ni a Pepito Mariposa, ni a Inés, ni a Nicolás, ni siquiera a los jornaleros, como si los conocieran de toda la vida y les encantara verlos; pero ante ella, esos demonios canela agachan las orejas y meten el rabo entre las piernas.

Marginada, es evidente.

En varias ocasiones, al verla aparecer en el vestíbulo, Andrea ha exclamado:

—¡Anda, estás ahí!

Extrañada.

—¿Dónde quieres que esté?

—No sé.

En cuanto a los hombres, sólo su padre sigue ofreciéndole el lecho incestuoso de su regazo. Pero ella no lo acepta. Huye de unos tormentos que no llevan a ninguna parte.

De vez en cuando, Pepito Mariposa se va a la sala con su cesto de verduras y se pone a picarlas junto a la santa; no por solidaridad, como pretende Casimira riéndose de él, sino porque le chiflan las telas que «ponen la carne de gallina», como el satén y el terciopelo. ¡A la Santa Patrona le van a encantar! El muchacho se limpia las manos en el delantal y acaricia, entre escalofríos, la túnica ciclamen cogida con alfileres y dispuesta sobre la mesa; la enmilagrada aprovecha para pedirle que le haga de maniquí; Mariposa, entusiasmado, se quita el delantal y se aprieta la correa para conseguir una cintura de avispa. Su sueño, confiesa a la santa, es vestirse de mujer. No a diario, claro: para las fiestas de carnaval, por ejemplo, o los sábados por la noche, que es cuando disfruta viviendo sus fantasías. Está convencido de que sabría llevar esas fruslerías con muchísima más gracia que la mayoría de las chicas. ¡Ay, las

campesinas! ¡Qué brutas y qué patosas son! ¿Por qué no me dejarán mostrar a plena luz del día los encantos ocultos de mi personalidad?

—¡Pero si es lo que haces!

—¡No me irás a tratar de marica, como tu tía y los demás!

—Por supuesto que no. Me refiero a que, para actuar con total libertad, deberías haber caído en otro planeta.

—Una lástima. Sufro desdoblamiento de personalidad, como dice la radio de Casimira; entiendo a los hombres y a las mujeres.

—Y unos y otras te apedrean.

—Por desgracia, no todo el mundo puede ser…

—Como yo.

La Mariposa satinada hace una mueca.

—Bueno…

—¿Bueno qué?

—¿No te estarás equivocando? Tu comportamiento no es claro. O te quedas en tu cielo, sin pedir a los demás que piensen en ti, o bajas a la tierra.

—Yo no pido nada a nadie.

—¿En qué piensas cuando miras la bragueta de un hombre?

—Me trae recuerdos. Sólo veo el pecado.

—Pues yo no.

La chica lo mira con insistencia, luego dice:

—¿Qué quieres decir con bajar a tierra?

—Vivir tu vida. Para una chica está muy claro: vestirte mejor, peinarte, maquillarte…

—¿Para qué? ¿Para quién?

—¡Para ti misma! Eres muy guapa, puedes rehacer tu vida.

—Todos huyen de mí como de la peste. Hasta los hombres.

—No te preocupes. También se burlan de mí. Sin embargo, por las noches, cuando nadie los ve, vienen a buscar…

—¿Qué?

—Mi culo.

—Si mi tía te oyera…

—Tu tía sí, pero no tú; tú sólo piensas en eso. Es lógico, ya lo has probado. Estoy seguro de que conoces a los hombres mejor que cualquier otra chica, porque piensas en ellos… de otra manera. Te hicieron daño, mucho antes de que estuvieras preparada, pero ves la vida a través de sus ojos, no a través de los tuyos.

—Yo soy así.

—Podrás engañar a todo el mundo, pero no a mí. Si tuvieras cincuenta años…, pero sólo tienes dieciocho, aunque en tu caso cuenten el doble.

—A mí me hablas de una manera y a los demás les dices por activa y por pasiva que soy un monstruo. ¡Me das asco!

—Vale, digo tonterías o, mejor dicho, digo lo que los demás quieren oír. Nada más verme, los tíos que juegan a las cartas en el casino se ponen a gritar *en plan macho* que a los maricones habría que meterles un palo por el culo, y yo les contesto: «¡Sí, señores, habría que hacerlo!». ¿Qué quieres que diga? Claro que yo sé de qué palo se trata: empezaron a empalarme cuando sólo tenía once años. Vale, me gusta, pero me estoy refiriendo a su manera de entender la justicia. ¿Te puedo hablar con franqueza? ¿Prometes no arañarme?

—Nunca he arañado a nadie.

—Sí, a Noro.

—Un error.

Mariposa la mira a los ojos.

—Entonces, ¿sabes a qué me refiero?

—¡Se la tenía que haber cortado!… ¿Qué ibas a decirme?

—Tu padre violó a tu madre… Después de la boda, claro… Tonio ha violado a tu hermana, también después de la boda… Ellos lo ven tan natural, es su ley. Tú estás perdiendo el tiempo; cuanto más los acusas, más se convencen de que llevan razón. La única víctima eres tú.

—Lo sé.

—Y no moverán un dedo para ayudarte a salir adelante; necesitan víctimas.

—Lo sé.

—¡Despierta, cómete tu trozo del pastel!

La chica le contesta que no está dormida, que simplemente ha cerrado los ojos. Unos ojos cerrados no están forzosamente dormidos. A menudo velan,

como los gatos en la oscuridad.

La enmilagrada rehúye de nuevo el cuarto materno. Tiene miedo de los ojos de la enferma, que, una noche, se abrieron de repente para ahondarse en ella hasta las entrañas; miedo del desamparo de esos ojos, de la muda pregunta que emana de ellos, cuyo sentido alcanza a comprender sin ser capaz de hallar respuesta.

Y la yaciente se pudre a fuego lento.

Casimira está llegando a la edad senil, tiene lagunas de memoria, imposible confiarle el cuidado de la enferma. Con Inés, no se puede contar: a pesar de su carácter dócil y de su conducta apacible, denota una actitud refractaria y replica a tía Dolores o a Andrea que no ha venido a la Cornisa para atender a la madre de la santa, sino para trabajar. Dentro de poco tendrá que cuidar de su abuela, porque no cree que las *señoritas* Cuervo vayan a limpiarle el culo a la vieja, de modo que, en lo referente al deber cristiano, ella ya tiene el suyo. Escandalizadas, las *señoritas* Cuervo dejan ahí el asunto. Tía Dolores masculla que nunca hubiera pensado que en los conventos enseñaran a las chicas a mal hablar de ese modo; Andrea, como si en lugar de veintitrés años tuviese tres veces más, añade que no entiende a la juventud de hoy.

Pepito Mariposa, chico para todo, releva de buen grado a la enmilagrada y se afana en limpiar las supuraciones, en enjugar las húmedas fiebres de doña Adelaida. Aunque no tiene mucho estómago, su entrega es absoluta; no por curiosidad malsana, como dice Casimira con su maldad radiofónica, sino por espíritu aventurero: nunca ha visto un cuerpo de mujer tan de cerca y quiere saber cómo es. De paso, habla a don Juan con ternura, compadece como puede la penuria sexual del «pobre señor», como él lo llama. No sería de extrañar que algún día lo vieran sentado en las rodillas de papá en el lugar de la santa. La tita se lo está temiendo.

Liberada del fantasma de su madre, la enmilagrada tiene ahora más tiempo libre. Parece que quisiera hablar, comunicarse con los demás. Intenta acercarse a todos, sin discriminación, desea los buenos días y las buenas noches, exclama que hace un día espléndido y pregunta: «¿Habéis dormido bien?». Acostumbrados a su inexistencia, los demás le contestan distraídos o,

sencillamente, no le contestan. Ya no puede llamar su atención. Borrada para siempre de la faz de la tierra.

¿Qué esperaba? ¿Que echaran las campanas al vuelo para acentuar (y celebrar) sus tímidos intentos por volver a la vida anterior al cumpleaños?

Se lo pregunta, pero evita, como siempre, hallar una respuesta. Está decepcionada. Profundamente decepcionada. Replegándose sobre sí misma, abandona caridad pública y culto religioso y se pasa el día bordando con hilos de seda, de oro o de plata. A regañadientes, las beatas retoman las ocupaciones del templo; las gentes, el aseo de sus muertos; las malas lenguas empiezan a decir que la enmilagrada está a punto de entrar en el manicomio; para colmo de ingratitud, algunas recién paridas de mente abierta eligen los antibióticos para sus angelitos forunculosos en lugar de dejarlos en manos de la santa. Durante esos meses de encierro consagrados a la confección de la vestimenta de gala para la Santa Patrona, la mortalidad infantil disminuye. Hecho inquietante pero cierto, constatan los notables.

En eso, acaece un hecho tan importante como inesperado: el fallecimiento del cura.

Aunque las damas piadosas que organizan colectas para los desnutridos de los trópicos aseguran que la hambruna es la triste suerte de gran parte del planeta, el sacerdote no muere de hambre, sino de hartazgo. Una noche de comilona evangélica, se acuesta y no vuelve a levantarse: una subida de tensión se lo lleva al otro mundo.

Esta muerte plantea un problema mayúsculo del que las damas pías sólo ven los efectos inmediatos: ¿quién aseará, quién embutirá en el sudario a esa mole de sebo tonsurada que se está poniendo rancia por momentos?

—¡La santa, claro! —decretan, horrorizadas por la idea de contemplar al muerto eclesiástico en traje de Adán.

Ni se les pasa por la cabeza que la santa, al parecer, ha abandonado su militancia fúnebre. Van a verla. De nuevo, la chica acepta plegarse a las exigencias de su «naturaleza celestial»: lavar a los muertos le corresponde por derecho divino, sobre todo si se trata del cadáver de un siervo de Dios, como es el caso del pobre cura.

—¡Y en su *estado*! —le susurran al oído.

La tita insiste:

—Piensa en Jesucristo, hija mía. ¿Te negarías a realizar la obra de María Magdalena?

La santa sobrina abandona durante un día costura y bordados, y sale muy temprano para el presbiterio. Pepito Mariposa ya ha fregado; con lágrimas en los ojos recibe y ejecuta las órdenes perentorias de una docena de beatas. La enmilagrada, sin ni siquiera saludar, se pone manos a la obra; esta vez no necesita cerrar la puerta con llave: ni una sola dama devota se acerca por allí. Es evidente que el fiambre, hinchado como una ciruela pasa en vino tinto, aterroriza a sus feligresas. Pero la chica no entiende muy bien por qué. En consonancia con el oficio que ejercía en vida, con sus pompas y sus obras, el cura muerto parece uno de esos monstruos de tintes litúrgicos, matizado con toda la gama de púrpuras. Es cierto que dejó este valle de lágrimas con los ojos despavoridos, la boca abierta y las manos crispadas, aferradas a las sábanas: el ataque de apoplejía fue fulminante. A pesar de ello, le dio tiempo a expresar el terror del adiós definitivo. ¿Gritó, pidió auxilio, tomó la precaución de encomendar su alma a Dios? En su rostro, donde se lee un horror inconmensurable, la enmilagrada no halla señal alguna del sosiego que los libros de meditación de su tía denominan *la paz última*.

De pronto, toma conciencia de que todo aquello le importa un bledo, de que esta muerte le es indiferente; es cierto que se trata del fallecimiento de alguien cercano a ella (en vida, este fiambre contribuyó al *boom* de su milagrosidad), pero nada comparable con la grandeza épica del de la abuela.

La santa se remanga, frota y enjuaga varias veces el cuerpo obeso, que apesta a purín, pero está acostumbrada al hedor del desaliño santificado. Si por descuido reventara con las uñas este odre, seguro que un concentrado de maldad le salpicaría la cara y que este absceso, aglutinación de los pecados vecinales, expulsaría de golpe toda la podredumbre almacenada. La condición humana, año tras año, fue vertiendo en él su escoria: adulterios, crímenes de orgullo y de sangre, robos, violaciones, celos, fornicaciones, maledicencias… ¿Qué no se habrá tragado esta voraz descarga de desechos de la conciencia?

A pesar de tantas maravillas, sólo una cosa en ese cuerpo es capaz de captar la atención de la santa, de despertar su curiosidad: el pene. Feo, minúsculo,

rígido. ¿Lo habrá utilizado alguna vez este digno representante de los amos del sexo femenino? No lo cree. Los vicios del tonsurado no iban por ahí; sólo lo usaba para mear. Y la santa lo palpa, lo sopesa, lo mide, lo analiza; no como accesorio sacerdotal, sino como sexo macho. Nada del otro jueves: un pitraco que el agua caliente termina por reblandecer, un apéndice: ni más grande ni más voluminoso que un dedo, que una oreja o que la nariz. ¡Cuando piensa que esto ha originado el fracaso de su propia vida, que este pirindolo ha contribuido a ahondar el abismo en el que la han sumido!

—¡Hay que ver! —murmura con las pupilas encogidas por la amargura.

Y lo manosea, lo frota con la esponja, lo manipula; le viene a la memoria su confesión, al día siguiente de *aquella noche*; las preguntas del cura sobre los *tocamientos impuros* entre ella y Noro: «¿Se le hinchó?»; «¿Provocaste tú la hinchazón?»; «¿Lo alentaste con tus manos pecadoras?». Tenía que contestar, sin más remedio, dar todos los detalles; las cortinas del confesionario la asfixiaban, y sentía con más fuerza que el día anterior el miedo sagrado al desgarro…

Ahora, con sus ojos adultos, con su odio ya adulto, ¡bien que le gustaría ver de nuevo esa hinchazón, considerada milagrosa, del sexo macho!

Pero nada, aquello sigue igual: fofo y muerto. Fantasma sangriento, tormento de sus pesadillas de santa, que vuelve con una fuerza acrecentada por la frustración. ¿Cómo exorcizar una llamada de angustia que no le sale de la boca sino del pozo sin fondo de sus adentros?

Vindicativa, escupe sobre el muerto. Y como no consigue embutirlo dentro de ninguna sotana, la enmilagrada lo envuelve en el paño negro con galones de plata que se utiliza en los oficios del Viernes Santo.

—¡A grandes males, grandes remedios! —concluye.

Y tira en la pila el agua sucia de la zafa.

Las fuerzas vivas del pueblo están soliviantadas.

No es para menos: el óbito del señor cura, de por sí abrumador por la naturaleza del fallecido, repercute sobre sí mismo al plantear un problema funcional del todo inédito: no basta con llorar al muerto, hay que buscar un sustituto, cosa nada fácil.

La escasez de mano de obra eclesiástica, ignorada hasta entonces, sale a la luz cuando intentan organizar el funeral: nadie había caído en la cuenta. Por supuesto, las damas apostólicas, con sus fuertes hombros dignos de cualquier notable, podrían llevar el ataúd; la voz de Pepito Mariposa está dispuesta para los cánticos afligidos; la mano libre de Alfonso el cojo, lista para balancear el incensario, y en un santiamén se consiguen las rezadoras y plañideras necesarias… Lo que no tienen es sacerdote para encabezar el entierro; la respuesta del obispado es categórica: no les pueden mandar a nadie, ni siquiera para medio día; la cosecha de vocaciones escasea hasta tal punto que, no tardando mucho, puede que el cura de pueblo se convierta en una especie en vías de extinción. En cuanto a los sacerdotes de la ciudad, cuestan un ojo de la cara; de acuerdo que, debido al funeral, tienen que perder un día de culto, o sea, un día de cuestación, ¡pero de ahí a exigir que se les pague como si fuesen a liberar el Santo Sepulcro!… «¡Mira que son interesados estos curitas!», murmuran las beatas, que, a pesar de todo, sueltan la pasta. ¡No van a enterrar al señor cura sin la presencia de la Iglesia, como si se tratara del peor de los malhechores! Una señora exclama:

—Por cierto, ¿no podríamos sustituir al sacerdote por una santa oficiante?

A eso la enmilagrada se niega. Ha cumplido con su deber de cristiana aseando al muerto, pero su santidad no puede extralimitarse. No entiende por qué están todos tan alarmados, no cree que el *pobre cura* necesite el apoyo de la Iglesia oficial para que le abran las puertas del paraíso: está segura de que Dios lo espera con los brazos abiertos; un vividor como él, en paz descanse, tiene sitio reservado en la mesa del Señor.

—¿La de la Santa Cena? —pregunta una dama piadosa.

—Eso es —contesta la enmilagrada con aplomo.

—¡Muy frugal me parece! —masculla una tercera, pensando sin duda en el buen saque del finado.

La delegación de beatas abandona la Cornisa; van decepcionadas y olvidan elogiar el magnífico aspecto que va tomando la vestimenta de gala de la Patrona. Con la aguja en la mano, la santa se queda sola.

Los funerales del tonsurado gozan de una congoja casi general, aunque algunos, los feligreses más desfavorecidos, se alegran. Soñaban con la justicia evangélica, creían en ella como sólo lo hacen los pobres de este mundo miserable, e inferían que el exceso de papeo que el cura obeso engullía acaso recaería en sus estómagos. Craso error. Se topan con una colecta masiva para sufragar los gastos de los honores póstumos que se deben rendir al muerto: del indigente al menesteroso, no se escapa ni dios.

En esta ocasión la santa no participa en el bote popular. Está preparando su última aparición pública en el centenario de la Santa Patrona.

Y el glorioso día llega por fin, aderezado con una luminosidad de finales de verano. Al verlo despuntar, la enmilagrada lo saluda con mirada expectante. No ha pegado ojo en toda la noche.

A pesar de las numerosas gestiones que la comisión de festejos ha emprendido ante el obispado, no ha venido ningún cura en sustitución del muerto. Crisis de vocaciones. El oficio de ministro del Señor no atrae a los jóvenes… Tía Dolores atribuye tal falta de fe al vértigo fornicador del siglo, «al *coitus interruptus*», precisa, apretando los labios para atenuar tales palabrotas.

La comisión no ve más solución a sus problemas que la de alquilar un canónigo itinerante que cante la misa mayor y encabece la procesión. El hombre de Dios cobra un dineral. Si el precio del culto sigue subiendo a este ritmo, el pueblo corre serio peligro de hacerse ateo, concluyen con amargura notables y beatas.

Pero bien está lo que bien acaba: por la parte religiosa, la celebración del centenario es un éxito. Disfrazada de reina de juegos florales, terciopelo adamascado verde manzana y satén ciclamen, la Santa Patrona resplandece al sol como una diosa de cartel psicodélico: floreada, enjoyada, peinada y coronada que da gloria verla. La santa la ha maquillado a juego: sombra de ojos verde manzana y pintauñas ciclamen. Impregnados de devota admiración, todos se arrodillan al paso de la efigie, asegurando que sólo le falta hablar. La Patrona recibe sonriente los piropos de los hombres, que la llaman «guapa», «hija adorada del pueblo», «salero del cielo»…

El veterinario, entusiasmado, exclama:

—¡Viva la madre que te parió!

Revuelo de campanas, promesas de portarse mejor el año que viene, día de alborozo. Recorriendo el pueblo arriba y abajo, atreviéndose incluso a dar una vueltecita por el campo, la Virgen del Rosario se pavonea llevada a hombros por los notables, que se la disputan con violencia.

A la enmilagrada le beneficia tal explosión de gloria cuyos destellos se reflejan en su modesta persona; de boca en boca corre por el pueblo la noticia de que fue ella quien realizó, «con sus humildes manos», la vestimenta de gala. A nadie le parece un ultraje que haya vestido a la Virgen con un corpiño de blonda relleno de algodón para dotarla de un pecho arrogante; ni que, al levantarle un soplo de brisa la túnica ciclamen, aparezcan enaguas de ramera. Aunque se exhibiera fumando en boquilla y con gafas ahumadas, acabaría por imponerse como una Virgen moderna a pesar de su edad.

La santa, en medio de ese fasto, camina, acompasada, delante de la estatua. Va aún más sucia que de costumbre: pelos enmarañados y vestido blanco de lunares rojos que, por el exceso de carne enmilagrada que comprime, revienta por todas partes. Su aspecto de dignidad ofendida hace que las abundancias carnales parezcan aún más explosivas; pálida, con la mirada gacha, va resoplando entre las nubes de incienso que Alfonso el cojo le echa a la cara. Canta los solos, dirige el kirie de invocaciones marianas y grita a la gente:

—¡Venga, decidle cosas bonitas! ¡La Santa Patrona os está escuchando! ¡Demostradle vuestra devoción y vuestro afecto, yo se lo transmito!

Para alegría de los fieles, el canónigo itinerante no la llama al orden: está harto de subir y bajar por las empinadas callejuelas, le pesan las piernas, respira con dificultad y sólo piensa en el coche que lo llevará de regreso a la ciudad; ciudad de calles pavimentadas, a Dios gracias. Pepito Mariposa, jilguero travestido en monaguillo, va piando sus cánticos. Alfonso el cojo, tan abnegado como siempre, agita el incensario con una mano y, con la otra, se las compone para cargar con la muleta y el expositor sobre el que se muestran a los admirados devotos las dos coronas, las joyas de repuesto y los guantes primorosamente calados que la Santa Patrona no se ha puesto hoy…

Nada más acabar la procesión, la gente desaparece de la iglesia. La fiesta profana empezará a eso de las seis de la tarde. Todos, aldeanos y forasteros, ricos y pobres, jóvenes y viejos, irán a celebrar el centenario en la explanada de

la alameda, donde los feriantes han montado casetas, puestos, tiovivos y todo tipo de atracciones… La municipalidad montó un tablado en el que actuará la banda de música y el *grupo de melenudos* que, desde hace algún tiempo, está de gira por la región, perforando los tímpanos rurales con su impresionante *estrépito eléctrico*. Llenazo asegurado. Las damas benefactoras también vendrán. Como cada año, sus deberes cívicos las reclaman bajo los álamos. En primera fila, con un inocente refresco y algunas golosinas agridulces, no perderán de vista a esa juventud que espera ansiosa las fiestas para hacer las «tonterías que todos sabemos y de las que luego se arrepentirán». Han pedido a la guardia civil que vigile de cerca los rincones oscuros de la alameda. «Quien evita la ocasión, evita el peligro», dicen.

La enmilagrada se queda sola en la iglesia, abandonada de todos.

Lleva meses concibiendo, cosiendo y bordando la vestimenta de gala, sólo ha vivido para eso. Ha llamado a las puertas, asediado a unos y otros para que contribuyesen con su dinero y su presencia a la celebración del aniversario, les ha dado la Santa Patrona más bonita de la región, verde manzana y ciclamen, y ahora la dejan tirada, en la iglesia vacía, sin ni siquiera proponerle que vaya con ellos a la explanada. Hizo su deber de santa esclava y ahora su única perspectiva es volver a casa y encerrarse, lejos de la fiesta, para rezar o cuidar de la enferma. Sabe que en la Cornisa sólo encontrará a los perros canela atados ante el cuarto de su madre.

Pues no, no se irá a casa: tiene otros planes. Se pone manos a la obra. Empieza por cerrar desde dentro el portalón; luego, trasvasa el agua bendita de las pilas a la fuente bautismal. Una sonrisa recién estrenada se dibuja en sus labios, las pupilas se le aligeran, se le realzan, descubren una mirada esplendorosa, como un sol naciente.

Con esa nueva mirada contempla la imagen de la Santa Patrona.

—Tú también irás de fiesta a la explanada. ¡Qué menos, es tu cumpleaños!

Le arranca la lujosa vestimenta: manto, túnica, peluca, joyas y ropa interior van cayendo al suelo; el esqueleto de madera reaparece, obsceno, ante sus ojos. Le llama la atención la pureza de las manos, de los pies y del rostro, que contribuye a acentuar la ausencia de cuerpo, la desnudez. Bajo esta nueva

forma («tu verdadera forma», piensa la enmilagrada), la efigie sagrada parece un cadáver roído hasta los huesos, con las extremidades y la cabeza celestiales intactas.

—¡Ésta es tu realidad!

Satisfecha, la enmilagrada examina sus propias manos que descubre ensangrentadas: de nuevo, tiene la sensación de haber librado una secreta masacre que la llena de gozo, un trabajo de verdugo fuera de la plaza pública pero igual de excitante.

Y la santa se desviste a su vez. No como si estuviese en su cuarto y fuese a acostarse, sino con violentas sacudidas. Lanza gritos, se complace en rasgar el vestido blanco de lunares rojos, su uniforme de enmilagrada, y esparce los jirones por toda la nave: se arranca su piel de santa, se deshace de ella jalonando el templo con los restos de su adolescencia. Sólo se queda con la cinta roja, recuerdo de Noro, atada en el pelo, alegoría de la sangre que derramó *aquella noche*.

Pasea solemne su nueva desnudez ante el altar, ante imágenes y objetos sagrados, ante la Eucaristía. Se enaltece. Tiene un cuerpo fuerte, esbelto, armonioso; su silueta (en la que caderas y pecho recuperan sus formas) evoca lo difuso de la virgen, lo cabal de la mujer; es como una roca resguardada de los efectos de la erosión que un día revela su forma original. Sus olores de muchacha se difunden por el espacio gótico expulsando los de incienso y cera, limpiando el ambiente de las pestilencias a sudor beato. Blanca como la hostia, carnal como las víctimas, sonríe radiante. Súbitamente divina (su liberada desnudez expresa el auténtico sentido de la palabra), se pone a bailar de un altar a otro, ante el confesionario y el púlpito. Sus gestos esbozan una revancha esperada durante seis años. Mejor dicho, durante *toda mi vida*, como ella llama a ese periodo. Porque antes de cumplir los doce años no había vivido lo suficiente para armarse contra los demás, para no convertirse en víctima.

Pero con su desnudez el pasado llega a su fin. ¿Le devolverá la vida este renacimiento?

—¡Viviré!

Grito compacto, preciso, que se transforma en estallido al repercutir en las vidrieras, haciendo de la iglesia un lugar sonoro como una caracola.

Con los sentidos a flor de piel, la santa se calla, se encierra en sí misma: recoge los jirones del vestido blanco de lunares rojos, hace con ellos un ovillo y les prende fuego.

Más tarde esparcirá las cenizas.

¿Hasta dónde llegará?

Se encoge de hombros.

—Se acabaron las preguntas.

Murmura estas palabras con los dientes apretados. A partir de ahora hay que buscar respuestas a seis años, a «toda una vida» de silencio.

Su risa.

¿Qué fue de aquella risa sana de niña chica?

¡Aquí está!

Se le va formando en la garganta, le invade la boca, estalla. Risa que, de pronto, aprende las tonalidades de la risa adulta, entremezclándose con un desgarro anunciador de tormentas.

El sol desaparece de las vidrieras. La enmilagrada se sube a la fuente bautismal y se pone en cuclillas. Venus resucitada procediendo a su aseo. Luego, se viste con la ropa de la Santa Patrona: terciopelo verde manzana y satén ciclamen, joyas y escarpines, corona de celestial emperatriz, ropa interior de furcia. Se le afilan las uñas. El pueblo («¡el mundo entero!», gruñe) le debe su cumpleaños, qué más da si se lo roba a este trozo de madera con cara nacarada llamado *Santa Patrona*.

Se sube al altar mayor, se arrodilla, se contempla en el espejo estrellado del tabernáculo y empieza a maquillarse. Delicada tarea que requiere toda su atención, como cuando pintaba la cara de los muertos. Dibuja una nueva máscara de mujer, radiante, secretamente agitada, terreno sísmico a punto de resquebrajarse: labios escarlata, párpados oscuros, mejillas cenicientas. Perfila sobre su cara de santa la santa faz de sus quimeras, que refleja el espejo-memoria.

—Por fin, yo.

Tiene la sensación de sorprenderse a sí misma por el ojo de una cerradura mientras se desnuda. El personaje anónimo que ha vivido en ella durante años

desvela por fin su verdadera identidad. Ahora se refleja, se muestra tal y como es.

La copia se convierte en el original.

La enmilagrada lo contempla largo rato, pormenorizándolo, aprendiéndoselo. No tiene prisa.

—Tengo que ir despacio —dice al espejo.

Sale de la iglesia por una puerta lateral. Está casi oscuro y la plaza, vacía. A lo lejos se divisa un resplandor sobre la alameda; se oye la música de las fiestas patronales.

Se pone en camino. Parecía que la Santa Patrona se hubiese escapado de su hornacina celeste y, fantasma encarnado, merodease por las calles del pueblo.

Ni un perro que aúlle a la muerte.

Mira al frente. La explanada, rodeada de viejos olmos, centellea bajo el techo iluminado que forman las bombillas de colores. El planeta de los feriantes ya está girando: tiovivos, barracas de feria, tarzanes con taparrabos de leopardo, mujeres fortísimas, enanos onanistas, payasos al aire libre, chicas haciendo *striptease* como Dios les da a entender, casetas de turrón, de muñecas, de vajilla, de telas indias; monos sabios, cabra acróbata, redobles de tambor…

Los lugareños han olvidado a su enmilagrada y se divierten.

Comen, beben, disparan a las pelotitas, a los conejitos trotones; intentan pescar en unas botellas con un anillo-anzuelo; regatean; se hacen fotos en trampantojo subidos en un caballo de madera o conduciendo un cohete espacial o vestidos de marinero, de general, de monja o de obispo; las quirománticas descubren, escrito en la palma de la mano, un largo viaje por mar, una feliz boda agraciada con cuatro churumbeles, dos niñas y dos niños, una herencia pendiente, un fallecimiento cercano y, ¡vaya por Dios!, un delito de sangre; compran pomadas milagrosas que curan todos los males («sí, señora; del acné al edema pulmonar»); olisquean los afrodisíacos llegados del (lejano) Oriente, que resucitan a los muertos en el asunto de la fornicación (lo pregonan en voz baja, pero está garantizado); se arrancan de las manos unas prendas íntimas con un corazón estampado en salva sea la parte… («un verdadero escándalo», dicen a coro las beatas); manosean reliquias de

enmilagrados de todo tipo, que abundan en las provincias del sur (la enmilagrada local no tiene la exclusiva de la gracia divina, qué le vamos a hacer); prueban cuchillos de sierra (para cortar el pan, ¡hay que ver!) y sofisticadas tijeras que lo mismo sacan raspas de pescado que cascan nueces o esquilan ovejas; contemplan entusiasmados los patrones de la moda de París (?), los radiocasetes con los últimos éxitos (Casimira, boquiabierta, pide detalles sobre su funcionamiento: «¿Por cuánto me ha dicho que sale? Qué lástima, demasiado caro. Me encantan las radios»); ojean libros de cocina china; admiran la bisutería dorada, que no se distingue de las joyas de oro auténtico («¡no pierden el brillo, enjóyense como las señoritas de la capital!»); «¿que para qué sirve una aspiradora eléctrica? ¡Indispensable, señora mía, en unas tierras tan polvorientas como éstas!»; meten las manos en unos jabones en polvo tan suaves y espumosos que se puede lavar con ellos a los bebés y a los muertos, y que no provocan eccemas, «pero, de todas formas, aquí tiene una crema para la alergia, para todas las alergias, es alemana, ¿no se ha fijado usted en lo blanca y suave que tienen la piel las alemanas?», pero nadie ha visto nunca a un alemán y, si han llegado hasta aquí, se habrán quedado en la ciudad. El vestido amarillo de Casimira va de puesto en puesto, ahuyentando a su paso a perros y chiquillos.

La santa sigue mirando.

Bajo los álamos centenarios ve el tablado de la orquesta, la pista de baile y la terraza que la rodea. Allí, sentados, están los notables. Solemnes y con la cara congestionada, atiborrándose de pescado frito y bebiendo vino con hielo.

De pronto advierten a la enmilagrada, a contraluz, y el terror sagrado propio de las apariciones se impone.

Todo se paraliza en el acto, todo se detiene: tiovivos, música, baile, gritos y rumor de conversaciones. Un angustioso silencio sustituye a la algazara festiva. Todos los ojos se dirigen hacia el mismo punto, miran el mismo prodigio: ante ellos, a plena luz de las guirnaldas eléctricas, con el manto verde manzana y la túnica ciclamen, maquillada, coronada, enjoyada, la Santa Patrona, viva. Respira, se mueve, va hacia ellos. La muchedumbre se queda de piedra. Ni

rezos ni cánticos. Un nudo en la garganta. Inmenso pavor que provocan las calamidades fomentadas desde Allá Arriba.

¿Vendrá a echarles en cara esta noche de regocijo o a unirse a la verbena como un simple mortal? ¿Tan sola, tan abandonada y triste se siente en su capilla azul con las velas ya apagadas?

La santa aparición se acerca a ellos. Unas sombras empañan su rostro celestial; de su pecho se escapa algo parecido a un sollozo, largo suspiro sonoro; un temblor que le sale del alma la sacude… No: ¡es una carcajada! Se hace cada vez mayor, se amplifica, le sale por la boca escarlata y alcanza el silencio horrorizado de la explanada. Una risa descomunal que lleva a la Patrona a retorcerse, cogiéndose el vientre con ambas manos.

De pronto, un crío grita:

—¡Es la enmilagrada!

Un escalofrío de estupor se apodera de la muchedumbre, la ira de los jueces sustituye en un instante al pavor de los creyentes. Se acercan a la santa como un cuerpo de mil cabezas: las bocas escupen fuego, las manos estrangulan cuellos imaginarios, las palabras se truecan en sordo jadeo, en inmenso grito que exige un linchamiento público e inmediato. Algunos chaveas se ríen, otros lloriquean. Un círculo amenazante se forma alrededor de la enmilagrada, quien, encarnando la vergüenza colectiva, se sigue riendo como una posesa. Su rostro descompuesto aparece a plena luz, de sus ojos salen lágrimas de rímel. Con el dedo vivo y vindicativo que lleva el anillo de amatista, designa sin tregua a los culpables; sus labios carmesí intentan en vano pronunciar unas palabras que se le ahogan en la garganta por la risa, risa desquiciada que se parece al llanto, mudo aullido que lucha por romper el silencio sin lograrlo.

Y, de repente, las carnes agarrotadas se expresan con tres palabras:

—¡Partida de cabrones!

No se llega al linchamiento porque guardia civil y familiares rodean a la iconoclasta y la aíslan del gentío enfurecido. Los ojos de la enmilagrada, abiertos y refulgentes, se aferran como zarpas a las caras que la cercan. Repite su kirie de *¡cabrones!* como si no supiese otra plegaria.

Alguien exclama:

—¡Dejadla, está loca!

Tan cómodo aserto hace las veces de conclusión. La gente da la espalda a su antigua santa. El señor alcalde da la señal para que empiecen los fuegos artificiales; en el cielo, una cascada de estrellas surge de la nada, todos levantan la cabeza, un chispeante sauce llorón se abate sobre la explanada y un punto de exclamación se dibuja en los rostros. La enmilagrada se arranca el manto, la corona, las joyas y los tira al suelo. Después se aleja, sombra ciclamen entre la multitud, que se aparta de ella como de una apestada. Los cabellos cardados de Pepito Mariposa y el vestido amarillo de Casimira la siguen de lejos.

Un hombre de mirada serena la observa con atención. Es delgado, de manos huesudas, ojos húmedos y enfebrecidos; una ambigua sonrisa subraya la delgadez del bigote. Su esbelta silueta tiene algo de gitano. Anudado al cuello, lleva el pañuelo típico de los jóvenes de la capital, coquetería que le otorga un aspecto seductor, opuesto al machismo integral del que presumen los campesinos. Al ser forastero, atrae las miradas femeninas, que no van nunca más allá del rabillo del ojo.

Él, sin embargo, parece considerar a esas mujeres como una conquista, posible aunque pasajera, del mismo modo que a un nómada no se le ocurriría quedarse a vivir en las tierras por las que pasa. Tiene pupilas de jugador, atentas a la victoria y curtidas ante la derrota. El típico hombre con el que las mujeres aceptan una aventura al considerarlo un mero juego de azar. Un tipo de paso, con cierto atractivo.

Permanece impasible, con un cigarrillo rubio consumiéndose en la comisura de los labios. No pregona, como los demás feriantes, la mercancía de su puesto, instalado en una furgoneta, bajo el rótulo «Armas de mujer»: del cuchillo de cocina a la podadera, una panoplia completa de armas blancas que atraen de pronto la mirada errática de la enmilagrada.

La chica se detiene. Sus fantasmas se paralizan ante aquellas herramientas de la masacre cotidiana.

Enfundada en la túnica ciclamen, la exsanta se acerca al puesto con suma precaución, como se aproxima al fuego un perro escarmentado; parece que

quiere tocar el acero. La mano titubea, se inmoviliza a medio camino: el temor (o el deseo) la hace temblar.

El hombre del pañuelo no le quita ojo. Una buena moza con un cuerpo espléndido. El exceso de maquillaje no logra enmascarar la frescura de su rostro, a la vez ensombrecido y encendido por una mirada arisca y unos labios sonrientes. Acaban de decir que está loca, pero puede que no lo esté. Ahora está observando el puesto con una mirada franca, precisa, distinta de las demás miradas. Única, en cierto modo. Mirada propia de aquellos que se han aislado del resto de los vivos, inmersos en un mundo interior de puertas condenadas.

El hombre esboza una sonrisa de bienvenida, ni muy amplia ni muy comprometedora, en la que no se aprecia el envite del macho. Táctica que no suele fallar. Casi siempre cae alguna de esas catetas retraídas y termina con ella en el catre de la furgoneta.

La chica, a su vez, mira al feriante de soslayo, de cintura para abajo. Luego levanta los ojos y le examina el rostro. Señalando con la cabeza el puesto:

—¿Esto es lo que vendes?

—Sí.

La sonrisa del hombre se hace más amplia. Atribuye al carácter campesino la curiosidad asustadiza de la chica.

—¿Viajas mucho?

—De feria en feria. Hoy estoy aquí, mañana allá…

—¿Vas a la capital?

—A veces.

La chica se decide a pasar el índice por el filo de un cuchillo de carnicero. Un escalofrío la recorre. Luego se chupa la yema del dedo.

—¿Y tú, has estado ya en la capital?

—Sólo fui una vez.

—¿Sólo? Pues es una pena, ¡hay tantas cosas que ver!

La chica lo mira unos segundos; luego, su mirada se vuelve a concentrar en el puesto. El feriante:

—Deberías ir más a menudo. Es un sitio estupendo para la gente joven, para las chicas de tu edad.

—Voy a ir de nuevo. Ya tengo el dinero del viaje.

—Puedes hacer autostop, así no te gastarías el dinero.
—¿Y eso cómo se hace?
—Muy fácil: conmigo. Tengo sitio para ti en la furgoneta.
La sonrisa de la chica es apenas perceptible.
—Bueno, me lo pensaré.
—Me voy en cuanto acabe la verbena.
Ella le vuelve la espalda.
—¡Oye, no me has dicho cómo te llamas!
—Juliana.
—Yo me llamo…
—¡Da igual! —corta la chica.
—Vale. Seré tu desconocido de una noche.
Lanza una risita que la espalda de la chica rechaza.
—¿Por qué te han tratado de loca?
—Porque no soy como ellos. Sólo por eso.
—Eres muy guapa. La más guapa de la fiesta.
—Lo sé.
—¿Cuántos años tienes?
—Los de una mujer —responde, seca.
—Te espero.
Silencio. La chica ve aparecer el vestido amarillo de Casimira y capta la mirada cómplice de Pepito Mariposa.
—De acuerdo. A la salida del pueblo, dentro de una hora.

Se compra unos caramelos que mastica como una cría, da una vuelta por la explanada, se pasea bajo los álamos, sin rumbo, ignorando la presencia de los demás, de sus miradas acusadoras. Echa una ojeada de desprecio a Inés y Nicolás, que, en la pista de baile, parecen una pareja de trompos; ve a la tita consternada, rodeada por el estado mayor de beatas, llorando sobre el manto pisoteado de la Santa Patrona; oye decir que su cuñado se ha llevado a su hermana a la Cornisa, ya que acaba de sufrir la *primera indisposición* de embarazada, y se los imagina el uno en brazos del otro; le viene a la mente su padre adormilado en la mecedora; piensa en su madre:

—Abre los ojos, despídete de tu hija, me voy.

Abandona la fiesta y se interna en la alameda. A sus espaldas, la música se oye cada vez más lejana.

Cruza el pueblo, llega a la carretera, se sienta en un mojón. Se come el último caramelo, palpa la bolsa con gesto mecánico, la arrebuja y la tira al suelo. Espera el coche del feriante sin pensar en nada.

El tipo resulta ser buen conversador, sonriente y amable aunque se nota que está algo bebido. Pero da igual. Ella no está ahí, sentada a su lado, para oírlo hablar o para sucumbir al encanto de su mirada. Es, simplemente, su desconocido de una noche, como él mismo dijo. Que lo siga siendo.

La noche es tan oscura que a la chica le parece estar circulando por un túnel o por un pozo horizontal. La exsanta, exenmilagrada de pueblo, ahora mujer en albores, huye atraída por el vacío. Puede que al final de ese túnel encuentre algún paisaje que descubrir, soñar, inventar. Un renacer. La noche es como un vientre. Por la mañana abrirá los ojos y ya no verá la Cornisa ni a sus gentes odiosas. El espejo del vestíbulo ya no reflejará su cabeza de enmilagrada. ¡Qué maravilla, desertar de un espejo que se aborrece!

Una luz aparece al borde de la carretera; el feriante detiene la furgoneta.

—Vamos a echar un trago —dice.

La chica le contesta con un «bueno» ausente.

Cada pocos kilómetros, la misma operación: bar de carretera, copa doble de coñac. «Un zumo para la señorita, que no bebe alcohol.» El feriante conoce todos los locales abiertos de noche, bares de camioneros. La chica ve gente, y él tiene la borrachera musical. Le da por cantar. Para no dormirse, según dice. Pero cuando la furgoneta se pone a hacer eses, el hombre se detiene. A lo lejos, el parpadeo de la capital. Pronto amanecerá.

—¿Dormimos un poco? —propone—. Me gustaría enseñarte la capital de día, cuando los barcos regresan de pescar y huele a churros.

Al menos, es lo que entiende la chica: el feriante habla muy bajito, el alcohol le traba la lengua y adereza sus palabras con sonoros y pestilentes eructos.

Ella tiene sueño. A partir de ahora podrá dormir, trasnochar, hablar, reír, mirar a su alrededor… ¿Qué más?

Quizás hacerse mujer.

Se meten en la parte trasera de la furgoneta, atestada de cajas. Un colchón de gomaespuma, sin sábanas ni manta. Se tumban en silencio. Pasan varios minutos. El hombre no para de moverse, eructa, divaga. Al final, se pega contra los muslos de la chica. Apesta a alcohol. Transpira alcohol. Sus manos son torpes.

Pero ¿qué sabe ella de manos?

El hombre acerca sus piernas a las de la chica, va ganando terreno, empieza a quitarle la ropa, se desnuda a medias a su vez; suda, jadea, se interrumpe como si no le quedaran fuerzas; luego, sigue trajinando.

La chica lo tiene encima. Está muy excitada.

Pero el tipo no puede hacer nada. Está fofo, pesa como un muerto. Demasiado alcohol en la panza. Hasta llega a vomitar. Al final desiste y, con la barriga al aire, se duerme al instante. Ronquidos entrecortados como único epílogo de su batalla perdida.

Y ella…

Ella se queda temblando. Su cuerpo no ha conocido la *verdad suprema*. ¿Quién decía eso? Casimira, su radio. Su ardor se apaga. Y se queda ahí, aterida, angustiada, insatisfecha. Sigue sin saber nada de nada, como ayer, como anteayer, como durante toda su vida. Otro propietario que ha querido usarla sin darle lo que, por derecho, le pertenece. Un objeto.

Suspira y tirita. Mira a su alrededor: está tumbada sobre un bosque de armas blancas. Alarga la mano. Armas afiladas, punzantes, cortantes. ¿Será el escalofrío que la recorre la venganza que necesita? ¿Cuántas veces ha soñado que sus propias manos se transformaban en instrumentos de castigo?

Las manos justicieras se apoderan de unas grandes tijeras y, de un tajo, cortan el derecho del propietario; ahí, entre las piernas. Antes de que al borracho le diera tiempo a despertarse, estaba castrado, desmayado, ensangrentado. ¿Muerto? ¡Qué más da! Ni se le ocurre pensar en ello. Pero sí se dice para sus adentros: «Derecho expoliado».

Se va sola hacia la capital, a la que no tarda en llegar. Echa una larga mirada a la Audiencia, ante la cual Juliana la Sangrienta se permite el lujo de reírse a carcajadas. Luego, prosiguiendo su travesía del alba, llega al parque, al puerto. Unos barcos llegan, otros parten. Velas desplegadas al viento. Estampa de viaje que le produce escalofríos de gozo. Escalofríos que la sosiegan y la agotan a la vez. Lasitud nueva, mansa y tranquila como un estado de gracia.

Se tumba en un banco, cierra los ojos, se duerme. Un rayo de sol se cuela entre velas y ramas, acariciando la túnica ciclamen, encendiéndola. La enmilagrada se convierte en faro, hoguera, grito de libertad en esta mañana recién nacida.

Nueva York – París – Madrid
1979-1980

ÍNDICE

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

TÍTULOS DE
AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS
EN CABARET VOLTAIRE

3. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS *El niño pan*
7. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS *El cordero carnívoro*
13. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS *Ana no*
20. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS *La enmilagrada*
28. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS *Poesía. Obra completa*
35. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS *Escena de caza (furtiva)*
47. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS *María República*
76. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS *Un pájaro quemado vivo*
106. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS *El hombre arrodillado*
HS. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS *Teatro. Obra completa*
122. AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS *Marruecos*

LA ENMILAGRADA
DE AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS

EDITORIAL CABARET VOLTAIRE
ESTA SEGUNDA EDICIÓN SE
TERMINÓ DE IMPRIMIR EN
NOVIEMBRE 2026 EN MADRID
POR COFÁS ARTES GRÁFICAS